GRAWELL

En el mundo de las brujas

AGER AGUIRRE

GRAWELL
En el mundo de las brujas

Ager Aguirre

Título: Grawell-En el mundo de las brujas
© 2020, Ager Aguirre

Facebook: Ager Aguirre
Twitter: @AgerGolden

De la maquetación: 2020, Ager Aguirre
Del diseño de la cubierta: 2020, Sol Taylor
De las ilustraciones: 2020, Lidia S. Balado
Código de registro en Safecreative: 2004113629583

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Contenido

—1—
—2—
—3—
—4—
—5—
—6—
—7—
—8—
—9—
—10—
—11—
—12—
—13—
—14—
—15—
—16—
—17—
—18—
—19—
—20—
—21—
—22—
—23—
—24—
—25—
—26—
—27—
—28—
—29—
—30—
—31—
—32—
—33—
—34—
—35—
—36—
—37—
Agradecimientos

A mi aita: Estés ahora en el mundo que estés.

GRAWELL
N
O
E
S
Vulkafer
Rio
Yhemura
Orgades
Cogar
Ekabu
Casa de
Kelen
Etrazen
Mimbre de
Awen
Dumbsilly

—1—

Tenemos un trato

Pestañeó varias veces, incrédula de poder abrir los ojos. Cuando aquella lluvia de piedras cayó sobre su cuerpo estaba segura de que sería la última vez que iba a poder abrirlos, pero se equivocaba. Aún sin comprender qué había ocurrido, se sorprendió, también, al ver que podía respirar y que el pecho se le hinchaba al inhalar. Parecía increíble, pero estaba viva.

Intentó echar un vistazo a su alrededor, pero solo era capaz de ver los pedruscos que seguían cubriéndola. Se puso nerviosa, su respiración se agitó y entonces llegó la angustia por la posibilidad de quedarse sin aire. Ya le pareció aterrador ir a morir sepultada, pero al menos iba a ser una muerte rápida. Tener que hacerlo ahogada le parecía demasiado castigo.

Intentó cambiar de postura para aliviar la presión que sentía en el pecho y tomar aire. Se volvió a impresionar, esta vez de forma positiva, al comprobar que podía hacerlo y que, pese a algún hueso roto, podía moverse. Con toda la fuerza de su voluntad, intentó apartar las piedras que la cubrían, buscando el oxígeno que le faltaba.

Cuando consiguió apartar las que le tapaban la cabeza, la sensación de angustia no mejoró. El aire que recibían sus pulmones era casi irrespirable. Olía a orines y excrementos. Era tan asqueroso que estuvo a punto de volver a colocar los guijarros en su sitio antes de vomitar. Prefería morir por no respirar que ahogada por aquel apestoso olor, pero el instinto de supervivencia se hizo más fuerte y al final consiguió descubrirse por completo y ponerse en pie.

No reconocía el lugar. Estaba segura de no haber estado nunca y

no entendía cómo había terminado allí enterrada. Todo era oscuridad y había unas enormes columnas de piedra teñidas de negro por la humedad.

Con la seguridad de que, si permanecía allí mucho tiempo, iba a morir intoxicada y sin saber hacia dónde dirigirse, se puso a caminar soportando el dolor, por un estrecho pasillo entre dos de aquellas columnas. Ni siquiera tenía la certeza de si estaba saliendo o adentrándose en aquel sitio, pero cualquier opción le parecía mejor que permanecer al lado del montón de rocas que la habían sepultado.

Su cerebro le aconsejaba acelerar el paso, salir de allí cuanto antes, pero su corazón, sus miedos y el dolor en las piernas la obligaban a caminar despacio. Intentaba hacer el mínimo ruido posible, segura de que entre las sombras algo desagradable la acechaba, pero sus pasos resonaban como disparos de escopeta y cada eco que regresaba a sus oídos terminaba por asustarla. Era tal la angustia que sentía que empezaba a dudar de estar viva. ¿Habría muerto y aquel era su infierno? ¿Le esperaba una eternidad de desasosiego y miedo? ¿Los muertos pueden agobiarse y sentir que se están quedando sin respiración?

Ya se imaginaba vagando por aquel interminable pasillo durante toda la eternidad cuando una voz, surgida de entre las sombras, le hizo gritar.

—Bienvenida —habló y cada una de las columnas y rincones de aquella lúgubre estancia repitieron el saludo como un eco fantasmal.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Estoy muerta? Es esto el infierno, ¿verdad? —inquirió angustiada al tiempo que intentaba hallar, entre las sombras, la procedencia de aquella tenebrosa voz.

—Demasiadas preguntas y solo una respuesta importante. No estás muerta, al menos, no del todo, y yo puedo conseguir que permanezcas así.

—Si esto es el purgatorio y voy a permanecer en este lugar toda la eternidad, prefiero morir —replicó sin llegar a imaginar qué era lo que había hecho durante su vida para merecer aquel final. No había sido una santa, pero tampoco creía merecer un final así.

—Vosotros y vuestras absurdas creencias. No existen el cielo ni el infierno, solo los vivos y los muertos, y nuestra conversación es para saber en cuál de los dos lados quieres estar tú.

—En el de los vivos. Eso seguro. No es que mi vida fuera maravillosa, pero era mejor que este lugar.

—Y si te digo que, además, podrías tener una vida maravillosa, ¿qué me dirías?

—Que para haberme dicho que no existen ni el cielo ni el infierno me suena a pacto con el Diablo —repuso sin saber hacia dónde dirigirse. Seguía sin conocer la procedencia de la voz.

—En cierto modo no te falta razón —replicó esta de un modo que intentaba asemejarse a un tono divertido—. Estamos hablando de un pacto, eso sin duda. Uno entre tú y yo.

—¿Y quién eres tú?

—Alguien que puede hacer realidad tus deseos.

—¿Eres un genio? ¿Como el de la lámpara? ¿Tú también vas a concederme tres deseos? —preguntó irónica. Todo aquello empezaba a parecerle un mal chiste, una extraña pesadilla. Una de la que no sabía si iba a poder despertar.

—Vuestra especie nunca dejará de sorprenderme. Es increíble vuestra capacidad de transformar la realidad para convertirla en algo que vuestros pequeños y cerrados cerebros sean capaces de comprender. Me maravilláis... Tengo una sorpresa para ti: el número de deseos es ilimitado.

—¿En serio? ¿Puedo pedir lo que quiera? —Su tono era pura ironía e incredulidad.

—Lo que quieras, pero hay una condición.

—Demasiado bonito para que no hubiera un pero... —Desistió de intentar localizar la procedencia y dejó que su mirada bajara al suelo. Al hacerlo, vio el estado de sus piernas y se sorprendió de poder mantenerse de pie sobre ellas. Se encontraban ensangrentadas.

—Como te he dicho, esto es un pacto entre dos. Yo cumplo tus deseos con una sola condición: que tú cumplas los míos.

—¿Y cuáles son los tuyos? —preguntó segura de hallarse ante una de esas situaciones trampa en la que las condiciones del premio hacen que este sea imposible de conseguir o demasiado caro para merecer la pena.

—Necesito información. Tendrás que vigilar a una persona...

—¿Solo eso?

—… y tendrás que venir a este lugar para decirme lo que averigües cuando se te requiera —añadió la voz. Parecía contrariada por ser interrumpida.

—¿No podríamos quedar en un parque? —replicó burlona, como cuando un chico intentaba ligar con ella con palabras bonitas y descubría a la primera sus verdaderas intenciones.

—¡Esto no es un juego! —exclamó la voz con tanta furia que le hizo retroceder.

—Perdón... Entenderá que no me hace ninguna gracia tener que volver a este lugar.

—Tienes dos opciones: una, aceptar mi oferta, vivir una buena vida y regresar de vez en cuando a informarme; o dos, morir definitivamente e ir a un sitio aún peor que este.

—Sin duda, elijo la primera.

—No esperaba menos. Espero que sepas llevar a cabo tu trabajo.

Quien ocupó ese puesto antes que tú no terminó muy bien.

—¿Y a quién tengo que vigilar? —preguntó con la intención de terminar con aquella conversación cuanto antes. No tenía muchas ganas de permanecer allí mucho tiempo. El olor a orines amenazaba con hacerse perenne en sus fosas nasales.

—Su nombre es Triz Cooper y es una bruja de sangre.

—¿Bruja? ¿En serio existen las brujas?

—Hay varias cuestiones que voy a tener que explicarte antes, pero no te preocupes, tenemos tiempo. Aún no ha ido nadie a recuperar tu cuerpo bajo los escombros.

No entendía nada, había salido de debajo de las piedras por su propio pie. ¿Qué significaba eso de que nadie la había encontrado todavía? Cada vez estaba más convencida de estar inconsciente y de estar teniendo un mal sueño.

—Me temo que no voy a despertar hasta que termines con tus explicaciones, así que… adelante.

—Eres una mujer especial. De las pocas personas que, durante un breve espacio de tiempo, tienen la posibilidad de compartir ambos mundos. Estás viva y muerta a la vez. Solo de mí depende cuál de las dos opciones prevalece.

—¿Soy un zombi? ¿Un espíritu?

—¡Calla y escucha! Si decides aceptar el pacto, volverás a tu vida anterior y conocerás la magia que rige vuestro destino. A cambio, tendrás que vigilar a Triz Cooper y cada uno de sus movimientos. Necesito saber qué está haciendo tras encontrar el grimorio de Astrid.

—Y, entonces, me concederás todos mis deseos.

—Así es. ¿Cuáles son?

Enumeró los primeros que le vinieron a la mente con la seguridad de que no serviría para nada.

—Concedido. Nos volveremos a ver pronto.

Todo se fundió a negro. El cuerpo empezó a dolerle mucho más de lo que le había dolido hasta entonces. Un dolor insoportable que le hizo gritar.

—¡Está viva! ¡Corred! ¡Está viva! —gritó alguien a su lado, mientras ella escuchaba cómo empezaban a apartar piedras de encima de su cabeza.

—2—

Casa de Triz, Diciembre de 2048

Pese a que habían pasado un par de semanas, no podía quitarse de la cabeza el sueño que había tenido en el autobús de regreso a casa, tras el cumpleaños de su padre. Cada vez que tenía un segundo para ella misma, siempre que se quedaba a solas, aunque fuera en el cuarto de baño, en cada instante que sus hijas se quedaban en silencio o, simplemente, cuando cerraba los ojos, volvía a ver a Shaira, la bruja africana, y a escuchar sus palabras: «Tienes que volver a Grawell».

Desde que regresó a casa, el poco tiempo libre que le dejaban el trabajo y sus hijas lo había dedicado a estudiar el grimorio de Astrid y a prepararse para el momento en el que el viaje de regreso al Mundo de las Brujas no pudiera esperar más. Algo en su interior le decía que

ese día no estaba muy lejos y esta vez necesitaba estar mejor preparada.

Al menos, Alana dormía mejor por las noches y podía dejarla descansando a solas. Desde la batalla en el bosque de Otsa, su hija se había librado de las pesadillas y se comportaba mejor por las noches. Incluso, durante el día, se la veía más animada, con más energía. Siempre deseando estar en la calle con sus amigas, por mucho que ella le dijera que los rayos del sol eran malos para su salud.

Que descansara mejor le permitía aprovechar las horas que podía arañarle a la noche para estudiar y practicar. Si de algo se había dado cuenta mientras buscaba el grimorio era de que no estaba lista para combatir contra nadie.

Había conseguido derrotar a Cristian de milagro, con la suerte del principiante que mete el gol de la victoria sin saber con qué parte de su cuerpo ha golpeado al balón, y si no llega a ser por su tía Helen, Petronilla no hubiera tenido con ella ni para empezar. Ni siquiera estaba segura de cómo había conseguido salir indemne de aquellos dos enfrentamientos ni de si sería capaz de repetirlo, y estaba convencida de que la siguiente vez no iba a tener tanta suerte. Ella había resultado ilesa, pero Gare casi no lo cuenta.

Llevaba varias noches sin dormir, revisando y practicando hechizos y conjuros de los libros de su tía Helen y de Astrid que le permitieran defenderse mejor la próxima vez que tuviera que enfrentarse a alguien como Cristian. Porque, si de algo estaba segura, era de que no iba a ser el peor de los enemigos que se iba a encontrar. Como en los videojuegos, a los que tan aficionado era Gare, los enemigos suelen ser más poderosos según te vas acercando al final. Solo esperaba que los conocimientos adquiridos hasta entonces fueran suficientes.

Nunca había sido una estudiosa de la magia. Desde que su tía se marchó, había intentado encajar en el mundo, ser una niña normal, con sus problemas en los estudios, sus amistades y amoríos, pero alejada de todo lo relacionado con los conjuros. En el libro de las sombras que le habían regalado por su décimo cumpleaños no había apuntado nada más que aquel primer sueño con los Dioses y aquellas primeras charlas con su tía. A partir de los trece y hasta años más tarde, hasta que empezaron a producirse los sueños premonitorios, no aparecía ni una sola nota en su libro, ni había aprendido ningún hechizo nuevo, ni había practicado ninguna poción. Solo en un par de ocasiones leyó el libro de las sombras de su tía, pero ni siquiera había entendido muchas de las nociones que allí ponían. Después, llegaron los sueños premonitorios y retomó la escritura de su libro, pero no fue hasta ser madre cuando sintió la necesidad de empezar a realizar conjuros y hechizos de protección. Ahora se le echaba el tiempo

encima para aprender todo lo que necesitaba sobre la magia.

Llegaban sus días libres en el trabajo y tendría más horas para poder dedicar a sus entrenamientos y, posiblemente, a descansar. Quizás durmiendo un par de horas al día podría dejar de ver la cara de Shaira e intentar hablar con Gare. Hacía un tiempo que sus preocupaciones le tenían tan ocupada y sus sueños tan confundida que no había podido concentrarse en entrar en Aisling y buscarlo. No le había preguntado por su evolución en el hospital ni por cómo iban sus heridas. La tranquilidad por saber que estaba siendo bien atendido le había hecho relegar esas preocupaciones a un segundo plano.

Aunque, cuando lo pensaba con detenimiento, se preguntaba si el verdadero motivo para no haber entrado en Aisling no sería otro; si en realidad pasarse las noches entrenando era solo la excusa que se ponía para postergar el tener que hablar con él. Si existía una batalla a la que tendría que enfrentarse pronto era a la de su relación con Gare.

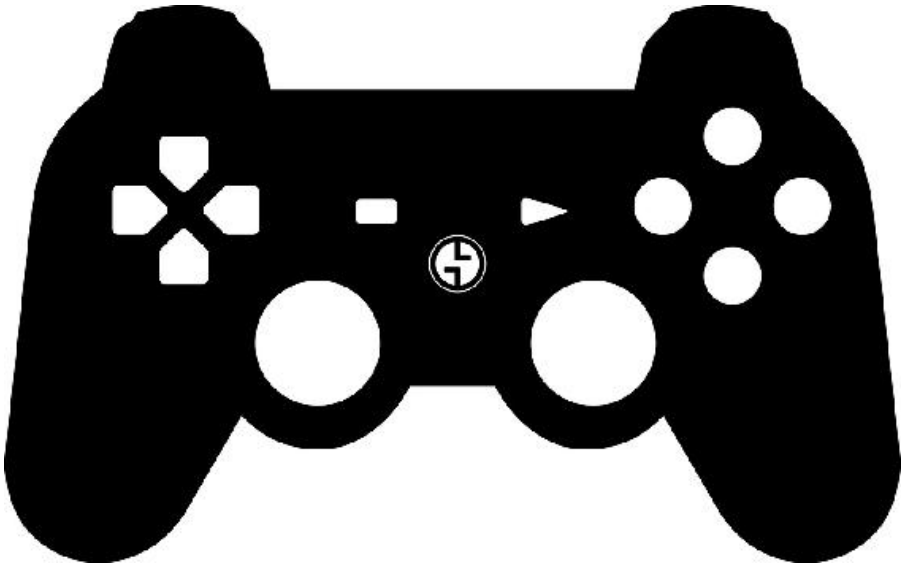
Tras besarle en el hospital, aunque fue un beso dulce y tierno, casi inocente, sintió cómo se le revolvía algo en su interior. Cuando le confesó que la quería —aunque la anestesia dejara la frase en el aire —, una parte dentro de ella gritó un «yo también te quiero» que la otra parte, la responsable, sensata y reflexiva, se encargó de silenciar.

Estaba casada, quería a Óscar. Aunque la situación no fuera del todo bien entre ellos, no podía olvidar que era el hombre del que se había enamorado, con el que había decidido casarse, el padre de sus dos hijas. Gare pertenecía a su pasado y, quizás, en una realidad paralela, podría haber llegado a ser algo más, pero no en esta que le había tocado vivir. Hacía muchos años que sus caminos se habían separado y había decidido tomar la senda por la que viajaba con Óscar. Puede que fuera más aburrida, menos vistosa y emocionante, pero era más segura y conocida. Ahora, que veinticinco años después de conocerse se habían besado por primera vez, igual era el momento perfecto para cerrar esa etapa de su vida con un bonito recuerdo. Una última aventura juntos, como las que habían vivido de adolescentes, pero esta vez con un final feliz.

Triz aparcó sus preocupaciones sentimentales a un lado y continuó con sus entrenamientos. Pronto se le terminaría el tiempo y el fin de los mundos y su regreso a Grawell cada vez estaban más cerca.

.

—3—



Gare, hospital. Diciembre del 2048

Llevaba más de dos semanas ingresado en el hospital y no había tenido noticias de Triz. Cada vez que la anestesia, los calmantes o el sueño le hacían caer dormido esperaba encontrarla al otro lado, pero no había aparecido en ninguna de esas ocasiones. La última vez que se vieron le besó y él le confesó, por fin, que la quería —o al menos eso creía recordar, aunque no estaba seguro de si había sido real o un desvarío provocado por las medicinas y los sedantes—. Quería volver a hablar con ella para que se lo confirmara. ¿Se habían dado, por fin, su primer beso o había vuelto a ocurrir en Aisling o en uno de sus sueños? Ni tan siquiera de eso estaba ya seguro.

Habían encontrado el libro de las sombras y vencido a Cristian, el «hombre malo» de los sueños de su hija. Todo parecía ir bien entre ellos y, de repente, había desaparecido. Nunca habían estado tantos días sin hablar desde que se reencontraron. Desde el día que la vio en el espejo de su cuarto de baño en el mundo virtual, aquel era su mayor tiempo de ausencia. Justo cuando pensaba que su relación iba por buen camino, volvía a extrañarla cada día, a cada hora.

¿Habría descubierto algo importante en el grimorio y habría tenido que viajar a algún otro mundo que él desconocía? ¿Lo habría hecho con prisas y sin poder decirle nada o se habría marchado sin

hablar con él para no preocuparlo y dejarle recuperarse tranquilo en el hospital? ¿Triz no se había dado cuenta, todavía, de que no tener noticias de ella era lo que más nervioso le ponía y que ya no podía estar tranquilo sin saber que se encontraba bien? O, peor aún, ¿le habría pasado algo?

En un par de ocasiones había estado tentado de pedir el alta voluntaria e ir a buscarla, pero el dolor cuando terminaba una sesión de rehabilitación y el hecho de no saber por dónde empezar la búsqueda le mantenían recluido. Lo primero que haría, la próxima vez que hablara con ella, sería preguntarle dónde vivía exactamente por si volvía a sentir la necesidad de ir a su encuentro. Pero había algo más que le retenía: ¿y si no quería que fuera a verla? Lo malo de las ausencias es que suelen llenarse de dudas.

—Venga, arriba, que los ejercicios no se van a hacer solos —dijo la enfermera al entrar en la sala de rehabilitación y verlo tumbado en el suelo con los ojos cerrados.

—A sus órdenes, sargento Arya. Conste que no estoy dormido, solo pensativo. ¿Sabes algo de la mujer que me trajo?

—¿De la doctora Cooper? No. Imagino que estará trabajando en el hospital de su ciudad. Solo dejó el mensaje de que se te tratara con la mejor de las atenciones. Por eso te han asignado a la mejor enfermera —respondió Arya. Una luz se iluminó en la maltratada cabeza de Gare.

—Disculpa, no sabrás cuál es ese hospital, ¿verdad?

—Claro que sí. La doctora Cooper es la jefa de cirugía del Hospital Central de su ciudad. Es muy respetada en su campo.

—Muchas gracias. No sabes el favor que me acabas de hacer —exclamó Gare—. Por cierto, ¿tus padres eran fans de *Juego de Tronos*? —preguntó con la intención de mantener entretenida a la férrea, aunque guapa, enfermera para que no insistiera en obligarlo a hacer los ejercicios.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella entre risas—. ¿También viste esa serie?

—A escondidas. Mis padres no me dejaban verla. Tenía solo once años cuando terminó, tres cuando empezaron a darla, allá por el 2010, pero me busqué la vida para verla en mi ordenador unos años más tarde. Arya era mi personaje favorito y un nombre que se hizo popular por aquel entonces entre las niñas que nacieron.

—También era el personaje favorito de mi madre. Me contaron de dónde venía mi nombre e hice como tú. Por curiosidad, la busqué unos años más tarde y la vi en Internet poco antes de que estallara la Tercera Guerra. El mundo actual me recuerda un poco a aquella serie. Lleno de rivalidades, muerte y destrucción por un pedazo de tierra.

—Pienso lo mismo que tú. Alguna vez, paseando por la calle, me

ha parecido ver hasta *caminantes blancos* —repuso Gare, quien tuvo que contener la risa para que no le dolieran las costillas—. Oye, ¿sabes cuándo me van a dar el alta?

—¿Te han entrado prisas de repente? Pero si eres incapaz de andar diez metros sin maldecir por lo bajo. Todavía te quedan un par de semanas de mi agradable compañía. Vas a tener que aguantarme un tiempo. ¿O no te acuerdas de que, cuando llegaste, tenías casi todos los huesos hechos polvo? Bastante milagrosa nos está pareciendo tu recuperación como para que encima tientes a tu suerte.

—Es que me gustaría poder ir a un sitio...

—¿A ver a la doctora Cooper? —inquirió Arya a quien no se le escapaba una—. Me temo que tendrás que esperar. Hago honor a este nombre porque soy implacable. No te vas a librar de la rehabilitación. Creo que vas a terminar el año con nosotros. Lo bueno es que solemos hacer unas fiestas estupendas llenas de «pastillas» y buena música. Y, cuando estés lo suficientemente recuperado como para no entretenerme y querer librarte de los ejercicios, tendrás que abonar los costes y te daremos el alta.

—¿Abonar los costes? —interrogó Gare a quien los ojos casi se le ponen en blanco.

—No pensarás que los hospitales son gratuitos... ¿Te crees que vivimos en la época de nuestros abuelos? La sanidad es privada y de pago desde antes de la tormenta solar. Algún día vas a tener que explicarme de dónde has salido.

—¿Y cuánto me va a costar la rehabilitación? —replicó mientras hacía cuentas en su cabeza de los pocos vatios de los que disponía en su tarjeta sin tener que devolvérselos a Paul.

—Depende de los días que te queden, pero, según mis cálculos, aproximadamente unos ocho mil vatios. No te preocupes, ya hemos comprobado en tu TVE que tienes fondos suficientes para pagar. Eres un hombre afortunado, no mucha gente cuenta con esa cantidad de vatios disponibles.

El rictus en la cara de Gare cambió de pronto, se había quedado blanco. Se sentía peor, incluso, que tras la paliza que le había dado Cristian. ¿Ocho mil vatios por un mes de hospital? Ahora tenía otra preocupación que añadir a su lista. Salir de allí le iba a costar casi todos los vatios de su tarjeta y tenía que devolvérselos a Paul. O encontraba la manera de reingresarlos o estaba seguro de que su antiguo amigo, y ahora policía, no tardaría en encarcelarlo o en devolverlo a un hospital con todos los huesos rotos. Un hospital que tampoco podría pagar.

Pese a sus esfuerzos por intentar librarse de los ejercicios, Arya le hizo sudar de lo lindo antes de dejarle regresar a su habitación. En

plan sargento de hierro, se había negado a dejarle montar en la silla motorizada y le había obligado a volver andando, como castigo por hacerse el remolón. Le había costado la vida hacerlo y, al llegar a su cuarto, se dejó caer en la cama agotado. Estaba claro que no podía pedir el alta voluntaria. Se veía incapaz incluso de regresar a casa y de subir las escaleras hasta el octavo piso.

La noticia de que iba a tener que pagar su estancia le había llenado la cabeza de inquietudes. Por primera vez en sus días de hospital, su principal preocupación no era la ausencia de noticias de Triz.

Estaba tumbado en la cama, mirando al techo, sin atreverse siquiera a pedir que le trajeran el libro que había estado leyendo los días anteriores. Ahora que se había enterado de que todo allí tenía un precio temía que el alquiler de lectura subiera, aún más, el coste de su estancia.

No le extrañaba que Arya se preguntara de qué planeta había llegado. El primer día, aburrido, tumbado en la cama, preguntó a la enfermera si no había televisor en su habitación. Cuando esta lo miró con cara de extrañeza y le respondió que no había televisores en ninguna habitación del hospital, recordó dónde se encontraba. No terminaba de acostumbrarse a que el mundo llevara más de dos años sin móviles o sin televisión. Él hacía poco más de un mes había estado viendo su serie favorita mientras Doto la reproducía en una pantalla gigante en el salón de su casa en la realidad virtual.

Pero el mundo real era diferente. Muy poca gente se podía permitir tener un televisor en sus casas, y quien podía se encontraba con muy poca variedad a la hora de elegir programación. Para tan poco público, a las empresas no les salía rentable emitir publicidad y sin publicidad a las cadenas televisivas no les resultaba viable crear contenidos. Solo el gobierno, manipulador y sin escrúpulos, emitía sus informativos en una única cadena para poder seguir metiendo miedo a la población. Cada vez que le llegaba a sus oídos alguna de las afirmaciones que se decían, no podía evitar acordarse de *V de Vendetta*, su película favorita.

—Esto no podría ser más aburrido. —Una voz femenina habló desde el otro lado de la cortina que separaba la habitación.

En un primer momento se sobresaltó. En los días anteriores había estado solo en aquella estancia y había vuelto tan preocupado de la rehabilitación que ni se había dado cuenta de que la cortina que dividía la habitación en dos estaba, por primera vez, corrida.

—La verdad es que no hay mucho que hacer. Estaba pensando precisamente en que no estaría mal que hubiera una televisión como las de antes —comentó. Se encontraba tan aburrido que no le venía mal la distracción de poder hablar con alguien.

—¡Eso estaría genial! Poder ver las películas que daban antes... ¿Te acuerdas de *Bichos*? Una película de dibujos animados de 1999 cuya emisión prohibió el gobierno a partir de la Tercera Guerra Mundial —replicó la mujer sin abrir la cortina, pero con un tono de voz más alegre.

—Esas hormigas ridículas nos superan en número de cien a uno y, si llegaran a averiguarlo, adiós a nuestro estilo de vida. No es por la comida, es para mantenerlas ocupadas y que no piensen. ¡Por eso vamos a volver a atacarlas! —respondió Gare de forma entusiasta.

—¡Vaya! —exclamó la mujer—. Excelente memoria la tuya. Mi nombre es Lilian —se presentó mientras abría la cortina y saludaba desde su cama.

—Encantado. Yo me llamo Gare. Me sorprende que conozcas una película que está a punto de cumplir cincuenta años y que lleva casi cinco prohibida. —La chica aparentaba ser más joven que él. Le llamaba la atención el tono cobrizo de su pelo, tenía una cara muy agradable y, pese a la ropa desfavorecedora del hospital y a estar bajo las sábanas de su cama, parecía bastante atractiva. Además, que conociera aquella película la hacía más interesante.

—Tengo treinta y cinco años, pero a mis padres les gustaba mucho esa película. Me la ponían cuando era pequeña y a mí me encantaba Atta.

—Qué tiempos aquellos en los que las películas animadas enseñaban algo, tanto a mayores como a pequeños. Eso lo perdimos con la Tercera Guerra.

—Peor fue la tormenta solar de hace dos años y medio. Con eso perdimos hasta las películas malas —replicó Lilian mientras se ayudaba de los brazos para incorporarse en la cama. La primera impresión de Gare se confirmó cuando las sábanas dejaron ver más su cuerpo.

—¿Te cuento un secreto? —Lilian no tardó en asentir—. Hasta hace un mes, seguía viendo películas, incluida *Bichos*.

—¿En dónde? —preguntó ella, con un asombro nada fingido, a la vez que se erguía en su cama como un gato a punto de alcanzar un bote de galletas.

—En *Unreal Live*.

—¡Ey! Yo he jugado a ese juego.

—¡No me digas! Igual hasta hemos coincidido en alguna de las fiestas de los viernes por la noche. —Gare estaba seguro de que, si aquella chica hubiera elegido una imagen mejorada de sí misma para el juego, habría intentado ligar con ella durante los años que estuvo encerrado en la realidad virtual. Las pelirrojas siempre le habían llamado la atención a primera vista.

—¿Fiestas? ¿Ahora se puede ir de fiesta en ese juego? Antes solo

se podía viajar y conocer ciudades a las que no podías permitirte ir de manera real.

—¡Ostras! Esa es la versión de hace diez años. La última era mucho más divertida. Había fiestas, alcohol, sexo de vez en cuando... Era el lugar ideal para pasar los fines de semana conociendo a gente nueva. Perfecto salvo si, durante la tormenta solar, te quedas encerrado dentro con tu apariencia real durante dos años...

—¿Que te quedaste encerrado dentro del videojuego? Me estás tomando el pelo. ¡Eso es imposible!

—Me temo que no. Es difícil de explicar, realidades virtuales y apagones no deben de ser compatibles, pero es lo que me pasó. El día de la tormenta solar me quedé encerrado en el videojuego sin poder salir, al no haber electricidad. Por eso podía seguir viendo películas hasta hace poco tiempo. En *Unreal Live* siguen funcionando las televisiones y los móviles, hay coches y parques...

—¿Y por qué saliste de allí? Mejor aún, ¿cómo saliste? ¿Es lo que te ha traído al hospital?

—Eso es más difícil de explicar todavía. Conseguí salir del videojuego como terminan todos, con la muerte del protagonista, pero no fue eso lo que me trajo al hospital. Dejémoslo en que tuve una mala caída —respondió Gare, acordándose de cómo Cristian le dejó caer con su magia desde lo alto de un árbol, pero obviando Aisling y lo que allí había vivido. No quería que la chica lo tomara por loco nada más conocerse. Bastante raro sonaba ya lo del videojuego—. Y tú, ¿por qué estás aquí?

—Un accidente en mi empresa. He sufrido una descarga eléctrica manejando unos contenedores de energía y me he caído desde una segunda planta. Pensaron que me había matado, pero al final solo me he roto los huesos de una pierna y la descarga eléctrica no me ha producido daños. Un pequeño milagro —respondió Lilian, sentándose en el borde de la cama y enseñando su férula impresa en tres dimensiones que le protegía la zona lesionada—. Con un par de días de rehabilitación me darán el alta. Por fortuna, el seguro de mi empresa me cubrirá los gastos. Esta tecnología de rehabilitación ósea es muy efectiva y rápida, pero muy cara. Mientras tanto, tendremos que compartir habitación.

—No hay problema. Yo llevo aquí más de dos semanas y, desde que me han dicho lo que me va a costar la estancia en este sitio, se me han quitado las ganas hasta de pedir el libro que estaba leyendo. Ahora tengo con quien hablar para ocupar el tiempo. Se me harán más soportables las horas entre tortura y tortura de rehabilitación.

—¿Qué libro leías?

—*¿Tú me ves? La maldición de la casa Cavendish*, de Gemma Herrero Virto. Estaba interesante, pero me da miedo volver a pedirlo

por si eso aumenta la factura. Además, son seis libros y no voy a tener tiempo de leerlos todos.

—Gemma Herrero... ¿no le dieron el Premio Nobel de Literatura en el 2041?

—Sí. La academia cambió su criterio de selección de ganadores unos años antes. Gemma se hizo muy popular cuando hicieron las películas de sus libros, pero, aunque soy muy aficionado al cine, siempre he preferido la lectura. Los libros dan más de sí cuando te los imaginas.

—Si quieres, lo puedo alquilar yo y te lo presto. Como te digo, los gastos de hospital me los cubre el seguro de la empresa, incluido el alquiler de libros.

—¡Vaya! Sería un detalle por tu parte —repuso Gare—. Por cierto, en tu empresa no necesitarán a alguien, ¿verdad? Estoy buscando trabajo. Los gastos del hospital me han dejado la TVE temblando y después de dos años fuera y con los cambios provocados por la tormenta solar, me he quedado un poco desactualizado para el mercado laboral. Antes trabajaba haciendo baterías eléctricas para coches, pero ahora ya casi nadie tiene uno.

—Pues creo que sí. Si me caes bien en estos días que tengo que pasar aquí, les hablaré de ti a mis jefes para que te busquen algo cuando te den el alta. De momento, acordándote del monólogo de la película *Bichos*, has ganado muchos puntos... y seguro que sin la bata de hospital hasta resultas atractivo —comentó Lilian sin cortarse. El chico que estaba en la habitación le había caído simpático y le apetecía coquetear con él, hacía mucho tiempo que nadie le caía bien a primera vista.

—No hay nadie que resulte atractivo con estas batas —rió Gare—. Me parece increíble que, con todos los avances de la humanidad en estos años, sigan usando estos harapos que te dejan con el culo al aire al menor descuido.

—Piensa en el lado bueno. Si tienes una compañera de habitación guapa, las batas pueden ofrecerte buenas vistas. —Lilian rió con ganas.

La conversación entre ambos se alargó hasta altas horas de la noche, cuando dos enfermeras les echaron la bronca por no estar en silencio y descansar.

—4—

Casa de Triz. Diciembre del 2048

El libro de Astrid contenía varios conjuros y hechizos con los que prepararse para una batalla. Había aprendido a manejarlos y se sentía más segura para enfrentarse a lo que se le pudiera venir encima, pero no decía nada de cómo había conseguido evitar el catastrófico desenlace cuando se tuvo que enfrentar a su misma situación. Era como si al libro le hubieran arrancado las últimas páginas antes de que lo encontrara. No lo entendía. ¿Quién podría haberlo hecho si la propia Astrid les había recibido en la cueva? ¿Por qué no se explicaba paso a paso, como una receta de cocina, todo lo que tenía que hacer? ¿Por qué se empeñaban en complicarle la vida? ¿Acaso no era bastante difícil ya?

Había leído y releído aquellas páginas decenas de veces, pero tras el tercer sueño con los Dioses y ver su mundo destruido, Astrid no contaba ninguna visión más ni había rastro de cómo había conseguido salvar los mundos. Posiblemente porque, tras el conflicto, quedó encerrada en aquella cueva y no tuvo ocasión de ponerse a escribir.

Tanto esfuerzo en su búsqueda, haber estado varias veces a punto de morir, haber puesto en peligro la vida de Gare, solo por unos cuantos hechizos y conjuros que, si bien le iban a ayudar en próximas batallas, no la acercaban a evitar el desastre.

Agotada, después de días robándole horas al sueño para estudiar el libro, de repetir una y otra vez cada hechizo hasta estar segura de manejarlo con soltura, decidió que ese fin de semana se lo iba a dedicar a ella y a su familia. A nada más, aunque el mundo decidiera

venirse abajo. Si le obsesionaba salvar los mundos de sus pesadillas, era para mantener a salvo a los suyos, y de nada le servía estar preparada si ello le iba a impedir pasar tiempo a su lado.

Aprovechó que se encontraba despierta, casi de madrugada, para hacer el desayuno, pero esta vez no se limitó a prepararlo para sus hijas y conformarse con un vaso de leche sintética fría para ella, esa mañana tiró la casa por la ventana. Horneó pan de plátano macho y huevos, además de preparar café para todos, mientras planeaba en su cabeza cómo pasar la mañana, antes de que el sol castigara a la ciudad con justicia.

La primera en llegar a la cocina fue Alana, que al ver el desayuno se quedó parada en la puerta.

—¿Ha pasado algo? —preguntó al verla tararear una canción mientras iba de un lado al otro de la cocina—. ¿Es el cumpleaños de alguien y se me ha olvidado?

—No, tranquila. No celebramos nada especial. Simplemente que hoy es sábado y quiero pasar todo el día con vosotras.

—¿Puedo tomar café? —preguntó Alana, a quien no le dejaban tomarlo por miedo a que durmiera todavía peor por las noches. Bastante le costaba conciliar el sueño, como para añadir la cafeína a la ecuación.

—¡Sí! Hoy sí puedes tomar café —respondió Triz. Su hija llevaba tres semanas durmiendo sin excesivos problemas desde que habían desaparecido las pesadillas. Ya era hora de que pudiera celebrarlo tomándose un café en el desayuno.

Unos minutos más tarde, cuando Alana ya saboreaba cada sorbo y mordía feliz su pedazo de pan, entró Óscar en la cocina.

—¿Qué ha pasado hoy aquí?

—He hecho el desayuno para todos. Hoy tenemos café.

—¿Nos lo podemos permitir? —preguntó Óscar mientras tomaba asiento en su lugar en la mesa.

—No me he parado a pensar en eso. No podemos vivir siempre preocupados por si nos podemos permitir o no tomar un café por las mañanas. En algunas ocasiones, simplemente hay que disfrutar del momento y hacer lo que a uno le apetece. Y a mí, hoy, me apetecía que desayunásemos todos juntos y tomar café en familia.

—Pero este mes...

—Por favor, Óscar, sin peros. Disfruta del desayuno con las niñas y conmigo. Ya nos preocuparemos de los peros el lunes, si hace falta.

Óscar iba a añadir algo más a la conversación, pero tras dar un sorbo a su taza de café caliente se le olvidó y se limitó a disfrutar de la comida. No podía protestar después de saborear algo tan bueno. Además, se alegraba de ver a su mujer con una sonrisa en la cara y no quería ser el culpable de estropearla. Hacía mucho tiempo que no la

veía sonreír de aquel modo y la verdad era que estaba muy guapa.

La última en bajar a la cocina fue la pequeña Maya, venía frotándose los ojos, arrastrando los pies y el pijama que había heredado de su hermana mayor y con el pelo revuelto. Se quedó quieta al ver al resto de la familia sentada en la mesa y a su madre riendo.

—Buenos días, dormilona —saludó Triz, al ver a su pequeña parada en la puerta—. ¿Quieres un dulce con tu tostada y tu vaso de leche?

Maya dejó de frotarse los ojos y asintió antes de salir corriendo a sentarse en su silla. No solían darle dulces con el desayuno.

Al cabo de un rato estaban los cuatro riendo y disfrutando. Por un momento, se quedaron muy lejos las preocupaciones y el estrés, los grimorios, los «hombres malos» y salvar mundos. Si hubiera podido, Triz habría congelado ese momento para poder vivir en él para siempre, pero no conocía ese hechizo.

—Había pensado que podríamos llevarlas al parque por la mañana y, después de comer, pasar la tarde haciendo algo los cuatro juntos. Alguna actividad en familia, en el salón —comentó esperando la conformidad de su marido.

—¿Hoy no tienes nada que hacer en el sótano? —preguntó él, a la vez que la miraba de reojo y daba un sorbo a su taza de café.

—Siempre tengo que hacer algo, pero he decidido olvidarme de todo y pasar el día con mi familia. ¿Te apetece?

Óscar se limitó a hacer su característico gesto con los hombros.

Terminado el desayuno, las niñas estuvieron encantadas con el plan de ir al parque. Llevaban toda la semana saliendo solo para ir al colegio —su madre se empeñaba en llevarlas a casa en cuanto las recogía— y estaban deseando salir y divertirse. Además, ese día, su madre parecía dispuesta a explayarse con ellas y unirse a sus juegos.

Alana se alegraba de que no le hubiera dicho, ni una sola vez, que tenía que tener cuidado con los rayos del sol. Se había limitado a ponerle la crema protectora y, desde ese momento, le había dejado jugar a sus anchas sin volver a recordárselo. Estaba a punto de cumplir trece años y ya era mayor para saber cuándo debía ponerse o no la crema.

Para demostrarle a su madre que era una chica responsable, fue ella misma la que le pidió que le dejara ponérsela y quien le recordó que debía volver a dársela a Maya. En realidad, no le hacía ninguna falta, porque ella no notaba que el sol le quemara la piel, pero ver a su madre tan contenta era una buena oportunidad de ganarse su confianza. Si la veía capaz de cuidarse sola, no le pondría pegas para asistir a una fiesta con sus amigas.

Después de jugar un rato con sus hijas, Triz se acercó a Óscar, que

se había quedado observándolas en un banco y le invitó a unirse.

—¿No vienes a jugar con nosotras?

—Ya soy mayor para juegos, ¿no crees?

—Nunca se es lo suficientemente mayor para acordarse de ser feliz con las personas a las que se quiere. Ven, vamos a ser felices con nuestras hijas, aunque sea solo por un rato —dijo Triz tendiéndole la mano.

Óscar tardó unos segundos en reaccionar, pero al final se levantó del banco y agarró la mano de su mujer. Una corriente de optimismo recorrió el brazo de Triz. Cada vez tenía más clara la decisión que debía tomar. Aquella era la vida que siempre había soñado tener, el camino que había elegido.

Óscar acabó olvidándose de sus prejuicios y terminó disfrutando de jugar en el parque, sin importarle que los pantalones se le ensuciaran mientras perseguía a sus hijas entre los columpios. Manchado de tierra, con el pelo revuelto y riendo sin parar, a Triz le recordó al chico del que se enamoró.

Regresaron a casa para la hora de comer. Las dos niñas iban tan contentas que, por un momento, habían olvidado pelearse entre ellas y caminaban de la mano entre risas. Triz se sentía orgullosa al ver a Alana ejerciendo de hermana mayor. Había llegado el momento de hablar con ella sobre sus sueños y sus responsabilidades con el mundo de la magia. Iba a cumplir trece años y ya no podía retrasarlo mucho más tiempo, pero, al menos, esperaría hasta el lunes. El fin de semana era solo para disfrutar en familia. Ya iba a pasar tiempo sin poder hacerlo cuando tuviera que marcharse a Grawell. Algo en su interior le decía que ese segundo viaje no iba a ser de solo unas horas.

—Se la ve mucho mejor estos días —comentó Óscar, que caminaba a su lado un par de pasos por detrás de sus hijas, sobresaltándola.

—¿A quién?

—A Alana. Lleva días que no tiene pesadillas y ya no deja la luz encendida por las noches. Ni siquiera te ha pedido que te quedes a dormir en su cama. Parece que, por fin, se ha acostumbrado a dormir sola.

—Sí. Se la nota hasta en el ánimo. Duerme mejor. Espero que siga así durante un largo tiempo.

—¿Acaso crees que volverán las pesadillas? —interrogó Óscar, a quien se le notaba el tono de preocupación en la voz.

—Volverán... siempre vuelven, pero espero que, para entonces, ya esté preparada.

—¿Preparada para qué?

—Para sus responsabilidades como bruja... —respondió Triz. Al hacerlo bajó el tono de voz, segura de que esa respuesta acabaría

llevando la conversación a una nueva disputa.

—¿Qué pasó el fin de semana en casa de tus padres para que se hayan terminado sus pesadillas así, de pronto? —Quiso saber Óscar. Triz se giró con mirada interrogativa, como si le preguntara si estaba seguro de querer escuchar la respuesta—. ¿Tienes algo que ver con que Alana, por fin, pueda dormir bien? —continuó.

—Es muy largo de contar y difícil de explicar. Sabes que tu hija siempre decía que sus pesadillas eran con un «hombre malo». —Óscar asintió—. Dejémoslo en que, ese fin de semana conseguí que desapareciera —respondió Triz, rememorando la reciente imagen en su mente de Cristian enterrado bajo un montón de árboles y piedras.

—No sé cómo lo hiciste, pero me alegro. Ahora que Alana descansa tranquila, quizás puedas volver a dormir en nuestra cama...

La cuestión quedó en el aire y dando vueltas en la cabeza de Triz. Intentó aparcarla cuando llegaron a casa para comer, pero cada vez que se quedaba un momento en silencio, la sugerencia de Óscar volvía a su cabeza. Siguió aparcándola durante la tarde de juegos en el salón, aunque al ver a su marido divirtiéndose por primera vez en mucho tiempo, recordó lo que le gustaba verlo sonreír y lo guapo que se ponía cuando reía. Por segunda vez en el día, y por primera vez en meses, viéndole allí sentado en el suelo jugando con sus hijas, le apetecía darle un beso y ver adónde llevaba aquel primer impulso.

Después de cenar y tras un día entero de juegos, fueron sus hijas quienes sugirieron irse a la cama porque estaban muy cansadas. Ninguna de las dos se hizo de rogar, la pequeña no pidió que le contaran ninguna de sus historias y Alana cayó rendida. Pronto se quedaron dormidas. Cuando Triz bajó al salón, Óscar estaba recogiendo la cocina.

—¿Ya se han dormido? —preguntó mientras guardaba los platos en el armario.

—Sí, estaban agotadas. Hoy han disfrutado mucho y no les quedaba ni una gota de energía para remolonear. Ha sido meter los dos pies en la cama y dormirse.

—La verdad es que ha sido un día divertido y agotador. Yo también debería irme a la cama. No recordaba lo cansado que es jugar. Estoy más molido que después de un día de trabajo en la fábrica.

—¿Estás muy muy cansado? —preguntó Triz con tono malicioso.

—La verdad es que sí... bueno… no tanto —respondió Óscar al ver a su mujer acercarse a él con una sonrisa traviesa dibujada en los labios y una mirada lasciva que no recordaba haber visto desde hacía mucho tiempo.

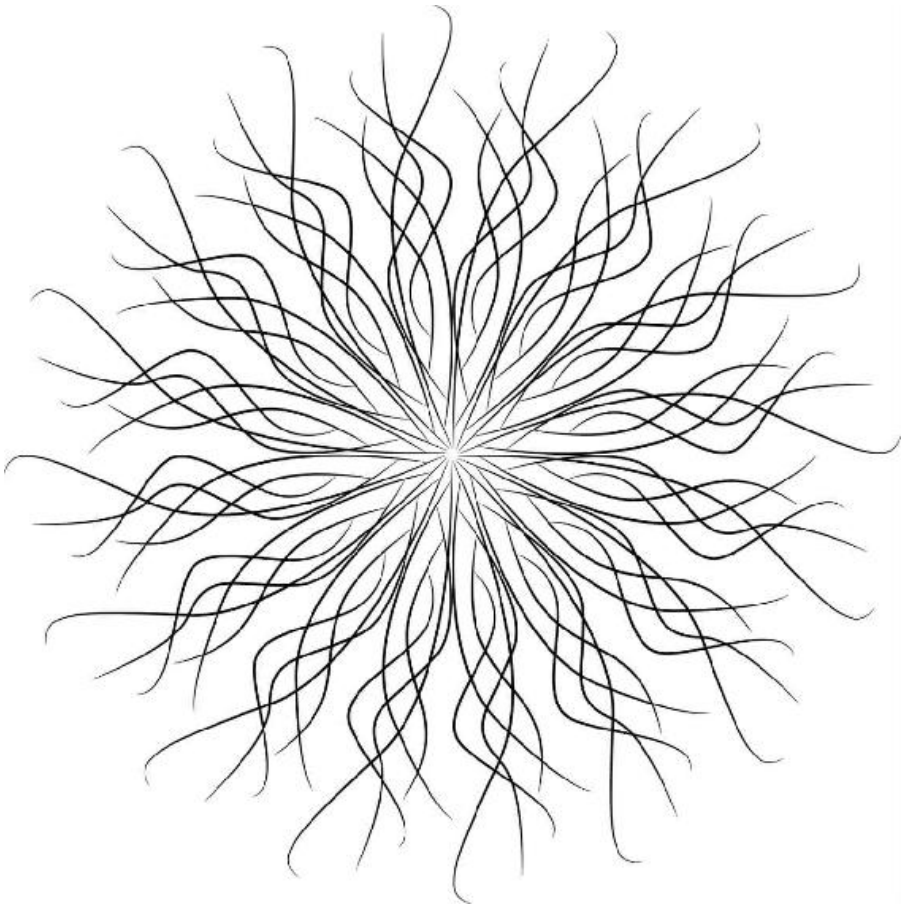
Triz le dio el beso que llevaba deseando darle desde la mañana en el parque. Un beso suave y cálido que fue pidiendo permiso, poco a

poco, para volverse pasional y atrevido. Óscar no puso reparos en convertirse en pareja de baile de aquel juego de pequeños mordiscos y caricias en medio de la cocina. Hacía mucho tiempo también que no se divertía con su mujer.

El juego que empezaron en la cocina continuó en el salón entre risas y peticiones de no hacer mucho ruido para que las pequeñas no los interrumpieran y terminó en la cama de su habitación dando rienda suelta a una pasión arrinconada con el tiempo, pero deseosa de volver a ocupar un papel protagonista en su relación.

Esa noche, felizmente agotados, durmieron abrazados con el intenso y agradable aroma de su encuentro flotando en el aire de su dormitorio.

—5—



Grawell. Casa de Helen

Hacía casi ocho semanas, en tiempo de Grawell, que había tenido que volver a despedirse de su sobrina y Helen seguía melancólica. La primera despedida, cuando Triz apenas tenía trece años, fue necesaria por su enfermedad. Había intentado enseñarle, en el poco tiempo que había tenido, lo más indispensable de la magia, sabedora de que su poder la llevaría a ser alguien muy importante con los años. Ninguna otra bruja que conociera, y eran muchas, había soñado con los Dioses en su décimo cumpleaños, y eso convertía a su sobrina en la heredera de Astrid. Sin embargo, no pudo evitar tener que marcharse sin terminar su trabajo y con la duda de saber si sola iba a poder conseguir llegar a ser la bruja que de ella se esperaba.

Sus estudios sobre el mundo de las brujas la habían llevado a conocer la historia de Astrid antes de tener que viajar a Grawell y a saber que la primera gran bruja que había soñado con los Dioses había dejado oculto un mensaje que ninguno de los cientos de brujas que habían acudido después a aquel lugar fue capaz de descubrir. Segura de que su sobrina era la elegida, le dejó el colgante para cuando, llegado el momento adecuado, pudieran reencontrarse.

Si de algo le había servido volver a verla, era para darse cuenta de que se había convertido en la mujer que esperaba. Había sido madre, como sus sueños le anunciaron, y una nueva generación de brujas continuaría su legado. Le encantaba el nombre que le habían puesto a la heredera de su magia: Alana. Un nombre de origen celta que significaba «bella» o «armonía». Esperaba que la magia de su sobrina y la de su hija trajeran, por fin, la paz al mundo de las brujas y al resto de mundos.

La segunda despedida había sido abrupta, sin tiempo de decirse todo aquello que se tenían que contar y sin la posibilidad de darse un último abrazo. También había servido para rescatar los recuerdos de su vida y que volviera a echar de menos a su hermana o los ratos con su pequeña sobrina, a la que lamentaba no haberla visto crecer.

Por eso, ni siquiera había lavado el vaso donde Triz había bebido mojitos la noche que habían pasado juntas y en donde estaba la marca de sus labios. Cada noche realizaba un conjuro para que esta se separara del vaso y poder sentir así un beso de su sobrina antes de acostarse. Se había ido hacía pocas semanas y la extrañaba muchísimo. Solo deseaba que su sobrina descubriera el mensaje de Astrid y pudiera terminar para siempre con sus pesadillas.

Se debatía en una pelea de sentimientos. Quería volver a verla, pasar más tiempo con ella, conocer a sus hijas y que le relatara más detalles de su vida, pero sabía que eso solo ocurriría si se veía obligada a regresar a Grawell, con el dolor que eso conllevaba Ni siquiera podía imaginarse hacer pasar por aquello a la pequeña Alana, aunque se moría de ganas de verla en persona. Soñaba con volver a encontrarse con Triz, pero, a la vez, deseaba que eso fuera después de muchas lunas, cuando el conjuro de cada noche ya hubiera borrado todo rastro de sus labios del vaso y el olor que desprendía la ropa que se dejó en el lago hubiera desaparecido.

Para ello, para retrasar el máximo tiempo posible su regreso a Grawell, se estaba esforzando en mantener el equilibrio entre las fuerzas reinantes, pero no estaba resultando sencillo.

La huida de Triz con la ostra mágica de Astrid había provocado un revuelo entre muchas de las brujas, un motín. Quien encabezaba las protestas era Petronilla que, tras haber sido retenida por la magia de Helen, había visto con impotencia cómo la que consideraba su

única esperanza de regresar a la Tierra se había perdido. Bramó desconsolada y se encaró con ella cuando se quedaron a solas. En un ataque de rabia, había denunciado a Helen ante el consejo y no fueron pocas las voces que se unieron a la protesta.

Voces no solo de brujas de magia negra. Algunas de magia blanca no entendían quién le había dado la potestad a Helen para decidir que la ostra de la primera gran bruja debía abandonar Grawell. Pensaban que, con esa ausencia de magia, su posición quedaba debilitada y no tardarían en perder el control del mundo de las brujas a manos de aquellas que querían destruirlas.

Una de las más beligerantes era Agnes Waterhouse, la primera inglesa ejecutada por un tribunal secular acusada de la muerte de un vecino, de llevar enfermedades a la ciudad y de asesinar a su esposo. Acciones que en realidad nunca cometió. Simplemente se hartó de la sociedad en la que le había tocado vivir. Se cansó de sanar a la gente y de ser bondadosa —se la conocía como Madre Waterhouse—, para que, a las primeras de cambio y en la primera cruzada de Enrique VII, tras la decapitación de Ana Bolena, todos le dieran la espalda y la acusaran de brujería. En un acto de ironía, llamó a su gato Satanás y, cuando vinieron a hacerle confesar sus delitos, dijo que parte de ellos los había cometido su gato.

Se la consideraba una de las brujas más inteligentes de Grawell y era una de las «brujas» de elemento, por eso, cuando se posicionó en contra de Helen, fueron muchas las que optaron por situarse de su lado.

La situación era cada vez más insoportable. Las tiranteces dentro del consejo amenazaban con romperlo y, si eso llegaba a ocurrir, si cada una de las brujas decidía librar la batalla por su cuenta, no tardarían en producirse bajas. Helen tenía la sensación de que solo hacía falta una pequeña chispa para que todo saltara por los aires, una última gota de incertidumbre que desbordara el vaso de la impaciencia.

El consejo de brujas estaba compuesto por todas las brujas de sangre de Grawell. Sin importar si su magia era blanca, negra o gris, todas tenían derecho a voto en él. Esto era lo que había dado cierta estabilidad al mundo de las brujas. Una estabilidad siempre frágil, pero que se había mantenido y respetado durante siglos.

Al frente del consejo cuatro brujas, las más poderosas de Grawell, se sentaban en los puntos cardinales del mismo y eran llamadas las «brujas de elemento» porque cada una de ellas representaba a uno de los cuatro elementos vitales. Eran elegidas por el resto de brujas y su palabra se respetaba. Para fortuna de Helen, que era una de ellas —en su caso representaba el fuego—, aunque Agnes y Petronilla —dos de las otras brujas más poderosas— se habían posicionado a favor de

echarla del consejo, la cuarta bruja la apoyó y eso había retrasado la decisión final. Pero los privilegios de Helen dentro del consejo pendían de un hilo.

Entre la ausencia de su sobrina y las luchas internas en Grawell, sentía que se estaba quedando sin fuerzas. No encontraba nada a lo que aferrarse que la ayudara a mantener a flote su fuerza de voluntad. Había amaneceres que le costaba incluso levantarse de la cama. Era como si los años, que en Grawell no pasaban, le hubieran caído sobre el alma de golpe. Se sentía como la bruja de setenta y muchos años que le correspondía ser. Por eso, esa noche, quería irse pronto a descansar y dejar que las horas pasaran sin moverse de entre las sábanas.

Estaba haciendo el conjuro para recibir el beso de buenas noches de Triz cuando llamaron a su puerta.

—Helen, ¿estás ahí? Tenemos que hablar.

—¿Y tú eres de las más inteligentes en Grawell? —preguntó disgustada y gritó hacia la puerta al reconocer la voz—. Por supuesto que estoy en casa, Agnes, ¿no ves la luz? Pero estas no son horas y estoy cansada para discutir. Rigel ya no es visible y tú deberías estar también en tu casa.

—¡Abre, Helen! Es muy importante.

La voz de Agnes sonó realmente preocupada. No estaba enfadada o disgustada como las últimas veces que habían hablado o discutido en el consejo. Se le notaba angustiada, nerviosa.

—Os dije en el último consejo que era necesario. Mi sobrina necesitaba la ostra para evitar la profecía de sus sueños. Además, ninguna de vosotras había sido capaz de encontrarla durante siglos. Solo a ella se le reveló durante el beso de la estrella azul. Por algo será, ¿no crees? —relató en voz alta mientras se encaminaba hacia la puerta para abrir, pese a sus primeras reticencias.

—¡Tu sobrina tiene que volver! —exclamó Agnes en cuanto Helen abrió a la vez que entraba como una ráfaga de viento cuando hay corriente.

—Y yo te he dicho decenas de veces que no voy a hacerle pasar por eso otra vez. Regresará cuando tenga que hacerlo. Cuando encuentre la manera de evitar sus sueños. Sin ella no habrá mundo de las brujas que defender ni mundo al que querer regresar. Triz necesita la ostra y no va a volver a Grawell a devolverla por muy pesadas que os sigáis poniendo.

—No es por la ostra, Helen. Es lo que intento contarte si dejas de parlotear y me dejas hablar. Es mucho más preocupante. Si no nos damos prisa, tu sobrina no va a tener mundo de las brujas que salvar. ¡Han desaparecido los sigilos sagrados[1]!

—6—

No hay calma que cien años dure

Aún con la sonrisa en los labios, Triz despertó cuando todavía era noche cerrada. El apasionado reencuentro le había dejado la boca seca y esa sensación de sed había terminado por despertarla. Dio un beso a la espalda de su marido mientras intentaba soltar su brazo de los de Óscar, que lo sujetaban contra su pecho, para poder levantarse. Aunque podría haber ido al cuarto de baño para beber un poco de agua, era tanta la sed que sentía que decidió ir hasta la cocina para tomar un poco de leche que, pese a ser de origen artificial, le gustaba más que el insípido sabor del agua purificada que llegaba a las casas.

La sensación de bienestar con la que se levantó de la cama se vio enturbiada cuando pulsó el interruptor de la cocina, pero no se encendió ninguna luz. Pese a que comprobó un par de veces su TVE y volvió a insertarla adecuadamente en el sistema, esta siguió sin encenderse. Aunque maldijo un par de veces, no estaba dispuesta a que una bombilla fundida estropeara su idea de un fin de semana perfecto en familia, así que, a oscuras, entró en la cocina y llegó hasta el frigorífico segura de que al abrir la puerta su luz la iluminaría la sombría cocina.

Pero no fue así. Cuando abrió la puerta de la nevera, el haz de claridad esperado fue sustituido por una ráfaga de aire frío que le golpeó en la cara de tal modo que su gesto casi se le queda congelado. La sorpresa pasó a asombro cuando comprobó que dentro del frigorífico no solo no había luz, sino que tampoco había leche ni el café que había sobrado a la mañana ni alimentos, ni siquiera baldas. Todo era un gran contenedor de negrura y aire gélido. Un frío que

parecía llamarla por su nombre desde el interior.

Triz conservó la calma. Estaba claro que, una vez más, no se había levantado de la cama ni había ido a su cocina. Se encontraba en uno de sus sueños y, en realidad, seguía acostada, así que se dejó llevar. Lo único que lamentaba era no haberse puesto la ropa de cama antes de soñar con bajar a la cocina porque la idea de meterse dentro del gélido frigorífico en ropa interior no le hacía mucha gracia.

—Triz —Otra vez la voz que le llamaba desde el interior—. Entra, Triz, es importante.

—Está bien… ya voy, pero espero que esta vez quieras contarme algo útil y no uno de tus habituales acertijos sin salida —replicó hablándole a sus sueños—. Con lo de que mi nevera me hable, te has pasado.

No era la primera vez que era consciente de estar dentro de un sueño. Ya eran muchas las pesadillas que le había tocado vivir y había aprendido a detectar pequeños detalles que le revelaban que seguía dormida. Sus sueños se habían descuidado y cada vez se preocupaban menos por disimular aquellos detalles. Cada vez se volvían más inverosímiles.

Tuvo que agacharse para entrar por la puerta y no le sorprendió comprobar que su nevera no tenía fondo y, como si del acceso a un sótano se tratara, había unas escaleras que descendían al otro lado. En cuanto empezó a bajarlas, la puerta se cerró a sus espaldas y desapareció. Si quería regresar a su cama, iba a tener que bajar aquellos escalones y descubrir cómo terminaba aquella pesadilla. Al menos, a cada escalón que descendía, la sensación de frío era menor y no tenía que cubrirse el pecho con ambos brazos.

Ese aumento de temperatura fue a más y llegó un momento en el que, pese a la escasez de ropa, Triz rompió a sudar.

Solo cuando sus pies descalzos alcanzaron el último escalón pudo ver una tenue luz al otro lado de un largo corredor. Impaciente por descubrir qué era aquel lugar y poder regresar a la tranquilidad de su cama, se aventuró a recorrerlo.

Un cosquilleo en la columna vertebral le avisó de que, a pesar de saber que estaba en un sueño, los nervios empezaban a ser reales. El corredor era oscuro, tallado en piedra y el olor que desprendía era el mismo que el de un yogur caducado, con ese punto excesivo de acidez que se te clava en la nariz.

Cruzó el pasillo con la sensación de que en cualquier momento una mano saldría de la negrura y le agarraría del hombro para tirar de ella hacia el abismo y eso le hizo acelerar el paso. Cuando llegó al otro lado, reconoció dónde se encontraba.

No había estado nunca, pero en cuanto la luz iluminó la primera estancia, supo que estaba en Annwn[2], la antesala de Marbhreilig[3],

el mundo de los muertos.

No era un lugar muy agradable de visitar. Aquel era el sitio en el que los recién fallecidos esperaban a ser recibidos. Cuando realizaba ceremonias de acompañamiento a los muertos en su hospital, lo hacía para que la espera en aquel lugar les resultara más agradable y aceptaran su destino. Si los muertos se negaban a cruzar a Marbhreilig, corrían el riesgo de permanecer en aquella estancia para siempre, como si de una celda de aislamiento de un sanatorio mental se tratara, salvo porque sus paredes no eran blancas acolchadas, sino de un color siniestro y tétrico y amenazaban con infligirte sangrantes heridas si te acercabas demasiado. Aquel lugar no intentaba protegerte de la locura que te pudiera provocar, al contrario, se aprovechaba de ella para seguir torturándote. Para evitarlo era por lo que se había hecho doctora.

El pudor le ruborizó las mejillas, al darse cuenta de que no estaba sola. Un hombre, cubierto con una túnica negra de los pies a la cabeza, no le quitaba ojo y Triz intentó cubrir su casi total desnudez con los brazos.

—No te preocupes —habló el hombre desde uno de los rincones —. No es tu físico lo que me interesa de ti. —Su voz sonaba como dos placas de hierro chocando entre sí.

—¿Y qué es lo que te interesa? —preguntó Triz sin llegar a mover los brazos.

—Tu pasado, tus ancestros; tus poderes, tu magia; si aceptas o no tu destino; tu cuerpo...

—Le aseguro que, como piense siquiera acercarse un metro más a mí, lo mato —advirtió Triz enfadada, al ver la mirada que le estaba echando.

—Curiosa amenaza teniendo en cuenta donde estamos, ¿no crees? —rió él. La risa resonó en las paredes como el sonido de un cristal al romperse. Triz se dio cuenta de que amenazar a alguien con matarlo en Annwn, a las puertas del mundo de los muertos, era una absoluta estupidez—. Tampoco quiero tu cuerpo para hacer nada con él. Si me interesa, es porque puedes usarlo para regresar.

—Estamos en uno de mis sueños. En realidad no estoy aquí. Para regresar solo tengo que despertarme.

—Aún no estás aquí, pero puede que tu momento no tarde en llegar y entonces te alegrarás de haberme conocido.

—No estaría yo muy segura de eso... —musitó Triz cuando el hombre se acercó más a ella y pudo distinguir su rostro demacrado por la edad. Pese a su extrema vejez, hubo algo en él que le resultó familiar—. ¿Nos conocemos?

—Digamos que no es la primera vez que nos vemos... Pero eso ahora tampoco es importante. Hay algo que tienes que saber, Triz.

Que aquel hombre la llamara por su nombre hizo que todos los pelos de su cuerpo se erizaran.

—¿Que no debo levantarme en ropa interior a beber leche?

—Me alegra comprobar que, pese a todo lo que has visto, sigues conservando el sentido del humor, pero escúchame con atención, porque lo que tengo que decirte desearás recordarlo: «Cuando pierdas la esperanza y tu amor se marchite, siembra el corazón de la manzana que llora y riégala con la sangre del Dios que no muere».

—¿Otro acertijo? Estoy aburrida de acertijos. Coge la espada, mata al dragón. Sin tantas vueltas y sandeces. ¿Es que la magia no sabe hablar sin rodeos? —exclamó Triz enrabietada.

—Hay instrucciones que son un acertijo cuando se desconoce el mensaje, pero lo entenderás en el momento adecuado —repuso el hombre antes de darse la vuelta y regresar al rincón del que había salido.

—¡Ah, no! ¡Me has traído hasta aquí en bragas, así que me lo vas a explicar bien clarito! —Sin embargo, él le seguía dando la espalda.

—El tiempo se acaba… tu tiempo se acaba. En los lugares más oscuros es donde se puede apreciar la luz de quien menos brilla. No lo olvides.

—¿Qué es eso de que me queda poco tiempo? ¿Poco tiempo para qué? ¿Para salvar los mundos? ¿Para morir y venir aquí? ¡Para qué! —Triz se acercó al hombre, esta vez sin importarle la vergüenza o el pudor. Le agarró del hombro y le obligó a darse la vuelta. Se sentía tan harta de metáforas y acertijos que estaba dispuesta a arrancarle el mensaje, aunque fuera a golpes.

Pero ya no era el mismo anciano con el que había estado hablando, aunque su rostro también le era conocido.

—¿Ya te has cansado del idiota de Gare? —inquirió Cristian—. Veo que vienes vestida para la ocasión —añadió y la agarró por la cintura e intentó besarla.

Ella había mandado a Cristian allí, a Annwn, y él parecía negarse a aceptar su destino. Verlo allí le hizo comprender de golpe que matar a sus enemigos no significaba librarse de ellos para siempre.

—¡Suéltame! —gritó y lo empujó con sus antebrazos para alejarlo.

—Reconoce que me echabas de menos.

—No he pensado en ti desde que te dejé enterrado en el bosque de Otsa. Me das tanto asco…

—Fuiste tú la que me condenaste a tener esta imagen para toda mi eternidad —replicó Cristian sin cejar en su empeño de intentar besarla.

—No es tu imagen lo que más asco me da de ti —repuso Triz que intentaba con todas sus fuerzas zafarse.

—Preferirás al inútil de Gare. Verás lo que nos vamos a divertir

con él en Annwn...

—¡Deja en paz a Gare! —gritó Triz.

En ese momento despertó.

Sudorosa y agitada se levantó de la cama. Tenía la boca seca y el corazón a punto de salírsele por ella. Sentía mucha sed y necesitaba beber algo para tranquilizarse, pero, aprendida la lección, decidió recoger algo de ropa del armario.

—¿Se puede saber adónde vas? —preguntó Óscar que se había incorporado en la cama.

—Voy a la cocina. Tengo la boca seca y necesito beber algo.

—¿Y para eso tienes que vestirte? ¿No vas a volver después a la cama? Te vas al sótano, ¿verdad?

—Solo voy a la cocina, pero he tenido uno de mis sueños y... no tengo que darte explicaciones. Voy a la cocina y ahora vuelvo.

—¿Esos malditos sueños no te dejan tranquila ni la primera noche que dormimos juntos después de mucho tiempo?

—No los controlo. No aparecen cuando a mí me da la gana. La única manera que tengo de no tenerlos es no durmiendo y a veces ni eso funciona, como cuando soñé con el fin de los mundos el día que íbamos a quedar por primera vez. ¿Qué quieres que le haga?

—Pensé que todo volvería a la normalidad después de que nuestra hija haya dejado de tener pesadillas —respondió Óscar. El gesto de su cara daba a entender que estaba enfadado.

—Nuestra vida nunca va a ser normal. Yo no voy a dejar de ser una bruja y tu hija mayor tampoco.

—Ya me cuesta acostumbrarme a compartir cama con una, como para tener dos bajo el mismo techo.

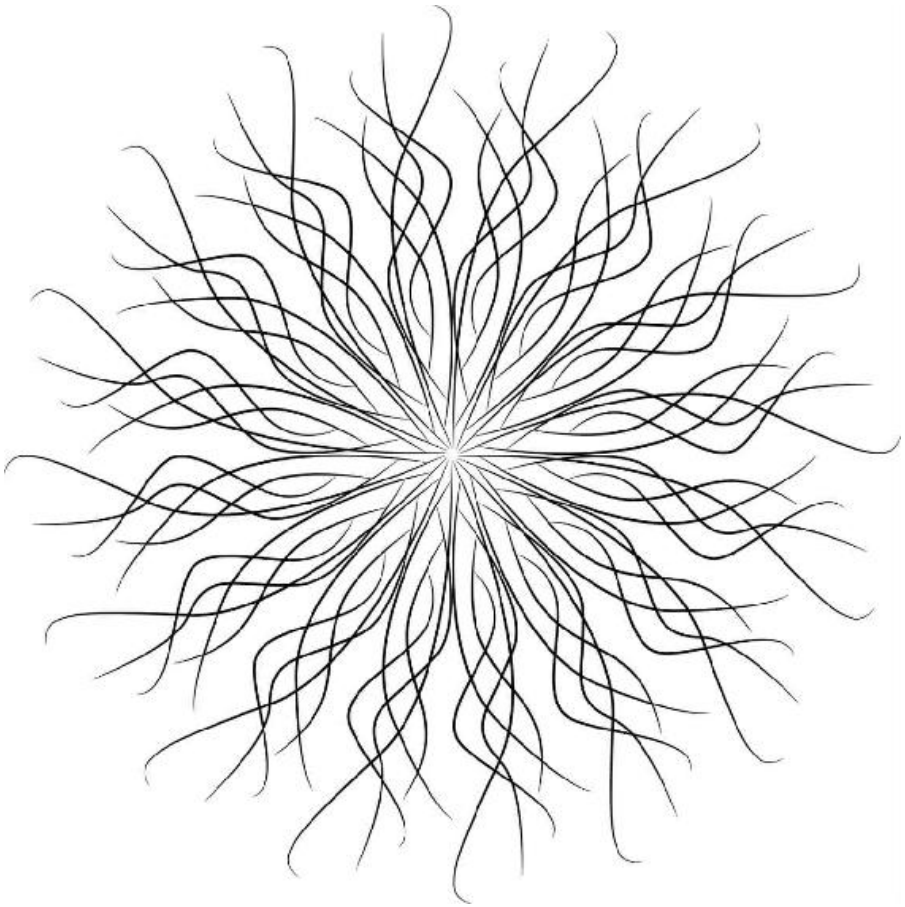
—Si tanto te cuesta, ya sabes lo que tienes que hacer —replicó Triz. Terminó de ponerse la bata y bajó a la cocina.

Se sirvió un vaso de leche y se sentó en la mesa. Sin llegar a dar un sorbo al vaso, se puso a llorar. Lo había intentado, había intentado olvidarse de todo lo relacionado con la magia durante solo un fin de semana. Recuperar su vida familiar, estar con su marido y sus hijas. Dos días de tranquilidad y de sentirse una madre y esposa normal. Solo dos días. Y sus sueños no le habían dejado disfrutar ni siquiera de eso.

¿El viejo del sueño se referiría a su relación con Óscar cuando le habló de perder la esperanza y de que su amor se marchite? ¿Qué demonios significaba el corazón de la manzana que llora?

La única que estaba llorando era ella. Había pensado en reconducir su relación con Óscar, volver a ser la pareja de enamorados que eran cuando se conocieron, pero no habían tardado ni un solo día en volver a discutir.

—7—



Gare, Hospital. Diciembre 2048

Habían pasado tres días desde que dieron de alta a Lilian en el hospital y su cama la había ocupado un señor mayor que no dejaba de quejarse. Estaba deseando salir de allí, aunque no estuviera del todo recuperado. Al menos, en su casa, podría descansar y dejar de oír las quejas y los ronquidos de su nuevo compañero de habitación. Habían sido mucho más interesantes las conversaciones sobre cine con Lilian y las echaba de menos. Además, a aquel señor le quedaba muchísimo peor la bata y su culo no tenía nada de interesante.

Había hecho buena amistad con Lilian en los días que habían compartido habitación e incluso se había pasado a visitarlo y a alquilarle el libro para que pudiera acabarlo, aunque ya se hubiera

recuperado de la pierna. Verla vestida de calle, sin la bata de hospital, le confirmó que no estaba equivocado al pensar que era una mujer muy atractiva.

Incluso Arya, la enfermera, le había preguntado si entre ellos dos había algo por la manera en la que les había visto hablar y reírse y por la complicidad que se desprendía en cada uno de sus encuentros. El dolor en el pecho que sintió con el ataque de risa que le dio, al escuchar la pregunta de la enfermera, le hizo entender que todavía no podían darle de alta y que necesitaba, al menos, unos días más recuperándose.

Cuando Arya le comentó que había tenido noticias de la doctora Cooper esa mañana, dejó de reír.

—Cuando me preguntaste por ella, le escribí una nota desde el sistema interno del hospital para informarle de tu evolución y se lo comenté.

—¿Y ha respondido? —preguntó Gare, que se había puesto nervioso de pronto al recordar que hacía casi un mes que no hablaba con Triz.

—Nos ha llegado hoy la respuesta, por eso te lo comento. Aunque no he entendido muy bien lo que quería decir.

—¿Qué ponía? —Sus nervios iban en aumento.

—Algo así como que lamenta no haberse puesto en contacto contigo hasta ahora y que intentará hacerlo la noche del jueves, o sea, hoy, y que se alegra de que tu evolución vaya por buen camino.

—¡Ah! Gracias.

—¿Tú lo has entendido? —preguntó Arya, sin llegar a entender cómo iba a ponerse en contacto la doctora Cooper con Gare si no era en persona.

—Sí. Creo que sí.

—¿Me explicas cómo va a contactar contigo hoy por la noche? A los pacientes no les está permitido acceder al sistema de comunicaciones del hospital y a esas horas ya no se admiten visitas. El toque de queda impide que nadie entre y salga del hospital.

—¡Ah, eso! Claro... No te preocupes, es una manera de hablar que tenemos ella y yo. No le des importancia —respondió Gare—. ¿A qué hora tenemos hoy los ejercicios? —añadió, con la intención de desviar el tema para no tener que explicarle qué era Aisling.

Arya se quedó con la duda, pero apremiada por la llamada de uno de los doctores tuvo que irse y Gare pasó el resto del día inquieto. Ni siquiera pudo concentrarse en leer el libro de Gemma Herrero y eso que estaba llegando al desenlace de la historia. Solo deseaba que llegara la noche y quedarse dormido. Hasta Arya le echó la bronca, cuando hicieron los ejercicios de rehabilitación de la tarde, por no estar atento.

Al llegar la noche y tumbarse en su cama, a la complicación que sus nervios le suponían para quedarse dormido se le unieron los ronquidos de su compañero de habitación. Era como si una taladradora con una fuga hidráulica estuviera trabajando en la garganta de aquel hombre.

Intentó taponarse los oídos, taparse la cabeza con la almohada, incluso pensó en irse a dormir al área de descanso, pero el sonido de los ronquidos era como la visión de Superman, lo atravesaba todo. Al final, se decidió por el método más eficaz: despertarlo.

Se le ocurrió la idea de cubrirse de negro con una de las cortinas de separación y de colocarse frente a su cama como si del espectro de la muerte se tratara. Después lo zarandeó y susurró:

—Ha llegado tu hora. He venido a buscarte.

El pobre hombre casi muere del susto. Empezó a gritar y a mover piernas y brazos a tal velocidad que Gare no entendía qué podía tener roto para estar ingresado en rehabilitación. Antes de que llegaran las enfermeras, alertadas por los gritos, se ocultó en el aseo.

Cuando estas llegaron, salió del baño preguntando qué pasaba como si hubiera acabado de enterarse y se volvió a la cama. Su compañero tardaría un tiempo en recuperarse del susto. Con seguridad, sería incapaz de volver a conciliar el sueño en toda la noche. Entonces, libre de aquel martilleo incesante, consiguió quedarse dormido.

—Hola —saludó Triz cuando pudo, al fin, contactar con él.

—Hola. Lo siento, sé que llego tarde, pero es que no me dejaban dormir.

—¿Quién no te dejaba dormir?

—No te pongas celosa —respondió Gare—. Es el compañero de habitación, que en lugar de roncar parece que tiene una horda de orcos en la garganta.

—¿Y por qué iba a ponerme celosa?

Gare notó que no había nada de humor o ironía en la pregunta de Triz. Ya casi no se acordaba de que en Aisling también se podían sentir las emociones.

—No sé... era un comentario por lo de que alguien no me dejara dormir por la noche... para que no pensaras que... bueno, déjalo, da igual, ¿qué tal estás?

—Bien. Un poco cansada del trabajo, pero bien.

—¿Y el libro? ¿Has descubierto algo? Desde que volvimos del bosque de Otsa no me has contado nada. Pensé que te habías olvidado de mí. ¿Vamos a poder salvar los mundos y evitar tus sueños?

—Lo siento. Es que he estado muy ocupada. Apenas he podido dormir investigando el libro. Me paso en vela casi todas las noches probando conjuros y hechizos para que no vuelva a ocurrir lo mismo

que en el bosque. La próxima batalla que tenga que librar estaré más preparada —contestó Triz con voz cansada.

—¿Pasas las noches sin dormir? Normal que ya no abras Aisling para hablar conmigo. ¿No tienes que dormir con Alana? ¿Ya no tiene pesadillas?

—No. Parece que se ha librado de ellas desde que derrotamos a Cristian, su hombre malo. Al menos de momento, aunque me temo que la calma no va a durar mucho.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Has descubierto algo? ¿Ya sabes los próximos pasos que tenemos que seguir? —Quiso saber Gare. Incluso en sueños, el tono de su voz sonaba entusiasta. Pese a encontrarse en el hospital, estaba deseando vivir una nueva aventura al lado de Triz.

—No he descubierto nada, pero cuando regresaba a casa, después del cumpleaños de mi padre, tuve un sueño premonitorio en el autobús y, hace unos días, tuve otra pesadilla. Si mis sueños no han cesado, dudo que los de mi hija tarden mucho en regresar.

—Bueno, seguro que pronto descubres algo. Solo tienes que darte tiempo.

—No lo sé. Mis visiones tampoco es que ayuden mucho. Se empeñan en darme los mensajes en clave.

—Ya sabes que a mí se me dan bien los acertijos —repuso Gare, que quería que Triz no olvidara lo importante que había sido su ayuda.

—¿Y tienes idea de qué puede significar «sembrar la semilla de la manzana que llora»?

—Hace siglos que no como una manzana en este mundo, pero no tengo recuerdos de que lloren.

—Lo mismo me pasa a mí. ¿Tú cómo estás? —preguntó Triz con voz ausente. La pregunta parecía más por compromiso que por interés.

—En unos días estaré recuperado y podré salir de aquí y ayudarte en lo que necesites. Te echo de menos.

—No deberías. Mira cómo has terminado por presentarte en el bosque de Otsa... y creo que a mi próximo destino no vas a poder acompañarme.

—¿Y eso por qué? ¿Tú no me echas de menos?

—No tengo tiempo ni para eso. Lo siento, pero ahora tengo que marcharme. Llevo un rato con la conexión abierta, pero has entrado muy tarde. Óscar se acaba de despertar. Hoy trabaja temprano y va a desvelarme para despedirse. Ya hablaremos otro día. Hasta pronto.

Gare se quedó con la palabra en la boca. Dejó de sentir la presencia de Triz sin poder despedirse. Sus últimas frases se repitieron en su cabeza.

¿Óscar? ¿Despertarse? ¿Triz no había dejado de dormir con su marido?

Un ruido ensordecedor terminó por sobresaltarlo. Su compañero de habitación se había vuelto a quedar dormido.

—8—

Alana, Diciembre del 2048

Desde la tormenta solar, todos los trámites se habían complicado o, al menos, eso decían sus padres cada vez que tenían que acudir a La Central. Ella era muy pequeña cuando estalló la Tercera Guerra para recordar cómo se vivía antes de que todo se enredara.

Sus primeros recuerdos se correspondían con un piso pequeño en el que vivían antes de que naciera su hermana. En realidad, su mayor recuerdo de aquella casa era el olor que salía de la cocina cada vez que su abuela iba a visitarlos. También recordaba las tardes mirando la tele mientras sus padres hacían la cena. Cuando llegó Maya todo cambió.

Dejaron atrás el piso y se fueron a una casita unifamiliar con jardín para que ambas tuvieran espacio para jugar sin tener que salir a la calle, para que pudieran tenerlas vigiladas. En aquella época se pasaba el día en el colegio queriendo volver a casa para ver y jugar con su hermana pequeña. Disfrutaba de cada momento con ella y verla comer o dormir se convirtió en su mayor entretenimiento por las tardes. Fueron solo dos años, antes de que todo cambiara a peor.

La Tercera Guerra le pilló con seis años y a su hermana pequeña con dos. Con un padre obsesionado con mantenerlas encerradas en casa y una madre que se pasaba el día fuera atendiendo heridos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella también tenía que preocuparse por la seguridad de Maya. Cuando la guerra llegó a las puertas de su casa, en el último año de conflicto, se acostumbró a vivir huyendo y a escondidas. Los últimos meses los pasó encerrada en un sótano.

Acabada la guerra, regresaron a lo que quedaba de su casa. Tuvieron que pasar más de un año reconstruyéndola y, cuando ya pensaba que la normalidad iba a volver a su ajetreada infancia, un par de meses después de cumplir los diez años y de empezar a tener pesadillas, la tormenta solar sacudió de nuevo su vida.

Ahora todo era distinto. Aunque todavía recordaba cómo era vivir bajo un cielo azul, ya se había acostumbrado a su actual color naranja o rojizo, a no poder salir de casa sin protección y a encerrarse en casa, en cuanto la luz del sol se escondía tras las montañas. Encima, hasta cumplir los dieciocho años, cada vez que se acercaba su cumpleaños, tenía que acudir a La Central con sus padres a renovar sus datos.

Los mayores no tenían que hacerlo anualmente, pero las autoridades decían que los jóvenes cambiaban de fisiología muy rápido y sus carnets holográficos quedaban rápidamente desfasados. Si querían superar los escáneres de la policía, tenían que revisarse de manera anual.

Le quedaban unas semanas para cumplir trece años y en ese último año se había dejado el pelo más largo, había dado un buen estirón y, lo que más rabia le daba, en los últimos días le habían salido unas pequeñas marcas en la cara que estarían todo el año en su nuevo carnet holográfico. No se lo iba a enseñar a nadie.

La Central estaba, como siempre, llena de gente que había perdido o se encontraba a punto de perder la paciencia. Entre ellos, sus progenitores. Llevaban veinte minutos esperando y todavía no habían podido coger ni turno. Su padre empezaba a tirarse de los pelos.

—¿Cuándo va a dejar de ser necesario que vengamos los padres a hacer este trámite con nuestros hijos? Tener que perder una mañana en esto no les hace ninguna gracia a mis jefes en la fábrica.

—Tampoco te creas que en el hospital les entusiasma, pero ya saben cómo funciona la burocracia y no les queda más remedio que aceptarla. Nos corresponden estas horas por ley. Podrás dejar de venir cuando Alana cumpla dieciocho años, pero te recuerdo que tendrás que seguir viniendo cuatro años más con Maya —replicó su madre.

—No lo entiendo. Nos hacen perder todo un día para escanear a nuestra hija y cobrarnos un montón de vatios. Creo que se aprovechan de la gente. Como es obligatorio, le ponen el precio que les da la real gana y nos timan en la cara.

—Por mucho que protestes no va a cambiar. Alana necesita el nuevo carnet y vamos a tener que pagarlo y estar aquí los dos hasta que se lo den.

—Eso, papá, no te enfades —intervino Alana, que llevaba unos días viendo a sus padres mucho más contentos que antes y no quería volver a verlos discutir.

Desde que se habían acabado sus pesadillas, dormía muy bien sola y ellos volvían a dormir juntos. Se les veía mucho mejor, al menos ahora las discusiones solo eran esporádicas y no cada día. Su madre solía estar sonriente por las mañanas e incluso le habían dejado beber café. No quería que por su culpa volvieran a reñir.

—Si no me enfado contigo, cielo. Es solo que papá no llega a entender cómo funciona el mundo últimamente. Vamos a hacer una cosa. Vosotras dos vais a ir a buscar un sitio donde sentarnos, porque seguro que cuando cojamos turno vamos a tener que esperar todavía un rato largo. Mientras tanto, yo voy a ver si consigo que el maldito sistema nos otorgue un turno. ¿De acuerdo, chicas?

—Procura no perder la paciencia —le dijo Triz a Óscar al oído.

—No prometo nada... pero, si estáis en la sala de espera, al menos Alana no me verá hacerlo.

Tras despedirse con un beso, Triz y Alana se fueron a la sala de espera. En años anteriores su madre siempre le había echado la bronca por su manera de comportarse. Nunca paraba quieta y preguntaba constantemente cuánto tiempo más iban a tener que estar allí sentadas. Si la respuesta no le gustaba, decía que tenía que ir al baño o buscaba cualquier excusa para levantarse y correr por el lugar. Pero ese año quería estar formal, que su madre viera que ya era responsable. Entre otros motivos, porque quería invitar a sus amigas a la fiesta de cumpleaños y no quería que insistiera en quedarse con ellas. Ya era mayor y le daba vergüenza que su madre escuchara conversaciones sobre el chico que le gustaba.

Así que, para matar el aburrido tiempo de espera, se dedicó a jugar a su juego favorito: imaginarse historias de las personas allí presentes. La niña pequeña con coletas que corría por entre los bancos tenía cara de duende y se la imaginaba dando saltos sobre las piedras de un río; el hombre calvo que estaba sentado frente a ellas era un malvado extraterrestre de un planeta de calvos, enviado a la tierra para robar el pelo a sus habitantes, se le veía la cara de malo a la legua; el chico, de unos quince años y bastante guapo, que estaba mirando por la ventana tenía cara de estar enfadado porque su madre no le dejaba salir volando. Alana estaba segura de que ocultaba unas alas debajo de su chaqueta, ¿por qué si no iba a llevar alguien chaqueta con el calor que hacía?

En ese momento una mujer entró en la sala de espera. Alana abrió los ojos al verla. ¡Era una princesa! ¡Seguro! Tenía el pelo rojo como el cielo y parecía flotar por encima del suelo al caminar entre los bancos. Se sentó al lado del hombre calvo, todo tenía sentido. Aquella era la princesa del planeta de los calvos, todos la adoraban porque era la única que tenía una preciosa melena, y ahora se había sentado al lado de uno de sus súbditos, interesada en conseguir las coletas brillantes

de la niña duende. ¡Estaban planeando robarle el pelo a la niña!

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? —le preguntó su madre.

—Nada, nada, cosas mías —respondió sin dejar de pensar en que la princesa y el hombre calvo se estaban comunicando telepáticamente para urdir el plan de captura.

La mujer se giró a observarla. Alana apartó la mirada para que no se diera cuenta de que les había descubierto. Luego, poco a poco, volvió a mirar hacia ella para no perderse detalle de sus maléficos planes. Cuando volvió a ojearla, se asustó. La mujer seguía acechándola y le estaba sonriendo entre siniestra y traviesa. ¿Y si no era el cabello rubio de la niña lo que quería? ¿Y si el pelo que estaban planeando robar era su melena negra?

Alana se agarró al brazo de su madre. Ella no lo permitiría. Bastante tenía ya con tener que salir en el carnet con aquellas marquitas en la cara como para encima pasarse un año con una imagen de niña calva.

—Hola, ¿qué miras con tanto disimulo? —le preguntó la princesa pelirroja.

—Nada —respondió Alana nerviosa. Temía haber sido descubierta.

—¿Vas a sacarte el nuevo carnet? —insistió la mujer.

—Sí, estoy a punto de cumplir trece años y tengo que hacerme el nuevo. En el anterior parezco una niña pequeña —replicó Alana.

—En el de este año creo que vas a salir guapísima. Tienes un pelo precioso y una sonrisa muy bonita.

¡Estaba claro! ¡La princesa del mundo de los calvos quería su pelo!

—¡Mamá! —exclamó y tiró de su brazo para que le prestara atención, pero ella seguía mirando al infinito como si no pudiera escucharla—. ¡Mamá!

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Triz al ver a su hija nerviosa —. Yo que pensaba que este año ibas a estar formal... Estate quieta un rato más. Tu padre ya tiene que estar a punto de llegar con el número.

—¡Quieren robarme el pelo! —exclamó sin pararse a pensar en sus palabras.

—¿Robarte el pelo? Sabes que me gusta mucho que te encante leer libros e imaginar historias, pero hay veces que se te va mucho la cabeza. ¿Quién iba a querer robarte el pelo?

—¡La princesa pelirroja! —exclamó Alana mientras hacía gestos y señalaba a la mujer.

—¡Te he dicho muchas veces que apuntar con el dedo está muy feo! —la reprendió su madre—. Disculpe, ya sabe cómo son de imaginativas estas niñas —añadió al dirigirse a la mujer.

—No se preocupe. La entiendo muy bien. Estos sitios se hacen tremendamente aburridos si nuestra imaginación no vuela. No voy a negar que lo de princesa pelirroja me ha gustado —respondió la mujer a su madre, pero sin dejar de mirarla.

Alana se quedó en silencio, no quería que su madre se enfadara y que la castigara sin salir a tan pocos días de su cumpleaños, pero se agarró con fuerza a su brazo y no apartó la mirada de la mujer que no dejaba de sonreírle con aquella sonrisa que le ponía los pelos de la nuca de punta. Estaba segura de que, si se despistaba un momento, ordenaría al hombre calvo atacarla.

En ese momento en el que ambas cruzaban sus miradas y con su madre otra vez despistada mirando a ver si llegaba su padre, la cara de la señora empezó a cambiar. Ya no parecía una princesa. Cada vez se asemejaba más a una de esas brujas de los cuentos que su madre le dejaba leer. Su sonrisa se volvía cada vez más tétrica y los rasgos suaves y dulces que tenía al principio iban tornando en otros más rudos que le hacían parecer enfadada.

—¿Tu madre no te ha contado qué eres? —susurró entre dientes. Unos dientes que habían dejado de ser blancos y lucían amarillentos.

Con todas sus fuerzas empezó a tirar del brazo de su madre.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Triz al ver a su hija nerviosa.

—¡Mamá! ¡Es una bruja!

—¿Qué bruja? —replicó su madre, que miraba de un extremo al otro de la habitación.

—La que... La que... Nada, mamá, no era nada. ¿Cuándo dices que viene papá?

La mujer pelirroja volvía a tener cara de princesa y ya no la miraba.

En ese momento llegó su padre con el *ticket* en la mano.

—Parece que hemos tenido suerte. No vamos a tener que esperar tanto. En media hora, como mucho, podremos irnos.

Alana se alegró al saber que no iban a estar mucho más tiempo allí. La mujer pelirroja no le daba buena espina. Y menos cuando se ofreció amablemente a cederle el asiento a su padre.

—No se preocupe. A mí todavía me queda bastante tiempo por esperar y necesito estirar un poco las piernas. En cuanto sea su turno podré recuperar mi asiento —dijo con amabilidad. Una cordialidad que a Alana le pareció fingida. Cuando la mujer le acarició la cabeza al despedirse, sintió que se le ponían todos los vellos de punta.

Llegado su turno, un policía les acompañó. Entraron en una habitación con poca luz y el agente invitó a sus padres a que esperaran junto a la puerta. Ella se tuvo que colocar bajo la máquina

que sacaba su imagen holográfica.

En años anteriores, el guardia le había tenido que echar la bronca por no estarse quieta y por retrasar el proceso de escaneado, solo cuando su madre le prometía llevarla al parque al salir de allí conseguían terminar el escáner, pero esta vez Alana estaba decidida a portarse bien y, desde que había visto a la mujer con cara de bruja, le había entrado prisa por marcharse.

La máquina realizó su trabajo y el policía les pidió que esperaran unos minutos para obtener el carnet. El proceso no solía tardar más de cinco minutos, pero a Alana se le estaban haciendo muy largos.

—¿Por qué tarda tanto? El año pasado me lo dieron casi enseguida.

—No lo sé —dijo Óscar—. A mí también me parece que este año están tardando más.

—Lo que pasa es que los dos sois unos impacientes y tenéis poca memoria. El año pasado tardaron lo mismo, pero tranquilos que enseguida nos podremos marchar. ¿Lo veis? Ya está aquí el policía —replicó Triz.

Pero el guardia no traía buena cara y tampoco venía con el carnet de Alana en la mano. Triz no tardó en darse cuenta.

—¿Algún problema, agente?

—Me temo que sí. Lo lamento, pero la máquina ha tenido que tener algún fallo. No se lo puedo explicar, pero...

—¿Algún fallo? ¡Cómo va a tener fallos! —bramó Óscar—. Llevamos casi dos horas esperando a hacer el escáner a nuestra hija ¿y ahora nos dice que la máquina tiene fallos?

—Les juro que es la primera vez que nos pasa, pero hay algo raro en el escáner de su hija.

—¿Qué puede haber de raro en el escáner de una niña?

—Creo que deberían verlo ustedes mismos.

El agente les hizo entrar en otra sala. En todos los años anteriores nunca les habían metido en aquella habitación. Ni en los escáneres de Alana ni en los de Maya ni en los suyos. Nunca había habido problemas al sacarse el carnet. La sala estaba llena de ordenadores y procesadores y en las pantallas se veían las imágenes de otras personas que habían ido a sacarse la acreditación esa mañana.

—Por lo que veo en las pantallas, la máquina funciona de forma más que correcta —mencionó Óscar mientras señalaba los monitores y pensaba para sus adentros en todo el gasto de vatios que suponía aquella sala y que él no se podía permitir. El gobierno siempre derrochando el dinero de los contribuyentes.

—Con el resto de personas no ha habido problemas, señor. Solo ha ocurrido la anomalía con el escáner de su hija.

—¿Qué anomalía? —preguntó Óscar, que estaba empezando a

perder la paciencia.

—Esta es la imagen resultante —respondió el agente, a la vez que tecleaba un código—. No entendemos qué ha podido pasar. Les aseguro que el escáner se ha tomado en las mismas condiciones de luz que el resto de los que hemos realizado hasta ahora.

Triz y Óscar negaron con la cabeza. Aquello no tenía sentido alguno. La imagen resultaba confusa. Era como si a su hija le salieran rayos de luz por todo el cuerpo.

—9—

Termina el año. Diciembre 2048

Nada le había hecho presagiar, cuando celebró el fin de año del 2047 encerrado en Unreal Live, que su vida iba a cambiar tanto durante el 2048. Allí, rodeado de luces de neón y de cuerpos perfectos, había bailado despidiendo el año con la seguridad de que los siguientes trescientos sesenta y cinco días volverían a ser una consecución de actos anodinos que le llevarían a terminar el año, otra vez, rodeado de gente, pero solo. Su vaticinio no pudo ser más acertado hasta que volvió a ver a Triz. El regreso a su vida había convertido su fin de año de fiesta solitaria en uno de hospital. Y a Gare, por increíble que pareciera, le gustaba el cambio.

No había luces de neón, solo unas velas de colores que llevaban en las manos pacientes y enfermeros; tampoco había música de discoteca, solo las voces, más o menos afinadas de los allí presentes, ni había bailes —alguno de los pacientes ni siquiera había podido levantarse de su cama— y, sin duda, no había cuerpos con atributos elegidos de manera informática, todos los allí presentes, menos los miembros del hospital y las visitas, tenían algo roto. Y, sin embargo, se sentía más acompañado allí, por Arya y los médicos que le habían atendido, que en la pista de baile de la discoteca de Unreal Live. Además, para su agradable sorpresa, Lilian se había acercado al hospital para celebrar el fin de año con él.

Cinco minutos antes de la media noche la jefa de enfermeras encendió el único televisor que había en la sala de espera. Frente a él médicos, doctoras, enfermeros, pacientes y acompañantes esperaban

con emoción el cambio de año. Celebraban una nueva victoria, un nuevo año al que habían conseguido llegar sin extinguirse. Un año más que terminaba con el planeta herido, como todos ellos, pero vivo. Un pequeño hilo de esperanza al que agarrarse.

Arya se acercó a él cuando faltaban apenas dos minutos para dar las doce. Con su habitual sonrisa, le puso una mano sobre el hombro.

—Tengo una buena noticia que darte para que empieces el año con buen pie —dijo, casi a su oído.

—Ah, ¿sí? ¿Te vas de vacaciones y vas a dejar de torturarme en rehabilitación? —preguntó Gare con toda la ironía que era capaz de reflejar en sus palabras.

—Algo así... no me voy de vacaciones, el que se va eres tú. Mañana el doctor firmará el informe médico para que te den el alta.

—¿En serio? ¿Me puedo ir? ¡Gracias! —exclamó Gare. Sin pensárselo dos veces abrazó a Arya, teniendo cuidado de no quemarla con la vela y evitando hacerlo con excesiva efusividad, no fuera a hacerse daño y que ella se arrepintiera—. En el fondo te voy a echar de menos.

—Yo a ti también. No creo que me vuelva a tocar un paciente que sepa de dónde viene mi nombre.

—«¡No quiero ser una dama! Deja a un lobo vivo y las ovejas nunca estarán a salvo» —exclamó Gare. A Arya le entró la risa.

—¿Te sabes sus frases? Lo tuyo ya es de un *frikismo* exagerado.

—No es para tanto, seguro que alguno igual de *friki* que yo encuentras. Gracias por todo —repitió Gare y la abrazó de nuevo. Sin Arya, seguro que la recuperación hubiera sido mucho más larga.

—¡Corre, anda! Que ya empiezan las llamaradas.

—Querrás decir las campanadas... —repuso extrañado, Gare.

—¡Madre mía, qué anticuado estás! Antes de irte me tienes que contar en qué cueva has estado escondido. Desde la tormenta solar, el fin de año ya no se celebra con campanas. Ahora se celebran con llamaradas del Sol, nuestro nuevo Dios.

Gare no tuvo tiempo para la réplica. Le hubiera gustado preguntar qué era eso de que ahora el Sol era el Dios al que se adoraba, pero Lilian, a su lado, se puso a gritar y todos se unieron a ella.

«¡Una!, ¡dos!, ¡tres!, ¡cuatro!, ¡cinco!, ¡seis!, ¡siete!, ¡ocho!, ¡nueve! y ¡diez! ¡Feliz año nuevo!».

Estaba a punto de preguntar por qué la tele emitía una y otra vez la misma imagen de una llamarada en la superficie solar, por qué solo se contaba hasta diez y no hasta doce como él recordaba y por qué nadie había repartido uvas de la suerte, pero Lilian le selló los labios con un beso antes incluso de que pudiera abrir la boca. Que ella lo besara de improviso fue lo que más le sorprendió y lo que le hizo

olvidar todo lo demás.

Fue un beso efusivo, corto, entre risas y abrazos, sin excesivo sentimiento, pero que le resultó muy agradable, pese a lo inesperado. Lilian no tardó en ir a abrazar a los médicos y enfermeras que le habían atendido días atrás, pero a Gare, poco habituado a las muestras de cariño, le hizo sentirse especialmente bien durante unos instantes. Después se acordó de que Triz había sido la última mujer en besarle antes de que lo hiciera Lilian y la echó de menos. La última vez que habían hablado, no se había mostrado nada cariñosa, había estado distante y había cerrado la conversación después de dejar caer que estaba durmiendo con su marido. Y, desde entonces, tampoco había vuelto a ponerse en contacto. Si ella se mostraba distante, ¿por qué iba a tener que preocuparse por ella a cada momento? Estaba con su buena amiga, y cruel enfermera, Arya, y una mujer, Lilian, que le había demostrado más afecto en apenas unos días que Triz en el último mes. Lo mejor era disfrutar de aquel momento y olvidarse de preocupaciones. Si Triz quería hablar, ya lo haría y, si no, tampoco se iba a quedar esperando eternamente. Pese a todo, no pudo evitar pensar en cómo estaría celebrando el fin de año.

En ese momento, Triz dejaba de abrazar a Óscar. Con la última de las llamaradas se habían besado y ahora se miraban a los ojos mientras que Alana y Maya gritaban y se abrazaban a ellos.

—Feliz año, mi amor —susurró Óscar.

—Feliz año —murmuró Triz antes de volver a besarle.

Tras meses de desencuentros, de discusiones y peleas, tras cientos de silencios incómodos y miradas de incomprensión y, pese a pequeños desencuentros como el de la noche en la que se despertó al volver a ver a Cristian, Óscar estaba más cariñoso, más comprensivo, habían vuelto a dormir juntos e, incluso, habían recuperado la pasión para hacer el amor. Todo parecía ir bien y, sin embargo, algo dentro de Triz seguía sin encajar. Un par de piezas se negaban a completar el puzle de su felicidad y amenazaban con desmoronar el resto del tablero.

Aún seguía sin encontrar la manera de salvar los mundos y, aunque estos estuvieran estrenando un año nuevo, temía que, si sus pesadillas se hacían realidad, aquella fuera la última vez. Temía que no pudieran terminar el año, ya que tenía el viaje pendiente a Grawell que le anunciaban sus pesadillas.

La otra pieza era Gare.

Reencontrarse con él, vivir la aventura que había vivido en Aisling, ver cómo confiaba en ella y arriesgaba su vida por ayudarla y salvarla y recordar los momentos vividos junto a él en su infancia habían despertado unos sentimientos que, aunque insistía en negarlos

y en intentar olvidarlos, seguían ahí.

Varias veces se había sorprendido recordando momentos junto a él: el abrazo que se dieron en su primer reencuentro, la primera vez que lo miró con unos ojos distintos a los de la amistad, las risas y complicidad a su lado, los celos que sintió cuando Astrid le besó antes que ella, las ganas que había tenido de besarlo desde entonces y el momento del primer beso en la cama del hospital. Un hospital en el que Gare había terminado por intentar ayudarla y que le hacía sentir culpable por haberlo dejado allí sin volver a visitarlo. Casi ni había hablado con él en Aisling esos días, temerosa de que, al hacerlo, sus sentimientos fueran cada vez más fuertes y difíciles de controlar. Por eso, la última vez, se había sentido incómoda y se había mostrado distante. Era mejor no remover esos sentimientos.

Y, aunque en ese momento todos parecían felices abrazados para iniciar el año, la situación amenazaba con volver a torcerse. La noche anterior había vuelto a soñar con Grawell y con tener que volver. Y no solo eso, no olvidaba lo que le había pasado a Alana en la Central. Habían tenido que repetir su escáner holográfico porque la primera vez habían surgido sobre ella rayos de luz. Los técnicos de la Central se justificaron diciendo que se trataría de un error poco común, pero, desde entonces, Alana se había mostrado inquieta. Su hija aseguraba que la mujer pelirroja que habían visto en recepción era una bruja, que le había puesto los pelos de punta y que estaba segura de que tenía algo que ver con el error de su escáner. Y siempre iba a creer a su hija.

Esa noche, al acostarla, hablaron a solas y Alana le contó todo lo que había vivido en la sala de espera. Lo que le comentó le recordaba mucho a sus primeras experiencias en las que no necesitaba estar dormida para tener visiones. Tenía dudas de que aquello que su hija había experimentado fuera solo producto de su imaginación. Por su manera de contarlo, se asemejaba más a una de sus pesadillas con el hombre malo.

Estaba haciendo mal en retrasar la charla sobre lo que significaba ser bruja y las responsabilidades y deberes que eso conllevaba. A ella, su tía, se lo empezó a explicar el mismo día que cumplió diez años y se sentía culpable de que su hija estuviera a punto de cumplir los trece y todavía no se hubiera atrevido a contarle quién y qué era. Estaba convencida de que las últimas palabras de la mujer pelirroja, que no había llegado a oír, pero que su hija aseguraba que dijo, tenían que ver con eso.

Por ello, cuando la última de las diez llamaradas anunció el inicio de un nuevo año, se prometió no retrasar más esa conversación. Tenía que aprovechar el momento antes de marcharse a Grawell. Y eso no iba a tardar mucho en pasar.

Esa noche celebrarían el fin de año, dejaría a sus hijas descansar y, al día siguiente, se sentaría frente a la mayor y le explicaría que las brujas no solo aparecen en las pesadillas ni en los cuentos que ella le contaba y que ambas lo eran. Tenía que quitarse ese peso de encima, mucho antes que solucionar sus dudas sentimentales.

—10—

Alana. Vuelven las pesadillas

Le estaba costando quedarse dormida. Le solía pasar cuando había pasado un día repleto de emociones. La noche de fin de año era una de esas ocasiones, ya que la casa se llenaba de risas y actividades y durante la que, si no fuera porque su madre se ponía muy pesada, se quedaría despierta hasta que volviese a salir el sol.

Miraba el techo de la habitación y en su cabeza buscaba la manera de seguir despierta sin que sus padres se enterasen. No quería molestarlos, pero tampoco pretendía dormir. Acababa de empezar un nuevo año y no deseaba desperdiciarlo. Estaba segura de que iba a ser un año especial, lleno de aventuras, y no quería empezarlo dormida.

Estaba convencida de que el año iba a ser especial porque hacía

un par de días, tras su encuentro con la mujer pelirroja y el error de su escáner, jugando, descubrió algo que todavía no había contado a nadie. Era su secreto. Le entraron muchas ganas de probarlo. La primera vez le salió sin querer, de tal manera que, cuando intentó repetirlo, no fue capaz. Incluso llegó a pensar que aquello pasó en uno de sus sueños y que por eso no se acordaba de cómo se hacía, pero unos días más tarde lo volvió a hacer y esta vez sí que recordaba cómo lo había conseguido. Desde entonces, lo había repetido muchas veces y le salía a la primera, pero siempre lo hacía cuando estaba a solas, no quería que nadie descubriera su habilidad especial.

Aburrida, sentada en la cama, pero sin querer encender la luz para no tener que usar la TVE de su madre y que se diera cuenta de que no estaba durmiendo, decidió volver a probar su descubrimiento.

Miró hacia uno de los juguetes que tenía sobre la mesa debajo de su ventana y se concentró. Con toda la concentración que era capaz de tener y sin elevar mucho la voz para no despertar a su hermana pequeña, que dormía en el cuarto de al lado, y a la vez que movía su mano en el aire, pronunció:

—¡Tasal!

El juguete saltó en el aire hacia la dirección en la que había movido su dedo, pero el salto fue tan grande que casi se cae por el otro lado de la mesilla. Alana primero se asustó, pero al ver que no llegaba a caerse ahogó una risa traviesa.

La primera vez que consiguió mover algo fue jugando con su hermana. Jugaban a esconderse en casa y, cuando Alana se aburrió de intentar encontrar a Maya, dijo en voz alta: «¡Ya está, sal!». Al pronunciar las dos últimas sílabas movió, sin darse cuenta, su mano mientras miraba al sofá y estaba segura que este se había movido. Su hermana apareció en el salón divertida gritando: «¡He ganado! ¡He ganado!», pero ella no podía dejar de mirar al sofá que había visto moverse. La siguiente vez fue en el patio del colegio con sus amigas, cuando le dijo a una de ellas: «¡Ya basta, Salma!» y el contenedor de residuos, que estaba a la espalda de su amiga, salió rodando lentamente por el patio.

Si no fuera por aquellas dos casualidades nunca se habría dado cuenta de que, al concentrarse y pronunciar la palabra «salta» con las sílabas al revés, era capaz de mover objetos. Había probado con artículos pequeños, encerrada en su cuarto, mientras su madre pensaba que estaba haciendo los deberes. Comenzó moviendo libretas, cuadernos, hasta que probó a mover la cama. Esta dio un salto en el aire y, al caer, causó tanto ruido que su madre subió a ver qué pasaba. Tuvo que disimular diciendo que ella no había oído nada.

Volvió a concentrarse. Ahora tocaba devolver el juguete a su sitio con otro salto. Apuntó con su dedo y volvió a murmurar:

—¡Tasal!

Pero en esta ocasión, en lugar del muñeco de la mesilla, lo que se movió fue la cortina de su cuarto, que se quedó enredada. Alana se tapó la boca de la impresión y pensó en qué podía hacer para que nadie se diera cuenta. Si a la mañana siguiente su madre entraba en la habitación y veía así la cortina, le iba a preguntar qué había estado haciendo y tendría que desvelar su secreto o inventarse una mentira, y su madre era muy buena descubriendo cuándo no decía la verdad.

Sin hacer ruido, se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Quería probar a intentar desenganchar la cortina ella sola. Se subió a la silla donde solía sentarse a estudiar e intentó deshacer el nudo. Le costó un poco, pero al final lo consiguió. Más aliviada, estaba a punto de regresar a la cama cuando miró por la ventana al patio trasero.

Desde la tormenta solar, las noches ya nunca eran completamente oscuras. Por eso, al mirar a través del cristal se distinguían bien las sombras de la calle, aunque en la zona trasera de la casa no hubiera iluminación. Se quedó mirando boquiabierta porque algo no iba bien. ¡Aquel no era el patio trasero de su casa!

En él no había árboles ni hierba ni flores silvestres. ¡Desde la tormenta solar no quedaban plantas! ¿Cómo era posible que ahora todo lo que rodeaba su vivienda fuera verde?

Alana buscó la casa de los vecinos, los edificios cercanos… nada. Ni siquiera el patio que espiaba porque solía estar el chico más guapo del mundo jugando con su mascota. ¡Nada! Era como si su hogar fuera el único que hubiese quedado en pie. El resto habían sido devorados por árboles y flores.

—¡Tía! ¡Gare! ¡Por aquí!

Alana escuchó con claridad, pese a tener la ventana cerrada, la voz de su madre entre las sombras. Unos segundos más tarde la vio aparecer entre dos de los arbustos. ¿Qué hacía su madre en la calle a esas horas? ¿No estaba en la cama? ¿Por qué se saltaba el toque de queda siempre que quería y a ella nunca le dejaban salir de noche?

—¡Ya voy! No hace falta ir corriendo. —Tras su madre apareció en el claro un hombre que no conocía.

—¿Qué parte de «o encontramos el último sigilo antes de que Grawell llegue a la nebulosa de bruja o perecerá» no has entendido? —bramó su madre mientras caminaba con paso acelerado—. No te lo voy a volver a explicar. El tiempo en Grawell no es como en casa. Aquí va mucho más rápido. O nos damos prisa o se nos hará de día antes de darnos cuenta. ¡Y yo quiero regresar a casa!

—Hazle caso. Ya sabes cómo es de cabezota —terció otra mujer, muy guapa, que acababa de llegar al claro.

—Está bien. Está bien. Ya os sigo —resopló Gare—. Pero, Helen, dile a tu sobrina que se tranquilice un poco —añadió antes de

perderse al otro lado de donde abarcaba su visión.

Alana no podía dejar de mirar, a pesar de que su madre, aquel hombre y la mujer guapa a quien habían llamado Helen ya no estuvieran a la vista. Hacía tanto que no veía un bosque que casi ni los recordaba. No podía dejar de admirar los árboles y las flores que, pese a estar casi a oscuras, dejaban intuir sus colores brillantes.

Tras los matorrales por los que había desaparecido su madre, un ruido la alertó. Las hojas de los árboles empezaron a moverse y, tras unos tensos segundos de incertidumbre, su madre y aquel hombre regresaron corriendo al claro.

—¡Vamos, Gare! ¡Corre! —exclamó su madre mirando hacia atrás.

—Te lo juro, Triz. No puedo más. —El hombre entró tropezando en el claro a punto de caer. Su madre regresó para ayudarlo.

—Si nos alcanza, estamos acabados. Por favor… ¡corre!

Los árboles parecían azotados por un huracán. Ramas y hojas empezaban a salir volando. Alana, aunque tenía la ventana cerrada, se ocultó tras su cortina, pero sin dejar de mirar. El cielo, por la parte donde se movían los árboles, era completamente negro. Allí sí que era noche cerrada.

La negrura amenazaba con dar alcance a su madre y a aquel hombre. ¿Dónde estaba la mujer guapa? Alana estuvo a punto de abrir la ventana y gritarles para que corrieran hacia la casa, pero, en ese instante, alguien más entró en el claro. ¡Desde la distancia le pareció ver a la mujer pelirroja! Su pelo ardía como el fuego.

Se reía a carcajadas viendo a su madre y a Gare tropezar. Levantó sus manos hacia al cielo y el viento y la oscuridad se arremolinaron a su alrededor. Cuando la bruja de cabello ardiente bajó sus brazos, la oscuridad y el viento salieron despedidos a toda velocidad hacia Gare y su madre, quienes fueron golpeados con tal fuerza que sus pies se despegaron del suelo y cayeron a varios metros de distancia. Su madre no tardó en levantarse, pero su compañero se quedó tendido en el suelo.

—¡Gare! ¡Gare! —gritó su madre—. ¡Hija de puta!

Alana se cubrió la boca. Su madre había dicho una palabrota muy gorda.

La mujer de melena ardiente se giró hacia su ventana. Alana percibió que también la observaba. Pudo sentir cómo se le erizaban todos los vellos del cuerpo. Corrió la cortina y, asustada, regresó a la cama. Se metió bajo las sábanas y cerró los ojos con fuerza. Si se concentraba, como hacía cuando quería desplazar objetos, quizás podría conseguir que todo volviera a la normalidad.

Un golpe al otro lado del cristal de su ventana le hizo gritar. Su madre no tardó en entrar en el cuarto.

—¿Qué pasa, cielo?

—¡Mamá! ¡Estás bien! La bruja pelirroja. Te ha atacado en un bosque. ¡He visto un bosque por mi ventana!

—Al otro lado sigue estando el mismo patio trasero de siempre, cariño. Y no me he movido de la cama hasta que te he oído gritar —respondió Triz, mientras abría la cortina del cuarto para enseñarle que, al otro lado, nada había cambiado. Aunque intentaba tranquilizarla, estaba preocupada porque el regreso de las pesadillas de su hija no presagiaba nada bueno.

—He visto el bosque y a la bruja que te atacaba —repuso Alana al mirar por la ventana y comprobar que allí no había bosques y que volvía a estar la casa del vecino guapo.

—Siéntate. Voy a contarte algo —empezó Triz. Se sentó en el borde de la cama y cogió aire. El momento que tanto temía había llegado y ya no iba a poder retrasar más descubrirle quiénes eran. Alana se sentó en la cama y prestó atención—. Esto que voy a explicarte es muy importante. Quiero que me escuches sin interrumpirme y prestes atención. ¿De acuerdo?

—Sí —accedió Alana muy seria.

—Siempre te he dicho que prestes atención a tus sueños y que a la mañana siguiente me los cuentes, que son importantes, pero nunca te he dicho por qué. Cuando yo tenía diez años, también empecé a tener esos sueños. Por aquel entonces yo se los contaba a mi tía Helen, la hermana mayor de la abuela.

—¡Helen! Ella también aparecía en mi sueño —exclamó Alana sin poder evitar interrumpir.

—¿De verdad? —A Triz se le iluminó el rostro al recordar a su tía —. Es mi tía favorita. Ahora está en Grawell.

—¿Qué es Grawell?

—Déjame que te cuente. Mi tía Helen me ayudó a entender por qué tenía mis sueños. Ahora me toca explicártelo a ti… Somos brujas. —Alana se tapó la boca con ambas manos—. Tranquila, somos brujas, pero de las buenas. El «hombre malo» que antes aparecía en tus sueños y la bruja pelirroja de la que no dejas de hablar también son brujos, pero malvados. Las brujas buenas tenemos nuestros sueños para intentar evitar que se hagan realidad. ¿Te acuerdas de cuando os mandé a tu hermana y a ti encerraros en la habitación el día de la tormenta solar? ¿O de cuando te dije, a los siete años, que no iba a poder llevarte a la escuela ese día y fue cuando empezó la Tercera Guerra Mundial? ¿Lo recuerdas?

—Sí. Pensé que no querías que fuera a la escuela por no quedarte sola en casa con Maya, que no hacía más que llorar...

—Sabía lo que iba a pasar porque lo había visto en mis sueños y por eso pude ponernos a salvo.

—Entonces... ¿mis sueños con el hombre malo se van a hacer

realidad también? —preguntó Alana asustada al recordar la pesadilla en la que aquel individuo atacaba a su madre.

—¿Te acuerdas que hace unas semanas, cuando fuimos al cumpleaños de los abuelos, pasé un día fuera de casa y que, desde ese día, ya no has vuelto a soñar con ese hombre? —Alana asintió—. Ese día me encontré con él y lo derroté. Por eso ya no has vuelto a soñar con él.

—¿Ganaste? —interrogó la pequeña sin poder evitar mostrar su alegría—. ¡Eres la mejor! —exclamó mientras la abrazaba.

—Estoy segura de que no lo habría conseguido si no me hubieras llegado a avisar con tus sueños. Somos un equipo estupendo —replicó Triz. No había mejor recompensa que los abrazos de sus hijas.

—¿Y Maya también es bruja? —preguntó Alana al volver a sentarse.

—No. Solo las hijas mayores tenemos esa responsabilidad. La abuela tampoco es bruja, porque tía Helen era la hermana mayor. Yo soy la mayor y tú también lo eres. Por eso tú eres bruja.

—¿Te puedo contar un secreto? —preguntó Alana y bajó el tono de voz. Ahora que su madre le había dicho que era una bruja estaba dispuesta a compartirlo con ella.

—Claro.

—Sabía que era especial porque he descubierto que tengo un superpoder.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —preguntó Triz con cierto asombro e incredulidad. Esperaba que su hija saliera con cualquiera de sus habituales tonterías que tanto le hacían reír.

—Mira... —anunció Alana y se concentró—. ¡Tasal! —exclamó con la mirada fija en sus juguetes. Todos salieron despedidos del suelo.

—Vamos a guardar este secreto para nosotras, ¿vale? —propuso Triz asombrada. No quería que su hija empezara a desplazar objetos delante de sus amigas.

—Vale. Será un secreto de brujas —respondió Alana con su habitual sonrisa traviesa.

—¡Hecho! Y ahora... cuéntame algo más sobre el sueño que acabas de tener.

—Pero antes tengo una pregunta. ¿Quién es Gare?

—11—

Grawell se viene abajo

El cielo de la noche brillaba y la calma reinaba en el valle bajo las estrellas, no había viento y el lugar dormía con la tranquilidad que da el desconocimiento de los problemas. No ocurría lo mismo en una de las casas más apartadas de Etrazen[4]. Lejos de miradas curiosas y de oídos inquietos, las cuatro brujas de elemento del consejo se habían reunido en secreto para no alarmar al resto. Allí, de manera airada, discutían Helen, Agnes, Silen y Petronilla.

—¡Sabes tan bien como nosotras que, sin los sigilos, Grawell acabará desapareciendo! ¡Es su magia la que mantiene este mundo! —exclamaba Agnes.

—¡Claro que lo sé! ¡Te crees que ser una bruja de magia blanca te hace más inteligente que yo! ¿Para qué demonios iba yo a robar los sigilos? ¿Para hacer perecer el único mundo en el que puedo vivir por culpa de la sobrina de Helen? ¿Te crees que tengo ganas de acabar en Marbhreilig? —replicó Petronilla sin dejar de hacer aspavientos con los brazos.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que lo que dejó oculto Astrid en el lago no te hubiera servido para regresar? —repuso Helen—. ¡Estabas condenada a vivir aquí para siempre desde que destruyeron tu cuerpo!

—Lo que tú digas. Ni que me fuera a fiar de la palabra de una bruja de magia blanca. Si fuera así, ¿cómo explicas que Astrid desapareciera de Grawell? ¡Ella tampoco tenía ningún cuerpo al que regresar! Se creó Grawell para ella, ¿recuerdas? Si no se puede regresar sin un cuerpo al que volver, ¿cómo lo hizo ella? Estoy segura

de que lo que ocultó en el lago era la manera. ¿Dónde diablos está ahora si no?

—¡No lo sé! Nadie sabe qué ocurrió con Astrid. Solo sabemos que, si no fuera por ella, todos los mundos hubieran sucumbido a la rabia de los Dioses y que dejó algo en el fondo del lago por si los mundos volvían a estar en peligro. Ahora le ha llegado el turno a mi sobrina, la única que fue capaz de rescatarlo del fondo del lago. Además, sabes que mi magia no es del todo blanca.

—Eso te hace aún menos de fiar. No puede confiar en ti ninguno de los dos bandos. El caso es que me da igual cómo os pongáis. Yo no tengo los sigilos, no los he robado, y discutiendo aquí lo único que vamos a conseguir es que Grawell se vaya a la mierda. ¡Con todas nosotras dentro!

—¿Quién iba a robar los sigilos si no? —replicó Agnes—. Eres la única que lleva siglos queriendo salir de aquí.

—¡Maldita estúpida! ¿Ahora te pones de su lado? Lo que te puedo asegurar es que no ha sido ninguna bruja con cerebro. ¡Ninguna bruja, ni siquiera una de magia blanca, sería tan estúpida como para robar los sigilos! ¡Ninguna! A menos que su cuerpo estuviera intacto en la Tierra y pudiera regresar...

—No estarás queriendo decir que fue mi sobrina la que se llevó los sigilos, ¿verdad? —bramó Helen ante la insinuación de Petronilla.

—¿Conoces a alguna otra bruja que haya regresado al otro mundo en los últimos cien años? ¿No te parece demasiada casualidad que, justo cuando aparece tu sobrina, desaparezcan después de siglos en los que nadie se ha atrevido a acercarse a ellos?

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo, Petronilla? ¡Mi sobrina no se separó de mí en ningún momento! ¡No tiene ni idea de la existencia de los sigilos! Nunca tuve tiempo de explicarle las reglas de Grawell. ¿Cómo iba a robarlos? ¿Para qué?

—¡Y yo qué sé! ¿Para lo mismo que robó la ostra de Astrid? Insistes en acusarme a mí y tienes las mismas pruebas que yo. ¿Qué motivos iba a tener yo para robarlos?

—Para que tenga que regresar... estás obsesionada con la ostra —musitó Helen—. Has puesto en peligro Grawell e insinuado que la culpable es mi sobrina para que tenga que regresar. Es eso, ¿verdad?

—¿Y para qué coño me sirve que tu sobrina regrese? ¿Crees que si lo hace vendrá con la ostra que se llevó del lago? Si lo hiciera, te puedo asegurar que intentaría recuperarla, pero no creo que sea tan estúpida, aunque siendo familia tuya... quién sabe.

—Puedes considerarme todo lo estúpida que quieras, pero te derroté en el lago y podría volver a hacerlo si vuelves a insultar a mi sobrina.

—¿Para qué quería tu sobrina lo que ocultó Astrid? —interrogó

Silen. Si no intervenía, corrían el riesgo de terminar enzarzadas en una pelea que no llevaba a ninguna parte. Al menos, a ninguna buena.

—Ya os lo dije: para salvar a los mundos. Tiene sueños premonitorios sobre una amenaza que se cierne sobre todos nosotros. Mi sobrina soñó con los Dioses en su décimo cumpleaños. Lo mismo que Astrid, la primera gran bruja. Como Astrid, es la elegida para mediar entre el Dios Astado y la Diosa Luna, quien tiene que reconciliarlos para que los mundos no se vean afectados.

—¿Incluido Grawell? —siguió interrogando Silen con un tono de voz bajo para llamar a la calma.

—¡Por supuesto que incluido Grawell! Mi sobrina tiene que salvar a todos los mundos y eso incluye al de las brujas.

—¿Y crees que tu sobrina podrá hacerlo?

—Estoy convencida. Es una bruja muy poderosa. ¡Por eso consiguió rescatar la ostra del fondo del lago y por eso nos salvará a todos! —exclamó Helen, harta de que pusieran en duda a Triz.

—Entonces... si tan segura estás de que tu sobrina puede, y quiere, salvar Grawell, no te importará avisarla de nuestra situación actual para que regrese. No podemos estar mucho tiempo más sin los sigilos. Nuestro mundo se está desestabilizando y será arrastrado a Rigel si no los restablecemos en cuanto su órbita cruce la Nebulosa de Cabeza de Bruja. La estrella azul nos consumirá si no mantenemos la órbita actual con su magia.

—¡Está bien! ¿Cómo proponéis que la avisemos? ¿Sabéis mandar mensajes al otro mundo? Porque, si sabéis cómo hacerlo, ya podríais habérmelo contado en estos más de treinta años que llevo aquí. Soy una bruja de elemento como todas vosotras y todas sabemos que las reglas de Grawell impiden volver a comunicarse con el otro mundo una vez que somos desterradas y nuestro cuerpo queda inservible para el regreso.

—Nosotras llevamos siglos y no, no sabemos cómo mandar mensajes a la Tierra, pero sabemos que se puede regresar. Podemos mandar a alguien de vuelta —intervino Agnes.

—¿A quién? ¿Conocéis alguna bruja que tenga su cuerpo disponible al otro lado? Como ha dicho Petronilla, salvo mi sobrina, ninguna bruja ha podido regresar en más de cien años.

—A Shaira Diouf...

—Acaba de llegar hace unas semanas... ¡La lapidaron en Sudáfrica! ¿Os habéis olvidado? —bramó Helen.

—La lapidaron y la dejaron enterrada bajo las piedras, pero su cuerpo no está podrido, ni enfermo, ni lo han decapitado. Tú sabes que las heridas se curan al regresar, no así las enfermedades. Tu sobrina se tuvo que quemar en la hoguera, pero al regresar su cuerpo se curó de las heridas. El de Shaira también sanará.

—¡Pero está en Sudáfrica! ¿Cómo se va a poner en contacto con mi sobrina? Tardaría demasiado tiempo en llegar y no disponemos de tanto.

—¡Joder, Helen! Cuando Shaira regrese y vuelva a reencarnarse en su cuerpo, podrá ponerse en contacto con ella a través de Aisling —replicó Agnes a punto de perder la paciencia.

—Shaira no conoce a mi sobrina. ¿Cómo va a contactar con ella en el mundo de los sueños? Tendría que tener algo que fuera de ella o que mi sobrina hubiera dejado marcado.

—¿En el día que estuvo contigo no se dejó nada? ¿Algo que podamos usar para que Shaira pueda encontrarla?

—Sí... se dejó algo de ropa en el lago —recordó Helen—. La tengo en casa.

—¡Perfecto! —exclamó triunfante Petronilla—. Hagamos que esa mocosa regrese a Grawell a salvarnos. Y, si se puede traer la ostra, mejor para mí.

—12—

Grawell no espera

No tenía mucho que hacer en el hospital, no era algo habitual. En el mundo que le había tocado vivir los accidentes, asaltos o atracos con violencia hacían que los días siempre fueran estresantes en el trabajo, pero, en ocasiones, la tormenta parecía serenarse y todo se quedaba en calma.

Triz miraba por la ventana de su despacho, pero no veía más allá. Sus pensamientos le hacían mirar hacia su interior. Pese a la tranquilidad en los pasillos, su cabeza era un hervidero de preocupaciones. Hacía muchos años que no tenía un día tranquilo. En realidad, los días de mucho trabajo le ayudaban a no pensar. Sin embargo, esa mañana no conseguía sacarse de la mente que, a pesar

de la aparente calma de las calles, una tormenta se estaba acercando. Una mucho peor que esas que traen lluvias tóxicas.

Hablar con su hija mayor sobre qué eran y a qué se enfrentaban le había quitado un peso de encima, pero le había añadido una nueva carga. Ya no era solo madre, ahora tenía que ser también maestra, y no sabía si estaba preparada para ello. Pronto tendría que volver a marcharse, esta vez no sabía por cuánto tiempo, y Alana se quedaría sola con sus sueños y sus poderes sin nadie que los comprendiera.

Sobre la mesa de su despacho reposaba un cuaderno de tapas negras que había comprado antes de entrar a trabajar. Ahora que su hija ya sabía lo que era había llegado el momento de que tuviera su propio libro de las sombras. Había decidido que, mientras estuviera fuera, le dejaría el suyo y el de la tía Helen para que pudiera leerlos. Su hija se sentiría mucho más comprendida cuando leyera los sueños que tuvo ella a su edad y viera que no eran las únicas que los tenían. Esperaba poder regresar y seguir enseñándole lo poco que sabía de magia. No quería que le pasara como le había ocurrido a ella, cuando su tía Helen se marchó a Grawell.

Un pequeño atisbo de sonrisa iluminó su rostro. Lo único positivo de tener que continuar con aquella historia era que pronto podría volver a abrazar a su tía. Que para poder hacerlo tuviera que volverse a quemar en una hoguera, con lo doloroso que había sido la primera vez, le volvió a borrar la sonrisa y a llenarle la cabeza de preocupaciones. ¿A quién se lo iba a pedir esta vez?

No quería volver a involucrar a Gare. La vez anterior estuvo a punto de costarle la vida. Además, estaban los sueños de Alana. Había visto a Gare siendo atacado mientras estaba con ella y quería evitarlo a toda costa. No iba a volver a ponerlo en peligro. Ni siquiera había tenido tiempo de recuperarse bien de todas las heridas que le produjo su anterior aventura. Estaba decidido, Gare, esta vez, se quedaría al margen. Tendría que buscar a otra persona que lo hiciera. ¿Tal vez Nara?

Estaba segura de que se iba a negar, pero su mejor amiga era una bruja de aprendizaje y era la única que podría llegar a entenderlo, aunque tuviera que emborracharla para que no llamara a la NPVN y la encerraran. La vez anterior no se atrevió a pedírselo y confió en Gare, aprovechándose de saber que estaría dispuesto a hacer casi cualquier cosa por ella. No en vano se había dejado pegar un tiro en la realidad virtual solo porque le pidió que regresara. Había sido muy egoísta por su parte ponerle en peligro.

Una llamada a la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¡Pase! —ordenó sin apartar la vista de la ventana—. ¿Alguna operación? —continuó. Deseaba tener que ponerse a trabajar y dejar de darle vueltas a la cabeza, que ya empezaba a dolerle.

—Me temo que solo vengo a aumentar tus preocupaciones —replicó una voz femenina desde la puerta. Triz se giró y, al ver el rostro color ébano de la joven, sintió que el corazón se le paraba.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó a la vez que regresaba a su mesa y tomaba asiento. De pronto, se sentía agotada y parecía que las piernas no la sostenían de pie más tiempo.

—¿Sabes quién soy? —inquirió la mujer, que permanecía de pie junto a la puerta.

—Shaira no se qué... no recuerdo bien tu apellido —repuso Triz. No era buena para recordar nombres, pero las caras no se le olvidaban.

—Diouf. Veo que ya soñaste conmigo antes.

—Esperaba tu visita, pero deseaba que no fuera tan pronto.

—¿También viste el motivo de la misma? —preguntó Shaira antes de tomar asiento.

—Algo de que en Grawell no van bien las cosas y tengo que regresar. ¿No es así?

—Así es —replicó Shaira. Acercó su silla y apoyó los brazos—. Veo que tu tía tenía razón cuando me dijo que eras poderosa. No todas tenemos la suerte de que nuestros sueños sean tan, como lo diría... reales. Han robado los sigilos y dicen que eres la única bruja capaz de recuperarlos.

—Esa palabra se la he oído a mi hija hace poco por uno de sus sueños, pero no tengo ni idea de qué son. No sé cómo puedo ser la única bruja capaz de recuperarlos si ni siquiera sé de qué me hablas.

—Los sigilos son unos símbolos mágicos que permiten a Grawell orbitar alrededor de la estrella azul Rigel sin que el aliento de la Nebulosa de Cabeza de Bruja haga que se estrelle contra ella. Cuando las brujas se unieron para crear Grawell, tuvieron que anclarlo alrededor de la estrella para que no lo consumiera. Sin ellos, el mundo de las brujas acabará devorado por la estrella azul, pero, antes de que eso ocurra, todas las brujas que habitan en él morirán. ¿No te lo enseñó tu maestra?

—No tuvo mucho tiempo. ¿Y dices que solo yo estoy capacitada para recuperarlos? —preguntó Triz preocupada. Solo imaginar que aquel mundo lleno de bosques, plantas, casas unifamiliares y lagos podría acabar destruido le oprimía el alma.

—Tu tía Helen dice que eres la bruja destinada a salvar los mundos, que por eso fuiste la única capaz de recuperar lo que Astrid, la primera gran bruja, había dejado oculto en el lago. Y, si eso es cierto, deberías empezar por salvar el nuestro, Grawell, porque, si los sigilos no regresan a su lugar, es al que menos tiempo le queda. Las brujas de elemento quieren verte en el consejo.

—¿Las brujas de qué?

—Está visto que hay mucho que no sabes y que no te han explicado. Las brujas de elemento son las cuatro brujas más poderosas de Grawell. Tu tía es una de ellas. La bruja del elemento fuego.

—Soñé contigo en un autobús... no en mi despacho. Hay algo que no termina de encajarme... —murmuró Triz para sí misma, como si Shaira no estuviera presente.

—Triz, sabes que los sueños, a veces, cambian. Se modifican los detalles, evolucionan según los cambios en nuestro destino. Quizás estábamos destinadas a conocernos en un autobús, pero algo, algún detalle importante en tu vida de los últimos días, ha cambiado el momento y la forma. Al fin y al cabo esto también es un sueño.

—¿Un sueño? —preguntó Triz a la vez que alzaba la cabeza para fijar la mirada en Shaira.

—Sí. Un sueño. Solo que no es una de tus premoniciones. Estamos en Aisling y he abierto esta conexión con la ayuda de la ropa que te dejaste olvidada en Grawell. En realidad, yo estoy dormida en una pequeña casa en Helena, en la pequeña provincia de Limpopo, al norte de Sudáfrica, la pequeña ciudad de las brujas exiliadas, y tú te has quedado dormida en tu despacho.

—¡Oh, Dios! ¿Cómo he podido dormirme?

—Déjame que lo adivine: llevas muchas noches sin dormir bien y tu cuerpo ya no resiste más, ¿me equivoco?

—He estado estudiando el libro de Astrid, ocupada entrenándome para combatir a los demonios que están por llegar. Mi hija ha vuelto a tener pesadillas. No tengo tiempo para dormir...

—Lo sé, porque llevo un par de días intentando localizarte y no me ha sido posible. Triz, tienes que regresar a Grawell y tienes que hacerlo ya. El tiempo se nos acaba. Estoy deseando regresar al mundo de las brujas, pero necesito que se mantenga habitable. Allí no se me margina por ser lo que soy. Aquí tengo que mantenerme oculta en este lugar si no quiero volver a ser lapidada, y no estoy dispuesta a vivir así.

—¿Y qué vas a hacer?

—He cumplido con lo que se me pidió. Ahora dejaré que me apresen y regresaré a Grawell a ayudar.

—¿Vas a dejar que vuelvan a lapidarte?

—Sabes muy bien que una bruja tiene que hacer lo que debe hacer. Voy a dejar que me lapiden de la misma manera que tú vas a regresar a Grawell, porque es nuestro deber. Y ahora despierta. El tiempo se nos acaba, queda poco más de una semana para que la órbita de Grawell entre en la Nebulosa de Cabeza de Bruja.

—13—

El regreso a Grawell

Se sobresaltó al despertarse con la cabeza apoyada en la mesa de su despacho. Necesitaba dormir más, pero ya no iba a ser posible. Había llegado el momento de regresar a Grawell, de reencontrarse con su tía Helen y de averiguar por qué era la única capaz de recuperar los sigilos si había brujas mucho más experimentadas.

Tenía que marcharse y, esta vez, temía que no fuera solo por unas horas. Su estancia en Grawell sería más larga y eso le suponía un problema casi tan grande como enfrentarse a demonios o brujas de magia negra: explicárselo a Óscar.

Una ausencia prolongada volvería a dañar su relación. Parecía que él, salvo alguna excepción, se mostraba más comprensivo desde su primer regreso de Grawell, pero, en esta ocasión, no podría marcharse sin hablar con él primero. Después vendría otro problema casi igual de grande: convencer a su amiga Nara de que la quemara viva.

Se excusó en el trabajo y pidió unos días libres. Pese a las amenazas de su jefe con despedirla por sus continuadas ausencias, sabía que era la mejor en su trabajo y que, por mucho que este se enfadara, la recibiría con los brazos abiertos a la vuelta. Nunca iban a encontrar a una especialista mejor.

Llegó a casa e hizo los preparativos para su marcha. Para ir a Grawell no era necesario hacer la maleta, pero sí que tenía que elegir el lugar donde iba a hacer la hoguera y el sitio donde Nara tendría que esconder su cuerpo para protegerlo hasta su regreso y, en esta ocasión, también guardó su athame para cortar las cuerdas una vez

cruzara al otro lado. No quería volver a quedarse atada a un árbol por si la situación en Grawell se había complicado y su tía no podía acudir, esta vez, a soltarla.

Cuando creyó tener todo listo y tras recoger a sus hijas en el colegio, esperó sentada en el sofá a que Óscar regresara del trabajo. Estaba nerviosa, segura de que aquella conversación no iba a ser fácil. Al menos esperaba saber controlar sus emociones y no discutir. Si no lo entendía y empezaba a levantar la voz, intentaría mantenerse calmada. Se pusiera como se pusiera iba a tener que marcharse y quería, al menos, hacerlo sin sentirse culpable.

Cuando Óscar entró en casa y la vio sentada en el sofá se extrañó. Su mujer siempre estaba ocupada y nunca paraba quieta.

—¿Ocurre algo? —preguntó contrariado, antes incluso de terminar de cerrar la puerta—. ¿Nuestras hijas están bien? ¿Alguna se ha puesto enferma?

—No es eso. Tenemos que hablar.

—Hablamos todos los días, ¿tengo que preocuparme? —inquirió Óscar. Cerró la puerta y se sentó al lado de su mujer.

—Es por un tema del que siempre nos cuesta hablar y que, normalmente, acaba en discusión. Y no quiero tener que discutir. Así que espero que me escuches y que me entiendas.

—¿Es por tus sueños? Muy bien. Te escucho.

Triz, pese a que Óscar la miraba con impaciencia, se quedó unos segundos en silencio.

—¡Buf! —suspiró al fin—. No sé ni por dónde empezar. Es complicado hasta para mí

—La mejor manera de que lo entienda es hacerlo por el principio y con sinceridad.

—El principio es lo que más te va a costar entender…

—Prueba.

—Tengo que marcharme unos días. Ni siquiera sé cuántos.

—¿Marcharte? ¿Y las niñas? ¿Adónde te tienes que marchar? —Quiso saber Óscar sin poder evitar levantar un poco el tono de su voz.

—Sí, marcharme. De las niñas tendrás que hacerte cargo tú, que también son tus hijas. Tendrás que tener cuidado con Alana, ha vuelto a tener pesadillas y me temo que le durarán unos días. Al menos hasta que vuelva a solucionarlo. Y con respecto adónde…

—¿Alguna convención? ¿A donde tus padres? ¿Con tu amante? —Óscar remarcó las últimas palabras.

—¿De qué me hablas? —interrogó Triz, a quien la pregunta de su marido le había sentado como una bofetada por sorpresa—. ¿Amante? ¿Otra vez tus estúpidos celos?

—¿Estúpidos? ¿Quién es Gare? ¿Es con él con quien te tienes que ir unos días?

Triz guardó silencio. ¿Cómo sabía Óscar de la existencia de Gare? Nunca se habían conocido y nunca le había hablado de él.

—¡Es con él!, ¡¿verdad?! Por eso te quedas callada —continuó Óscar. Su tono de voz seguía aumentando—. ¡Lo sabía! Por eso por las noches lo mencionas en tus sueños. ¿O pensabas que no iba a escucharte gritar su nombre?

Triz suspiró al entenderlo.

—Gare es un amigo de la infancia y sí, tengo sueños con él, pero no de los que tú imaginas. Y, por supuesto, no es mi amante.

—¿Y qué cojones es lo que sueñas con él si puede saberse?

—Que le hieren, le persiguen, le torturan, le amenazan, le matan... ¿Quieres que sueñe contigo en su lugar? —replicó Triz sin poder aguantar sentada y poniéndose en pie.

—Lo que quiero es que me expliques adónde te tienes que ir para tener que dejarnos solos unos días a mí y a tus hijas.

—¡A Grawell! —estalló Triz.

—¡Y qué demonios es Grawell! —replicó Óscar a la vez que se ponía de pie a su lado y se encaraba con ella.

—Grawell es el mundo de las brujas —explicó Triz con un hilo de voz. Sabía que esa respuesta acarreaba más preguntas y se había quedado sin fuerzas para responderlas al ver como Óscar seguía sin confiar en ella.

—¿Las brujas tienen su propio mundo? —preguntó desconcertado por la respuesta, como un boxeador que recibe un golpe en el mentón que no esperaba y queda noqueado.

—Tenemos. Sigues sin entenderlo... ¡Yo soy una bruja! Y sí, tenemos nuestro mundo, dado que ignorantes de mente estrecha, como tú, nos quisieron borrar de este. Tuvimos que defendernos, buscar un nuevo hogar y ahora está en peligro y tengo que evitar su destrucción.

—¿Y dónde está? ¿Quieres que te lleve? —preguntó Óscar en un intento por calmarse.

—No puedes llevarme. A él solo pueden llegar las brujas que mueren perseguidas. Para llegar a Grawell, voy a tener que quemarme en una hoguera.

—¡Estás loca! —vociferó Óscar—. Y me tienes harto con tus mierdas de bruja. ¡Harto! Y pretenderá que la crea. Deberías estar yendo al psicólogo, o mejor aún, encerrada en un manicomio. Sin duda, eres la mujer más imaginativa del mundo para buscar coartadas.

—Lo que suponía... —murmuró Triz. Estaba intentando contener una lágrima que amenazaba con desbordar. Temía que, si dejaba escapar la primera, no podría parar de llorar.

—¿Qué pensabas? ¿Que iba a aceptar de buen grado que mi mujer se fuera unos días de casa? ¿Que me iba a quedar callado

viendo cómo haces, una vez más, lo que te da la gana sin pensar en tu familia? ¿Eso pensabas? Quemarse en una hoguera dice...

—Eso es lo malo, que no lo pensaba. Que estaba convencida de que íbamos a terminar así. Y lo pensaba porque estaba segura de que no ibas a confiar en mí. No lo has hecho nunca.

—¿Cómo voy a confiar en ti si no dejas de decir tonterías? ¡Un mundo de brujas! Bastante tiene ya este sitio...

—Me hubiera gustado explicártelo, que me escucharas, que intentaras entenderme, pero está claro que eso nunca va a ocurrir. Esperaba poder irme tranquila, con tu apoyo, porque lo que me espera en Grawell estoy segura de que no va a ser sencillo, pero, aunque no vaya a ser así, voy a marcharme igual, porque, si precisamente pienso en alguien, es en mi familia y en lo mejor para ella. Me gustaría poder decirte que lo hablamos a la vuelta, pero es que ni siquiera sé si voy a poder volver. Cuida de tus hijas... —dijo Triz sin ni siquiera mirarlo. Después se marchó de la sala y subió a la habitación donde jugaban las pequeñas sin escuchar las protestas de Óscar a su espalda.

Parpadeó varias veces para enjuagar las lágrimas antes de llamar a la puerta. Con esa sonrisa que solo saben poner las madres cuando no quieren preocupar a sus hijos, entró en la habitación.

—¿A qué estáis jugando? —preguntó al entrar y verlas sentadas en el suelo.

—¡A salvar hadas! —respondió Maya.

—¿Y cómo se juega a eso? —Quiso saber Triz, que ya no necesitaba fingir su sonrisa. Ver la de su pequeña había sido suficiente para hacerla sonreír de verdad.

—Tengo que encontrar las cosas que Alana me pide de la habitación. Si las consigo encontrar todas, salvo a una. ¡Ya he salvado a tres! —respondió la pequeña entusiasmada.

—Suena divertido... ¿Me dejas jugar un rato a mí con tu hermana? Puedes bajar al salón a pintar. Dile a tu padre que te saque tu cuaderno de dibujo.

—¡Vale! Pero que Alana apunte en algún sitio que ya tengo tres hadas salvadas. Que luego hace trampas y me las quita.

—Prometido —accedió Triz y abrazó a su hija pequeña antes de verla bajar a la carrera al salón.

—¿Estás bien? —preguntó Alana en cuanto se quedaron a solas, al ver que su madre intentaba mantener a raya las lágrimas.

—¿Por qué lo preguntas? —replicó Triz e intentó poner su mejor cara.

—Soy una bruja, ¿no? —respondió y sonrió a su madre.

—Tienes razón. Eres una bruja y ya no puedo ocultarte nada. No estoy bien, estoy preocupada, y quería quedarme a solas contigo porque tengo que pedirte un favor.

—Dime —dijo Alana. Se puso recta y seria. Quería que su madre viera que ya era una chica mayor y que podía confiar en ella.

—Tengo que marcharme unos días.

—¿Adónde?

—A ver cómo te lo explico... Has leído historias de brujas, ¿verdad? Historias en las que las brujas eran perseguidas.

—Sí. ¿A nosotras también nos persiguen y por eso te tienes que marchar?

—No es eso... Hace muchos años, las brujas perseguidas decidieron que, si las atrapaban, se irían a otro lugar donde pudieran vivir tranquilas y crearon su propio mundo. Le pusieron de nombre Grawell y está muy lejos de aquí. Ahora, esas brujas necesitan ayuda y me la han pedido a mí.

—¿Puedo ir contigo? También soy bruja y a mí me persigue la bruja pelirroja...

—No, no puedes. Llegar a Grawell es muy difícil y tienes que quedarte aquí para cuidar de tu hermana y seguir yendo al colegio.

—¿Y por qué necesitan tu ayuda? —preguntó Alana. Estaba más seria desde que su madre le había dicho que tenía que irse. Era la única que se quedaba con ella por la noche cuando tenía pesadillas.

—Porque han perdido algo y ya sabes que soy la mejor encontrando cosas perdidas en casa.

—Pero yo también soy buena encontrando cosas. Hasta Maya es buena. Lo ha hecho con todo lo que le he pedido. ¿Por qué no puedo ir? —insistió, no quería quedarse sola con sus pesadillas—. Ya cuidará papá de Maya.

—Papá tiene que ir a trabajar y tú ya eres responsable como para cuidar de las dos.

—¿Y si vuelvo a tener pesadillas con la bruja pelirroja?

—Ese es otro motivo por el que tampoco puedes venir ¿Te acuerdas de tu sueño de hace un par de días en el que la bruja pelirroja estaba en un bosque?

—Me acuerdo.

—Grawell está lleno de bosques, así que seguro que esa bruja está allí. Aquí no hay bosques, así que aquí estarás a salvo.

—Pero tú no... —respondió Alana y puso la más triste de sus caras.

—Yo ya derroté al hombre malo y sabía mucha menos magia que ahora. Seguro que puedo con ella. Para cuando vuelva, ya no aparecerá más en tus sueños.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo Triz. Las dos se fundieron en un abrazo—. Y te guardaré el secreto de que usas el juego de las hadas para que tu hermana pequeña te recoja el cuarto. ¿Cómo haces para que crea en

las hadas?

—Cuando termina de recoger las cosas que le pido muevo una de ellas con mi superpoder y le digo que es un hada —respondió Alana con la sonrisa más traviesa y con más luz que había visto Triz en su vida.

—No tienes tu cara ni nada —replicó y la estrechó entre sus brazos en un abrazo eterno que no quería dar por terminado—. Tengo un regalo para ti.

—¿Ah, sí? —interrogó Alana—. ¿Qué es?

Triz sacó el cuaderno de tapas negras y se lo dio a su hija.

—Las brujas apuntamos nuestros sueños y hechizos en un cuaderno que llamamos el «libro de las sombras». Ya eres una bruja e incluso tienes tu propio hechizo. Ahora ya tienes dónde apuntarlo.

—¿Tú también tienes un libro de las sombras?

—Todas las brujas tenemos uno...

—¿Me lo puedes dejar? Así aprenderé mientras no estás y no te echaré tanto de menos.

Antes de marcharse le dejó su libro de las sombras y el de su tía Helen. El único que no le entregó fue el de Astrid.

Quedaba lo más complicado. Convencer a su amiga Nara. Bajó de la habitación de su hija, pasó por el salón donde estaba Maya, le dio un fuerte abrazo y le dijo que se portara bien. Después, pese a que escuchó ruidos en la cocina, no se acercó a despedirse de Óscar. Abrió la puerta y se fue a la calle.

Unos minutos más tarde llamó a la casa de su amiga. Esta no tardó en salir a abrir.

—¡Triz! Qué sorpresa. ¿Habíamos quedado? —preguntó Nara, que se caracterizaba por ser olvidadiza.

—No, tranquila. Vengo porque necesito tu ayuda.

—Pídeme lo que quieras. Ya sabes que estoy encantada de ayudarte siempre.

—Esta vez no estés tan segura...

Nara la dejó pasar. Sus dos hijos correteaban por el pasillo y Jon, su marido, estaba sentado en el sofá del salón.

—¡Qué alegría verte! —saludó a la vez que se levantaba para ir a abrazarla—. ¿Qué tal todo?

Jon tenía mucho cariño a Triz desde la Tercera Guerra Mundial, cuando sus consejos les pusieron a salvo a él y a su familia. Ese cariño había ido a más durante la tormenta solar.

—No muy bien —respondió Triz. Correspondió al abrazo antes de continuar—. Me gustaría pedirle un favor a tu mujer. Necesito su ayuda.

—Ya le he dicho que puede contar conmigo para lo que quiera —

añadió Nara.

—Espero que recuerdes esas palabras cuando sepas lo que te voy a pedir.

—Chica, me tienes en ascuas con tanto misterio. Tampoco será para tanto.

—Yo os dejo a solas. Voy a ver qué están haciendo esos dos pequeños diablos que tenemos por descendencia —comentó Jon.

Nara y Triz se fueron a la cocina. Allí pudieron sentarse una frente a la otra.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Nara.

—Me vendría bien algo con muchos grados de alcohol —respondió Triz.

—¿En serio? No te he visto beber nada más fuerte que un mojito desde que dejamos las juergas juveniles y sentamos la cabeza.

—Cuando te cuente lo que voy a proponerte tú también querrás beber algo fuerte.

Triz fue contando paso a paso los motivos y detalles del plan que quería llevar a cabo. Nara, pese a intentar disimular, cada vez estaba poniendo peor cara. A mitad de la explicación ya se había levantado de la mesa y estaba preparando dos copas.

—Entonces, solo tengo que quemarte viva y ocultar tu cuerpo en el patio trasero de mi casa para que nadie pueda hacerlo desaparecer y puedas regresar de Grawell. Es eso, ¿no?

—Exacto. Solo eso.

—¡Tú estás loca! —exclamó Nara y dio un trago largo a su copa.

—Puede, pero tengo que hacerlo y solo puedo pedírtelo a ti.

—¿Y estás segura de que va a salir bien? Mira que yo siempre he creído en todo lo que me contabas de la magia y la brujería, pero esto de tener un mundo propio para las brujas perseguidas me suena a cuento de hadas.

—Dos cosas: primera, las hadas existen, no son cuentos. Ya te lo expliqué hace años. Segunda, estoy segura de que saldrá bien porque ya he estado en Grawell y he vuelto.

—¿Que ya has estado? ¿Cuándo? ¿Qué pasó? ¿Quién te ayudó?

—Sí, hace poco más de un mes, encontré una perla con un mapa y me ayudó a cruzar Gare.

—¿Gare? ¿Y por qué no se lo pides a él otra vez?

—Porque la última vez que me ayudó terminó en el hospital gravemente herido y no quiero volver a ponerlo en peligro. Aún no se habrá recuperado bien de sus heridas.

—Genial. Tendría que haberme hecho amiga de Norma —comentó Nara antes de terminar de apurar su copa.

—Te habrías aburrido mucho y lo sabes. Entonces, ¿lo harás?

—Pues claro que lo haré, cómo no iba a ayudarte después de todo

lo que has hecho por mi familia, pero te juro que, como no vuelvas pronto, uso lo que quede de tu cuerpo para alimentar a las alimañas.

—Te prometo que intentaré regresar cuanto antes —dijo Triz. Se levantó de la silla y abrazó a su amiga—. Tenemos que mandarme a Grawell ahora mismo.

—¡Joder! ¿Ya? Pensé que me ibas a dar unos días para asimilarlo.

—Si te doy unos días para pensarlo, sales corriendo. Y a Grawell no le queda mucho tiempo. Lo haremos ahora.

Encontrar con qué hacer la hoguera fue más complicado que la vez anterior con Gare. La primera vez había aprovechado matorrales y troncos de árboles muertos para hacerla, pero donde ella vivía no había rastro de ningún bosque cerca y necesitaban madera seca. Tuvieron que acabar improvisando con unos muebles viejos que Nara guardaba en un trastero.

Mientras leía las frases de acusación de brujería, Nara temblaba como un vaso de agua ante la llegada de un tiranosaurio. Triz, atada a una silla de madera, rodeada de trozos de mueble viejo y libros, también temblaba. La primera vez que cruzó a Grawell lo hizo sin saber lo que se iba a encontrar y, sobre todo, sin saber con exactitud lo mucho que le iba a doler. Ahora ya sabía el dolor que iba a sentir cuando las llamas la alcanzaran y eso no le ayudaba a tranquilizarse.

—Date prisa o me voy a arrepentir. —Intentaba calmarse respirando profundo, pero no le estaba funcionando.

—Cómo quieres que me dé prisa si me está temblando tanto la mano que casi no puedo ni sujetar la hoja.

—Venga. Hazlo ya...

Nara terminó la última frase y acercó una cerilla a las páginas de uno de los libros abiertos. Estas empezaron a arder y no tardaron en propagarse a otro de los libros cercanos. Sin poder evitarlo, viendo que las llamas se acercaban a su amiga, dio dos patadas a los libros para alejarlos de la hoguera.

—¿Qué haces? —exclamó Triz.

—¡Que no puedo! ¡Que no puedo quemarte! ¡Que me va a dar un infarto! ¡Que cuando me quemo un dedo cocinando duele horrores y me estoy poniendo mala solo de pensar lo mucho que te va a doler!

—¡Joder, tía! ¿Te crees que a mí me hace gracia? ¡Ninguna! Pero tengo que hacerlo y solo puedo confiar en mi mejor amiga.

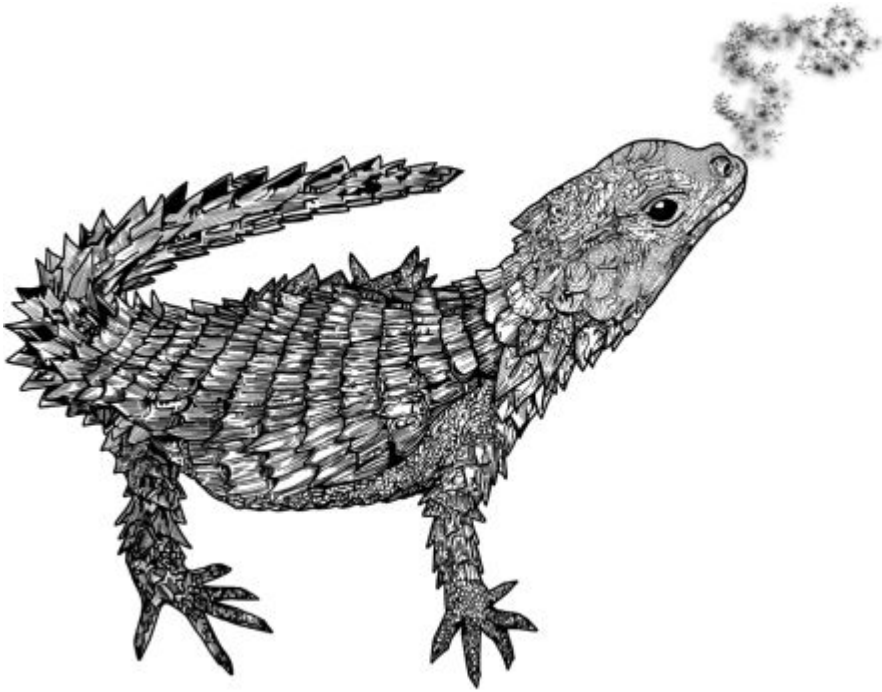
—¡Está bien! Pero tendría que haberme bebido un par de copas más.

—Correrías el riesgo de que tú también prendieras —replicó Triz. Al hacerlo se acordó de Gare y esa manía suya de bromear en los momentos de mayor tensión.

Nara volvió a prender fuego a uno de los libros y se alejó. No quería quedarse cerca ni mirar porque iba a volver a apagar el fuego si

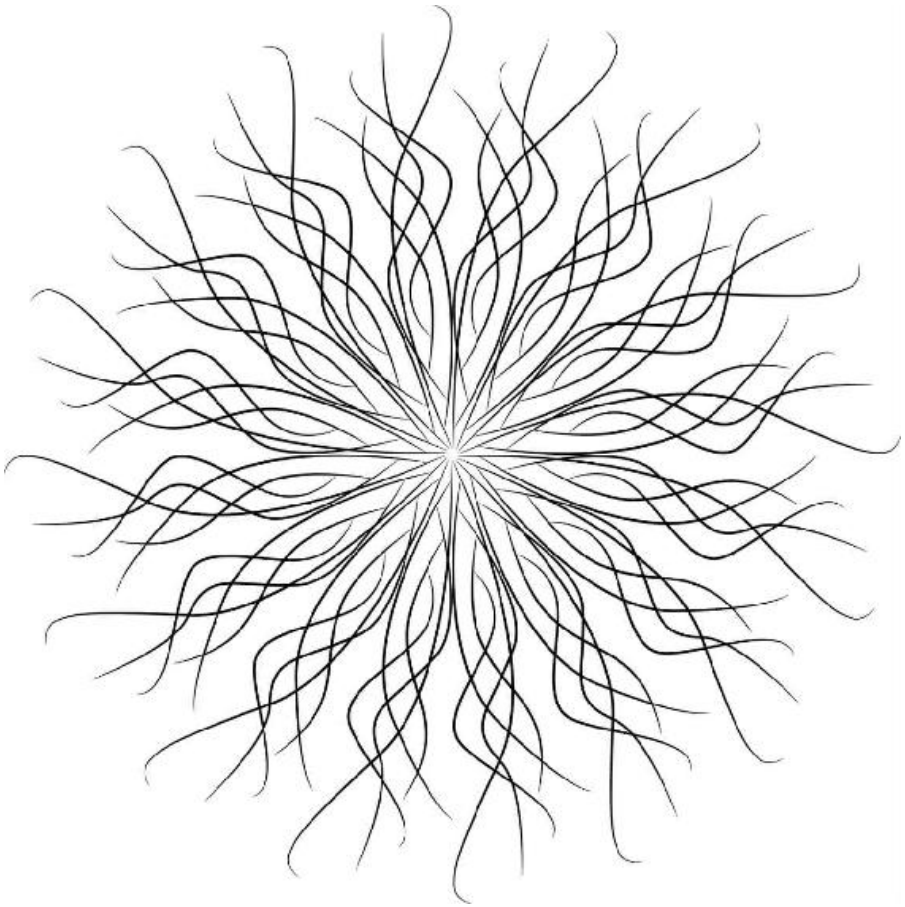
lo hacía.

«Allá vamos otra vez...», pensó Triz, cuando sintió el calor de las llamas en la planta de sus pies. Esta vez, con mucha fuerza de voluntad, intentó aplacar sus gritos para no asustar a su amiga ni alertar a su familia. Lo consiguió solo a medias.



Ouroborus: Lagarto dragón con propiedades mágicas

—14—



Todo es distinto

Como la vez anterior, el dolor fue desapareciendo gradualmente. Las sensaciones al cruzar a Grawell se asemejaban a encontrarse en una montaña rusa. Los nervios de la primera subida, los gritos tras la primera bajada y esa sensación de relax y agotamiento cuando la adrenalina se termina y todo acaba.

Triz se sorprendió al encontrarse atada a las ramas de un mimbre. La primera vez que cruzó se encontró atada al mismo árbol que habían usado para la hoguera. Ahora había aparecido atada al árbol que parecía haberse usado para hacer la silla de su amiga.

Buscó el athame en el bolsillo trasero de su pantalón y, con paciencia, fue cortando las cuerdas. Le costó más bajar de la rama que

desatarse.

Estaba cerca de un descampado. El árbol en el que había aparecido era el único cercano a la zona. Todo lo demás constituía un amplio campo de hierba. Su tía no había ido a buscarla.

Si Grawell y el mundo del que venía se habían creado a imagen y semejanza, su tía estaría a unos cuantos kilómetros de distancia. La primera vez, viajó a Grawell desde su pueblo natal y ahora lo había hecho desde su ciudad. Iba a tener que encontrar un medio de transporte si quería llegar, porque caminando tardaría días. Lo primero que tenía que hacer era encontrar un lugar donde pasar lo que quedaba de noche.

Ojeó su alrededor y se dio cuenta de que tenía que empezar a controlar las horas en Grawell. Era la segunda vez que cruzaba y, aunque esperaba no tener que repetirlo muchas veces más, tenía que aprender a saber cuándo era de día y cuándo de noche. Era la segunda vez que llegaba al mundo de las brujas a oscuras. La poca luz que brindaban las estrellas no le dejaba ver más allá de unos metros de donde se encontraba y el paisaje no resultaba nada agradable. El silencio era sobrecogedor. Allí no había casas, ni lugares donde esconderse. Solo el mimbre en medio de la nada más absoluta.

Estaba decidida a permanecer apoyada en el tronco del árbol hasta que la luz del día le mostrara algún camino que seguir cuando vio brotar del suelo una pequeña llama de fuego. Estaba segura de no habérsela imaginado. De la tierra había surgido, de pronto, una pequeña llama que se había apagado tan rápido como había aparecido. Curiosa, estaba tentada de acercarse a mirar, pero dar un paso más allá de la seguridad que le daba el tronco se le hacía complicado. Era como si el árbol y sus raíces le aseguraran que todo estaba firme, pero dar un paso hacia donde había visto la llama, hacia la oscuridad, la llenaba de temores, como si el suelo fuera a desaparecer bajo sus pies.

Dos nuevas llamas, un poco separadas la una de la otra, volvieron a sorprenderla todavía sin decidirse. Alentada por la curiosidad, dio un paso hacia donde las había visto brotar, pero cuando vio aparecer cuatro pequeños fuegos frente a ella retrocedió otra vez a la falsa seguridad del tronco del árbol, hasta chocar contra él.

—No te asustes. Son solo *ouroborus*[5] —manifestó una dulce voz sobre su cabeza, tan inesperada y repentina que Triz se alejó del árbol más de lo que había sido capaz de hacer hasta ese momento.

—¿Quién está ahí? —exclamó sin dejar de mirar las ramas, pero la oscuridad de la noche no le permitía ver nada.

—Mi nombre es Awen —replicó la dulce voz sin que Triz consiguiera descubrir de dónde procedía—. Estaba dormida, pero tu golpe contra el tronco de mi árbol me ha despertado.

—¿Y eres buena o mala? —preguntó de forma pueril Triz, desconocedora de los seres que se podría encontrar en Grawell.

—Soy una dríada[6] —explicó Awen entre risas—. Que sea buena o mala dependerá de tus intenciones con mi árbol.

—Te juro que no tengo ninguna mala intención con él —aseguró Triz. El nombre de las dríadas le sonaba de los cuentos infantiles que le contaba su tía. Estar hablando con una le hizo entender, de pronto, que aquellas historias que le contaban de pequeña a escondidas en realidad no eran cuentos—. ¿Las dríadas no habitáis robles? —preguntó rememorando sus pocos conocimientos sobre criaturas mitológicas.

—¿Y las brujas no habitáis la Tierra? —replicó Awen con voz pícara.

—Así es, pero las perseguidas viven aquí, en Grawell.

—Nosotras también vivíamos en tu mundo, pero ¿cuántos árboles quedan? La tormenta solar nos obligó a emigrar y las brujas nos aceptaron en Grawell. Al fin y al cabo, nosotras también somos seres mágicos. Pero, como entre las brujas, entre nosotras también hay disputas y algunas dríadas, cuando nos destierran de nuestro árbol, tenemos que encontrar otro en el que sobrevivir. A mí me desterraron de mi roble y tuve que sobrevivir en este mimbre solitario. Me encantaría regresar a un roble, pero no hay ninguno cerca al que pueda llegar.

—¿Y por qué te desterraron?

—No cuidé bien de mi árbol...

—¿Y cómo llegaste aquí? Tengo entendido que las dríadas no podéis alejaros mucho de vuestro árbol porque, si lo hacéis, terminái muriendo.

—Mi árbol no estaba muy lejos de aquí, pero algo está pasando en Grawell y las cosas están cambiando. Ahora me he quedado sola, bueno, con los ouroborus.

—¿Qué son?

—En tu mundo son una especie de lagartos, aquí los conocemos como minidragones.

—¿En serio? ¿Dragones? —comentó Triz volviendo a acercarse al árbol. Al hacerlo, distinguió la figura de Awen sentada en una de las ramas del mimbre. Tenía la piel amarillenta y unos preciosos ojos violeta. Su pelo se confundía con las hojas, lo que la hacía casi invisible cuando cerraba los ojos. No debía de medir más de un metro y estaba completamente desnuda.

—En miniatura. Ya ves que sus llamas apenas son una cerilla encendida y ni siquiera vuelan, pero tienen otras cualidades.

—¿Como cuáles? —preguntó Triz intrigada por conocer más de aquellas criaturas.

—Son familiares, leales y se teletransportan.

—¿En serio? ¿Eso se puede hacer?

—Pero ¿qué clase de bruja eres? —replicó Awen y cambió el gesto de su cara—. ¿Cómo has llegado a Grawell? —inquirió, se puso de pie sobre la rama y adoptó una postura defensiva.

—Tranquila. No te asustes. Simplemente soy una bruja un poco novata. Hay muchos aspectos de la magia que desconozco. Mi tía Helen empezó a enseñarme las responsabilidades de ser bruja, pero tuvo que venirse a Grawell cuando yo era una niña. Casi no tuve tiempo de aprender con ella. He tenido que ser autodidacta y hay mucho sobre la magia y este mundo que todavía desconozco.

—¿Eres sobrina de Helen? —Se sorprendió Awen antes de volver a sentarse en su rama.

—Sí. ¿La conoces?

—Todo el mundo conoce a Helen. Es una de las brujas más poderosas de Grawell, una de las cuatro brujas de elemento. El elemento fuego. Me sorprende que su sobrina no conozca los hechizos de teletransporte...

—Hasta ahora ni siquiera había visto nunca una dríada ni conocía la existencia de los ouroborus.

—¡Madre mía! ¿Y por qué has venido a Grawell? Con tan pocos poderes dudo que en tu mundo alguien te estuviera persiguiendo.

—Me han mandado un mensaje a través de mis sueños para que venga. Al parecer, han robado los sigilos y necesitan mi ayuda para evitar que Grawell acabe estrellándose con la estrella azul, Rigel.

—¿Tu ayuda? Vamos apañadas... —murmuró Awen.

—¡Oye! Se supone que las dríadas sois amables.

—No hagas caso de las leyendas. No todas somos iguales.

A Triz la frase le resultó irónica. Si no fuera por los cuentos y leyendas que le contaba su tía, jamás habría creído en la existencia de las dríadas y ahora una de ellas le pedía que no hiciera caso de esas historias.

—¿Y por qué has aparecido aquí? Tu tía no vive cerca. —Quiso saber Awen.

—Lo sé, pero viajar a Grawell desde mi mundo no es sencillo y no se puede hacer al lugar exacto donde quieres llegar. Este es mi segundo viaje a Grawell y no sabía qué me iba a encontrar. Tengo que buscar la manera de reencontrarme con mi tía. A ver si cuando amanezca encuentro la manera de viajar hasta allí.

—¿Y por qué no se lo pides a uno de los ouroborus?

—¿Ellos me podrían teletransportar?

—Poder, podrían, querer... ya es más complicado. No son muy afables, pero no pierdes nada por pedírselo. Y, de paso, les pides también que no se acerquen tanto a mi árbol. Como alguna de sus

llamas roce la corteza, voy a tener que enfadarme.

—¿Y cómo se lo pido?

—Estamos apañadas... ¿Por favor?

—¿Entienden nuestro idioma? —exclamó Triz.

—No solo lo entienden. ¡Lo hablan! —respondió Awen mientras se llevaba las manos a la cara, lo que hizo que, por un instante, volviera a desaparecer de la vista.

Intentando demostrar que no era tan inútil como la dríada había podido llegar a imaginar, se acercó donde había visto las llamas. El primer paso hacia la oscuridad lo dio con confianza, el segundo fue más dubitativo y al tercero estuvo a punto de regresar a la corteza del árbol. Si no lo hizo, fue porque Awen la estaba observando con atención.

—¿Hola? —interrogó con timidez. No tenía ni idea de cómo dirigirse a un ouroborus. Ni siquiera estaba segura de saber pronunciarlo—. ¿Pueden ayudarme? —siguió preguntando mientras daba pasos a tientas.

—¡Detente! —advirtió una voz arisca entre las hierbas. Tras ella, una llama de fuego le marcó la procedencia. El ouroborus se encontraba solo a un paso de distancia—. ¿Qué quieres?, ¿aplastarme?

—¡No! Le juro que no era mi intención. —Triz se sintió avergonzada, pero tampoco entendía por qué estaba tratando de usted a un lagarto.

—Pues entonces aléjate de mí y de mi familia. No queremos complicaciones, solo que nos dejen en paz. —A las palabras del ouroborus le siguieron cuatro llamaradas de distintos tamaños que casi rodeaban a Triz.

—Me encantaría irme muy lejos, se lo aseguro, pero para ello necesito su ayuda. ¿Pueden ustedes teletransportarme? —Triz se sentía ridícula hablando de usted a unos lagartos a los que apenas podía ver, pero a ellos no parecía molestarles el trato y no quería que se enfadaran.

—Pero qué se cree que somos… ¿una compañía aérea?

—La dríada me ha dicho que ustedes podrían teletransportarme, que son minidragones con ese poder —replicó Triz sorprendida porque los ouroborus conocieran la existencia de compañías aéreas.

—¿Y te has fiado de la palabra de una dríada? —Cuatro risas jadeantes resonaron a sus pies.

Triz se dio la vuelta para mirar hacia el mimbre. Desde allí no podía distinguir a Awen, pero sí pudo ver cómo las hojas de la rama del árbol se agitaban y escuchar las risas ahogadas de la dríada. Se estaba riendo de ella. Enfurecida regresó al árbol.

—¿Te parece bonito reírte de mí? —preguntó en cuanto tuvo a la vista a la dríada.

—Bonito no ha sido. Divertido... muchísimo —replicó Awen sin dejar de reírse.

—Me alegra mucho que te hayas divertido, pero Grawell está en peligro y, por tu culpa, estoy perdiendo el tiempo. Si no consigo reencontrarme pronto con mi tía Helen, no voy a saber para qué me necesita y no vamos a poder salvar este mundo. ¿Y a dónde vas a ir tú entonces?

Awen se dejó de reír.

—Lo siento. Por aquí no suelen pasar muchas brujas y me aburro mucho. Solo ha sido una pequeña broma. Los ouroborus no se teletransportan, pero tampoco ibas a ir muy lejos del árbol antes del amanecer. Al menos, gracias a mí, has podido conocerlos y, si te portas bien con ellos, puede que te regalen una de sus escamas más viejas.

—¿Y para qué quiero yo una escama de ouroborus?

—Se me olvida que tengo que explicártelo todo. Las escamas de ouroborus son mágicas. Sirven para eliminar marcas, grietas, cicatrices. En infusión pueden llegar a eliminar hasta malos recuerdos. Sanan cualquier herida.

—Eso está muy bien. Les pediré alguna antes de irme, pero ¿qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a reencontrarme con mi tía? —se quejó Triz y se dejó caer en el suelo junto a la base del árbol.

—No estás muy lejos de Dumbsilly[7]. Es una pequeña aldea de brujas, aunque no sé si ellas van a poder ayudarte mucho, pero es tu mejor opción. Puede que tengan algún medio de transporte.

—¿Y por qué no iban a poder ayudarme? Son brujas, ¿no?

—Digamos que en esa ciudad viven las brujas menos «inteligentes»... Ahora que lo pienso, podría ser un buen sitio para que te asentaras —replicó Awen y volvió a estallar en carcajadas.

Triz le dio un codazo al tronco del árbol.

—¡Ey! Que eso ha dolido…

Las primeras luces del amanecer despuntaron en el cielo de Grawell. Triz se puso en pie al vislumbrar a lo lejos las pequeñas casas de la aldea que le había mencionado la dríada. Tenía que caminar un buen trecho y decidió ponerse en marcha. No había tiempo que perder y los días en Grawell eran muy cortos como para desperdiciar las horas de luz. Pese a su peculiar relación desde que se habían conocido, se despidió de Awen y esta le deseo suerte.

Se acercó donde había visto a la familia de ouroborus y les pidió una de esas escamas mágicas que curaban heridas o cicatrices. Lo hizo con cierto recelo y mirando hacia el árbol para asegurarse de que, esta vez, no estuvieran tomándole el pelo.

—¿Nos darías tú una de tus uñas a cambio? —interrogó el ouroborus.

—¿De mis uñas? Mis uñas no son mágicas y me dolería mucho arrancarme una.

—Ahí tienes la respuesta —repuso el ouroborus, al que ahora Triz podía ver con claridad. Awen tenía razón, era como un dragón en miniatura.

—¿Vuestras escamas tampoco son mágicas? ¿La dríada ha vuelto a tomarme el pelo?

—No he dicho eso. Sí que son mágicas, pero nos duele mucho arrancarnos una.

—¡Ah, vale! Entonces, disculpad. No es mi intención que tengáis que haceros daño por darme una. Simplemente me vendría muy bien poder curarme heridas o cicatrices mientras intento recuperar los sigilos mágicos y salvar Grawell.

—¿¡Que los sigilos mágicos han desaparecido!? —Una llama brotó del suelo.

—Eso me temo. Helen, mi tía, y el consejo de brujas enviaron a alguien a buscarme. Al parecer, soy la bruja más indicada para poder recuperarlos.

—¿Eres la sobrina de Helen? ¡Haber empezado por ahí! —repuso el mayor de los ouroborus—. Siempre nos ha defendido frente al consejo. Será un placer que su sobrina lleve una de mis escamas —añadió. No sin un par de quejidos se arrancó una de ellas con sus dientes.

Triz cogió la escama en sus manos. Era muy curiosa. Según el ángulo en el que le daba la luz, brillaba de un color distinto. Incluso parecía cambiar de estado. Aunque al tacto parecía dura como una piedra, si la luz incidía sobre ella de manera directa, parecía que se licuaba en la palma de la mano. Dio las gracias al minidragón y, con la escama ya guardada en uno de sus bolsillos, fue caminando con cuidado hacia el poblado. No estaba segura de qué más criaturas mágicas se podría encontrar en aquella zona de Grawell y temía pisar a alguna escondida en la hierba. En su primera visita con su tía, el único encuentro que tuvo fue con Petronilla y no resultó muy agradable.

Antes de llegar a la aldea, tuvo que cruzar un pequeño puente de piedras para rebasar un pequeño riachuelo. Le llamó la atención porque en el lugar donde ella vivía no había ríos ni incluso antes de que la tormenta solar terminara por secar la mayoría de los cauces. Eso le dejó claro que Grawell y su mundo se parecían, pero que para nada eran iguales.

Cuando la luz de Rigel ya iluminaba con fuerza, llegó a las primeras casas de Dumbsilly. Eran pequeñas, de piedra y de color blanco, no muy alejadas unas de otras, pero sin un orden concreto. No formaban calles, eran como setas que hubieran brotado del suelo de

manera aleatoria.

Frente a una de esas casas estaba una mujer. Por la primera impresión, parecía rondar su misma edad y se la veía risueña. Triz no dudó en acercarse.

—¡Hola, buenos días! —saludó en voz alta para anunciar su llegada.

—¡Buenos días! —respondió la mujer—. ¿Eres calma?

—No. Mi nombre es Triz —dijo extrañada.

—Vaya, qué pena —añadió la mujer—. Mi nombre es Alys.

—Encantada de conocerte, Alys. ¿Conoces a mi tía Helen?

—¿Cómo voy a saber quién es tu tía si hasta hace un segundo no sabía ni quién eras tú?

—La dríada del mimbre que está allí arriba me ha dicho que todo el mundo conoce a mi tía Helen —repuso Triz, a la vez que señalaba al árbol solitario que se veía a lo lejos en la cima de la ladera.

—Las dríadas no son de fiar. A mí no me suena de nada...

—Bueno, no importa. ¿Conoces alguna forma para que pueda viajar a donde está mi tía? Necesito encontrarme con ella cuanto antes y me temo que caminando voy a tardar demasiado.

—Tengo una en la parte de atrás de la casa. Si quieres, te la enseño.

Triz aceptó encantada. Se conformaba con que la bruja tuviera una bicicleta, pero, si le prestaba algo con motor, se lo agradecería eternamente.

—Está ahí. Junto a la pared —indicó Alys cuando dieron la vuelta.

Triz solo pudo ver dos escobas apoyadas en el muro trasero de la casa.

—¿En serio las brujas volamos en escoba? ¡Qué típico! —replicó al ver los dos palos de madera terminados en un manojo de ramas de esparto.

—¡No! ¡Las escobas no! —contestó Alys sin poder evitar estallar en carcajadas—. Me refería a las plantas de Belladona[8]. Hasta la bruja más tonta sabe que nunca hemos volado en escoba. Sería muy incómodo —continuó sin poder parar de reír.

—Creo que no me has entendido. Lo que yo necesito es un medio de transporte. No me refería al tipo de «viajes» que se pueden hacer comiendo los frutos de la Belladona.

—¿Y por qué quieres irte de aquí? ¿No te he caído bien? Podríamos ser buenas amigas. El resto de las brujas que viven aquí son demasiado viejas y ninguna se llama Calma.

—No lo dudo, Alys, pero es muy importante para mí reencontrarme con mi tía.

—No sé cómo ayudarte. Desde que llegué a Grawell, nunca he

salido de Dumbsilly. Es un lugar tan maravilloso...

—Iré a preguntar al resto de las brujas a ver si pueden ayudarme. ¿Te importa?

—¡Claro que no! Pero, si no encuentras la manera de marcharte, podrías venir luego a comer conmigo. Hago unas tartas con frutos de Belladona que hacen perder el sentido.

—Lo haré —respondió Triz—. Solo una pregunta más: ¿por qué esa obsesión con encontrar a alguien que se llame Calma? No es un nombre muy común.

—Te lo cuento porque me has caído muy bien, pero no se lo digas a nadie, porque es un secreto.

—Prometido.

—Estoy preparando una poción muy especial, pero no puedo terminarla porque dice que hay que mezclar los ingredientes con calma. Y yo no conozco a ninguna bruja que se llame así.

Triz empezaba a entender las palabras de la dríada y cada vez estaba más convencida de que allí no iba a poder ayudarla nadie, pero, antes de desesperar, decidió preguntar a una señora mayor que se dirigía hacia el río.

—¡Disculpe! ¿Puede ayudarme? —gritó para llamar su atención mientras se acercaba a ella. La mujer se giró para mirarla.

—Si crees que te voy a dar parte de mis galletas, ya estás volviendo por donde has venido —replicó la señora con gesto amenazante.

—Tranquila. No quiero sus galletas —expuso Triz, que ni se había percatado de que la señora llevaba un cesto en la mano—. Solo quiero reencontrarme con mi tía y necesito un medio de transporte.

—¿Quién es tu tía?

—Helen. Mi tía se llama Helen.

—¿Helen Cole?

—¡Sí! La misma. ¿La conoce?

—Todo el mundo conoce a Helen —contestó la señora.

—Todo el mundo menos Alys —murmuró Triz—. ¿Podría ayudarme a reencontrarme con ella?

—Helen vive bastante lejos de aquí. No puedo ayudarte a llegar hasta allí, pero sí a comunicarte con ella.

«Al final, Alys va a tener razón y la tonta soy yo. ¿Cómo no se me ha ocurrido intentar ponerme en contacto con ella a través de Aisling mientras esperaba a que se hiciera de día?», pensó.

—Me gustaría hacerlo antes de que se hiciera otra vez de noche. No quiero perder tiempo para ponerme en contacto en Aisling —comentó.

—¿Estás segura de ser la sobrina de Helen Cole? —preguntó la señora poniéndose otra vez a la defensiva—. Te juro que, como vengas

a robarme mis galletas, voy a enseñarte quién es Jane Warde.

—Sí, se lo juro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque me sorprende que la sobrina de Helen sea una bruja tan tonta.

—¿Tonta por qué? —replicó Triz harta de que todo el mundo pusiera en duda su inteligencia. Hasta Alys se lo había llamado.

—Las brujas de Grawell no podemos viajar a Aisling. Si pudiéramos, todas lo usaríamos para salir de aquí y visitar a nuestras familias, aunque fuera en sueños.

«Joder, es verdad», reflexionó Triz. «Normal que piensen que soy tonta».

—¿Cómo pensaba ayudarme para que me pusiera en contacto con ella?

—Con un diente de león —manifestó la señora como si aquella respuesta fuera la más obvia del mundo—. ¿Tampoco sabes usar un diente de león? —preguntó al ver la cara de sorpresa que había puesto Triz.

—Hace años que esa planta ya no crece en mi mundo. Desde la tormenta solar —se excusó ella.

—Tienes que coger un diente de león, invocar a la persona con la que quieres ponerte en contacto, darle tu mensaje y soplar —explicó Jane a la vez que se agachaba a la orilla del río para arrancar una de las plantas.

Triz agarró la flor, respiró hondo y dijo:

—Helen Cole. Tía Helen, soy Triz. Estoy en Dumbsilly. Por favor, ven a buscarme. —Y sopló.

Los pétalos en un principio estuvieron a punto de caer en el cauce del río, pero, para su sorpresa, justo antes de rozar las aguas, elevaron el vuelo y se alejaron hasta perderse por el horizonte.

—¡Uf! —exclamó Triz—. Por un momento pensé que se iban a caer al agua.

—Las aguas de río Yhemura también son mágicas. Yo las uso para mis galletas.

—15—

Grawell es más raro de lo que parecía

Su segunda llegada a Grawell estaba resultando más complicada que la primera. Con las prisas no se había parado a pensar en cómo sería el regreso a aquel mundo sin la protección de su tía, aunque la primera vez que viajó a Grawell ni siquiera esperaba encontrarla. Era curioso. En aquella ocasión estaba preparada para enfrentarse a lo desconocido sin saber qué era lo que se iba a encontrar y, sin embargo, halló el apoyo de una de las personas a las que más quería. El segundo viaje lo había realizado con la seguridad de encontrarla pronto y, sin embargo, sentía que se estaba enfrentando a un lugar desconocido. Las sorpresas de aquel mundo mágico en compañía de su tía se hacían más comprensibles.

Sin saber si el mensaje que había mandado llegaría a su destino o si solo era una broma como las que le había gastado Awen con los ouroborus, llevaba horas sentada hablando con Jane y Alys sin encontrar la manera de excusarse y escapar de allí. Las dos estaban completamente majaras.

—¡Rabos de hurón! —bramó Jane—. Sin duda los rabos de hurón son lo mejor para la memoria.

—Pero ¿qué dices, vieja loca? —inquirió Alys—. No me extraña que nunca te acuerdes de nada. Habrás acabado con todos los pobres animales para nada. Lo que es bueno para la memoria son los tallos de champiñón silvestre.

—De pasas —murmuró Triz desesperada—. Los rabos de pasas es lo que es bueno para la memoria.

Las dos brujas se rieron al unísono como si lo que hubiera dicho Triz fuera una soberana tontería.

—De pasas dice... qué graciosa es. ¿Te puedes creer que quería viajar encima de una escoba? —comentó Alys y dio un par de codazos a Jane mientras que la bruja más anciana no podía salir de su asombro.

—Estas brujas novatas no se enteran de nada —añadió Jane a la vez que se tapaba la boca con la mano para que no la vieran que le faltaban piezas dentales al reírse.

—¿Cuánto tiempo dices que tardarían los dientes de león en mandar el mensaje? —preguntó Triz. Estaba deseando poder marcharse y, si lo de los dientes de león no funcionaba, tendría que ponerse en marcha cuanto antes. No quería que la noche volviera a alcanzarla en Dumbsilly. Prefería pasarla junto a Awen en el tronco del mimbre que en la casa de cualquiera de aquellas dos brujas.

—No te preocupes. El mensaje ya habrá llegado. Si de verdad eres la sobrina de Helen Cole, no tardará en hacernos llegar la respuesta —respondió Jane. Al hacerlo, levantó la cabeza y entrecerró los ojos para mirar al horizonte. Se la veía tan convencida de su respuesta que Triz también miró hacia allí esperando ver llegar la respuesta de su tía, pero no se veía nada más que el mimbre a lo lejos y un camino que seguía el curso del río.

—Jane, ahora que somos amigas —dijo Triz con poco convencimiento de que lo que iba a preguntar no fuera a depararle otra sorpresa—, ¿qué tienen tus galletas que tanto miedo tienes a que te las roben?

—No debería contártelo —respondió la bruja tras observar que no había nadie más en los alrededores—. Todas quieren la receta, pero no pienso dársela a nadie. Como no se la doy, intentan robarme galletas a todas horas.

—Prometo guardar el secreto —repuso Triz segura de que lo que

con tanto recelo guardaba Jane acabaría siendo otra de sus tonterías.

—Te lo diré por ser la sobrina de Helen, pero solo por eso y porque ella suele comprármelas sin intentar cotillear mi secreto. Mis galletas te hacen alcanzar un estado de conciencia emocional inquebrantable. Solo con comerte una aparcas las emociones negativas y todo tu cuerpo se llena de emociones agradables —explicó Jane.

—¿Y por eso quieren robártelas?

—Imagina que solo comiendo una galleta pudieras librarte de la tristeza, la ansiedad, el miedo o la vergüenza y que te sintieras siempre alegre, feliz o de buen humor. ¿No querrías comerlas? —preguntó Jane.

—La verdad es que suena tentador —concedió Triz ante la idea de poder librarse de todas sus preocupaciones con una galleta.

—No le hagas caso —intervino Alys—. Si intentamos robarle sus galletas es porque, si te comes una entera, tienes unos orgasmos que te dejan con las piernas temblando —comentó sin poder evitar ponerse roja de la vergüenza.

—¿En serio? —reaccionó Triz sin saber qué creerse y qué no de aquellas dos.

—Ese es un efecto secundario —respondió Jane—. La emoción de la alegría incluye el entusiasmo, la diversión, el placer y la excitación y, si comes de más, pues...

—Madre mía... —murmuró Triz—. Se os va la cabeza a las dos.

—Es por culpa de los ingredientes que usa para hacer las galletas. Siempre dice que lo de los orgasmos es un efecto secundario, pero creo que le pone canela y chocolate de más para que produzcan ese efecto. Aquí los hombres escasean y las galletas de Jane son el mejor de los sustitutos.

—Si pongo de más, es para que nunca averigüéis por el sabor cuáles son el resto de ingredientes. Al poner exceso de canela y chocolate, esos sabores hacen desaparecer el resto.

—Lo que tú digas, Jane... pero todas te hemos oído comer alguna de tus galletas —replicó Alys a la vez que volvía a sonrojarse y a desternillarse de la risa.

—¿Las galletas tienen chocolate? —preguntó Triz. Hacía años que no había podido comerlo y solo oír la palabra había recordado lo mucho que le gustaba—. ¿Tenéis chocolate en Grawell?

—¡Claro que tenemos chocolate! —exclamaron al unísono Jane y Alys.

—¿Podría comer un poco? Hace años que en mi mundo el cacao, prácticamente, ha desaparecido y ya casi ni recuerdo su sabor. Solo recuerdo que antes me encantaba.

—¿No tenéis cacao en tu mundo? —interrogó Alys.

—Muy poco y muy caro. Desde la tormenta solar son muy pocos

los lugares ambientados para cultivar plantas. No tenemos cacao, maíz, cebada... La mayoría de las plantas que consumimos son transgénicas y cultivadas en laboratorios, por ejemplo, el café que se consume ahora en mi mundo es completamente transgénico. Todos los alimentos procedentes de plantas son tan caros que los menos afortunados solo podemos permitírnoslos muy de vez en cuando.

—Qué pena. El mundo que yo recuerdo estaba lleno de plantas y de chocolate. Había chocolate en galletas, palmeras, barquillos, tabletas, hasta en los polvos para el desayuno —recordó Alys con un halo de tristeza en su mirada.

—Te voy a dejar dar un mordisco a una de mis galletas porque me has caído bien, pero solo uno pequeño. ¿De acuerdo?

—Sí, tranquila. Solo quiero volver a sentir el sabor del chocolate. No quiero tener uno de esos orgasmos tan famosos —aseguró, con una sonrisa, Triz. No se llegaba a creer las propiedades de las galletas de Jane, pero se limitó a seguirles el juego.

Sin dejar de mirar a todos lados, Jane abrió la bolsa que llevaba dentro de la cesta y rebuscó en el fondo. Sacó una galleta no muy diferente a las que Triz había comido en su infancia, de esas cubiertas con pepitas de chocolate negro.

—Recuerda. Un mordisco minúsculo —insistió Jane y ofreció la galleta a Triz de la misma manera que su madre le ofrecía los bocadillos cuando era pequeña. Poniendo un dedo para asegurarse que no iba a morder más allá. Ese recuerdo de su infancia le hizo sentir nostalgia.

Dio el pequeño mordisco a la galleta y saboreó la pepita de chocolate que contenía. El sabor dulce del cacao en su boca le recordó tiempos mejores y le hizo sentirse mejor, más contenta, más animada. Entusiasmada con la idea de poder salvar el mundo.

—¿Qué te parece? —preguntó Alys.

—Está rica. Y el chocolate sigue sabiendo tan bien como recordaba.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó Jane.

—Mejor. Más contenta, más alegre. Es curioso, por primera vez desde que regresé a Grawell pienso que todo va a salir bien —respondió Triz, que empezaba a sentirse extrañamente positiva.

—Y eso que solo has dado un pequeño mordisco... —murmuró Jane—. Esta vez creo que me han salido unas galletas estupendas.

—¡Ey! Si te han salido mejores que las últimas, yo quiero un par de docenas —exclamó Alys.

—¡De eso nada, loca! Que tú las quieres por vicio —reprendió Jane.

—¿Y qué pasa? Grawell parece que se está yendo a la mierda, ¿qué tiene de malo que una joven bruja como yo quiera pasar los

últimos días eufórica y excitada?

A Triz le hizo gracia la respuesta de Alys. Comprendía los sentimientos de la joven bruja y, por primera vez, la entendía y se sentía agradecida por esforzarse en ayudarla, aunque no estuviera a su alcance hacerlo.

—¿Me das otro trozo de galleta? —preguntó curiosa. Le apetecía saber hasta dónde llegaban las virtudes culinarias de Jane. Se sentía alegre y dispuesta a nuevas emociones.

—¿Estás segura? Mira que estas me han quedado «fuertes».

—Sí. Estoy segura. Solo un trocito más —pidió Triz. Se sentía confiada, segura de sí misma y consideraba que un poco más de galleta no iba a hacerle ningún daño.

—Muy bien, pero luego no me digas que no te he avisado —comentó Jane con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro. Volvió a ofrecer la galleta a Triz, pero esta vez marcó la distancia del mordisco permitido un poco más lejos.

Triz no dudó en aprovechar esa oportunidad y dio el mordisco tan grande como pudo para coger dos pepitas de chocolate.

—¿Y bien? —preguntó Alys, que se había puesto en pie y se la veía nerviosa, impaciente por saber la reacción de Triz a la galleta.

—¡Está buenísima! —exclamó esta a la vez que se relamía los restos de chocolate de sus labios—. ¡Bua! Me encanta. Estaría comiendo galletas todo el día.

—Por eso no quiero compartir mi receta con nadie. Son tan adictivas que la gente se volvería loca por comerlas a todas horas. Es mejor que solo yo guarde el secreto.

—Por eso y para sacarnos el dinero a las demás —repuso Alys—. ¿No sientes nada más? —inquirió al tiempo que daba palmadas cortas con las manos en señal de nerviosismo.

—Me siento feliz, de muy buen humor. Sois tan divertidas que no puedo parar de reír. ¡Dadme un abrazo! Vamos a ser buenas amigas —manifestó Triz y se puso en pie y abrazó a Alys con fuerza.

—Felicidad, buen humor, afecto... —enumeró Jane—. Todas emociones agradables.

—Espérate a que le llegue la alegría —comentó Alys con una risa nerviosa—. ¿Algo más Triz? ¿Sientes algo más?

—¡Me siento entusiasmada, eufórica! No hay nada que pueda evitar que salve a Grawell de cualquier peligro y después salvaré el resto de los mundos y... ¡Ay, mi madre!

—Ya está aquí... —anunció Jane divertida—. Ya está aquí la alegría.

—¡Joder, qué calor! —exclamó Triz. Volvió a sentarse y cruzó las piernas—. ¿A esto te referías antes, Alys?

—Me temo que sí... ¿A qué es agradable?

—¡Buff! Sí. ¡Ay, Dios! —comentó Triz mientras intentaba sofocar el calor de sus mejillas dándose aire con la mano—. ¿Y esto cómo se para?

—Me temo que no se para —respondió Jane—. Son los efectos secundarios de las emociones agradables.

—¡Mira que estaba avisada! —gritó Triz sin poder dejar de reírse. Se sentía feliz, alegre y sentía como el placer y la excitación se estaban apoderando de cada rincón de su piel. Hasta le temblaban las piernas —. ¡No me extraña que todas las brujas quieran robarte tus galletas, Jane! —exclamó a la vez que se mordía el labio inferior y se movía inquieta clavando las uñas en la mesa.

En ese momento, el sonido de una motocicleta llamó la atención de las tres. Alguien se acercaba por el camino del río. Triz no tardó en reconocerla.

—¡Tía Helen! ¡Has venido! —exclamó eufórica, feliz de volver a ver a su tía. Intentó ponerse en pie para ir a recibirla, pero el hormigueo que sentía por todo el cuerpo le hizo temblar tanto que casi parecía tener convulsiones.

—¡Triz! Qué alegría volver a verte —saludó Helen. Saltó de la motocicleta y corrió a abrazar a su sobrina—. ¿Estás bien? —preguntó, al verla temblorosa y sofocada, y extrañada de que su sobrina no se levantara a abrazarla.

—Muy bien, tía. Te lo aseguro —respondió ella con las mejillas en color carmesí.

—No me lo digas... ¡Has probado las galletas de Jane! —adivinó Helen a carcajadas.

—Solo un trocito... —replicó Triz muerta de vergüenza. Intentaba disimular, pero a cada instante sentía contracciones que le hacían tartamudear.

—Que no te dé vergüenza, mujer. Suelo comprarle galletas cada vez que baja al mercado. Ya te dije que los hombres de estos lares no son muy de mi gusto —comentó Helen, sin dejar de abrazar a su sobrina que seguía temblando—. Tenemos que marcharnos. Nos están esperando.

—¿Se sabe algo de los sigilos? —preguntó Triz a la vez que intentaba serenarse aunque, de vez en cuando, seguía sintiendo «mariposas» en el bajo vientre.

—Aún nada, pero estoy segura de que las demás brujas del consejo se alegrarán de verte, incluida Petronilla. Todas estamos deseando recibirte en el consejo e iniciar la búsqueda de los sigilos. Cada vez queda menos tiempo para que Grawell entre en la órbita de la nebulosa.

Triz y Helen se montaron en la motocicleta no sin que antes Helen, para sonrojo de su sobrina, le comprara media docena de

galletas a Jane. Aquella anciana bruja tendría la cuenta llena de vatios si volviera a la Tierra con aquella receta.

—No debería haber comido el segundo trozo —dijo Triz, al comprobar que el traqueteo de la motocicleta por el camino no le ayudaba a relajarse.

—16—

Algo no va bien

Tras dos años en una oficina con aire acondicionado y con un trabajo que se hacía solo pulsando unas teclas en el ordenador, Gare estaba pasando la peor semana de su vida en el nuevo empleo.

Lilian, como le había prometido, había hablado con sus jefes y le había conseguido un trabajo en su empresa. Se había visto en la obligación de aceptarlo después de saldar la deuda con sanidad y ver como su TVE se quedaba temblando ante los próximos pagos que tendría que realizar a Paul. La premura del siguiente pago le había llevado a tener que postergar su idea inicial de ir a buscar a Triz en cuanto saliera del hospital y centrarse en el nuevo trabajo para intentar ahorrar unos vatios que le permitieran salir del apuro. Que ella no hubiera vuelto a ponerse en contacto le había ayudado a tomar la decisión. Si para ella no era una prioridad, ¿por qué iba a tener que serlo ella?

Trabajando con más de cuarenta grados de temperatura, rodeado de máquinas que desprendían calor como si dentro estuviera ardiendo el mismísimo infierno y en una pequeña sala cerrada donde tenía que compartir espacio con otros seis trabajadores, dudaba si prefería que lo encerraran en una cárcel para siempre por no pagar sus deudas.

El sueldo que iba a cobrar era tan escaso que iba a tener que estar seis meses trabajando sin comer para reponer los vatios que había gastado de más en su tarjeta, aunque que las jornadas fueran de doce horas le ayudaba a ahorrar. Salía tan agotado del trabajo que había estado tentando, dos veces en lo que iba de semana, a forzar la puerta de un piso unas plantas más abajo de la suya solo por evitarse subir

las escaleras. Si no lo había hecho, era porque temía que en aquellas casas no tuvieran instalado el sistema eléctrico y porque se sentía morir solo de pensar en trasladar sus pertenencias.

Llevaba toda la semana que, nada más cruzar la puerta de su vivienda, caía rendido y no despertaba hasta la mañana siguiente. Llegaba tan cansado que hasta se alegraba de que Triz no interrumpiera su sueño hablándole desde Aisling. Solo quería dormir. A ser posible, para siempre.

En el último de los cortos descansos que podían tomarse durante la jornada, Lilian se acercó a hablar con él.

—Hola, guapo. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo al terminar la jornada? —preguntó con la más amplia de sus sonrisas.

—¿Salir? —resopló Gare—. Creo que me apetece más que me claves una de esas barras de energía en el pecho y termines con esta tortura.

—¡Te acostumbrarás! —exclamó ella entre carcajadas—. La primera semana es la más dura, luego lo irás llevando mejor. Es un trabajo exigente, pero los hay peores, créeme.

—¿Peores? No me digas que tienen a algunos trabajadores a los que obligan a trabajar a latigazos.

—Mira que eres gracioso —respondió Lilian a la vez que chocaba su hombro contra él—. ¡Cómo van a tener trabajadores a latigazos!

—Joder, es que no se me ocurre peor trabajo que este, salvo que encima me estuvieran pegando.

—Lo que hacen es darles pequeñas descargas eléctricas con la energía que no pueden acumular en los depósitos —dijo Lilian al tiempo que se ponía seria.

—¡No jodas! —exclamó Gare asustado ante semejante posibilidad.

—Pero mira que eres tonto —declaró ella mientras se desternillaba de risa—. ¡Que estoy bromeando!

—Joder. No me asustes. Sabes que soy nuevo en este mundo post-tormenta y no sé qué esperarme. Te juro que lo estoy pasando fatal.

—Piensa en positivo. Con todo lo que estás sudando aquí en una semana, se te está quedando un cuerpazo —comentó Lilian a la vez que le daba suaves golpes en la tripa.

—¿Tú crees?

—Si aguantas más de un mes aquí, no va a haber mujer que se te vaya a resistir —continuó sin dejar de sonreírle coquetamente—. ¿Qué?, entonces… ¿te animas a tomar algo luego?

—La verdad es que soy abstemio. No bebo alcohol.

—¡Ah! No te preocupes. Yo tampoco, pero tienes que probar el agua de chocolate.

—¿El qué? —replicó extrañado Gare.

—¡Uy, madre! ¿Hace cuánto tiempo que no sales?

—Ni me acuerdo. Ya te dije que pasé dos años encerrado en Unreal Live.

—¡Pero si esa agua se inventó hará como cinco años! Al final de la Tercera Guerra, cuando algunos alimentos se hicieron difíciles de conseguir. ¿Tampoco conoces el agua con sabor a palomitas? —Gare negó con la cabeza mientras la miraba como si se hubiera vuelto loca —. Lo dicho, esta noche te vienes conmigo.

Aceptó. Era la primera vez que le invitaban a salir desde hacía años y, tras su regreso de Unreal Live, las únicas noches que había pasado fuera de casa habían sido esquivando a la NPVN, en el bosque de Otsa y en el hospital. Además, Lilian le caía bien y todavía se acordaba del beso que le dio en la noche de fin de año. Había pasado más de una semana desde entonces y no habían vuelto a hablar de ello. Quizás esa noche podrían hacerlo. Puede que fuera el momento de dejar atrás bonitos recuerdos y dar paso a nuevas oportunidades.

Aprovechó que en la empresa podían usar las duchas sin tener que consumir vatios de su TVE para asearse y torció el gesto al comprobar que la ropa que había llevado ese día al trabajo no era, precisamente, la más elegante para salir por la noche. Esperaba que a Lilian no le importara.

Le estaba esperando en la calle. Pese a que también salía de trabajar, se la veía muy bien, lo que le hizo avergonzarse.

—¿Tú siempre estás guapa? —preguntó al llegar a su lado.

—Pero qué dices, si llevo unas pintas...

—Para pintas, las mías. Si llego a saber que vas a invitarme a salir, me hubiera traído otra ropa. En cambio, tú parece que has elegido la ropa a propósito, como si supieras que ibas a salir esta noche.

—¿Acaso lo dudas? —inquirió ella a la vez que le guiñaba un ojo.

—¿Ibas a salir, aunque yo te hubiera dicho que no?

—Pero mira que eres gracioso. Nunca te atrevas a poner en duda mi capacidad de persuasión. No había ninguna posibilidad de que me dijeras que no.

—Serás creída —repuso Gare, aunque al mirarla se dio cuenta de que tenía razón—. Y bien, ¿dónde vamos? —preguntó.

En los días anteriores, en el camino de regreso a casa a esas horas cercanas al toque de queda, no recordaba haber visto ningún bar o local abierto. No es que hubiera prestado demasiada atención, pero todos los días llegaba a casa con la sensación de ser el último en abandonar las calles.

—Eso es algo que no te he comentado. El sitio al que vamos no es muy legal que digamos.

—¿Un bar clandestino como los de las películas de gánsters de finales del siglo XX?

—Me encantas... —murmuró Lilian—. Eres de las pocas personas en el mundo que aún recuerda esas películas.

—Bueno, ya sabes que me gusta mucho el cine antiguo.

—Y por eso le voy a hacer una oferta que no podrá rechazar —dijo Lilian con voz carrasposa.

—¿Acabas de imitar a Marlon Brando haciendo de Vito Corleone en *El padrino*? —reaccionó Gare con la boca abierta—. Soy todo tuyo.

—¿Aunque haya que saltarse el toque de queda? —preguntó Lilian a la vez que le agarraba por la cintura.

—Francamente, querida, me importa un bledo —respondió Gare recitando las palabras de Rhett Butler en *Lo que el viento se llevó*.

Cuando las últimas luces del día dejaron en penumbra las calles, Lilian y Gare llamaban a la puerta de la planta baja de un viejo edificio medio derruido durante la Tercera Guerra. Cualquiera que pasara por allí diría que el edificio estaba abandonado, sin embargo, al otro lado, se escucharon unos pasos.

—¿Contraseña? —preguntó una voz gélida y ronca. Gare miró a Lilian expectante.

—Que le jodan a la NPVN. —respondió ella a la vez que le guiñaba un ojo. La puerta se abrió.

—Joder, me siento como un bandido entrando en su guarida —confesó Gare al franquear la puerta.

—Sabía que te iba a gustar. Y puedes estar tranquilo, aquí nadie lleva armas de fuego ni hay peleas en las que la gente termine arrojándose sillas.

Tras cruzar la puerta, atravesaron un viejo salón destartalado, vestigio de la anterior función del edificio. Después, bajaron unas escaleras de madera. Se escuchaba música.

—¿Años diez? —preguntó Gare al creer distinguir el grupo que sonaba—. ¿De dónde te has sacado este lugar?

—No eres el único nostálgico de la vida de antes de que todo se fuera a la mierda.

Un par de decenas de personas estaban sentadas alrededor de unas mesas. Charlaban y bebían sin importarles que afuera ya no se pudiera caminar sin riesgo de ser detenido.

—Un agua de chocolate y una de palomitas —pidió Lilian tras tomar asiento junto a la barra—. Vas a alucinar cuando la bebas —comentó con la mano sobre la rodilla de Gare.

—En estos momentos no creo que pueda alucinar más —replicó sin dejar de observar el lugar.

El camarero se acercó con los dos vasos. Lilian dio un sorbo a su bebida y dejó escapar un gemido de satisfacción.

—El mejor sabor del mundo. ¡Y encima no engorda!

—¿Y no sería mejor comer chocolate de verdad? —preguntó Gare.

—¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido? Con las de plantaciones de cacao que hay en el mundo... —ironizó ella.

—¡Joder! Es verdad. Te lo juro, no consigo acostumbrarme a este lugar. Ya se lo dije a Triz, esto ha cambiado demasiado para mí. ¡Yo tenía chocolate en Unreal Live!

—¿Y por qué regresaste?

—Porque Triz me lo pidió... —respondió Gare. No era la primera vez que le hablaba de ella a Lilian. Ya lo había hecho un par de veces en los días que habían pasado juntos en el hospital.

—Es especial para ti, ¿verdad?

—Bueno, ya no sé qué pensar... Hace días que no hablamos. Creo que ya no me necesita.

—¿Y tú a ella?

—Eso qué más da... La necesite o no voy a tener que acostumbrarme... como a no poder comer chocolate.

—Siempre podrás hacerte adicto al agua de chocolate. No es lo mismo, pero sabe igual y tiene otras ventajas. Resulta refrescante.

—Quién sabe. Igual hasta termina gustándome más —repuso Gare a quien las palabras de Lilian le habían sonado a insinuación—. ¡Ay, mi madre! ¡Pero si esta agua de palomitas es como llenarse la boca de maíz en medio de un cine! —exclamó tras dar un primer trago a su vaso.

—¡A que sí! No sé cómo lo consiguen, pero saben exactamente igual. Y dado que tampoco quedan muchas plantaciones de maíz...

No salieron del bar hasta que Gare probó casi todas las aguas con sabores y les dolía la mandíbula de tanto reírse. Habían rememorado series, películas, música y a Gare no dejaba de impresionarle lo mucho que Lilian y él tenían en común. Era como si fuera una extensión de sus aficiones. Sabía de cine, de música, de videojuegos. Era como él, pero mucho más atractiva y divertida.

—Todo libre, señorita —informó el de seguridad de la puerta—. El último coche de la NPVN. ha pasado hace cinco minutos. Creo que tienen unos diez antes de que vuelva a pasar otro.

—Muchas gracias, Kobe —agradeció Lilian y dio un beso en la mejilla al portero—. Vigila que no nos cierren esta maravilla de lugar.

Todo estaba en silencio en la calle. Tanto que Lilian se tuvo que quitar los zapatos para que no resonaran sus pasos por la acera.

—Una cosa es querer sentirse como un gánster saltándose la ley y otra muy distinta terminar como uno de ellos —comentó mientras observaba la calle para asegurarse de que no venía nadie.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó Gare—. No es que haya tenido muchos encuentros con la NPVN., pero el único que tuve me dejó claro que son insistentes en sus obligaciones —mencionó al recordar la noche que pasó dándoles esquinazo tras incendiar dos

hogueras.

—Vives más cerca de aquí... —insinuó Lilian. Gare pilló la indirecta.

—Espero que no te importe tener que subir ocho pisos andando. Los ascensores no funcionan en mi edificio.

—Creo que me merecerá la pena el esfuerzo y ya se me ocurrirá cómo hacer más amena la subida... —respondió ella y se mordisqueó el labio inferior—. Será una manera diferente de empezar a sudar —añadió. Su sonrisa fue tan traviesa y sugerente que a Gare le entraron prisas por llegar a casa.

Tomando precauciones para no ser descubiertos por la policía llegaron al portal del edificio. Una vez cruzada la puerta, ambos se sintieron a salvo, pero la adrenalina todavía les corría por las venas.

—¡Estás loca! —susurró Gare.

—Lo sé y te encanta —respondió Lilian. Le empujó contra la pared del portal y le agarró de la cara. Estaba a punto de besarlo cuando una voz procedente de la oscuridad del portal los interrumpió.

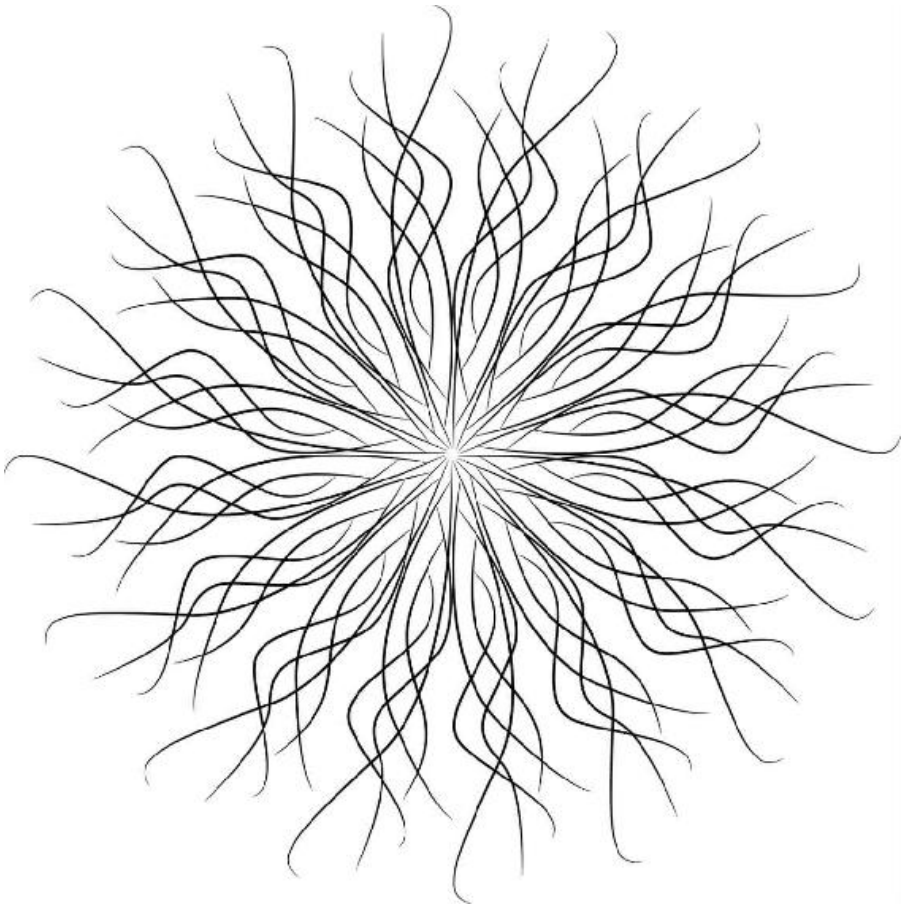
—¡Gare! ¡Por fin! ¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas? ¡El toque de queda lleva horas activado!

Ambos se sobresaltaron. Alguien se movía entre las sombras. Lo curioso es que a Gare aquella voz le resultaba familiar, aunque no conseguía ponerle rostro. Solo cuando estuvo más cerca pudo saber quién era.

—¿Nara? ¿Qué haces en mi portal?

—Es Triz. Algo va mal con Triz y necesito tu ayuda.

—17—



Quien me mandará a mí

Triz, tan oportuna como siempre. Días, semanas, sin dar señales y tenía que aparecer en el peor momento. Encima Lilian se mostraba tan comprensiva que le hacía sentirse más culpable.

—¿En serio que no te importa? —preguntó cuando ella se ofreció a dejarle a solas con Nara.

—Triz es la mujer que te llevó al hospital para que te recuperaras. Sin ella, no estarías ahora tan bien y trabajando conmigo. Es una persona especial para ti, así que, si tienes que ayudarla, es mejor que lo hagas cuanto antes. Me iré a mi casa y nos vemos el lunes en el trabajo.

—Ten cuidado en la calle, ¿vale? —pidió Gare.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada a seguir respirando, porque mañana volverá a amanecer, y quién sabe qué traerá la marea.

—Tom Hanks en *Náufrago* —murmuró Gare.

—Te las sabes todas... —dijo Lilian antes de darle un suave beso en los labios y despedirse con una sonrisa. Abrió el portal. Miró a ambos lados de la calle y salió casi a la carrera con los zapatos otra vez en las manos. Gare se quedó mirando por el cristal.

—Pensé que te gustaba Triz... —habló Nara a su espalda.

—¿Y qué quieres que haga? Llevo semanas sin tener noticias de ella. Está casada y me lo ha dejado claro varias veces. ¿Qué hago? ¿Espero en casa hasta que se decida a aparecer? Lilian me ha encontrado trabajo, se preocupa por mí, es simpática, tiene los mismos gustos que yo por el cine antiguo y no le importa saltarse las normas. Triz solo sabe ser inoportuna. ¿Qué le ocurre ahora? —protestó Gare.

—Ha vuelto a Grawell —soltó Nara. Un disparo que golpeó en el pecho de Gare como una bala de cañón.

—¿¡Qué!? ¡Está loca! No. Eso no puede ser, para ir a Grawell tiene que...

—Quemarse en una hoguera —continuó Nara completando la frase.

—¿La has quemado tú? —exclamó Gare. Nara asintió—. ¡Me cago en la puta! ¿Y a qué cojones ha ido esta vez? ¿Dónde está su cuerpo? ¿Lo estás protegiendo bien?

—Sí, no te preocupes. Su cuerpo está a salvo en el patio trasero de mi casa. Me dijo que tenía que ir porque Grawell estaba en peligro.

—Y, si está a salvo, ¿por qué has venido a buscarme? ¿Qué no me estás contando, Nara?

—Triz me dijo que no me preocupara, que todo iba a salir bien. Que no tardaría en volver, pero algo no va bien. Su cuerpo ha empezado a convulsionar. Algo ha pasado en Grawell. Algo malo, me temo —comentó Nara sin dejar de dar paseos inquietos por el portal.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Triz me dijo que fuiste tú quien la ayudó a cruzar la primera vez. Que podía confiar en ti.

—Y, si tanto confía en mí, ¿por qué lleva tanto tiempo sin hablar conmigo? ¿Por qué esta vez no me ha pedido ayuda?

—Me dijo que no quería volver a ponerte en peligro.

—Ya estamos con esa mierda otra vez. ¿Y ahora qué hacemos? Si no recuerdo mal, a Grawell solo pueden ir las brujas perseguidas.

—Yo también soy bruja —respondió Nara.

—No... si algo ya me olía cuando éramos jóvenes —replicó Gare.

—¡Oye! Que solo he comenzado a ser bruja cuando Triz me enseñó algunos trucos y hechizos de la cultura Wicca.

—¿Y te ha enseñado alguna manera de que podamos traerla de

vuelta de Grawell?

—No, pero, como también soy bruja, podré ir a Grawell y buscarla.

—Espera, no habrás venido hasta aquí para que ahora te queme a ti, ¿verdad?

—Si no te importó quemar a Triz, que era tu amiga, imagino que te importará menos quemarme a mí, que solo somos conocidos —repuso Nara—. Y no se me ocurre a quién más confiárselo. Mi marido es un encanto y quiere mucho a Triz, pero, si le digo lo de la hoguera, me encierra.

—¡Joder! ¡Que estás hablando de quemarte viva! Aunque no seamos amigos, no me hace ninguna gracia.

—Eso ahora no importa. ¿Lo harás?

Gare se quedó un rato pensativo. Estaba preocupado por Triz, no podía evitarlo, pese a que no diera señales, pese a que intentara apartarlo de su vida, se preocupaba por ella y haría cualquier cosa por ayudarla.

—¿Estás segura de que las brujas de aprendizaje también tienen derecho a entrar en Grawell? —preguntó finalmente mientras tomaba asiento en las escaleras.

—Triz nunca me ha dicho que no. Siempre me habla de que Grawell es el mundo para las brujas perseguidas, pero nunca ha hecho distinciones entre brujas de sangre o brujas de aprendizaje. Y no pienso dejar que le ocurra algo allí. Tiene que volver a casa.

—Pero no estás segura...

—No. Segura al cien por cien no, pero sería lo lógico, ¿no? —insistió Nara, que empezaba a impacientarse.

—Lo lógico es que nadie se queme en una hoguera. Eso es lo lógico. Esto es una locura.

—Entonces, ¿no lo vas a hacer?

—No. Lo vas a hacer tú —respondió Gare tras quedarse en silencio unos segundos.

—¿Yo? ¿Cómo voy a quemarme yo a mí misma en una hoguera?

—Has dicho que estás casi segura de que una bruja de aprendizaje puede cruzar a Grawell... Muy bien. Enséñame.

—¿Que te enseñe?

—¡Sí! ¡Enséñame! Tenemos toda la noche antes de que podamos salir de aquí. Enséñame a hacer magia y yo cruzaré a Grawell para buscar a Triz.

—¿Tú?

—Sí, yo. No estás segura de que vaya a funcionar y Triz necesita ayuda. Tú tienes a tu marido y a tus hijos. Yo no tengo mucho que perder. Una casa en un octavo piso…, un trabajo agotador…, deudas.

—Puedes perder a esa chica que se acaba de marchar.

—No se puede perder algo que nunca se ha tenido, quizás, si no hubieras sido tan inoportuna... Venga, subamos a mi casa y muéstrame cómo hacer magia. En cuanto se termine el toque de queda, volveremos a tu casa.

—¿Por qué en mi casa?

—Porque así podrás proteger los dos cuerpos a la vez y porque, si lo que me contó Triz la primera vez que regresó de Grawell es verdad, al hacerlo en tu casa, yo llegaré a Grawell en el mismo sitio que llegó ella y podré empezar a buscar mejor.

Pasaron las horas que quedaban de noche haciendo pequeños hechizos. No fue fácil, ya que en la casa de Gare no había ninguno de los utensilios que solía usar Nara en sus conjuros; no tenía velas de colores, no tenía piedras minerales y habían tenido que usar un cuchillo de untar como athame, pero cuando la luz de la mañana empezó a iluminar de rojo el cielo, Gare ya sabía realizar algo de magia.

Cogieron el primer autobús de la mañana y en cuanto llegaron a casa de Nara se fueron al patio trasero aprovechando que su marido se había llevado a los hijos a dar un paseo.

—No sé qué vamos a quemar esta vez —se lamentó Nara—. Quemé la mitad de los muebles viejos que tenía para enviar a Triz a Grawell.

—Usaremos las alfombras. La mitad de estos tejidos antiguos estaban fabricados con petróleo. Arderán bien y rápido.

—Cuando regreséis me vais a tener que decorar la casa entera —protestó Nara—. Las alfombras no son nada baratas.

—Tal y como tengo mi cuenta de vatios y mis deudas, casi me vendría mejor no regresar.

Envuelto en un par de alfombras y atado de pies y manos a un par de muebles viejos que quedaban en el trastero, Gare temblaba esperando a que Nara terminara de pronunciar las frases acusándolo de brujería.

—¿Tienes frío? —preguntó Nara al verlo temblar como una hoja.

—¡Qué cojones! ¡Lo que estoy es cagado de miedo!

—Tranquilo, el paso de un mundo a otro es rápido. Triz solo tardó un minuto en dejar de gritar —dijo Nara para intentar tranquilizarlo.

—Nara, no ayudas, tía. Lanza ya la puta llama y terminemos con esto.

No aguantando las críticas de Gare, lanzó el mechero a la hoguera. El fuego prendió con rapidez. Gare cerró los ojos esperando que el dolor no fuera insoportable. Unos segundos más tarde volvió a abrirlos. No sentía nada. Para su sorpresa las llamas parecían no tocarle, ni siquiera le calentaban, se quedaban sobre su piel sin

quemarle. El único calor que sentía era el del colgante de Triz en su muñeca. No se había separado de él desde que se lo había devuelto en el bosque de Otsa.

—¡Nara, apaga el fuego! —gritó.

—Intenta aguantar. ¡Será solo un momento! —replicó la amiga de Triz.

—¡Que no es eso! ¡Que no me estoy quemando! Tengo que quitarme el colgante con forma de caramelo que me regaló Triz.

Sin entender mucho qué quería decir, Nara apagó las llamas antes de que estas consumieran toda la hoguera.

—¡Quítame el colgante! —ordenó Gare con las manos atadas en cuanto las llamas se extinguieron—. Si no nunca arderé y no podré ir a Grawell.

—Lo que tú digas —replicó Nara.

—Tú haz lo que te digo y vuelve a prender el fuego.

Nara soltó el colgante y se lo guardó en el bolsillo.

—No entiendo por qué a Triz le gustas... la verdad —manifestó Nara con cierto enfado al tiempo que volvía a prender fuego a la hoguera.

—¿Cómo? —inquirió Gare sin poder evitar sorprenderse—. ¿Que le gusto? ¿Y por qué no me lo demuestra más y se aleja?

Pero las llamas prendieron tan rápido que a Gare no le dio tiempo a escuchar lo que Nara le respondía. Esta vez las llamas si que alcanzaron su piel. Sus gritos de dolor lo silenciaron todo.

—18—

Se acerca el momento

Otra vez aquel extraño olor, otra vez aquella sensación de malestar en el estómago que le producía arcadas. Había intentado olvidarlo, pero aquel olor era como un recuerdo de la infancia, permanecía inmutable. Cuando regresó a su vida la primera vez, tuvieron que pasar días de duchas y esencias antes de que aquella pestilencia desistiera de agarrarse a su piel como una sanguijuela y de impregnarlo todo. Estaba segura de que tendría que hacer lo mismo esta segunda vez.

Pero había llegado el momento de cumplir su parte del pacto, ya que, hasta el momento, no tenía queja por la otra parte. Había cumplido todas sus promesas: la regresó a la vida, le otorgó el poder necesario para cumplir sus objetivos, le insufló la confianza y seguridad en sí misma de la que antes carecía y la apariencia necesaria para no ser invisible al mundo.

—¿Hola? —preguntó con el temblor de los nervios en la voz cuando llegó al corredor en el que había estado aquella primera vez.

—¿Hiciste lo que se te pidió? —La voz que la recibió entonces volvió a resonar entre las columnas.

—Sí. La he estado vigilando y tengo algo que le va a interesar.

—Sorpréndeme.

—Ha regresado al mundo de las brujas del que me habló. Está en Grawell.

—Ya tiene el grimorio de Astrid... ¿Qué ha ido hacer allí esta vez?

—Por lo que pude escucharle decir, alguien ha robado los sigilos sagrados que mantienen a Grawell a salvo y ha ido a recuperarlos.

—¡Maldita sea! Debía haberlo supuesto. Quiere ponerla a prueba. Saber de qué lado está. No va a parar hasta asegurarse...

—Hay algo más. Es sobre su hija.

—¿Qué ocurre con su heredera? —La voz sonó con tanta intensidad que rebotó en todas las paredes e hizo que tuviera que encogerse acobardada.

—Ha descubierto sus poderes y durante la ausencia de su madre ha empezado a estudiar los libros de las sombras.

—¿Qué tipo de poderes? ¿Hechizos? ¿Pociones?

—No. Mueve objetos y parece mostrarse inmune a los rayos del sol. Pese a la radiación después de la tormenta solar, la niña parece sentirse mejor cuanto más tiempo permanece expuesta a ella.

—Su hija... —murmuró la voz en tono pensativo—. Una bruja de sangre de magia pura que alimenta su energía con los rayos del sol... ¿Estaría en un error? ¿Y si la elegida no era quien estaba destinada a salvarme, sino que era quien daría a luz a mi salvadora? Sí, puede ser... Por eso había que protegerla... Pero quizás ya no sea necesario. Quizás ya no sea ella la destinada a terminar con este encierro...

—¿Quiere que la vigile ahora que su madre está en Grawell?

—Sí, hazlo, pero no vamos a jugarlo todo a una sola carta. Puede que vuelva a equivocarme. La elegida también es importante. Al fin y al cabo, fue ella, y no su hija, quien tuvo los sueños.

—Pero...

—Lo sé. No puedes estar en dos sitios a la vez, pero jugamos con ventaja.

—¿Con qué ventaja?

—Grawell solo tiene dos salidas. O regresa a su cuerpo o termina en Marbhreilig.

—Entiendo... Entonces, vigilo a la niña y espero al regreso de su madre.

—Vigílala e intenta confirmar sus poderes. Si son ciertos, quiero que la traigas aquí.

—¿Quiere que mate a la cría? —preguntó sorprendida. No entraba en sus planes tener que matar a nadie. Solo observar y vigilar. Ese era el acuerdo.

—No. Quiero que venga de forma voluntaria. Si la matas, no podré convencerla de que me libere.

—De acuerdo, pero me gustaría pedir una cosa más. Algo que no pude pedir la vez anterior.

—No me gusta la gente avariciosa y con exigencias. Mi anterior enviado también se volvió egoísta. Quiso obtener más de lo que le correspondía, y te puedo asegurar que no te hará ninguna gracia terminar como él.

—Me dijo que las peticiones eran ilimitadas siempre que yo

cumpliera mi parte...

—Muy bien. ¿Y qué es lo que quieres? —La voz sonó enojada.

—Ya lo sabe. Dudo mucho que fuera una casualidad. ¿No cree?

—De acuerdo. Si consigues traer a la niña, o a su madre en su defecto, de forma voluntaria, tuyo será lo que pides.

—19—

Triz lo sigue complicando todo

El dolor que había sentido mientras la hoguera ardía había sido tan intenso que se había desmayado. Cuando recuperó la consciencia, ni siquiera sabía cuánto tiempo había transcurrido y le costó recordar qué había pasado y dónde estaba. Cuando se percató de que se encontraba en Grawell, se sintió aliviado. Al parecer, la absurda idea había funcionado. Se alegraba de no haberse carbonizado en la hoguera para nada.

Intentó orientarse, pero, aunque estaba seguro de haberse quemado en la hoguera de día y a media mañana, había despertado en Grawell siendo completamente de noche. Quiso ponerse en pie, pero las cuerdas que le ataban al árbol no parecían haberse quemado con él y no podía soltar las manos.

—¡De puta madre! ¿Y ahora cómo salgo de aquí? —exclamó en voz alta, por si alguien podía escucharlo.

No le quedó más remedio que armarse de paciencia e intentar rasgar las cuerdas con la corteza del árbol. No llevaba ni medio minuto intentándolo cuando alguien le habló desde una de las ramas:

—¡Ey! ¿Quieres parar? Estás haciendo daño a mi árbol —exclamó una voz con tanta fuerza que casi le causa un infarto.

—¿Quién anda ahí? ¿Puedes ayudarme? —preguntó Gare y respiró agitado intentando calmar los latidos acelerados de su corazón.

—Mi nombre es Awen y no soy una buena samaritana. Si quieres mi ayuda, tendrás que ganártela.

—Encantado de conocerte, Awen —dijo Gare sin llegar a saber

con quién estaba hablando. Por mucho que intentaba levantar la cabeza no podía ver a nadie—. ¿Qué puedo hacer para que me ayudes?

—Lo primero, dejar de dañar mi árbol. Después, responderme a algunas preguntas.

—Vale. Te prometo que no tengo ninguna intención de hacer daño a tu árbol. Ni siquiera sé por qué estoy atado a él. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo te llamas y por qué has venido a Grawell?

—Mi nombre es Gare y he venido a ayudar a una amiga que, al parecer, está en peligro —contestó sin saber hacia quién dirigirse.

—¿Eres brujo?

—Se podría decir que sí. Si no lo fuera, no podría haber entrado en Grawell, ¿no crees? ¿Acaso tú no eres una bruja?

—¿Una bruja, yo? ¡Soy una dríada!

La voz sonó enfadada y Gare quiso disculparse. La dueña de aquella voz podía ser la única forma que tenía de soltarse del árbol. No quería enfurecerla.

—Disculpa mi ignorancia, pero no tengo ni idea de qué es una dríada. De veras que lo lamento. Solo quiero soltarme de este árbol y poder ir a buscar a mi amiga.

—¡Ay, Dios! Otro brujo que viene a vivir a Dumbsilly —murmuró Awen—. No podría haber encontrado yo un árbol cerca de la ciudad de las brujas listas...

—¿Cómo que otro brujo? ¿Qué es Dumbsilly?

—Conocí a una bruja a quien tampoco se la veía muy lista, no sabía qué era un ouroborus, y ahora vienes tú. ¿Todos los que vienen a mi árbol van a ser tan poco avispados?

—¿Una bruja? ¿Sabes cómo se llamaba? —preguntó Gare sin dar importancia a que le llamara tonto. En realidad, él pensaba lo mismo. Había que ser muy tonto para dejarse quemar en una hoguera por una mujer que había preferido marcharse sin decirle nada y que llevaba semanas sin querer hablar con él, y cuando acababa de conocer a una chica con lo que tenía mucho en común.

—Tras... Tres...

—¿Triz?

—¡Eso! Triz. Se llamaba Triz.

—¡Es la amiga que estoy buscando! ¿Sabes si está bien? ¿Me puedes decir dónde encontrarla?

—No me fío de los brujos... —murmuró la voz sobre su cabeza.

—Te aseguro que puedes fiarte de mí...

—No existen brujos de sangre y casi todos los que vienen a Grawell practican la magia negra. Los hombres no sois de fiar.

—Mi magia es inofensiva. Solo he aprendido un par de hechizos

para convertirme en un brujo de aprendizaje y venir aquí.

—¡Mientes! —gritó la dríada. Lo hizo con tanta furia que hasta su melódica voz cambió. Gare se encogió, convencido de que aquel ser que estaba sobre su cabeza y que no podía ver iba a atarcarlo de alguna manera.

—No miento. Te lo juro. Solo vengo a ayudar a mi amiga —replicó y se encogió de hombros para prevenir el golpe.

—¿Triz es solo tu amiga?

—No será porque yo no quiera que sea algo más, pero me temo que sí, que solo es mi amiga y que nunca va a ser nada más que eso.

—Creo que deberías hablar con ella —comentó Awen, tras unos segundos de silencio—. Y deberíais estudiar más sobre Grawell antes de aventuraros a venir. Este lugar esconde muchas sorpresas.

—Me encantaría poder hablar con ella, pero, si no me ayudas a soltarme del tronco del árbol, no voy a conseguir encontrarla.

—Está bien. Te soltaré, pero, como luego le hagas daño a mi árbol, lanzaré contra ti todos mis hechizos maléficos y te reduciré a cenizas. ¿Queda claro?

—Sí, queda claro. Te prometo que no le haré nada ni al árbol ni a ti.

—Definitivamente, a este árbol solo vienen los tontos... —se lamentó Awen. Se acercó a los nudos de las cuerdas y los soltó.

—Muchas gracias —agradeció Gare al sentirse liberado, mientras se frotaba las muñecas y los tobillos—. ¿Me puedes decir hacia dónde se fue Triz? —interrogó sin dejar de observar el árbol para intentar descubrir la procedencia de la voz. Cuando lo liberó solo había sentido unas pequeñas manos soltando los nudos, pero no había podido verlas.

—Fue a Dumbsilly, la ciudad de las brujas tontas. Creo que allí te recibirán como a uno más —musitó Awen ahogada en risitas.

—¡Oye! —replicó Gare que esta vez sí que se sintió un poco molesto con la insinuación de la dríada—. ¡Que no soy tan tonto!

—¿Que no? Si no dejas de mirar al árbol como una vaca a un tren porque todavía no sabes dónde estoy. Si no tienes ni idea de qué soy y ni siquiera sabes que las dríadas no podemos lanzar hechizos que te reduzcan a cenizas.

—Vale. Está bien. No es que los mundos mágicos sean mi fuerte, lo único que sé de ellos es lo que aprendí en los videojuegos, e imagino que no serán una fuente de información muy verídica. Solo quiero encontrar a Triz y ayudarla a regresar a casa sana y salva.

—Dumbsilly está al otro lado del río Yhemura —explicó Awen. Para indicarle el camino, abrió por primera vez sus enormes ojos violetas para que Gare la viera. Al hacerlo sí que puso la misma cara que las vacas mirando a un tren.

—Estás... estás... des...

—¿Desnuda?

—Eso —afirmó Gare casi sin poder cerrar la boca.

—¿Y cómo quieres que esté en mi casa? Si me pusiera vestimentas raras como las que tú llevas, no podría camuflar mi piel con mi árbol.

—Lo siento. No esperaba que fueras tan... —comenzó Gare a la vez que apartaba la mirada. Se sentía incómodo observando tan fijamente a una mujer desnuda.

—¿Guapa? ¿Atractiva? ¿Sugerente? —continuó Awen y se movió seductora sobre la rama del árbol.

—Tan femenina —respondió Gare con el rubor haciéndole arder las mejillas.

—Qué adulador... —bromeó la dríada.

—¿Hacia dónde dices que fue Triz?

—Hacia Dumbsilly. Hacia allí. —Señaló hacia enfrente—. Pero ten cuidado con los ouroborus. Ellos sí que pueden hacerte arder hasta convertirte en cenizas.

—¿Los qué? —inquirió Gare al escuchar por segunda vez aquella extraña palabra.

—Ains, si es que estáis hechos el uno para el otro —replicó Awen —. Ouroborus: lagartos dragón. Duermen entre la hierba del camino y, como pises a alguno, te van a calcinar con las llamas que lanzan por la boca.

—¿Dragones? ¿En serio? Pero, ¿los dragones no son enormes? ¿¡Cómo van a dormir entre la hierba!?

—Bienvenido a Grawell... —finalizó Awen entre risas—. Que tengas mucha suerte en tu búsqueda. La vas a necesitar.

Y cerró los ojos. Para cuando Gare volvió a mirar hacia el árbol ya no pudo volver a verla. Lo primero que le vino a la cabeza fue pensar en qué habría ocurrido si en lugar de en una rama vacía su llegada a Grawell se hubiera producido en la misma en la que descansaba la dríada desnuda.

En la oscuridad de la noche, Gare se puso a caminar en la dirección que le había dicho Awen. No tenía tiempo que perder y quería encontrar a Triz cuanto antes. Igual tenía suerte y todavía podía hallarla en Dumbsilly.

No había dado ni cinco pasos cuando una voz volvió a sobresaltarlo.

—¡Ten cuidado! —exclamaron a sus pies.

—¿Quién anda ahí? —inquirió Gare. Se quedó tan quieto que cualquiera podría haberlo confundido con una estatua.

—¿Es que no ves por dónde vas? —protestó la voz con tono enérgico.

—¡Qué voy a ver! ¿No ves tú que es de noche? Ni siquiera sé si voy hacia donde tengo que ir.

—¿A dónde vas?

—A Dumbsilly.

—Otro brujo tonto. Ten cuidado —sugirió la voz. Unos segundos más tarde, una llama de luz brotó del suelo. Gare dio un salto hacia atrás—. ¿¡No te he dicho que tengas cuidado!?

—¡Joder, podrías haber avisado! Menudo susto.

—¿Por qué quieres llegar a Dumbsilly?

—La dríada me ha dicho que mi amiga está allí. Quiero ayudar —repuso Gare, sin estar muy seguro de hacia dónde hablar.

—¿Te refieres a Triz, la sobrina de Helen?

—¡Sí! A ella. ¿Me podéis ayudar a encontrarla?

—Nosotros te iremos iluminando el camino. Tú limítate a pisar un paso por detrás de la llama. ¿Entendido?

Con la ayuda de los ouroborus llegó hasta el puente. Desde allí se veían las primeras casas del pequeño poblado. Se despidió de los lagartos dragones y caminó hasta la primera de ellas. Sin perder tiempo y pese a que en el lugar no había ninguna luz encendida, llamó a la puerta.

—¿Pueden ayudarme? —exclamó sin dejar de aporrear la puerta.

—¡No pienso dejar que robes mis galletas! —exclamó una voz de anciana al otro lado.

—Señora, no quiero sus galletas. Quiero encontrar a mi amiga —replicó Gare. Tras la puerta se escucharon unos pasos acercarse. Unos segundos más tarde la puerta se entreabrió.

—¿Negra o blanca? —preguntó la anciana sin llegar a asomarse del todo. Ante el silencio de Gare volvió a insistir—. Tu magia, ¿es negra o blanca?

—Escasa, señora. Mi magia es escasa. La suficiente para cruzar de mi mundo al suyo. Le aseguro que soy inofensivo. Solo quiero saber si han visto pasar por aquí a una bruja amiga mía. Es morena, de pelo largo, un poco más joven que yo. Se llama Triz Cooper. ¿La conoce?

—La buena de Triz. Un encanto de mujer. Muy divertida. Le encantaron mis galletas. Le gustaron tanto que, cuando vino Helen a buscarla, compraron media docena.

—¿Su tía Helen ha venido a buscarla? Entonces… ¿ella está bien?

—Se fueron juntas y te aseguro que, cuando se marchó, Triz estaba radiante. —Jane se sonrió al recordar el efecto que habían tenido sus galletas en la joven bruja.

—¿Puede decirme a dónde fueron? Tengo que encontrarla.

—En eso no te puedo ayudar, joven, pero podemos mandarles un mensaje.

Jane le explicó cómo funcionaban los dientes de león. Gare no se atrevió a ponerlo en duda. Estaba en un mundo de brujas perseguidas, totalmente desconocido para él. Había viajado con la seguridad de que

se encontraría cosas que no iba a ser capaz de comprender. No llevaba ni dos horas en aquel mundo y ya se había encontrado con una dríada que dormía desnuda en las ramas de un árbol, con unos lagartos dragones que hablaban y con una anciana obsesionada con sus galletas. ¿Por qué no iban a poder servir los dientes de león para mandar mensajes como si fueran palomas?

—Es mejor que esperes a que te respondan dentro de casa. Es tarde y puede que la respuesta se demore en llegar. No es conveniente que un joven como tú permanezca solo en las calles de este pueblo a estas horas.

—¿El resto de las brujas no son tan amables como usted? —preguntó Gare. No podía creer que hubiera tenido la suerte de ir a dar con una de las brujas buenas del pueblo y que todas las demás fueran peligrosas.

—Son muy amables, pero también hace mucho que no ven a un brujo por aquí. Estoy segura de que querrían usar alguno de sus hechizos de amor contigo.

—Solo me faltaba eso... ¿puedo esperar en su casa?

—Mientras tengas las manos quietas y no me robes mis galletas...

Jane le invitó a pasar y a sentarse en cuanto juró, por segunda vez, que no tenía ninguna intención de robarle sus galletas. La bruja le ofreció algo de beber. Gare solo aceptó un poco de agua. Tenía la boca seca después de haber ardido. No sabía cuánto tiempo iba a tener que esperar a que Triz respondiera, pero se sentía cansado después de cruzar el umbral entre ambos mundos. Las emociones de la llegada a Grawell estaban siendo intensas y, si quería servir de ayuda a Triz cuando esta llegara, iba a tener que relajarse y descansar. La noche anterior en su casa no lo había hecho por aprender magia. Dio un par de bostezos y cabezadas en el sofá antes de quedarse dormido.

Unos golpes en la puerta y la luz entrando por la ventana lo despertaron.

—¡Jane! ¡Jane! ¡Los escarabajos de Helen han llegado!

—¡Ya va! —contestó Jane. Se acercó a la puerta desde la cocina. Gare la vio pasar a su lado sin entender nada. ¿Escarabajos? ¿Por qué tenía la boca tan seca? ¿Cuánto tiempo había dormido para que entrara tanta luz por la ventana? Lo único que había conseguido entender era el nombre de Helen y eso significaba que habían llegado noticias de Triz.

Se puso en pie y se acercó a la puerta. En el momento que Jane la abría un nutrido grupo de insectos cruzó hasta el centro de la habitación. Jane se agachó, no sin esfuerzo, y dejó que el que iba en cabeza se subiera a uno de sus dedos. Después se lo acercó a la oreja.

—¡Habla más fuerte! Mi oído no es lo que era. Muy bien, de acuerdo. Joven —llamó a Gare—, es tu amiga Triz. —Sin saber qué

hacer, se acercó a Jane, que le miraba con impaciencia—. ¡Vamos! Ven, que no tenemos todo el día.

Cuando estuvo a su lado le pidió que extendiera la mano e invitó al insecto a que se colocara en su palma.

—Acércatelo al oído. Puede que, si no, no oigas el mensaje.

Sintiéndose un poco tonto, Gare acercó la mano a su oreja.

—¡¿Qué haces aquí?! —exclamó el escarabajo tan fuerte que Gare se asustó y el insecto casi acaba estampado contra un mueble. La voz sonaba igual que la de Triz—. ¿Cómo has podido llegar a Grawell si no eres brujo? Joder, Gare, no sabes estarte quieto, ¿verdad? Ven a Etrazen. Está a solo cinco kilómetros de Dumbsilly siguiendo el camino del río. Mi tía y yo no podemos ir ahora a buscarte. Por favor, no te pongas en peligro.

—Muchas gracias por todo —agradeció Gare cuando el escarabajo terminó de recitar su mensaje y lo dejó en el suelo junto al resto—. Tengo que marcharme. Triz y Helen me esperan en Etrazen. No puedo hacerles esperar.

—Antes de que te vayas... me gustaría regalarte algo. Puede que cuando encuentres a tu amiga te haga falta —dijo Jane. La vieja bruja se puso a revolver en uno de sus cajones mientras que Gare la miraba con impaciencia.

—Le agradezco su amabilidad, pero no es necesario. Ya ha sido suficiente regalo haberme dejado pasar la noche en su casa —repuso deseando salir cuanto antes al encuentro de Triz—. No le he dado nada como para que tenga que hacerme regalos.

—Por el tono de voz de tu amiga en el mensaje creo que me lo agradecerás... ¡Aquí está! —celebró Jane tras encontrar un frasco con una especie de mermelada amarilla en su interior.

—¿Qué es esto? —preguntó Gare con el frasco en la mano.

—Una poción hecha con limón, aceite de almendras, huevo y algunas plantas de Grawell. Con solo comer un poco fortalece la piel durante unas horas.

—¿Y para qué quiero fortalecer mi piel?

—Porque he notado a tu amiga enfadada. Esta poción es perfecta para que los bofetones no sean dolorosos —rió Jane—. Y puede venirte bien también si te enfrentas a seres que quieran morderte.

—Muchas gracias. Visto de esa manera, sí que puede venirme bien, aunque espero que no me haga falta con Triz. La guardaré por si tengo que volver a quemarme vivo —repuso Gare y se metió el frasco en uno de sus bolsillos—. Muchas gracias por su hospitalidad. Voy a ver si llego a Etrazen...

—¡Espero que las encuentres! Tu amiga se fue corriendo —exclamó Alys, que era quien había visto llegar a los escarabajos—. Sigue el camino del río y Etrazen no tiene pérdida.

—Me ha dicho que me esperan allí y que no está muy lejos —respondió Gare.

—Mira que Triz nos pareció tonta cuando dijo lo de las escobas voladoras, pero este chico no se entera de nada —susurró Alys entre dientes mientras veía a Gare alejarse por el sendero—. Se piensa que me refería a correr.

—Si dependemos de estos dos para salvar Grawell, más nos vale que nos vayamos preparando para el fin del mundo de las brujas —comentó Jane.

—¿Conseguiste su saliva? —preguntó Alys cuando vio perderse a Gare a lo lejos.

—¡Por supuesto! Le ofrecí un poco de agua con pasiflora y, en menos de dos minutos, estaba roncando. Le he sacado toda la saliva que he podido. Esperemos que la poción funcione en caso de que acabemos en el mundo de los muertos.

—20—

Queda mucho por aprender

Triz no conseguía centrar su atención en lo que estaba diciendo el consejo de brujas. No podía dejar de pensar en que Gare había vuelto a hacer lo que le había dado la gana y en que ahora estaba en peligro. Había estado tentada de marcharse a buscarlo cuando le había llegado el mensaje, pero su tía la había retenido. Una bruja de sangre no podía abandonar el consejo de brujas cuando el círculo había sido creado. Saltarse esa norma no solo significaba la expulsión inmediata de Grawell, sino también el destierro permanente. Si lo hubiera hecho, jamás hubiera podido volver.

—¿Quieres prestar atención? Gare estará bien —insistió Helen. Si su sobrina quería salvar Grawell, primero tenía que entender sus

normas.

—Perdona, pero es que no dejo de preguntarme cómo es posible que Gare haya llegado a Grawell. Él no es brujo.

—Luego te lo explico. Ahora atiende. Los escarabajos ya habrán entregado el mensaje. Seguro que llega a las puertas de Etrazen sin problemas. En cuanto termine el consejo, te reunirás con él.

—Helen, por favor, silencio —interrumpió Agnes desde el norte del círculo—. Recordad que nos hemos reunido aquí para intentar aclarar la desaparición de los sigilos. Creo que no debería ser necesario aclarar que, sin ellos, Grawell está condenado a su destrucción total y que ninguna de nosotras va a salir indemne si eso ocurre.

Las cuatro brujas de elemento, que en un principio habían mantenido en secreto la ausencia de los sigilos, habían decidido que era el momento de comunicarlo al resto de las brujas. Todas estaban en peligro y, viendo que no eran capaces de solucionar el problema y que el tiempo se acababa, habían decidido ponerlas al día.

—¡Alguien sí que va a salir indemne! —exclamó Petronilla sentada al este del círculo—. Hay una bruja entre nosotras que mantiene su cuerpo a salvo al otro lado y que regresó a su mundo. Alguien que puede ir y volver cuando quiera y a quien no le importa si Grawell desaparece o no. Una mocosa que vino aquí a llevarse el legado de Astrid sin ni siquiera pedir permiso al consejo. Y todo porque Helen Cole se lo permitió.

—¿Envidia, querida Petronilla? —inquirió Helen. Se puso en pie para que todas las brujas del consejo pudieran verla—. Cientos de años dragando el lago en busca del legado de Astrid y lo único que fuiste capaz de encontrar fue un Lenok[9] parlante. Debe de ser duro, para alguien con un ego tan grande como el tuyo, descubrir que no es tan poderosa como cree. Sin embargo, mi sobrina, solo necesitó unas horas en Grawell y unos minutos en el lago durante un eclipse para que Astrid le concediera el beneplácito de descubrir su secreto. No necesitaba la aprobación del consejo para eso, porque ninguna de las aquí presentes había podido sumergirse en las aguas del lago antes. ¿Qué tipo de indicación nos iba a dar quien no está capacitado para hacer lo que sí podía mi sobrina?

—¡Tu sobrina vino aquí y se llevó los sigilos! Es la única que puede abandonar Grawell. La única lo suficientemente inconsciente como para no saber que sin ellos todas acabaremos en Marbhreilig. Todas, salvo ella.

—Sabes que eso no es del todo cierto. Tú, tan bien como yo, sabes que Shaira también puede volver. Gracias a Shaira pudimos avisar a mi sobrina y, como ves, no ha dudado en regresar a Grawell, poniéndose en peligro, para intentar ayudarnos. —Helen tocó el

hombro de Triz para que se pusiera en pie a su lado—. Mi sobrina tiene visiones con los Dioses desde los diez años. Está destinada a salvar todos los mundos, como lo hizo Astrid. Por eso pudo sumergirse en las aguas del lago, por eso ha regresado y va a encontrar los sigilos. Por cierto, ¿dónde está Shaira? —preguntó Helen tras echar un vistazo al círculo del consejo.

Un murmullo se extendió por toda la sala. Todas las brujas allí reunidas, brujas de sangre, pero de todos los tipos de magia, susurraban entre ellas. Ninguna, ni siquiera quienes se sentaban en los puntos cardinales del círculo, había soñado nunca con los Dioses. No importaba cuánto poder tuvieran o si su magia era blanca, negra o gris. Triz era la primera bruja que aseguraba haber soñado con los Dioses que conocían.

Triz sintió como todos los ojos se giraban hacia ella. Allí de pie, entendió de golpe toda la responsabilidad que estaba cayendo sobre sus espaldas. Hasta ahora todo lo que había hecho era enfrentarse a los problemas que se iba encontrando para intentar salvaguardar el futuro de sus hijas. Había recuperado un colgante que había regalado en su adolescencia, encontrado el libro de las sombras de Astrid sin conseguir llegar a entenderlo, había regresado a Grawell y una dríada le había tomado el pelo. ¿Cómo iba a salvar aquel mundo si ni siquiera conocía la existencia de los sigilos hasta que se lo explicó Shaira? Se sintió superada y el peso sobre los hombros le hizo agachar la cabeza.

—Shaira estaba cansada tras su viaje de regreso a Grawell. Ser lapidada dos veces no es muy agradable. En su mensaje con hormigas africanas lamenta no haber podido acudir al consejo —respondió Agnes.

—¡Muy bien! —exclamó Petronilla al ponerse en pie y tomar la palabra desde su lugar al este del círculo—. Si tan poderosa es tu sobrina... ¡que lo demuestre! ¿O solo por ser tú las demás tenemos que creernos que ella ha soñado con los Dioses?

—Tú viste cómo se llevaba la ostra de Astrid en el último eclipse de Rigel. ¿No te parece suficiente demostración de su poder? —replicó Helen, pero las voces del resto de miembros del consejo no se silenciaban.

—Creo que las demás también necesitamos verlo —manifestó Silen Swetting. Situada en el sur del círculo, era, junto con Agnes, Helen y Petronilla, una de las cuatro brujas que se sentaban en los puntos cardinales. De naturaleza cohibida, no solía hablar si no era necesario. Medía hasta tal extremo sus palabras que el resto de las brujas la conocían por el sobrenombre de «Silence». Sin embargo, cuando hablaba, su voz sonaba tan poderosa que muy pocas eran quienes osaban contradecirla.

Las voces de decenas de brujas se unieron a la petición de Silen. La sonrisa diabólica de Petronilla no tardó en aflorar en su desfigurado rostro. La última vez que se enfrentó a Helen en el consejo, solo la voz de Silen se opuso a su expulsión. Si conseguía que se pusiera de su lado, podría deshacerse de la impertinente bruja. Era la última que se había incorporado a las brujas de elemento y le caía mal desde el primer día.

—Tía, no tengo ni idea de cómo voy a demostrar mi poder. ¡No tengo ningún poder especial! —masculló Triz al oído de Helen. Sentía como las piernas le temblaban y como estaba a punto de desmayarse por los nervios.

—Cariño, ¿te acuerdas de lo que hiciste junto al lago? Solo debes concentrarte. Cuando tus pensamientos se fusionen con tu voluntad, tu poder saldrá a la luz.

Triz recordó lo que hizo en el lago, lo que hizo en la cueva para encontrar el grimorio de Astrid y cómo derrotó a Cristian. Tenía que concentrarse y desearlo.

—Ojalá que esto sea suficiente... —balbuceó entre dientes antes de cerrar los ojos.

Buscando el grimorio y en el bosque de Otsa en su pelea con Cristian, todo lo que se encontraba a su alrededor había salido volando por los aires. Temía que eso ocurriera en el consejo de brujas, porque no imaginaba qué reacción podían tener contra ella si todas acababan dando tumbos por el aire y chocando unas contra otras.

En ese momento alguien, o algo, tiró de su pelo y la desconcentró. Triz se llevó la mano a la nuca para aliviar el dolor y miró a todos lados intentando descubrir quién había interrumpido su concentración, pero a su lado solo estaba su tía que la miraba sin entender.

—¿Lo veis? No tiene ningún poder. Es un fraude. ¡Y Helen Cole una mentirosa! —vociferó Petronilla, transcurridos unos minutos en los que había permanecido atenta a la espera de acontecimientos y alentada al ver que seguía sin pasar nada y que Triz parecía aturdida —. Ambas deberían ser expulsadas del consejo de inmediato e interrogadas para recuperar nuestros sigilos. —Las brujas que estaban a su lado arreciaron en aplausos. Algunas de las más cercanas a la zona sur del círculo también empezaron a aplaudir animando a Silen a que apoyara la propuesta de Petronilla.

Sus palabras enfurecieron a Triz. Estaba dispuesta a aceptar que no era la bruja más preparada para salvar los mundos, incluso hubiera aceptado que la expulsaran de Grawell por incompetente sin rechistar, pero no iba a permitir que tacharan de mentirosa a su tía. Era la mejor persona del mundo y no iba a permitir que una bruja de magia negra como Petronilla se atreviera a calumniarla en público.

«Si tenéis que salir todas volando por los aires para callarte la boca, que así sea», pensó antes de volver a cerrar los ojos y concentrarse. No fue fácil porque cada vez eran más las voces de protesta que se alzaban en el círculo, pero, al final, lo consiguió.

Junto a las voces de protesta se empezaron a escuchar unos murmullos de asombro a su lado, cuando sus pies se despegaron del suelo. Una vez que se elevó por los aires y cruzó la estancia hasta colocarse flotando en el centro del círculo, las quejas se desvanecieron entre los bisbiseos de asombro.

—*Uqeim rodep es trumese, uqe sodat es llacen, Uqeimredepestrum, uqesodatesllacen.* —Los labios de Triz apenas se movían para pronunciar aquellas inteligibles palabras.

A un metro del suelo, con todo el consejo de brujas de Grawell observándola, Triz abrió los ojos. Una luz verde brotó de ellos y cegó, por un instante, a Petronilla y quienes estaban a su lado en el este del círculo. Sin dejar de mirarlas, Triz volvió a pronunciar las palabras, cada vez más rápido. Algunas de las brujas sentadas junto a Petronilla empezaron a gritar. Sin quererlo, se estaban alzando de sus asientos e intentaban aferrarse a ellos.

Sus gritos asustados se elevaron como sus cuerpos del suelo, incluso Petronilla había cambiado la expresión de su cara y ahora reflejaba cierto temor. Las palabras de Triz parecían querer arrancarla del suelo y, si al hacerlo rompía el círculo y terminaba volando a su exterior, sería expulsada de Grawell y acabaría en Marbhreilig para siempre. Intentó gritar que se detuviera, pero las palabras tampoco salían de su garganta. Hizo aspavientos rogando al resto de las brujas de elemento del círculo que la detuvieran.

—¡Triz, ya es suficiente! —gritó Helen por encima del sonido del viento que se había levantado en el círculo creando remolinos. Pero Triz seguía en trance.

Dos de las brujas que estaban junto a Petronilla salieron volando por los aires, gritando aterrorizadas. Dieron una vuelta alrededor de todo el círculo rozando sus límites varias veces.

—¡Triz, ya es suficiente! ¡Vas a matarlas! —exclamó Helen, pero Triz seguía murmurando su conjuro cada vez a mayor velocidad.

Otras dos brujas alzaron el vuelo. Petronilla se sujetaba a su silla como quien se sujeta a los asientos de un avión cuando se despresuriza. Las cuatro brujas que no habían podido permanecer sujetas sobrevolaban el círculo por encima de la cabeza de Triz. Dieron varias vueltas y, de pronto, salieron despedidas hacia el borde del círculo. El resto se llevó las manos a la cara, no queriendo ver cómo las cuatro, al cruzar el límite, acabarían desvaneciéndose en el aire.

De pronto, Triz cesó su cántico. Las cuatro brujas cayeron

apelotonadas unas sobre las otras justo unos centímetros antes del borde exterior del círculo, sobre Petronilla. Triz también cayó al suelo desmayada.

—¡Está loca! ¡Casi nos mata! —exclamó una de las que había salido volando mientras se intentaba poner en pie. Estaba tan asustada que las piernas le fallaban y tropezó varias veces antes de conseguir regresar a su asiento.

—¡Triz! ¡Triz! ¿Estás bien? —Helen salió corriendo a su encuentro, al ver que seguía inconsciente en el suelo.

Triz abrió los ojos, que ya no desprendían la luz verde.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —balbuceó desorientada.

—Estás en el consejo de brujas de Grawell y acabas de demostrarles lo poderosa que eres —respondió Helen y abrazó a su sobrina y la ayudó a ponerse en pie.

—¡Deberíamos expulsarla de Grawell! Tiene un cuerpo donde regresar. ¡Ha demostrado que es un peligro! Casi mata a cuatro de nosotras. ¡Todas lo habéis visto! —chilló Petronilla, fuera de sí, mientras se recomponía los ropajes y se ponía en pie airosa.

—¿Expulsarla? Has sido tú quien ha insistido en que demuestre sus poderes. Fuiste tú quien insistió en que regresara a Grawell, ¿y ahora quieres expulsarla? —replicó Helen mientras ayudaba a Triz a tomar asiento.

—¡Es peligrosa! —respondió Petronilla—. Casi mata a cuatro de las brujas del consejo.

—¿Y qué esperabas? ¿Que nuestro mundo fuera salvado por una bruja amable y tierna? Quien haya hecho desaparecer los sigilos seguro que es más peligroso que ninguna de nosotras. Si queremos recuperarlos, necesitamos a mi sobrina —manifestó Helen—. Apenas nos quedan unos días para recuperarlos. Si Grawell cruza por delante de la Nebulosa de Cabeza de Bruja antes de que los encontremos, será demasiado tarde para evitar que Rigel nos absorba.

Agnes y Silen estuvieron de acuerdo. El resto de las brujas, salvo las cuatro que habían salido volando por los aires, también aceptaron. Petronilla no tuvo más remedio que acceder, aunque fuera a regañadientes, a la resolución del consejo. Malhumorada, solicitó la apertura del círculo para poder abandonarlo.

En cuanto el círculo se abrió, y aunque todavía no se encontraba recuperada del todo, Triz quiso salir a buscar a Gare.

—Me dijiste en el consejo que me ibas a explicar por qué Gare ha podido cruzar a Grawell sin ser brujo —recordó cuando ya empezaban a abandonar la sala.

—¿Qué te conté en tu última visita sobre los tipos de brujas y brujos que existen?

—Que había tres tipos. Las brujas de sangre, las de corazón y las

de aprendizaje.

—¿Y Gare es un brujo de aprendizaje? ¿Le has enseñado magia?

—¡No! Por eso mismo no lo entiendo. Además, aunque le hubiera estado enseñando magia desde que volvimos a encontrarnos, tampoco sería capaz de cruzar a Grawell. No tendría la capacidad necesaria. Se necesitan años de experiencia para que la magia forme parte de tu ser y que Grawell te acepte como parte de él...

—¿Y qué te dije de los brujos de corazón?

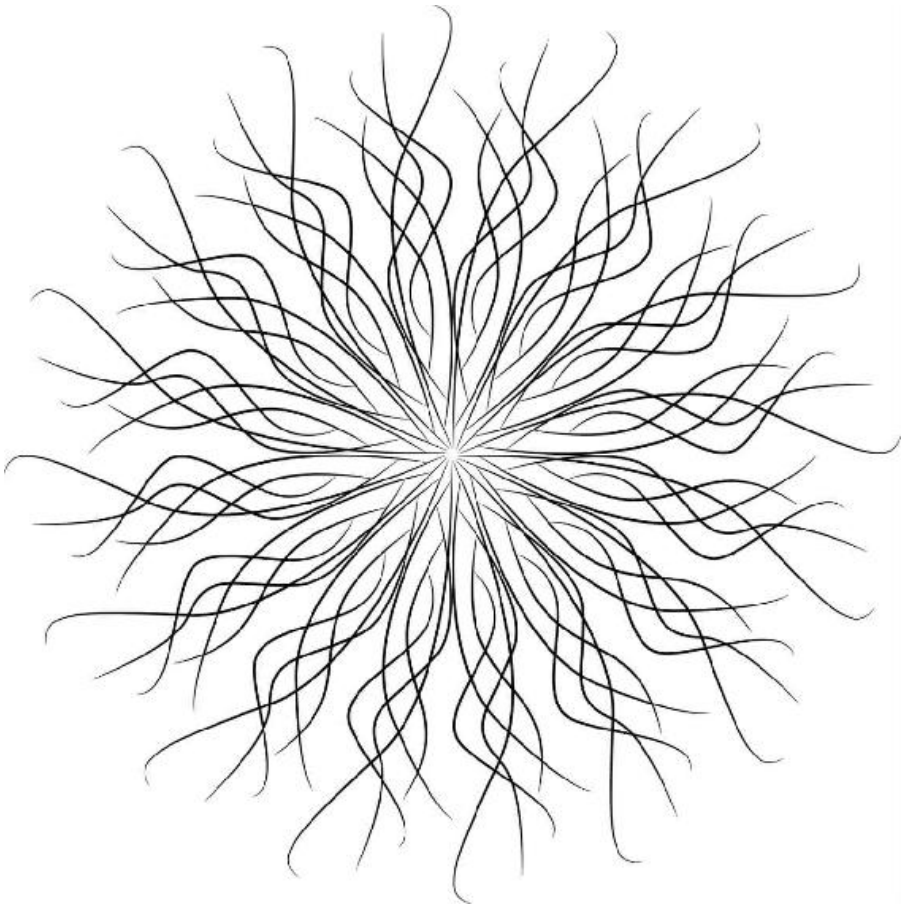
—¡Oh, Dios! ¿En serio? No puede ser por eso... ¿Me estás diciendo que Gare ha podido entrar en Grawell porque está enamorado de mí y que amar a una bruja ya es suficiente para poder cruzar? —preguntó Triz sorprendida.

—Mi niña, creo que no lo has entendido... Si bastara con enamorarse de una bruja para convertirse en brujo de corazón, todos los que alguna vez se hubieran sentido atraídos por una de nosotras podría cruzar.

—¿Entonces? Si no ha podido cruzar siendo un brujo de aprendizaje y tampoco por estar enamorado de mí, ¿qué es lo que ha permitido que Gare pueda cruzar a Grawell?

—¿En serio, no lo sabes? ¿O es que quieres negártelo a ti misma...? Un brujo de corazón no llega a Grawell por enamorarse de una bruja, sino porque una bruja está enamorada de él.

—21—



Tenemos que huir

Hacía un par de días que su madre se había tenido que ir sin darle muchas explicaciones y, desde entonces, había madurado más que en sus trece años anteriores. Había leído cada una de las páginas de los diarios de tía Helen y de su madre varias veces y había comprendido las responsabilidades que tenía ser bruja. La principal era cuidar de los suyos, por lo que no había dejado de preocuparse por su hermana Maya ni un solo instante.

Cuando estaban con su padre, que en esos días se encontraba más callado de lo normal, siempre jugaba con ella o la vigilaba mientras la veía pintar en sus cuadernos de colores. Cuando se quedaban solas, porque su padre se tenía que ir a trabajar, se encargaba de

acompañarla en el autobús a la escuela y de recogerla. Al salir se quedaban las dos jugando en el parque hasta que su padre iba a buscarlas. No se separaba de Maya en ningún momento. Incluso cuando leía los libros de su madre no dejaba de tenerla cerca.

Tras cenar, su padre las acostaba y llegaba el momento de practicar su magia a escondidas. Movía los objetos de sitio, realizaba pequeños hechizos de protección que había aprendido con los libros, apuntaba todos los detalles en su propio libro de las sombras y, cuando todos estaban dormidos y la casa se encontraba en absoluto silencio, se escabullía con sumo cuidado hasta el sótano donde su madre solía pasar las horas las noches antes de tener que marcharse. Allí seguía leyendo libros de magia y cogiendo algunos artículos para sus pociones.

Regresaba a su cuarto y practicaba hasta que el sueño la vencía, pero eso solía ser ya muy tarde, no le gustaba quedarse dormida. No quería volver a soñar con la bruja pelirroja mientras su madre estuviera fuera y menos soñar con que pudiera estar en peligro, porque todavía se sentía impotente.

Esa noche había bajado al sótano de su madre y estaba buscando la raíz de una planta para realizar un conjuro de buena suerte. Se había propuesto ayudar a su madre, aunque esta no hubiera querido que fuera con ella al mundo de las brujas. Si podía invocar un hechizo de buena fortuna para su madre, seguro que solucionaba todos los problemas y podría volver a casa antes.

Creía haber visto el frasco que buscaba en una de las estanterías más altas y, pese a que ya había pegado el estirón y casi era de la altura de su madre, estaba buscando la manera de alcanzarlo porque no llegaba ni poniéndose de puntillas.

No tardó en encontrar un pequeño taburete en el que poder subirse. Lo colocó frente a la estantería y se subió en él. Estaba a punto de coger el frasco cuando algo chocó de golpe contra el taburete y la desestabilizó. Intentó mantener el equilibrio, pero viendo que se iba a caer dio un salto para bajarse, con tan mala suerte que al llegar al suelo algo se le enredó entre los pies y la hizo caer. Alana se dio un buen golpe en el costado, pero no protestó. Bastante ruido había hecho al caerse y no quería que su padre se despertara y la descubriera allí escondida. Si lo hacía, le iba a caer una buena bronca por estar enredando en las pertenencias de su madre.

Mientras se mordía el labio inferior y se frotaba el brazo para intentar aliviar el dolor del golpe, vio algo esconderse debajo de la mesa. Una sombra se movía con cierta dificultad entre las penumbras que proyectaba la vela que había encendido para no estar a oscuras. Era como una gran peonza que no dejaba de girar sobre sí misma.

Sin levantarse del suelo para no perderla de vista, se aproximó a

la mesa para ver más de cerca qué era, pero no se había acercado ni medio metro cuando aquella cosa dejó de dar vueltas y se quedó fija en el suelo. Alana retrocedió a mayor velocidad de la que se había aproximado al confundir, en un primer momento, aquella sombra con una rata. Hasta que se fijó en que, si era una rata, era una muy rara, porque solo tenía tres patas.

Curiosa, hizo ademán de volver a acercarse, pero retrocedió hasta chocar contra una de las paredes cuando vio que el animal, o lo que demonios fuera, iniciaba su carrera hacia ella. Fue entonces cuando atravesó el haz de luz que proyectaba la vela y Alana pudo verlo, pero no se tranquilizó.

Un animal de tres patas, un poco más grande que una rata, de color azul eléctrico, había saltado sobre su regazo y la miraba con dos enormes ojos color limón mientras se frotaba contra su pijama de algodón como un gato que busca que le acaricien.

Alana no había visto algo igual en la vida. Recuperada del primer susto, observó a la criatura con mayor atención. Poseía dos patas delanteras, pero solo una trasera y, en la cabeza, tenía dos pares de ojos brillantes y amarillentos, uno a cada lado. Al carecer de boca, limitaba a ellos toda su expresividad.

—Y tú, ¿se puede saber qué eres? —interrogó Alana sin esperar respuesta.

Para su sorpresa, el animal se puso en pie sobre sus tres patas, cerró los cuatro ojos y movió la cabeza con un gesto que le recordó al que hacía su hermana pequeña cuando estornudaba. Una pequeña nube de vapor salió de la piel del ser y se elevó formando letras hasta que Alana pudo leer una palabra.

—¿Chafya? Me suena haber leído ese nombre en el libro de las sombras de la tía Helen. Ven. Vamos a mi cuarto, a ver si lo encuentro.

Con él en el regazo y evitando hacer ruido, salió del sótano y subió a su habitación. Dejó al misterioso ser de ojos amarillos sobre su cama y buscó el grimorio de la tía Helen sobre su mesa. Con la luz de la vela iluminando lo suficiente para poder ver, pasó páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—¡Aquí estás! Chafya: Ser adorable que se alimenta como si fuera una esponja. Si lo colocas en un recipiente con líquido lo absorberá a través de su piel y aumentará de tamaño. De pelaje siempre llamativo, se comunica en cualquier idioma conocido, ya sea humano o de cualquier otro tipo de ser. Carente de boca, usa para comunicarse su piel, que emite electricidad estática y actúa sobre el agua del ambiente. Tener cuidado con acercarlo a enormes cantidades de agua, porque su apetito es muy voraz y puede alcanzar enormes tamaños. Leal y fiel, siempre se posiciona del lado de las brujas de magia

blanca.

Alana volvió a ocultar el libro de las sombras junto con el de su madre y regresó a la cama donde le esperaba el chafya.

—Bueno, ya que sabes hablar todos los idiomas del mundo... ¿Cómo te llamas? —preguntó a la vez que el chafya volvía a subirse a su regazo.

Una nueva nube de agua se formó sobre la piel del ser.

«Atzu».

Alana ahogó una risita. Aquel animal cada vez le recordaba más a la manera de estornudar de su hermana.

—Muy bien, Atzu, ¿qué hacías en el sótano?

«Buscar».

—¿Qué o a quién?

«Alana».

—¡Ey! ¡Alana soy yo! ¡Me estabas buscando a mí!

Atzu abrió sus cuatro ojos de tal manera que parecían querer expresar alegría. Por si sus ojos no lo dejaban del todo claro, empezó a dar saltos con sus tres patas sobre la cama mientras giraba dando vueltas sobre su pata trasera.

—¿Y para qué me buscabas?

«Peligro».

—¿Peligro? ¿No puedes ser más específico? —preguntó Alana sin llegar a entender a qué tipo de amenaza se refería o si el riesgo lo corría ella u otra persona, por ejemplo, su madre.

«Peligro», repitió Atzu.

—Sabrás un montón de idiomas, pero hay que ver las pocas palabras que usas. ¿Quién está en riesgo?

«Alana».

—¿Yo? ¿Por qué?

Atzu empezó a moverse nervioso por encima de la cama. Parecía estar inquieto, como alguien que tiene una respuesta en la punta de la lengua, pero que es incapaz de recordar.

«Sed».

—¿Estoy en peligro de morir de sed?

«No», respondió Atzu cada vez más nervioso.

«Atzu», «tiene», «sed», dijo antes de caer rendido sobre la cama después de estornudar tres veces seguidas.

—¡Ah! Vale, creo que eso lo puedo arreglar.

Alana bajó a la cocina y llenó un vaso con la botella de zumo que ella solía tomar para desayunar por las mañanas. No es que fuera muy bueno, pero desde la tormenta solar casi ninguna bebida lo era. Ni se asemejaba al sabor que tenían los zumos antes de que casi todas las plantas desaparecieran, pero esperaba que fuera suficiente.

Ya en el cuarto, se lo ofreció a Atzu. Este no se lo pensó dos veces

y metió las dos patas dentro del vaso. Como si fueran dos pajitas el zumo empezó a desaparecer. Mientras lo hacía, Atzu empezó a crecer hasta alcanzar el tamaño de un gato adulto.

—¿Y bien? ¿Por qué estoy en peligro?

«Bruja viene», replicó Atzu que, ahora de mayor tamaño, podía proyectar frases de dos palabras.

—¿Una bruja? ¿La pelirroja?

«Esa misma».

—¿Y qué quiere?

«Quiere Alana».

—¿Y qué puedo hacer?

«Esconderte lejos».

—Pero mi padre no va a entenderlo. No va a querer marcharse de casa. ¿Cómo se lo explico?

«Atzu desconocer».

—¡Genial! ¿Y dónde está la bruja?

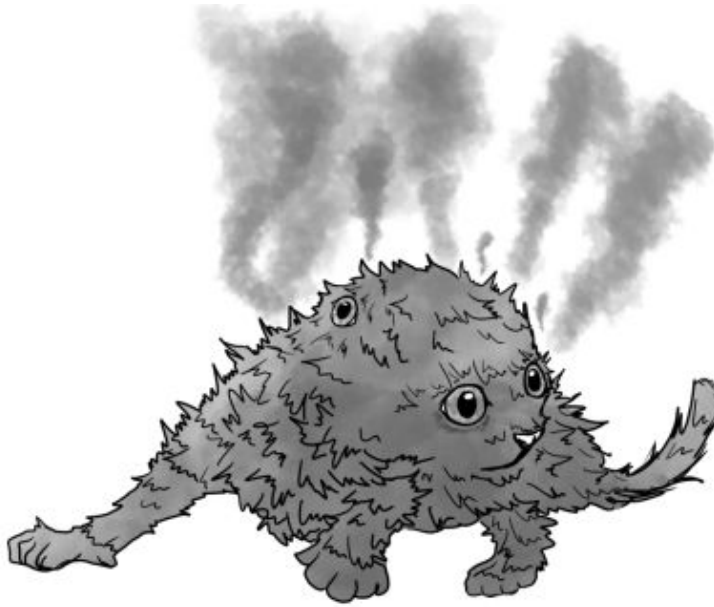
«Muy cerca».

—Entonces, no tengo tiempo que perder —dijo Alana. Se puso en pie y regresó al sótano. Si tenía que huir, era mejor hacerlo con la máxima cantidad de artículos para realizar conjuros que pudiera llevarse con ella.

Sobre todo, tenía que coger el frasco que había ido a buscar al principio. Aquel que le permitiera formular un conjuro de buena suerte. Si la fortuna la acompañaba, era probable que la bruja pelirroja no llegara a encontrarla.

Volvió a subirse al taburete e intentó alcanzar el frasco. Atzu volvió a cruzarse en su camino y, una vez más, tropezó con él y la hizo caer.

Alana se levantó del suelo dolorida. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no era la segunda vez que se caía. Era solo la primera. Todo lo que había pasado después, incluida su conversación con el chafya, había sido producto de sus sueños. No había ningún ser azul de ojos amarillos.



Chayfa mágico con tres piernas y cuatro ojos a punto de escribir.

—22—

Un reencuentro lleno de dudas

Gare cruzó las puertas de Etrazen como quien entra a un museo, mirando asombrado hacia todos lados. Todo el lugar parecía haber sido tallado en las rocas de las montañas que rodeaban un pequeño valle, al que solo se podía acceder por el sendero de tierra por el que había llegado. Las paredes de piedra se elevaban más allá que los rascacielos más altos que Gare hubiera visto nunca y la luz del sol que llegaba del cielo rebotaba contra las paredes de fluorita llenando de destellos de colores violáceos el valle.

Decenas de mujeres iban y venían, entraban y salían de aquellas estructuras talladas en la pared. Todas, porque Gare no tardó en descubrir que todas allí eran mujeres, se le quedaban mirando como si

estuvieran observando un fenómeno paranormal. Gare tuvo que mirarse varias veces para comprobar que no le estuvieran saliendo escamas en la piel o que su tonalidad no fuera verde, porque así era cómo se sentía ante aquellas miradas, como un perro verde.

La primera reacción de las mujeres con las que se cruzaba siempre era dar dos pasos alejándose de él. Se detenían a observarlo y por último caminaban con prisa al encuentro de otra mujer. Según se adentraba en el valle, las miradas fueron acompañadas de murmullos, bisbiseos y cuchicheos cada vez más audibles. Todas ellas parecían asustadas con su presencia, hasta el punto de que Gare se vio en la necesidad de alzar las manos para dar a entender que se calmaran, que no era su intención hacerles ningún daño, pero el gesto, en lugar de tranquilizarlas, terminó por alterarlas.

Cuando llegó al centro del valle se sintió como la pareja de novios que inicia el primer baile de la boda, rodeado de gente que les observa sin moverse esperando a que sean ellos quienes den el primer paso al sonido de la música. Solo que él no tenía con quién bailar ni sonaba ninguna canción.

Fue entonces cuando las miradas de las mujeres cambiaron. Del asombro y el temor pasaron a la determinación y el coraje. Los murmullos se tornaron en gritos y las voces resonaban en el valle como el cántico de un ritual de ofrenda ceremonial. Gare empezó a sentirse como un cordero a punto de ser sacrificado, con los brazos en alto parecía pedir clemencia, pero las mujeres no se calmaban. Para su fortuna, una voz que provenía desde lo alto de unas escaleras talladas resonó por encima de todas las demás y las silenció.

—¡Calma! Está con nosotras.

Una mujer, aproximadamente de su edad, con el pelo castaño cubriendo sus hombros, de rasgos suaves y bastante atractiva, mantenía sus brazos en alto. Todas las demás parecían conocerla porque obedecieron y dejaron de murmurar. Al aplacarse sus gritos, también se serenaron sus rasgos y Gare dejó de sentirse amenazado. Ver aparecer al lado de aquella mujer a Triz añadió a esa sensación de alivio la de alegría.

—¡Triz! —gritó emocionado al verla y salió corriendo a su encuentro. El inicial entusiasmo se vio mitigado al ver que ella no tenía la misma reacción al verlo. Esperaba que se lanzara escaleras abajo a abrazarlo, pero seguía sin moverse del lado de aquella otra mujer.

—¿Quieres bajar los brazos? ¡Así piensan que vas a atacar! —exclamó Triz cuando le faltaban dos escalones por subir para llegar a su lado—. ¿¡Qué haces aquí, Gare!?

—¿Venir a salvarte? —La pregunta inquisitoria de Triz lo detuvo. El abrazo que estaba dispuesto a darle se había visto interrumpido

antes siquiera de empezar. Se quedó con la misma sensación que provoca un estornudo que no termina de salir, con esa incomodidad de no saber cuándo se va a volver a presentar.

—¿Ves que necesite ser salvada? —reprochó de nuevo Triz—. Estoy con mi tía, rodeada de las mías. No necesito que nadie me salve de nada, y menos tú.

Gare no entendía nada. Parecía que Triz, en lugar de alegrarse de verlo, estuviera enfadada.

—¡Oye! Que yo estaba muy a gusto en mi casa con Lilian. Si he venido hasta aquí, dejándome quemar en una hoguera, es porque tu amiga Nara me dijo que estabas en peligro.

—¿Nara? ¿Qué tiene que ver con esto Nara? —preguntó asombrada Triz—. ¿Con quién has dicho que estabas en tu casa? —El nombre de Lilian no le sonaba de nada, pero, no sabía por qué, al oírlo, había sentido como una patada en la boca del estómago.

—Con Lilian, una compañera de trabajo. Claro que tú tampoco sabes que tengo trabajo. Como hace semanas que ni siquiera tienes tiempo de hablar conmigo...

—He estado muy ocupada desde que encontré el libro de Astrid. Ya te lo dije —replicó Triz en un intento por justificar su prolongada ausencia.

—Encontramos, ¿recuerdas? Yo también estaba allí. Me costó unas cuantas semanas de hospital.

—¿Cómo te dijo Nara que estaba en peligro? ¿Por qué? —preguntó Triz.

Quería cambiar de tema. Desde que se había reencontrado con Gare después de muchos años sin verse, aquella era la primera vez que se sentía incómoda teniéndole cerca. Estaba enfadada porque hubiera acudido en su ayuda sin que se lo hubiera pedido; triste, por tener que reconocer que sin él no habría podido conseguir el libro de Astrid y que, pese a ello, no había dudado en apartarlo de su lado. Pero lo había hecho por un buen motivo, para protegerlo. Si algo no quería, era volverlo a poner en peligro. Prefería no verlo, tenerlo lejos, antes de volver a ver cómo estaban a punto de matarlo por su culpa. Se alegraba de verle recuperado y, sin embargo, estaba muy enfadada por su presencia en Grawell.

—Tu amiga vino a mi casa. Me contó que le habías pedido ayuda para volver a cruzar a Grawell... ¿Por qué esta vez no me lo pediste a mí? No lo entiendo... El caso es que me dijo que algo no iba bien, que tu cuerpo estaba teniendo convulsiones en su trastero y que estaba asustada.

—¿Convulsiones? —preguntó Triz extrañada.

—Eso me dijo. Tu cuerpo había empezado a convulsionar. Estaba segura de que algo no iba bien y quería venir a ayudarte.

—No recuerdo haber sufrido ningún ataque de convulsiones desde que... ¡Ay, madre! ¿No será que…? —se preguntó Triz mientras se le sonrojaban las mejillas y se moría de vergüenza.

—No me lo digas —intervino Helen sin evitar sonreír. El sonrojo en la cara de su sobrina le hacía mucha gracia—. Fueron las galletas de Jane y tu amiga lo confundió con unas convulsiones.

—Eso me temo —respondió Triz y se tapó la cara.

—¿Qué galletas? ¿De qué habláis? —preguntó Gare sin entender por qué las dos se habían puesto a reír de pronto.

—¡De nada! —exclamó Triz antes de que su tía pudiera contarle lo que había ocurrido—. ¿Y por qué te lo contó a ti Nara?

—Sabía que yo fui quien te ayudó a cruzar la primera vez. Me pidió que la ayudara a hacerlo. Quería venir por si tenías problemas, pero no estaba segura de que las brujas de aprendizaje pudieran entrar. Así que le pedí que me enseñara algo de magia y decidí ser yo quien cruzara.

—¡Oh, Dios! Si no estabais seguros de que los brujos de aprendizaje pudieran cruzar, ¿cómo te dejaste quemar en la hoguera? —Triz estaba segura de que Gare no podía saber que se había convertido en un brujo de corazón por sus sentimientos. Ni siquiera ella estaba segura de ellos.

—No tenía otra opción. Tu amiga estaba dispuesta a arriesgarse de todos modos. Si funcionaba con ella, también tendría que funcionar conmigo, y ella tiene un marido y dos hijos a los que proteger. Yo no me dejaba a nadie atrás...

—¡Que no se os ocurra volver a hacer esa locura! Los brujos de aprendizaje no pueden entrar en Grawell hasta mínimo diez años después de iniciar su educación. Ninguno de los dos lleváis diez años en la magia. Tú ni diez horas —prorrumpió Triz asustada por la posibilidad de que su mejor amiga se hubiera quemado viva por intentar ayudarla.

—Y si los brujos de aprendizaje no pueden cruzar... ¿cómo es que he cruzado yo? —inquirió Gare sin entender nada.

Triz se quedó callada. La vergüenza volvió a sonrojarle las mejillas. Ni siquiera sabía qué responder. Fue su tía quien le sacó del momentáneo apuro.

—Así que tú eres Gare. Mi sobrina me ha hablado mucho de ti. Yo soy Helen, su tía.

—¿Su tía? —preguntó Gare perplejo. La mujer atractiva, de su edad, que había silenciado a todas las demás mujeres del valle no podía ser la tía de Triz. Le había dicho que Helen era la hermana mayor de su madre. Más bien parecía que Triz y ella pudieran ser hermanas—. ¿No eres un poco joven para eso?

—Las brujas en Grawell nos conservamos muy bien —respondió

Helen, sin poder parar de reír—. Conservo la misma apariencia física que cuando tuve que salir de vuestro mundo. Aquí el tiempo funciona de una manera distinta.

—Vaya. Me temo que entre las dos vais a tener que explicarme muchas cosas de Grawell, porque a mí todo esto del mundo de las brujas me queda un poco grande. La única magia que conocía era la de cuadrar las cuentas para llegar a fin de mes antes de que el dinero dejara de existir.

—Por eso no deberías haber venido —volvió a hablar Triz—. Ya ves que no estoy en peligro. Deberías regresar a casa y decirle a Nara que estoy bien y que no se le ocurra hacer ninguna tontería. Ya tiene bastante la pobre con vigilar mi cuerpo como para que ahora tenga que hacerlo con dos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa conmigo? No te alegras de verme, no haces más que insinuar que soy un estorbo y encima quieres mandarme de vuelta a casa. Te guste o no he venido a ayudarte y no pienso volver hasta que tú te vengas conmigo.

—Creo que podría sernos de ayuda —mencionó Helen a Triz cuando esta ya se disponía a volver a protestar—. Los sigilos no van a ser fáciles de encontrar, aunque estoy segura de que no han abandonado Grawell, como insinúa Petronilla. Y dos manos más siempre son bien recibidas.

—Pero, si siguen en Grawell, ¿por qué corre peligro? —inquirió Triz.

—Creo que deberíamos ir a casa. Allí os lo explicaré todo a los dos. Cada vez nos queda menos tiempo y pronto va a anochecer.

—¿Anochecer? Si hace un par de horas que ha amanecido —comentó Gare, que no acababa de acostumbrarse a los cambios de Grawell.

—Como te he dicho, aquí el tiempo funciona de manera distinta y los días solo duran doce de tus horas y solo hay luz siete de ellas. Tenemos tres para llegar a casa.

—¿Y cómo se supone que vamos a ir los tres? En tu moto con sidecar no cabemos —cuestionó Triz al recordar cómo habían llegado las dos a Etrazen.

—Estos días vas a descubrir muchas cosas, cariño —dijo Helen y abrazó a Triz por la cintura—. ¿Te vienes, Gare?

—Por supuesto. No quiero que todas estas brujas me miren otra vez como antes y se pongan a gritar. Por cierto, ¿por qué aquí no hay hombres?

—Esta es la ciudad del consejo de las brujas de sangre. Solo ellas pueden vivir en Etrazen. Algunas preferimos hacerlo en otros lugares y venir solo cuando hay reunión del consejo, pero muchas de ellas, aquellas a las que la presencia de los hombres les incomoda más que

otra cosa, prefieren vivir entre la seguridad de sus montañas.

—¿Y no hay brujos de sangre?

—No. Los hombres solo podéis ser brujos de corazón o de aprendizaje. Solo la primera mujer nacida de cada generación de brujas puede ser una bruja de sangre. Mi madre lo fue, yo lo soy, Triz lo es y su hija Alana es la última bruja de sangre de nuestro linaje.

Cerca de la entrada a una de las casas talladas en la roca estaba apoyada la moto con sidecar con la que Helen había recogido a Triz de Dumbsilly. Como bien había dicho, allí no había forma de que viajaran tres personas. Ni siquiera podía montarse uno agarrado a la espalda del piloto.

—¿Y bien? —interrogó Triz al llegar—. ¿Cómo pretendes que nos montemos ahí tres personas?

—No recordaba lo tozuda que eras de pequeña —intervino Helen —. Tienes que estar dispuesta a ver las cosas de distinto modo a como tú las conoces. No tuve tiempo de hablarte mucho de Grawell antes de tener que marchar y tampoco en tu primera visita, pero deberías dejar de protestar y observar más. Nuestro mundo y el que habéis dejado atrás son como dos copos de nieve, son lo mismo, pero cada uno tiene su forma y distintas reglas.

—¿Y eso cómo va a cambiar que esta moto con sidecar pueda transportar a tres personas? —Triz seguía de mal humor y eso le hacía comportarse de manera arisca.

—¿Has visto gasolineras desde Dumbsilly a Etrazen? —preguntó Helen sin modificar su habitual sonrisa.

—Ahora que lo dices, no. No he visto ninguna —respondió su sobrina pensativa.

—Aquí las motos como esta no funcionan con gasolina. Su fuente de energía es otra y esa misma fuente de energía les permite cambiar de forma. Poned vuestras manos sobre el sidecar. Y, pase lo que pase, no lo soltéis.

Ambos obedecieron, pero, aunque Gare intentó colocar sus manos cerca de las de Triz, esta se alejó un paso y las apoyó al otro lado. En un primer momento no ocurrió nada.

—Tía, no será una de esas bromas de brujas para hacerme parecer ridícula, ¿verdad? Ya me hizo una parecida una dríada nada más llegar y la verdad es que no estoy de humor para bromas. Y tampoco tenemos tiempo que perder.

—¿Quieres callar de una vez y hacer caso? Pareces la misma niña de trece años que dejé atrás —replicó Helen. A Gare la reprimenda le hizo gracia, a él también le recordaba a veces a la niña que conoció. Triz lo miró con desdén.

Fue cuando Helen puso sus manos sobre el manillar de la moto cuando empezó a cambiar. Gare no pudo evitar soltar un exabrupto,

pero se contuvo de apartar las manos del sidecar. No quería que Helen también le echara la bronca, de momento había sido su aliada ante las reprimendas de Triz. Quería seguir conservándola de su lado por si en el mundo de las brujas también regía la democracia y dos votos valían más que uno.

La moto se puso en marcha y el motor empezó a rugir cada vez más fuerte, como cuando una persona se queda dormida por la noche y sus ronquidos van ganando en intensidad. A Gare le recordó al compañero de habitación del hospital. A la vez que el sonido se acrecentaba, el tamaño de la moto también lo hacía. Helen no podía borrar la sonrisa de su cara al ver las de asombro de su sobrina y su amigo. Cuando el ruido del motor volvió al ronroneo habitual de una moto en marcha, había doblado su tamaño y en el sidecar ya cabían dos personas.

—¡Listo! Ya podemos irnos los tres —exclamó Helen poniéndose a los mandos de la moto—. No olvidéis poneros los cascos.

Triz y Gare se montaron en el sidecar, pero, aunque el tamaño de este había aumentado de manera considerable, tenía el espacio justo para que ambos pudieran sentarse y no podían evitar estar el uno pegado al otro.

—¿No podías haber hecho un sidecar un poco más grande? —protestó Triz mientras intentaba apretarse contra el lateral para evitar al máximo sentir esa extraña sensación que había vuelto a experimentar al rozarse con el cuerpo de Gare.

—Me temo que el tamaño del sidecar no lo he elegido yo —respondió Helen—. Yo he elegido el de la moto. Habéis sido vosotros quienes habéis decidido con vuestro subconsciente el tamaño del sidecar.

—¡Yo no he elegido nada! —negó Triz.

—Échale la culpa entonces a tu amigo —replicó Helen a la vez que aceleraba haciendo que Triz y Gare tuvieran que agarrarse con fuerza.

Con el nuevo vehículo, y pese a lo dificultoso del camino, no tardaron ni una hora en llegar a casa de Helen, aunque Triz y Gare no pudieron evitar terminar uno encima del otro varias veces en cada curva. En cuanto la moto se detuvo, Triz apartó a Gare para bajarse.

—Muy bien. Ya estamos en tu casa. ¿Qué era eso que ibas a contarnos sobre los sigilos? ¿Por qué estás tan segura de que siguen aqui? —interrogó Triz nada más descender del sidecar mientras intentaba recomponer sus pantalones y su blusa.

—Entramos en casa, preparamos la cena y, mientras cenamos, os cuento. No vais a llegar muy lejos si os morís de hambre.

—No tengo apetito. Las preocupaciones me quitan el hambre —replicó Triz.

—¿Y tú, Gare? ¿Tienes hambre?

—Yo solo he venido a intentar ayudar... —respondió Gare sin atreverse a llevar la contraria a Triz, aunque las tripas le estuvieran rugiendo.

—Yo estoy famélica. Las discusiones con Petronilla y el consejo siempre me abren el apetito.

Helen entró en la casa, Triz la siguió a regañadientes. Gare fue el último en cruzar la puerta y cerrar tras él.

—¿Te importa si hablo unos minutos a solas con mi tía? —preguntó Triz con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas. Aquello no era una pregunta. Era una orden.

—Claro que no. Me quedaré aquí —repuso Gare. Aunque la voz hubiera sonado imperativa, era la primera vez desde su reencuentro que Triz no había abierto la boca para echarle nada en cara.

Triz se fue a la cocina donde su tía ya estaba preparando la cena. Miró a la entrada de la casa para asegurarse de que Gare había obedecido y después agarró a Helen del brazo.

—¿Pero tú no me dijiste que no confiara en él? ¿Por qué le dices ahora que se quede y lo traes a casa?

—La noche de tu décimo cumpleaños tuve un sueño. En él te vi con la edad que tienes ahora —respondió Helen tras suspirar—. En ese sueño vi que corrías peligro en un bosque y que alguien intentaba ahogarte en un río. Y te oí gritar el nombre de Gare. Cuando viniste por primera vez a visitarme y me dijiste que el amigo que te había ayudado a cruzar se llamaba así recordé aquel sueño y te pedí que tuvieras cuidado. Pero ya me has contado que Gare no quiso ahogarte, sino que fue quien te ayudó a salir del río y que sin él no habrías podido encontrar el libro de Astrid. Además, están tus sentimientos hacia él. Confió en ti, mi niña, y, si tú le quieres, estoy segura de que es porque se lo merece.

—¡Yo no estoy enamorada de Gare! —replicó Triz con menos ímpetu del que le hubiera gustado mostrar.

—Puedes intentar engañarte a ti misma si quieres, pero a tu tía no puedes engañarla y a Grawell tampoco. Si no lo quisieras, estaría ahora en el mundo de los muertos después de quemarse en una hoguera para nada. Y que estuviera dispuesto a hacerlo solo por ayudarte me dice que él también te quiere.

—No deja de *ronearme* desde que volvimos a encontrarnos. Dice que no va a perder la oportunidad de decirme lo que no se atrevió cuando éramos críos.

—¿Y no te parece romántico?

—Lo que me parece es que llega tarde. Estoy casada.

—Y aun así le quieres...

—Pero como a un amigo. Nada más —repuso Triz y le dio la

espalda a su tía. Tenía miedo de que ella pudiera leer la verdad en sus ojos. Ni siquiera ella sabía cuál era

—Tú verás, pero a mí me parece un buen chico.

—Eso ya lo sé…, pero no debería estar aquí. No quiero que se ponga en peligro por mí. Si le pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaré nunca. Ya resultó malherido en Aisling, en el bosque de Otsa mientras recuperábamos el grimorio, y Alana ha tenido un sueño en el que volvían a herirle, aquí, en Grawell. Está más seguro en casa con la chica esa, Lilian o como se llame, que aquí conmigo.

—Él ha preferido estar aquí contigo, pese a todos los riesgos que eso conlleva. Además, como ya ha dejado claro mi sueño con él hace años, a veces, nuestras visiones no son lo que a simple vista parecen. Interpreté que Gare era un peligro cuando, en realidad, representaba todo lo contrario. Puede que también hayas interpretado mal el sueño de tu hija.

—Eso espero... como le pase algo... Por cierto, ¿has tenido algún sueño más con nosotros dos?

—No lo he sabido hasta que le he visto en Etrazen... en el sueño del bosque no llegué a ver su cara antes de despertar, pero, en cuanto le he visto, le he reconocido. Por eso sabía quién era antes de que salieras del consejo y le protegí del resto de brujas. Soñé con vosotros dos la noche antes de que tu madre me ayudara a cruzar a Grawell.

—23—

Sueño de Helen

No había sido una noche cualquiera, había sido la última que iba a pasar con los suyos. La enfermedad que la comía por dentro seguía avanzando y había llegado el momento de despedirse.

Pese a las reticencias iniciales de su hermana, la había convencido de que aquello era lo único que podían hacer. Al día siguiente, sería su viaje definitivo a Grawell y allí se libraría de su enfermedad, aunque tuviera que renunciar a volver a ver a sus seres más queridos.

Los había invitado a todos a cenar en su casa y se había inventado una excusa para hacer una celebración, aunque no fuera ninguna fecha especial. La pequeña Triz estaba encantada con que le hicieran regalos sin que tuviera que cumplir años. Apenas tenía trece y Helen

lamentaba no poderle enseñar más de lo que había hecho hasta entonces, pero no le quedaba tiempo.

La niña llenaba de alegría la casa mientras su hermana la miraba con el brillo de la pena en sus ojos y ella se esforzaba por intentar sonreír. Una sonrisa que había perdido del todo cuando Triz se abrazó a ella antes de marcharse y le dijo que era la mejor tía del mundo y que quería invitarla a su próxima fiesta de cumpleaños. Saber que no iba a poder asistir le entristecía el alma.

—Hasta mañana —se despidió Helen cuando se abrazó a su hermana en la despedida.

—¿Estás segura de que es la única solución?

—Me temo que sí —respondió sin poder evitar que las lágrimas desbordaran sus ojos.

—Hasta mañana entonces, hermana —convino la madre de Triz, sin poder evitar llorar también.

—Cuida de Triz. Es una chica muy especial. La más especial de todas, créeme...

Toda su familia se marchó dejándola sola con sus pensamientos. A pesar de que era su última noche y era mucho lo que le quedaba por hacer y que no iba a poder llevar a cabo, solo tenía ganas de cerrar los ojos y descansar. Quedarse en paz consigo misma y partir sin arrepentimientos. Ya volvería a llenar su cabeza de preocupaciones y quehaceres en Grawell. Tenía que prepararse para cruzar y para adaptarse a su nueva vida.

Sin embargo, aunque deseaba liberar sus pensamientos y descansar, nada más cerrar los ojos, lo único que podía ver era a la pequeña Triz corriendo por los pasillos de la casa mostrando a la familia la ropa que le acababan de regalar y que no dejaba de probarse. Entraba en la habitación, se cambiaba y salía al pasillo con una sonrisa radiante en su cara, mientras exigía la atención del resto de la gente del salón.

Con los ojos cerrados, sentada en su sofá, Helen no podía dejar de observarla.

—¿A que estoy guapa? —preguntaba Triz una y otra vez. A lo que Helen siempre respondía afirmativamente antes de ver como la niña volvía a salir corriendo al cuarto.

Abrió los ojos y miró hacia la ventana. Era la última noche en la que iba a ver aquellas estrellas. Se sobresaltó cuando oyó una voz que no reconocía en el pasillo.

—¿A que estoy guapa? —preguntó una niña con rasgos parecidos a los de su sobrina, pero algo más alta.

—Sí, mucho —respondió alguien desde la mesa dejando a Helen con la palabra en la boca. No tardó en reconocerla. En el lugar donde había estado sentada su hermana con su esposo estaba sentada Triz,

pero la Triz adulta que ya había visto hacía unos años en un sueño en el bosque. A su lado se encontraba un chico, algo mayor que ella, al que Helen no reconocía—. Es imposible que se esté quieta. No sé a quién habrá salido —añadió Triz.

Helen sonrió desde la ventana. Ella sí sabía a quién había salido aquella niña y se alegraba de poder conocerla, aunque fuera en sueños. Tenía que ser la hija de Triz. Una nueva generación de brujas en la familia.

—¡Este me queda todavía mejor! ¿No crees? —gritó la niña saltarina y feliz tras volver a aparecer, de pronto, en el salón con un vestido distinto.

—Sigues estando muy guapa —concedió Triz desde la mesa—. Tenemos que hacer algo. No podemos seguir así —añadió, cuando la niña regresó al cuarto, dirigiéndose al hombre que la acompañaba en la mesa.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé. Lo que está claro es que tú y yo no podemos seguir como hasta ahora. Algo tenemos que hacer. No voy a permitir que esto afecte a mis hijas.

—Lo entiendo, pero no pienso dejarte sola.

Por un instante, ambos guardaron silencio y se quedaron absortos en sus pensamientos. Fue ese silencio lo que alertó a Helen de que algo no iba bien. Triz tampoco tardó en notarlo.

—¡Fuera! —gritó la niña desde el piso de arriba.

Triz se levantó de un salto y salió corriendo hacia la habitación. El hombre que había estado hablando con ella también se levantó raudo. Helen salió corriendo tras su sobrina, aunque ninguno de los dos se hubiera percatado de su presencia.

Cuando Helen llegó a la puerta, una luz escarlata llenaba la habitación y teñía de esa tonalidad el cuerpo de Triz y de aquel hombre.

La pequeña estaba arrinconada junto a una librería y una mujer, que Helen no reconoció, tiraba de ella intentando llevársela.

Triz no se lo pensó dos veces. Se concentró y atacó a la intrusa.

Una luz cegadora, como la de una bomba atómica al explotar, rodeó a Helen. Todo a su alrededor desapareció bajo aquella intensa luz. Cuando el brillo de la luz se mitigó y pudo abrir los ojos, Triz estaba en medio de la habitación gritando desconsolada.

Helen despertó.

—24—

Las preocupaciones, de una en una

Triz caminaba nerviosa por la cocina. Había escuchado las palabras de su tía con atención y con cada una de ellas se había ido sintiendo más angustiada.

—Tengo que volver a casa.

—No tiene ningún sentido que lo hagas.

—¿Cómo que no? ¡Van a atacar a mi hija!

—Eso todavía no ha ocurrido. Lo que sí ha ocurrido es que este mundo está en peligro ahora mismo —repuso Helen e intentó que su sobrina entendiera lo que quería decirle.

—Pero es mi familia la que va a ser atacada.

—Piénsalo. Tú y Gare estáis en casa cuando eso ocurre. Mientras permanezcáis en Grawell, lo que vaya a ocurrir todavía no sucederá.

—¿Estás segura de que ese chico con el que hablaba era Gare? ¿No era Óscar?

—Segurísima. Por eso lo he reconocido cuando lo he visto en el valle. En mis sueños nunca he visto a tu marido, pero sí que he visto al hombre que está en la sala en estos momentos. Te aseguro que estabas hablando con él.

—No tiene sentido. No ha estado nunca en mi casa. Ni siquiera sabe dónde vivo con exactitud. Solo conoce la ciudad, y ahora parece que la casa de mi amiga Nara, nada más.

—Si no haces nada por cambiar ese sueño, no ocurrirá hasta que ambos estéis en casa. No hay peligro hasta entonces. De eso, y de tus sentimientos hacia él, tendrás que preocuparte a la vuelta. Ahora tenemos que preocuparnos por recuperar los sigilos.

—¿Qué son los sigilos? —preguntó Gare desde la puerta de la cocina.

—¡Qué haces ahí! —exclamó Triz—. ¡Te dije que nos dejaras a solas! ¿Desde hace cuánto que estás escuchando? —interrogó Triz angustiada porque Gare pudiera haber oído hablar a su tía de sus sentimientos.

—Aquí anochece muy rápido. Estaba mirando desde el salón los colores de la puesta de sol, pero ha sido tan rápido que casi no he tenido tiempo de disfrutarlo. ¿Sabes que los anocheceres aquí son violetas? Al acabar, me aburría. Pensé que ya habríais terminado de hablar. Solo he escuchado lo de los sigilos, que sigo sin saber qué son.

—Los sigilos son cuatro símbolos mágicos que mantienen a Grawell en la órbita de nuestra estrella, Rigel...

—Para, para, para... explicación para tontos, por favor —interrumpió Gare la explicación de Helen.

—No tenemos tiempo de explicaciones para tontos —intervino Triz.

—Cuantos más detalles tengáis los dos, mejor. Tampoco es que tú conozcas mucho cómo funciona Grawell y sus sigilos —medió Helen. Triz aceptó la sutil reprimenda—. Mientras cenamos y descansamos, os lo explico.

Helen sirvió la cena y los tres se sentaron alrededor de la mesa. Triz no tenía mucha hambre y casi no probó bocado. Gare no dejaba de mover la mandíbula mientras escuchaba las explicaciones de Helen.

—Rigel, para que lo entiendas, es nuestro sol. El vuestro es una estrella amarilla y el nuestro es una estrella azul, de ahí los colores que has visto al anochecer. Grawell orbita a su alrededor gracias a los sigilos mágicos. Sin ellos, el aliento de la Nebulosa de Cabeza de Bruja, una constelación de estrellas del firmamento, provoca que Rigel atraiga a Grawell hacia ella. Cada día que pasamos sin los sigilos estamos más cerca de estrellarnos contra Rigel o de que su calor nos abrase. Es por eso que hay que recuperarlos cuanto antes.

—¿Y qué son esos sigilos? —preguntó Gare con la boca llena.

—Son cuatro símbolos colocados en los puntos cardinales de Ekabú que representan a los cuatro elementos: aire, tierra, agua y fuego.

—¿Qué es Ekabú? —Esta vez quien interrumpió fue Triz.

—El lugar de Grawell en el que se realizó el círculo sagrado en su creación y del que los elementos han sido robados. Es allí donde iremos cuando vuelva a salir Rigel.

—¿Iremos? ¿Tú también vienes? —preguntó Triz entusiasmada. Que su amada tía se incorporara al viaje la llenaba de optimismo.

—Por supuesto que voy. Soy la más interesada en salvar Grawell. Soy la única de nosotros tres que no puede regresar y no tengo

ninguna gana de acabar en Marbhreilig. Pese a los problemas de este mundo, sigo prefiriendo estar aquí antes que en el mundo de los muertos. Allí sí que se envejece. Tenemos que ir a Ekabú, ver si con tu ayuda —dijo mirando a Triz— encontramos alguna pista de quién ha podido robar los sigilos y encontrarlos cuanto antes.

—Hay algo que no entiendo —intervino Gare—. Si los sigilos no han salido de Grawell y todas las brujas queréis encontrarlos, ¿por qué ha tenido que venir Triz? ¿No podíais buscarlos las brujas del consejo?

—Lo hemos intentado, pero me temo que la búsqueda no será fácil. Necesitamos las habilidades de mi sobrina. Es una bruja muy especial.

—Que es especial no me cabe ninguna duda —farfulló Gare con la boca llena. Triz dejó escapar un suspiro de desaprobación.

—Hay otra cosa que no os he comentado... los sigilos son símbolos que representan a los elementos... y están hechos de ellos.

—Espera... ¿quieres decir que los símbolos son de agua, tierra, fuego y aire? —exclamó Triz.

—Eso es.

—¿Y cómo demonios se roba un símbolo de aire?

—Ese es uno de los enigmas que vamos a tener que descubrir, pero no sé qué os resultará más complicado: si aceptar que hay símbolos que pueden ser de aire o agua o comprender los misterios de Grawell. Este lugar no dejará de sorprenderos.

—Por suerte vendrás con nosotros para explicárnoslos —declaró Gare—. Lo mejor que podemos hacer es descansar. ¿Cuántas horas quedan para que amanezca?

—Me temo que solo cuatro —respondió Helen.

—¡Joder! He llegado a echarme siestas más largas —replicó Gare.

—Te acostumbrarás.

—Espero que no. Espero que solucionemos todo esto cuanto antes y podamos regresar a casa. Lo mejor que puedo hacer ahora es comerme una de esas galletas de postre e irme a dormir un rato —añadió y señaló a las galletas que Helen le había comprado a Jane y había dejado encima de la nevera.

—¡Ni se te ocurra! —exclamaron al unísono Helen y Triz.

—¿Qué les pasa? Si tienen una pinta estupenda. ¡Tienen chocolate y hace semanas que no como! Si no llega a ser por el agua de chocolate a la que me invitó Lilian, se me habría olvidado hasta su sabor.

—Son galletas mágicas. Es mejor que no te acerques a ellas. ¿Entendido? —advirtió Triz—. ¿Has salido muchas veces con Lilian?

—Solo la noche en la que nos encontramos con Nara. Coincidimos en el hospital y celebramos allí el fin de año. El resto del tiempo nos vemos en el trabajo.

—¿Por la noche? ¿Os saltasteis el toque de queda?

—Es una mujer llena de sorpresas. ¡Casi sabe más que yo de películas antiguas!

—Una friki como tú... Se te ve muy a gusto con ella.

—Se ha preocupado mucho por mí estos días. Si no fuera por Arya, la enfermera, y por ella, me hubiera sentido muy solo —repuso Gare en tono de reproche.

Triz se sintió culpable y no dijo nada. Se limitaron a terminar de cenar. Helen se fue a la cama un rato; Gare se tumbó en el sofá y, aunque le costó conciliar el sueño por los nervios del día, al final consiguió quedarse dormido. Triz, sin embargo, no era capaz de estar más de cinco minutos con los ojos cerrados. No podía dejar de pensar en cómo se estaba volviendo a complicar todo.

Tras recuperar el libro de Astrid, había tenido unos días de tensa calma. Una calma parecida a la que reina en el ojo de un huracán, una que tenía cercana su fecha de caducidad, pero que, tras unos meses de tempestad, estaba disfrutando. Su hija Alana dormía bien, Óscar volvía a estar cariñoso y cercano con ella, Gare se encontraba a salvo en el hospital y Cristian había sido derrotado.

Pero la paz se había terminado de golpe y la había pillado con las defensas bajas. El huracán de las preocupaciones amenazaba con arrasarlo todo y no se sentía preparada. Grawell y su tía Helen estaban en peligro, Óscar había vuelto a comportarse como un auténtico imbécil, Gare no hacía más que presentarse en los lugares en los que Alana soñaba con que corría riesgo de volver a salir herido, su tía había tenido un sueño en el que su hija era atacada y ella lloraba...

No tenía ni idea de por qué todas las brujas del consejo confiaban en ella para recuperar los sigilos, solo era una madre angustiada y una bruja mediocre que ni siquiera sabía qué era, exactamente, lo que tenía que buscar. Una bruja con tan poca preparación que ni siquiera había llegado a interpretar el libro de las sombras de Astrid o a encontrar las hojas que le faltaban para entender cómo podía evitar la tragedia.

Incapaz de conciliar el sueño o de descansar su mente, tuvo que levantarse. Intentando no hacer ruido fue a la cocina, metió en una bolsa algo de comida y algunos enseres y se puso a preparar algo para desayunar. Estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que no sintió como Gare se acercaba por su espalda.

—¿Qué haces?

—¡Dios! —exclamó Triz—. ¡Qué susto! No me vuelvas a hacer eso nunca.

—Vale, perdona. No era mi intención asustarte. Oí ruido en la cocina y, al verte, me he preguntado si podría ayudarte en lo que estuvieras haciendo.

—Me hubieras ayudado mucho más si no hubieras venido...

—¡Joder, Triz! ¿Quieres dejar de machacarme? Estoy aquí y no pienso marcharme, por muy desagradable que seas. ¿Se puede saber qué es lo que te preocupa tanto?

—Alana tuvo un sueño.

—¿Y tan malo es lo que me pasaba en ese sueño para que te empeñes en alejarme?

—Mi hija soñó que una bruja pelirroja nos atacaba mientras estábamos juntos en Grawell. No llegó a ver qué nos pasaba, pero sí que nos herían a los dos. Si no hubieras venido, eso no hubiera ocurrido nunca.

—Piensa en positivo. Sabemos a qué nos enfrentamos. La otra vez tu hija soñaba con un hombre malo, pero no sabíamos cuál era su apariencia. Ahora sabemos que nos enfrentamos a una bruja pelirroja. En cuanto veamos una, nos ponemos en guardia.

—Mi tía también tuvo un sueño... uno en el que tú y yo hablábamos cuando desaparecía mi hija. Si tú y yo no estamos cerca, mi hija no desaparecerá...

—¿Qué pasa?, ¿que la única que no sueña conmigo eres tú?

—La verdad es que no. Tengo otras preocupaciones ahora mismo.

—Genial, así que el culpable de todos tus males soy yo. Si estoy cerca, nos atacan y tu hija desaparece.

—Eso es. Por eso no quiero tenerte cerca —repuso Triz. Le dio la espalda y siguió preparando el desayuno. A ella misma las palabras pronunciadas le habían sonado a mentira.

—Los sueños no siempre son exactos, ¿no es así?

—No siempre son exactos, pero sí suelen ser bastante precisos.

—Pero se pueden cambiar... si no se pudieran cambiar, no podrías hacer nada para evitar el fin de los mundos. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, lo que no sé es adónde quieres llegar.

—A que, si los sueños no son exactos y se pueden cambiar, ¿quién te dice a ti que, al no estar cerca de mí, esos sueños cambian, pero a peor? Imagina que no vengo a Grawell, que te enfrentas a la bruja pelirroja sin mí y, en lugar de que nos ataque a los dos, lo hace solo contigo y no puedes con ella.

—Al menos así no saldríamos heridos los dos. Este es mi problema, no el tuyo, Gare. Es mi familia, mi herencia, lo que soy. No tienes por qué verte afectado.

—Bueno… al menos parece que te preocupas por mí.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Somos amigos desde la infancia.

—No sé. Hacía semanas que no te ponías en contacto conmigo ni para saber cómo iba mi recuperación. Si no llega a ser por Nara, ni siquiera me hubiera enterado de que habías vuelto a Grawell. ¿Me has echado de menos este tiempo?

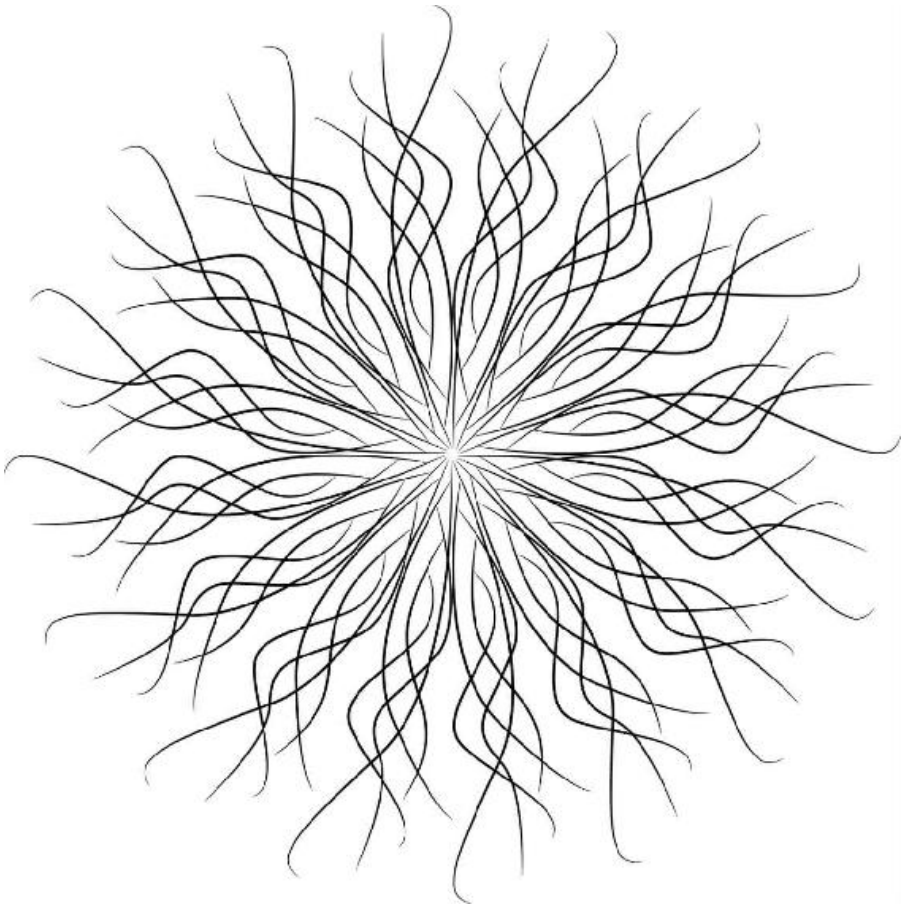
—No, lo siento. He estado muy ocupada intentando entender el libro de las sombras que encontramos en el bosque y ordenando mi vida.

—Vaya. Eso me pasa por preguntar. Pensé que el beso que me diste en el hospital significaba algo, que sentías algo por mí.

—Te dije que no te hicieras ilusiones. Soy una mujer casada. El beso que te di en el hospital fue de agradecimiento. Nada más —replicó Triz. Cuando vio la mueca en la cara de Gare al escucharla, se dio cuenta de que sus palabras le habían dolido y se sintió mal por mentirle, pero era mejor eso que dejar que siguiera insistiendo en acercarse a ella. Era lo mejor para los dos.

—Tomo nota. Perdona por haberte malinterpretado. No volverá a ocurrir... voy a preparar yo también algo para el viaje. No sabemos cuánto tiempo vamos a tardar en recuperar los sigilos.

—25—



Mis sueños se pueden cumplir

Alana, pese a estar hablando con sus compañeras de clase, no quitaba ojo a su hermana pequeña que, sin preocupaciones en su cabeza, se divertía con otra niña subiendo y bajando de un tobogán. Era lo único bueno de la ausencia de su madre, que podía pasar más tiempo al sol sin que nadie le metiera prisa por ir a casa.

Todo el mundo decía que, desde la tormenta solar, los rayos del sol eran perjudiciales para la salud, que la gente enfermaba de cáncer y que, sin la debida protección, la piel se acababa cayendo a cachos, pero ella se sentía mejor cuanto más tiempo pasaba bajo ellos. Era como si el sol fuera una batería enorme que la recargaba por dentro, sin necesidad de estar enchufada al sistema de energía ni de tener que

usar la TVE. Cuanto más tiempo se exponía, más energía parecía tener y más fácil le resultaba ir al colegio, ayudar en casa, cuidar a su hermana, hacer los deberes y estudiar los libros de magia de su madre.

Antes, todas esas tareas le resultaban agotadoras y solía llegar a la cama tan cansada que le costaba dormir. Sin embargo, desde que podía pasar dos horas más al día en la calle, llegaba a casa tan repuesta de energía que hasta su padre se había sorprendido de verla tan activa. Incluso se ofrecía a ayudarle a recoger y era ella quien acostaba a su hermana pequeña antes de irse a su cuarto a leer libros de magia. Por las noches seguía escabulléndose al sótano de su madre y, pese a dormir menos horas que antes, al día siguiente seguía levantándose descansada y renovada.

Eso la ayudaba a mantenerse alerta. Aunque no había vuelto a tener sueños con la bruja pelirroja y tampoco con Atzu, seguía teniendo la sensación de que pronto iba a tener que ponerse a salvo. Y no sabía cómo iba a explicárselo a su padre.

—¿Vas a venir a la fiesta de cumpleaños de Almu? —preguntó una de sus amigas.

—No lo sé. Tengo que preguntarle a mi padre —respondió Alana. La pregunta de su amiga la hizo regresar de sus pensamientos.

—Tienes que venir. Va a estar Joel.

—¿Y? —interrogó Alana. No quería que se le notara mucho que era el chico que le gustaba. Quien vivía al otro lado de su ventana del cuarto.

—Que fue él quien me preguntó el otro día si ibas a ir.

—¿En serio? —respondió Alana. Que hubiera preguntado por ella le había puesto nerviosa de pronto.

—En serio. ¿Vas a venir?

—Lo intentaré. —Por un instante se olvidó de disimular. Se había puesto roja como un tomate al saber que Joel había preguntado por ella. Se sentía feliz y deseaba, por encima de todo, poder ir a la fiesta. En cuanto llegara su padre le iba a pedir permiso.

Alana miró hacia donde debía de estar su hermana, no quería que su amiga viera que se estaba poniendo colorada. En ese instante se le paró el corazón. La pequeña Maya no estaba en el tobogán jugando. Allí solo se encontraba la otra niña. Asustada, fue corriendo a preguntar.

—¿Dónde está Maya? La niña que estaba jugando contigo, ¿dónde está? —preguntó angustiada antes de que la niña señalara con el dedo al otro lado del parque.

Se quedó más tranquila al ver que su hermana pequeña solo había cambiado de juego. Estaba en uno de los columpios y reía divertida mientras se balanceaba. Pero la tranquilidad le duró poco. Tras la valla que rodeaba el parque, justo unos metros por detrás de su

hermana, una mujer las estaba observando. Una mujer que no quitaba ojo a la pequeña. Una mujer pelirroja.

—¡Maya! —gritó Alana—. ¡Ven! Deja el columpio y ven conmigo. Papá tiene que estar a punto de venir a recogernos —añadió a voz en grito para asegurarse de que la mujer escuchaba lo que decía. Quizás, si se enteraba de que su padre estaba a punto de llegar, las dejase en paz.

—¡Jooo! Déjame un poco más —protestó la pequeña—. Papá todavía no ha venido y puedo columpiarme hasta que llegue.

—Es mejor que te vengas conmigo y con mis amigas —repuso Alana. Intentaba mantener la calma, aparentar que no estaba asustada, pero la mujer que las observaba era la misma que había visto cuando estaba renovando el carnet holográfico.

—¡Es que tú y tus amigas sois muy aburridas! ¡Solo habláis de chicos todo el tiempo! —replicó Maya. La pequeña puso cara de enfado y dejó de columpiarse para agarrarse con fuerza a las cadenas.

—Te dijo mamá que tenías que hacerme caso —repuso Alana, sin dejar de mirar a la mujer, que por suerte solo las miraba pero no hacía ademán de acercarse a ellas. Intentó soltar a la pequeña de las cadenas del columpio y alejarla de allí. Junto a sus amigas se sentía más segura.

—¿Y cuándo vuelve mamá? —preguntó Maya.

—No lo sé, pero recuerda que, cuando está, no podemos quedarnos en el parque tanto tiempo, así que tú verás. O me haces caso y te vienes conmigo o le digo que vuelva antes y nos quedamos sin columpios todas las tardes.

La falsa amenaza surtió efecto. Maya se bajó del columpio y agarró la mano de su hermana. Aliviada, tiró de ella hasta llegar a la altura de sus amigas.

La mujer pelirroja cruzó la valla en esos momentos. Alana se tensó, casi pudo sentir crujir todos los huesos de su espalda, y apretó con fuerza la mano de su hermana.

—¡Ay! ¡Me haces daño! —protestó la pequeña.

—Perdona. Ha sido sin querer —se disculpó y alivió la presión de la mano, pero la mantuvo en el resto del cuerpo.

La mujer pelirroja se sentó en el mismo columpio en el que había estado jugando su hermana pequeña. Era muy mayor para usarlo y casi parecía encajonada entre las cadenas, pero empezó a columpiarse mientras no dejaba de mirarlas sonriendo.

Alana tampoco se atrevía a apartar la mirada. Tenía miedo de que, al hacerlo, la mujer se acercara de pronto y encontrársela a su lado. Solo la desviaba momentáneamente para comprobar si su padre aparecía por la acera. No debía quedar mucho para que llegara y, con él allí, todo sería distinto. La bruja era delgada y su padre mucho más

fuerte, seguro que podía con ella.

La mujer siguió columpiándose y empezó a reír. La risa, que a cualquier otra persona le hubiera parecido contagiosa, le puso los pelos de la nuca de punta. Estaba segura, aquella mujer era la bruja pelirroja que había visto en La Central, pero lo que más miedo le daba era que ahora se había pellizcado varias veces los brazos para asegurarse de que estaba despierta y la bruja seguía allí, jugando en los columpios y observándola.

—¿Cómo están mis pequeñas? —La voz de su padre la pilló por sorpresa y le hizo gritar—. ¿Todo bien?

—¡Papá! —exclamó Alana al verlo—. ¿Nos vamos a casa?

—¿Qué te pasa hoy? Normalmente tengo que llevarte casi de las orejas. ¿A qué vienen esas ganas de irte?

—Hoy me han puesto muchos deberes en clase y tengo muchas cosas que hacer —repuso. Sin soltar la mano de Maya, se agarró a su padre con la otra y miró airosa a la mujer pelirroja como diciendo: «ya no me das miedo».

Sin embargo, cuando esta saltó del columpio y se la quedó mirando mientras volaba por el aire como una bruja sin escoba, no pudo evitar dar dos pasos hacia atrás y casi tirar a su hermana pequeña.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —increpó su padre—. Casi tiras a Maya.

—Perdón. Vámonos a casa... —dijo Alana casi sin aliento.

La mujer pelirroja, tras bajarse del columpio, estaba caminando hacia ellos. Alana se echó a temblar. Le empezaron a sudar las manos y parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Estaba segura de que, si su hermana pequeña daba un tirón en ese momento, no iba a poder sujetarla porque se le resbalaría de la mano.

—Buenas tardes —saludó cuando llegó a su lado—. Qué dos niñas más guapas —añadió con una sonrisa mitad enigmática, mitad terrorífica.

—Gracias —respondió su padre—. Cuando se ponen pesadas se las puedo prestar.

—Parecen encantadoras, puede que le tome la palabra —repuso la mujer ya mientras se alejaba por el otro lado del parque.

Alana no se tranquilizó hasta que llegaron a casa. Seguía sin despertarse, aquello no era uno de sus sueños. La bruja pelirroja había estado allí, con ellas en el parque, e incluso había hablado con su padre. Estaba cerca, demasiado cerca, como la había advertido Atzu, el chafya, y, además, el gato de tres patas eléctrico también le había dicho que la bruja iba a por ella y que estaba en peligro.

—¿No tenías tantos deberes que hacer? —le preguntó su padre al verla inquieta dando vueltas por la habitación.

—Papá, ¿puedo hablar contigo?

—¿Tiene que ser ahora? Tengo que haceros la cena.

—Sí, tiene que ser ahora. Tenemos que irnos de casa y cuanto antes mejor —soltó Alana sin meditar. Tenía que contarle sus preocupaciones.

—¿Irnos de casa? Pero, ¿es que todas las mujeres de esta familia se han vuelto locas de pronto? ¿Y adónde se supone que tenemos que irnos, señorita?

—No lo sé. ¿A casa de los abuelos?

—¿Y qué hay del colegio? ¿Y de mi trabajo? Ya sé que los abuelos siempre te dan regalos cuando vamos, pero ya va siendo hora de que te portes como una niña responsable.

—¡No me porto como una niña! Tengo trece años. Y, si quiero irme a casa de los abuelos, es porque soy responsable. Aquí estamos todos en peligro —protestó.

—¿En peligro? —inquirió Óscar a la vez que se cruzaba de brazos en la puerta de la habitación esperando que su hija saliera con cualquier tontería.

—Sí. En peligro. ¿No te sonaba de nada la mujer pelirroja del parque? ¿De nada? —preguntó Alana a punto de perder la paciencia.

—¿Y de qué me tenía que sonar esa señorita? —repuso su padre sin llegar a entender.

—¡Es la del carnet holográfico! ¡La que estaba en la sala de espera! ¡La bruja pelirroja de mis sueños!

—Está claro que has salido a tu madre, con tus sueños, las brujas y demás. La mujer del parque era una chica simpática con el pelo rojo, como hay cientos de personas en el mundo. Seguramente vive cerca y fue a La Central a renovar su carnet el mismo día que te llevamos a renovar el tuyo. Eso… si es la misma, porque yo no me he fijado y seguro que en el pueblo hay más de una decena de chicas con el pelo de ese color.

—¡Que no! ¡Que es ella! Y nos estaba espiando en el parque y quiere hacerme daño.

—¿Y quién te ha dicho eso? A mí me ha parecido muy simpática.

—Me lo dijo Atzu.

—¿Y quién es ese Atzu? Para ser un compañero de clase tiene un nombre muy raro.

—¡No! Atzu es un... —Alana dejó de hablar. Se dio cuenta de que, con lo que iba a decir, no iba a convencer a su padre. Si le hablaba del chafya con sus ojos limón, su pelo azul eléctrico y que se comunicaba por estornudos, acabaría castigándola.

—¿Es un qué? —inquirió Óscar.

—No es nada. Tienes razón —dijo y se cruzó de brazos—. ¿Puedo ir a la fiesta de cumpleaños de Almu? —preguntó.

Ya no quería hablar con su padre. Quería quedarse sola y leer los libros de su madre para aprender nuevos conjuros y hechizos. No le iba a ser suficiente con los hechizos de buena suerte. Tendría que aprender a defenderse. La bruja pelirroja estaba allí y su padre se negaba a marcharse de casa. No le quedaba mucho tiempo.

—26—

Ekabú no era lo que se imaginaba

El amanecer, de tonos índigo, llegó cuando los tres ya estaban frente a la puerta de la casa dispuestos a salir. No tenían tiempo que perder y el siguiente anochecer no iban a poder pasarlo en casa.

—¿No podríamos teletransportarnos? —preguntó Gare—. Sería mucho más rápido y no tendríamos que viajar incómodos en el sidecar.

—¡Qué genial sería que la magia pudiera solucionarnos todos los problemas! ¿Verdad? —respondió Helen.

—Empezamos bien. ¡Qué desilusión! ¿Las brujas no podéis teletransportaros?

—Yo no he dicho que no podamos.

—¿Entonces?

—Para teletransportarse son necesarias dos cosas: un hechizo poderoso y saber dónde se quiere ir.

—Queremos ir a Ekabú.

—¿Y sabes dónde está o cómo se llega? ¿Sabes conjurar un hechizo poderoso?

—No, ni idea —contestó Gare.

—Por eso no podemos teletransportarnos. Yo podría hacerlo, aunque fuese agotador y peligroso, pero ninguno de vosotros dos ha estado nunca allí. No podéis ir a un sitio que no conocéis, así que dejad de protestar y poned las manos sobre la moto.

Como al salir de Etrazen, Helen colocó las manos sobre el vehículo y Triz y Gare lo hicieron sobre el sidecar, pero, en esta

ocasión, este aumentó de tamaño mucho más que la anterior vez.

—¡Estupendo! —exclamó Triz—. Esta vez podremos ir más cómodos. Incluso podremos llevar las mochilas con nosotros.

Gare no dijo nada, se limitó a subirse, colocarse en su lado, poner las mochilas en el medio y quedarse en silencio. Helen enseguida notó el cambio. El subconsciente de Gare había hecho que esta vez el sidecar fuera más amplio. Parecía triste, enfadado, pensativo.

No habían transcurrido ni dos minutos de viaje cuando Triz empezó a interesarse por todo lo extraño que se iban encontrando por el camino. Quería aprender todo lo posible de Grawell. Helen tuvo que explicarle lo que eran los *marjes*[10], dónde crecía con mayor frecuencia la *galanga*[11] o cómo evitar acercarse demasiado a los *liquenbrin*[12]. Con cada noción que aprendía, Triz parecía más entusiasmada. Era como una niña pequeña a la que llevan por primera vez a una escuela de magia. Se sentía como su admirado Harry Potter.

Gare, sin embargo, viajaba en silencio. Con la mirada fija en el horizonte y sin inmutarse siquiera cuando un grupo de ents[13] se cruzó en su camino e hizo que Helen tuviera que frenar en seco. Intentaba explicarse a sí mismo qué demonios hacía allí. Si al menos Triz mostrara algo de afecto hacia él, le habría merecido la pena quemarse en la hoguera o ponerse en peligro por ayudarla. Sin embargo, no hacía más que dejarle claro que solo eran amigos, única y exclusivamente amigos. Y Gare estaba dispuesto a aceptarlo si ella se comportara como tal, pero los amigos no se alejan. Él sí que la había extrañado, sí que había pasado cada noche en el hospital pensando en ella y, aunque con su ausencia había dejado espacio a que Lilian se colara también en sus pensamientos, en cuanto parecía necesitarlo no había dudado en acudir en su ayuda. Pero estaba claro que ella no pensaba lo mismo y se preguntaba si no estaría mejor tomando agua de chocolate con Lilian en lugar de en aquel incómodo sidecar viendo extraños animales y seres cruzándose en su camino.

Cuando Helen estacionó la moto, volvió a la realidad. Desde que le mencionaron por primera vez el nombre de Ekabú, se había hecho a la idea de que se dirigían a otro pueblo con casas y con brujas que le mirarían mal, pero Helen había aparcado la moto a los pies de las faldas de una enorme montaña.

—¿Esto es Ekabú? —preguntó—. Dime que el círculo mágico está en el interior de alguna cueva y que no tenemos que subir hasta allí arriba —añadió señalando el sinuoso camino que llevaba hasta la cima.

—El círculo mágico está en una cueva...

—¡De puta madre! —exclamó Gare sin evitar interrumpir con su efusiva muestra de alegría.

—Está en una cueva en la cima —repuso Helen.

—¡Vamos, no me jodas! ¿No había ninguna más accesible?

—Precisamente por eso se usó la cueva de la cima, porque era menos accesible. Así que en marcha. Solo quedan tres horas para que anochezca y vamos a necesitar mínimo dos para subir.

—¿Dos horas? Yo no llego allí arriba ni en dos semanas —protestó Gare.

—Te dije que traerlo solo iba a ser un estorbo —apuntilló Triz mientras cogía una de las mochilas y se ponía en marcha.

—¡Ey! Que tú lo pasaste igual de mal que yo para subir al monte donde te quemé la primera vez. No vengas ahora de chulita, que no cuela —replicó Gare, cogió la otra mochila y salió tras los pasos de Triz, que ya se adentraba en el primer grupo de árboles.

Helen recogió las últimas pertenencias antes de seguirles, mientras pensaba que, aunque ambos rondaban los cuarenta años, en según para qué cuestiones seguían comportándose como adolescentes.

El camino de ascenso se iniciaba entre dos grandes rocas. Triz fue la primera en llegar y allí esperó a que su tía les diera alcance. Había iniciado el camino la primera solo por llevar la contraria a Gare, pero no tenía ni idea de hacia dónde tenía que ir. Helen no tardó en ponerse al frente de la curiosa expedición. Sin duda, era quien se encontraba más en forma de los tres. Triz intentaba seguirle el ritmo sin protestar para no tener que dar la razón a Gare, pero empezaba a faltarle el aire y le caían gotas de sudor por la frente. Gare lo llevaba todavía peor; iba unos pasos por detrás, rojo como un tomate maduro y con la camiseta empapada, pero tampoco protestaba. Estaba dispuesto a morir de agotamiento antes que tener que darle la razón a Triz, confirmando que era un estorbo.

A la media hora de camino, cuando las sombras de los árboles empezaron a hacerse más escasas y la luz de Rigel los golpeaba con justicia, vio un pequeño estanque donde unos peculiares patos nadaban en círculos. Aprovechó su presencia para llamar la atención de Helen, a ver si así se detenía un rato.

—Son Papiarkoudas[14]. Te recomendaría no enfadarlos mucho.

—¡Son patos! ¿Qué van a hacerme? Si me atacan, les tiro unas migas de pan y listo.

—Triz, ¿se lo explicas tú? —dijo Helen. Quería que ambos volvieran a hablarse sin discutir—. Si no recuerdo mal, te contaba un cuento de Papiarkoudas cuando eras pequeña.

—Me acuerdo. ¿No crees que estaría bien ver cómo Gare intenta defenderse con unas migas de pan? Creo que sería divertido.

—¡Serás bruja! —replicó Helen a carcajada limpia ante semejante obviedad.

—Oye, que puede que esté un poco fuera de forma, pero creo que contra un pato puedo defenderme —se quejó Gare.

—A ver cómo te lo explico... a ti que te gusta el cine de cuando éramos niños, seguro que te acuerdas de esta película —comenzó Triz—. *Caperucita roja, ¿a qué tienes miedo?*

—Sí, claro que la recuerdo. Es más, me gustó mucho el giro final.

—¿Te parecía inofensiva la chica?

—Me parecía guapa.

—¿Ves la paciencia que tengo que tener con él? —replicó Triz dirigiéndose a su tía—. Además de guapa, ¿te parecía que podrías enfrentarte a ella?

—¿Y qué tiene que ver eso con los Papiarkoudas?

—Que las apariencias engañan. Ahí donde ves inofensivos patos, cuando se enfadan, les pasa como a la caperucita de la película.

—¿Patos lobo?

—Patos oso.

—¡No jodas! —replicó Gare, a la vez que daba un salto para alejarse del estanque.

Helen y Triz se echaron a reír.

—Cuando era pequeña mi tía me contaba la historia de un papiarkouda miedoso que temía a todo el mundo porque todos eran más grandes que él, hasta que un día descubrió su poder y se convirtió en un oso que atemorizó a todos. Me decía que no me preocupara porque yo fuera pequeña, que algún día descubriría mi poder y no tendría nada que temer... La verdad es que todavía espero a que llegue ese día.

—No tardará en llegar —replicó Helen—. Ya viste las caras del resto de las brujas del consejo cuando las hiciste volar por los aires. Cuando descubras todo tu poder, no le tendrás miedo a nada.

—La verdad es que yo no vi nada. Te recuerdo que, cuando entro en trance, suelo desmayarme —replicó Triz—. Si quieres —continuó, esta vez dirigiéndose a Gare—, puedes intentar coger una pluma que hayan perdido. Son muy útiles como escudo de defensa.

—Puede que nos vengan bien —repuso Gare, que sin embargo no hizo ningún ademán de acercarse a los no tan inofensivos patos.

Pero quería demostrar que no era un absoluto estorbo, así que al final se animó, no sin tomar precauciones, a acercarse. Los papiarkoudas parecieron ignorarlo. Vio una pluma al borde del estanque y se animó a cogerla. Uno de los patos graznó y del susto se cayó de culo al suelo. Triz y Helen rieron a carcajadas, mientras él intentaba conservar su dignidad poniéndose en pie y guardando la pluma en su mochila.

—Me he resbalado. Aquí el suelo está húmedo.

Tras dejar atrás el estanque con la familia de papiarkoudas, el camino se empinaba aún más. Las copas de los árboles quedaban a sus pies y no había ninguna sombra que aliviara su camino. Gare creía

que iba a echar los pulmones por la boca con cada ataque de tos que tenía. Triz también estaba agotada. Había dejado de intentar fingir que iba bien y caminaba jadeando mientras se quitaba el sudor de la frente con el dorso de la mano. Hasta Helen empezaba a mostrar síntomas de fatiga.

—No puedo más —protestó Gare—. Me da igual que penséis que soy un estorbo, un inútil o lo que queráis. O paramos un minuto u os espero aquí a que bajéis —añadió. Dejó caer la mochila al suelo y buscó una piedra en la que sentarse. Se sentía incapaz de dar un paso más sin desmayarse.

Triz no dijo nada. Se limitó a dejar caer su mochila y a sentarse en el suelo. Era su manera de decir que estaba de acuerdo con Gare, pero sin tener que verbalizarlo.

—Está bien. Cinco minutos. Todavía tenemos un buen tramo hasta llegar a la cueva y cada vez queda menos para que anochezca. Y no es conveniente que nos pille la noche en medio de Ekabú.

—¿Qué pasa por la noche? —preguntó Gare mientras sacaba agua de su mochila—. No me lo digas, cuando se va la luz salen a pasear búhos vampiro.

—Qué bobo... No existen los búhos vampiro. Eso son solo las mariposas, pero no son las mariposas vampiro nuestro principal problema. Es Ekabú.

—¿La montaña? —se sorprendió Gare, que todavía estaba esperando a que Helen se riera para confirmar que le estaba tomando el pelo con lo de las mariposas vampiro. Pero no se rio—. ¿Qué le ocurre a la montaña cuando se hace de noche?

—Como te he dicho antes de empezar a subir, se eligió Ekabú como lugar para guardar los símbolos sagrados porque es la montaña más inaccesible de Grawell, y no solo por sus interminables y empinadas cuestas o por los seres que viven en ella. Por la noche, Ekabú es todavía más terrorífica, es la propia montaña la que se defiende de los intrusos.

—¿Terrorífica? Joder. Por mucho que corramos no nos va a dar tiempo a subir hasta la cueva y a volver a bajar antes de que anochezca —protestó Gare.

—Por eso debemos llegar a la cueva antes de que lo haga. La cueva es un lugar mágico en el que podremos pasar la noche relativamente a salvo.

—Que sepas que ese relativamente no me ha ayudado a tranquilizarme en absoluto —replicó Gare, que se puso en pie, más impulsado por el miedo que por haber recuperado fuerzas para seguir caminando.

A pesar de que lo intentaban con todas sus energías, Gare y Triz no conseguían mantener el ritmo de Helen que, a cada parada que se

veía obligada a hacer, iba poniendo peor cara. Rigel se acercaba cada vez más al horizonte y Ekabú no tardaría en despertar.

—¡Vamos, chicos! ¡Hay que darse prisa! —exclamó cuando el cielo empezó a ponerse violeta.

—¿Cuánto queda? —preguntó Gare con la lengua y los pulmones fuera de la boca.

—¡Es allí! —gritó Helen a la vez que señalaba hacia la entrada de una cueva a unos doscientos metros, aunque eran todos cuesta arriba y muy empinados.

Al verlo, Gare estuvo a punto de tirar la toalla. Se sentía incapaz de dar un solo paso más y mucho menos de llegar hasta allí arriba. Iba a dejar caer la mochila y volver a sentarse cuando el suelo pareció moverse bajo sus pies.

—¡Corred! —gritó Helen—. ¡Ekabú está despertando!

La montaña empezó a temblar como si fuera un volcán a punto de entrar en erupción. Pero, aunque eso parecía peligroso, la cara de terror con la que Helen los miraba presagiaba que lo que se avecinaba era peor que un río de lava.

Sin saber de dónde sacarían las fuerzas, Gare y Triz echaron a correr, pero en aquella empinada cuesta y agotados como estaban parecían un dibujo a cámara lenta. Por mucho que intentaban mover sus piernas, la cueva no parecía acercarse.

Los tonos violetas del anochecer teñían el lugar del color de las pesadillas y sombras tenebrosas y fantasmales empezaron a alzarse entre ellos y la gruta.

Cuando el último rayo de luz de Rigel se perdió en el horizonte, Helen alcanzó la entrada, pero Triz estaba todavía a unos metros de llegar y Gare, peor aún, más atrás.

—¡Corred! —repitió Helen.

Con el último aliento, incapaz de dar un solo paso más, Triz se dejó caer dentro de la cueva de un salto, al borde del infarto.

Pero a Gare todavía le faltaban varios metros para llegar y los temblores de Ekabú terminaron por tirarlo al suelo.

—¡La pluma de papiarkouda! ¡Saca la pluma! —exclamó Helen desde la entrada de la cueva.

Gare, sin saber para qué, obedeció. Buscó la pluma que había cogido en el estanque y la mostró como si fuera una bandera blanca.

—¡Colócatela en la cabeza! —exclamó Helen que, viendo que Gare iba a ser incapaz de llegar solo a la gruta, había empezado a correr hacia él.

A Gare le hubiera encantado tener una larga melena donde colocar la maldita pluma, pero se tuvo que conformar con sujetarla en una de sus orejas.

En ese momento, una de las sombras tenebrosas se presentó ante

él con forma de monstruo de barro dispuesto a golpearle con sus brazos. Gare se encogió para protegerse, pero se sorprendió al no sentir nada. El golpe había sido repelido por la pluma, que al verse atacada se había convertido en una rocosa piel de oso que le cubría de pies a cabeza.

Helen llegó a su lado y tiró de su mano. Todavía aturdido, Gare consiguió ponerse en pie y juntos recorrieron los metros que les faltaban para llegar a la cueva.

En cuanto sus pies entraron en la gruta, los dos cayeron en el suelo, exhaustos. Gare todavía estaba temblando, con el miedo en el cuerpo.

—*Solas, lasair, tine*[15] —pronunció Helen en medio de la oscuridad cuando recuperó el aliento.

De las paredes empezó a brotar una tenue luz blanca que llenó de sombras el camino.

—Casi que prefería no ver por dónde íbamos —dijo Gare, al que cada sombra le parecía un peligro que le acechaba y le recordaba al monstruo de barro del exterior.

—¿Quieres dejar de protestar por todo? —replicó Triz, aunque sus reacciones no acompañaban a sus palabras. Se había agarrado a la mano de Gare. Él no había protestado.

—Ya estamos llegando. Tened cuidado con las rocas, están más afiladas que las hojas de papel y hacen unos cortes igual de difíciles de cerrar.

La complejidad del camino que tenían que seguir hizo que tardaran casi el mismo tiempo en recorrer cien metros de gruta cuesta abajo que lo que les había costado subir la última de las dificultosas cuestas. La humedad hacía el camino resbaladizo y las rocas que lo rodeaban lucían amenazantes. Helen avanzaba con paso dubitativo mientras que Gare y Triz se agarraban el uno al otro para no caer. Unos minutos más tarde, llegaron al final del sendero con las piernas doloridas por el esfuerzo, pero sin un solo rasguño.

—Ya hemos llegado —anunció Helen a la vez que señalaba un círculo.

Gare y Triz se quedaron con la boca abierta. El círculo, tallado en piedra obsidiana, de más de medio metro de altura, se mostraba inaccesible. No tenía entrada alguna. Los matices negros y grises de la piedra absorbían la luz que emanaba de las paredes de la cueva y proyectaba en su interior pequeños rayos arcoíris que se concentraban en la base de unas torres situadas en los puntos cardinales que se elevaban por encima de los dos metros y que estaban coronadas por cuatro cúspides de piedra azabache, aún más negra y brillante que la obsidiana, y dentro de ellas cuatro cuencos de distintos tipos de ágata: musgosa, dendrítica, carneola y fuego.

—Cada uno de esos cuencos representa a uno de los elementos. El cuenco de ágata musgosa contenía el sigilo tierra, porque su magia enraíza el exceso de energía espiritual con la Madre Tierra; el de ágata dendrítica contenía el sigilo agua porque, por sus microcristales y sus dibujos, el agua circula como el cauce de un río y porque la primera piedra conocida fue encontrada junto a este elemento; el de ágata carneola, aunque su nombre parezca recordar a la carne, conservaba el sigilo del aire, como la carne humana contiene nuestra alma etérea...

—No me lo digas —interrumpió Gare—. El ágata fuego conservaba el sigilo del fuego. ¡A que sí!

—Esta no era difícil —respondió Helen sin poder evitar una sonrisa, pese a la interrupción. Le gustaba que Gare intentara bromear por muy mal que lo estuviera pasando—. Como veis, ninguno de los cuatro sigilos está en su lugar. Y os aseguro que no es nada fácil arrancarlos de su sitio. Quien se los haya llevado tiene una magia poderosa, muy poderosa.

—¿Y por dónde se supone que vamos a empezar a buscar? —preguntó Triz.

—Por el mismo sitio que en las novelas policíacas, esas que tanto le gustaban a mi hermana —respondió Helen—. Analizando la escena del crimen.

—¿Crees que vamos a encontrar a quien se ha llevado los sigilos porque se ha dejado una huella? —interrogó Gare, a quien la idea de meterse en la piel de un investigador le agradaba.

—Necesitamos acceder al círculo mágico, pero su magia es muy fuerte. Ni siquiera las brujas de elemento hemos podido hacerlo. Por eso esperábamos tu llegada —explicó Helen dirigiéndose a su sobrina.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Usa tu magia. La misma que has usado en el consejo.

—Volveré a desmayarme. Como si lo viera… —repuso Triz antes de respirar profundo y concentrarse.

Empezó a murmurar esas palabras inteligibles que solía pronunciar cuando entraba en trance y no tardó en elevarse. La magia la llevó por encima de las paredes del círculo mágico y la colocó en el centro del mismo, sobrevolándolo.

Helen y Gare se la quedaron mirando asombrados. Allí, levitando, con los brazos extendidos y con un aura de energía a su alrededor, Triz parecía un ángel.

Rayos blancos empezaron a salir de su cuerpo y a alcanzar las torres donde debían estar los sigilos. De ellas empezó a emanar una energía de color verde.

—¡Huellas de energía! —exclamó Helen.

—¿Y eso qué es? —preguntó Gare.

—Habrás oído hablar de las auras, de las energías del cuerpo.

—Sí, algo me suena.

—Cada energía es única, como las huellas dactilares, y pasa lo mismo con la magia. Toda magia deja una huella energética que puede ser rastreada.

—¿Y cómo se obtiene una huella energética?

—¡Gracias a las ágatas! —exclamó Helen—. Las ágatas son piedras mágicas que absorben las energías negativas. Quien robó los sigilos tuvo que acercarse lo suficiente a las piedras como para que absorbieran parte de su energía. Triz está sacándolas de las ágatas con la suya propia.

—¿Y qué podemos hacer?

—Usaremos un trozo de malaquita para limpiar el ágata de la contaminación energética y la usaremos para seguir el rastro de esa energía.

—¿Y tenemos malaquita? —preguntó Gare.

—Puse un trozo en tu mochila —respondió Helen.

—¿Piedras en mi mochila? ¡Así me ha costado subir a mí! —gritó sin poder evitar un ataque de risa que se le cortó al ver como la energía de color verde se acercaba al cuerpo de Triz.

Gare sacó de su mochila la malaquita. Helen la cogió y se acercó al círculo, pero sin llegar a tocar la piedra.

—Ven. Cuanta más energía mágica tengamos, mejor resultará el hechizo.

—¿Los dos? —preguntó con extrañeza Gare, que no esperaba que Helen se dirigiera a él para hacer un conjuro.

—Estás en Grawell, ¿no es así? Tú también eres brujo.

—Pero no tengo ni idea de usar magia.

—Solo tienes que hacer como con la moto. Colocar tus manos sobre la piedra y concentrarte en lo que deseas. Nada más. De invocar el hechizo me encargo yo.

Gare obedeció. Colocó sus dos manos sobre la piedra de tal manera que la cubría. Helen hizo lo mismo y empezó a decir palabras que él no entendía.

—*Berosbal girnea tivenga. Berosbalgirntivga* —repetía una y otra vez mientras él se concentraba en pensar en que aquello saliera bien y observaba a Triz sobrevolando el círculo. Era la primera vez que la veía tanto tiempo en trance y estaba preocupado.

La malaquita empezó a agitarse entre sus manos como una mosca que choca una y otra vez contra el cristal intentando escapar. Un par de veces estuvo tentado de abrir las manos ante la posibilidad de que la piedra acabara haciéndole un agujero en las palmas con tanto golpe, pero las de Helen seguían firmes a su alrededor con una fuerza superior a lo que sus pequeñas manos daban a entender. Eran como

garras de piedra firmemente fijadas.

La malaquita empezó a calentarse con la fricción y Gare sintió que la piel empezaba a arderle, pero no dijo nada por miedo a desconcentrar a las dos brujas. Si el hechizo no salía bien por su culpa, no le iba a quedar más remedio que reconocer que era una carga, y no estaba dispuesto a aguantar una nueva bronca de Triz. Ya se había dejado quemar en una hoguera y el dolor que sentía en las manos era mucho menor que el que había sentido cuando las llamas le alcanzaron en el patio trasero de Nara. Podía aguantar, pero para hacerlo se mordió el labio inferior y abrió los ojos.

Pudo ver como la especie de aliento verdoso se alejaba del cuerpo de Triz y sobrevolaba el círculo hasta concentrarse sobre la torre situada sobre sus cabezas. Como un águila que avista su presa, se lanzó en picado hacia ellos haciendo que Gare tuviera que ahogar un grito en su garganta. Helen y Triz seguían en trance y parecían no estar viendo nada.

El hálito alcanzó sus manos y las atravesó por entre sus dedos hasta alcanzar la malaquita. Cuando todo el vaho estuvo contenido, la malaquita empezó a tranquilizarse y a enfriarse. Triz y su tía dejaron de balbucear raras palabras y la primera cayó desmayada fuera del círculo.

—¿Estás bien? —preguntó Helen en cuanto llegó al lado de su sobrina.

—Ya te dije que me iba a desmayar. Me pasa siempre que hago esto. ¿Qué ha pasado?

—Creo que lo tenemos —dijo Gare sin atreverse a separar las manos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Helen.

—He abierto los ojos durante el conjuro y he visto una especie de vapor verde salir de las ágatas y colarse en la malaquita a través de nuestras manos.

—¿Has abierto los ojos? —preguntó Triz antes de taparse la boca con la mano.

—Sí. No me dijisteis que no pudiera hacerlo. ¡Mierda! ¿He hecho algo malo? —inquirió Gare al ver la cara de preocupación de Triz.

—No tiene por qué... —empezó a decir Helen—. Normalmente no ocurre nada cuando se ve una energía negativa.

—¿Normalmente? Eso no me tranquiliza. Tengo un don para que no me ocurran cosas normales —replicó Gare—. ¿Qué pasa en esas veces no tan normales?

—Que parte de esa energía negativa puede no entrar en la malaquita y quedar atrapada en el iris de quien la observa.

—¡Estupendo! —exclamó a la vez que se frotaba los ojos con el dorso de la mano. Al hacerlo dejó a la vista las palmas y Triz pudo ver

las quemaduras que la malaquita le había producido.

—¡Te has quemado las manos! —exclamó.

—Eso me temo. Cuando pensaba en hacer cosas calientes contigo no me imaginaba que me fuera a quemar, pero ya ves. Contigo nada sale nunca como uno espera.

—Pero mira que eres tonto —comentó Triz a la vez que le propinaba un golpe en el brazo—. Trae aquí esas manos para que te las cure. —Triz sacó un frasco con caléndula y aloe vera y extendió la pomada por las manos de Gare, mientras este no dejaba de mirarla.

—27—

Sigilo del aire

Con la malaquita cargada de energía y guardada en una caja de ébano para contenerla, Triz vendó las manos de Gare y sacó algo de comida de la mochila, buscó un lugar donde sentarse y, sin encontrar ninguno, terminó dejándose caer en el suelo y apoyando su espalda contra el muro de piedra del círculo.

—Deberíamos comer algo y descansar hasta que vuelva la luz. La noche anterior apenas pude dormir y las levitaciones me dejan sin energía. Deberíamos cerrar los ojos un rato… —sugirió Triz tras acomodarse.

—Estoy de acuerdo. No sabemos adónde nos va a llevar la energía de esa piedra y descender Ekabú es casi más duro que ascenderlo —

añadió Helen.

—Después del susto al llegar, no pienso salir de aquí hasta que sea bien de día y la tierra se esté quietecita —repuso Gare—. Así que, por mí, de acuerdo.

Gare y Helen se sentaron en el suelo y ella también sacó comida de la mochila. Él las miraba a las dos como el gatito de *Shrek*, pidiendo clemencia.

—¿No vas a comer nada? —preguntó Triz al ver que no abría su mochila. Este le enseñó las manos que le acababa de vendar—. ¡Ay, que el niño quiere que le den de cenar!

—Me encanta que te haga gracia. Espero que te haga la misma cuando me entren ganas de orinar y alguna de las dos tenga que ayudarme —replicó Gare.

—¡Ah, no! Eso sí que no. Por mí como si te lo haces encima —rio Triz, que parecía ir recuperando el humor. Haber encontrado gracias a su magia la energía dejada por quien robara los sigilos le hacía sentirse mejor, más útil.

—No te preocupes por eso, Gare. La pomada que te ha puesto mi sobrina hace efecto bastante rápido. En unas horas tendrás las manos como nuevas. Y, en caso de urgencia, ya te ayudaré yo si hace falta —repuso Helen.

—¡Ey! ¿Qué es eso de que le ayudarás tú? —protestó Triz.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que en Grawell hay pocos hombres interesantes?

—¡Pero Gare es un poco más mayor que yo! Tú eres muy vieja para él, tía.

—Te recuerdo que desde que estoy en Grawell no envejezco y que me vine aquí con vuestra misma edad... —respondió Helen con su sonrisa más pícara.

—¡De eso nada! Si hay que ayudar a Gare, lo haré yo, que para eso ha venido aquí por mí.

—¿Lo ves, Gare? No hay como provocarla un poco —volvió a reír Helen mientras le daba un codazo—. Es como el perro del hortelano.

Triz por su parte puso cara de enfado, pero por dentro reía la ocurrencia de su tía. Siempre había sido alegre, traviesa y divertida. Incluso enferma y cerca de tener que marcharse, le encantaba bromear y molestarla. Echaba tanto de menos esos momentos que no le importaba que se metiera con ella.

—No sé yo. Teniendo en cuenta que no hace más que meterse conmigo casi que preferiría que fueras tú quien me ayudara —apuntilló Gare para ahondar en la herida.

—Ya os vale a los dos. Lo que tienes que hacer es cerrar la boca y aguantarte las ganas hasta que se te curen las manos —dijo Triz. Para asegurarse de que Gare no replicaba le metió un trozo grande de fruta

en la boca—. ¿Cómo vamos a dormir? Solo hemos traído dos sacos. No había más en casa.

—Vivo sola desde hace treinta años. ¿Cuántos esperabas que tuviera en casa? Creo que lo más práctico es que los unamos y nos tapemos los tres con ellos —respondió Helen.

—¡Qué bien! Voy a dormir con dos mujeres guapas —celebró Gare. Triz no dudó en soltarle un codazo.

—Tú dormirás en una esquina y con las manos quietas —le avisó y reprimió una carcajada.

—¿Ves lo que tengo que aguantar, Helen? Ni fantasear un poco le dejan a uno. Y así desde que tenía diecisiete años... ¿te lo puedes creer?

Una vez unidos los sacos, fue Triz quien ocupó el centro con su tía a su derecha y Gare a su izquierda. Como la noche anterior, tampoco pudo conciliar bien el sueño y esta vez no tenía la opción de irse a la cocina. Ni siquiera podía salir de la cueva a dar un paseo para intentar calmarse. Bastante susto se había llevado antes de entrar, cuando la noche les había pillado a escasos metros de la entrada.

Helen había formulado un hechizo para apagar las luces de la cueva y ahora solo la negrura los rodeaba. La negrura y los ruidos procedentes de Ekabú fuera de la cueva. Unos sonidos nada tranquilizadores.

Para intentar abstraerse de ellos, se puso a recordar la última vez que había dormido con su tía cerca. Fue la noche de Navidad, el año anterior a que tuviera que marcharse. Toda la familia se había reunido en casa y no había camas suficientes y a Triz no le importó compartir la suya con su tía. Recordaba que se había quedado dormida mientras ella le contaba una de sus muchas historias de brujas y que aquella noche durmió más feliz que nunca. Tener a su tía al lado le proporcionaba la calma que alguno de sus sueños empezaba a quitarle. Desde que se tuvo que marchar, no había vuelto a dormir tan tranquila como aquella noche. Como en aquella ocasión, se abrazó a ella antes de que el sueño terminara por darle alcance.

Una suave luz en la cueva hizo que abriera los ojos solo un par de horas más tarde. Se sobresaltó al darse cuenta de que había dejado de estar abrazada a su tía y que ahora rodeaba con su brazo a Gare apoyada en su espalda. Se puso de pie de un salto al darse cuenta.

—Buenos días. ¿Has descansado? —preguntó Helen, que estaba sentada al otro lado de la gruta con la caja de ébano que guardaba la malaquita en sus manos.

—No mucho, me costó quedarme dormida —respondió Triz todavía recuperando el ritmo cardíaco después del sobresalto—. ¿Y tú? ¿Qué haces con la caja?

—Intento averiguar dónde tenemos que dirigirnos. La malaquita parece indicar hacia el norte. No deja de moverse hacia ese lado de la caja.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Triz al ver la preocupación en el rostro de su tía—. En cuanto salga la luz iremos al norte.

—El problema es lo que hay al norte de Ekabú. Me temo que quien se ha llevado los sigilos se ha llevado uno a Cogar, el desierto de los susurros. Eso y que no vamos a poder usar la moto que nos hemos dejado al otro lado.

—¿Y qué es Cogar?

—Ya sabes que nuestras antepasadas crearon Grawell para que las brujas perseguidas no tuvieran que morir. Aquí las brujas no envejecemos ni morimos, salvo que seamos nosotras mismas quienes nos matemos... pero ¿y el resto de seres que viven en Grawell?

—¿Qué pasa con ellos?

—Ellos llegaron después. Son seres que fueron expulsados de sus mundos y que recibieron asilo en Grawell. Las dríadas, los ouroborus, los marjes... Todos ellos recibieron refugio cuando fueron exiliados, pero ellos sí que envejecen, sí que mueren... Y, cuando lo hacen, van a Cogar. Allí solo hay muerte.

—¿Y por qué se le llama el desierto de los susurros?

—Porque las almas muertas susurran sus penas entre las piedras y la arena del desierto.

—Eso suena genial...

—¿Qué suena genial? —preguntó Gare, que acababa de despertar.

—Que la malaquita indica que al primer lugar que tenemos que ir es al cementerio de Grawell —respondió Triz.

—No suena muy tranquilizador —comentó Gare mientras comprobaba que las manos ya le habían mejorado sustancialmente de las quemaduras y recogía los sacos de dormir.

—No lo es. Ninguna bruja se acerca allí voluntariamente —dijo Helen.

Gare aprovechó los últimos momentos de oscuridad fuera de la cueva para aliviar sus necesidades y, en cuanto las primeras luces entraron por la grieta, iniciaron el descenso de Ekabú por su cara norte. Gare no iba muy confiado. Después de que Ekabú le atacara la noche anterior, no daba un paso sin asegurarse de que iba a encontrar tierra firme bajo sus pies. Eso les estaba retrasando. Tras un tortuoso descenso pudieron divisar a lo lejos el lugar al que se dirigían.

Una enorme extensión de piedras y maleza ocupaba gran parte del horizonte dándole una tonalidad gris ceniza. El contraste con el verde de los árboles de Ekabú lo hacía todavía más siniestro.

—No pinta tan mal —declaró Gare al detener su descenso para observar el paisaje.

—¿Cómo que no pinta mal? Se me han puesto los pelos de punta solo con verlo de lejos —replicó Triz.

—Bonito no es... pero es tan llano... —replicó Gare, que estaba harto de tener que subir y bajar empinadas cuestas.

El descenso de Ekabú terminó por destrozarles las rodillas y minar su ánimo. Cruzar el bosque que poblaba las faldas del monte les dio un tiempo de protección ante los calurosos rayos de Rigel, pero los llenó de temores ante los seres que se iban encontrando. Cuando Gare vio una nueva bandada de papiarkoudas les agradeció la ayuda que le había supuesto su pluma, pero también el hecho de comprobar el tamaño que podían llegar a alcanzar aquellos animales le hizo no separarse de Triz.

—Gracias por venir —susurró esta a su lado cuando ya llevaban media hora de camino en silencio.

—De nada. Después de lo del tiro en el mundo virtual, dejarme quemar me pareció menos estúpido.

—No sé por qué sigues actuando así por mí... No dejo de regañarte y enfadarme.

—Te lo dije hace tiempo. Haría cualquier cosa por ti, aunque te empeñes en criticarme por cada una de ellas. Si necesitas mi ayuda, me tendrás siempre de tu lado.

—Pero no entiendo por qué lo haces… No me lo merezco.

—Te lo dije en el hospital antes de que te marcharas.

—Si te soy sincera, no llegaste a decirme nada. La anestesia te hacía quedarte dormido y despertar a cada rato. Te quedaste a medias —confesó Triz. Al mirarle, esbozó una sonrisa.

—¿En serio? No me lo puedo creer. En mi cabeza daba por hecho que había roto ese maleficio.

—Me temo que no, pero que conste que entendí lo que querías decirme.

—¿Fue por eso que dejaste de buscarme en Aisling?

Triz se quedó unos instantes en silencio. No estaba segura de querer explicarle los motivos a Gare, entre otras razones porque eso supondría tener que hablarle también de sus sentimientos.

—Desde que regresé a casa, tras dejarte en el hospital, mi vida ha cambiado —empezó a decir—. Alana ha estado durmiendo mucho mejor por las noches desde que se libró de sus pesadillas con Cristian y ya no he tenido que pasarlas con ella. Óscar se ha mostrado más cariñoso y comprensivo estos días y no hemos discutido, al menos no todos los días como antes. En mi casa ha vuelto a respirarse tranquilidad y un ambiente familiar.

—Has vuelto a dormir con tu marido, ¿verdad?

—Sí, varias noches hemos dormido juntos. ¿Cómo lo sabes?

—La última vez que hablamos se te escapó que Óscar te iba a

despertar... entiendo que no hayas abierto Aisling para hablar conmigo.

—Gracias por entenderlo, pero no deberías. Te arriesgaste por mí, has pasado semanas en el hospital y yo ni siquiera te he preguntado cómo estabas. Y la siguiente vez que nos vemos lo primero que hago es chillarte.

—Bueno, así empezamos nuestro anterior reencuentro y acabamos con un beso.

—No te creas que ese final se va a volver a repetir, ¿eh? Como te he dicho, la situación en casa está más tranquila y estoy mejor con Óscar, aunque haya vuelto a ser el mismo idiota de siempre cuando le dije que tenía que marcharme. Sabes que te tengo mucho cariño, pero sigo estando casada. Además, tú tienes a la Lilian esa, ¿no?

—Lilian es solo una compañera de trabajo con la que he salido una noche a probar agua de chocolate. La de cosas raras que se beben desde que me quedé encerrado en el mundo virtual. En realidad, entre nosotros no ha pasado nada salvo un corto beso en la noche de fin de año. No te voy a negar que hubiera pasado si no llega a ser porque Nara estaba esperándome en el portal, pero no pasó.

—Pero ¿te gusta?

—Es guapa, simpática, divertida, una loca a la que le gusta saltarse las normas y que ama el cine antiguo tanto como yo... pero no eres tú.

—Eso también deberías considerarlo una virtud.

—Ya ves... Tengo gustos raros.

El bosque terminó de forma abrupta, como un acantilado al llegar al mar. El paisaje verde quedó atrás y todo lo que les rodeaba se tiñó de gris. Helen, que caminaba unos pasos por delante para darles intimidad, se detuvo en medio de la nada.

—Vamos por buen camino. La malaquita se ha vuelto loca dentro de la caja en cuanto hemos salido del bosque —declaró mientras mostraba la caja dando botes en la palma de su mano.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Gare—. ¿Por qué la malaquita se altera de esa forma? Estoy seguro de que quien robara los sigilos no se habrá quedado aquí esperándonos.

—Tampoco creo que esté aquí, pero que la malaquita se comporte así quiere decir que no muy lejos hay una concentración de la energía negativa que estamos siguiendo mayor de lo normal. Creo que quien robó los sigilos se detuvo cerca.

—Pues démonos prisa. La última vez que estuve en Grawell solo me quedé unas horas y no sé si voy a ser capaz de acostumbrarme a este ritmo de días y noches. Hemos perdido dos horas en descender de Ekabú y en otras cinco volveremos a quedarnos a oscuras y, si os digo la verdad, no me apetece nada quedarme en tinieblas en este lugar.

Reiniciaron el camino con paso decidido, pero los sonidos de Cogar no tardaron en meterles el miedo en el cuerpo y hacerles aminorar la marcha. De las piedras surgían murmullos, suspiros y jadeos de dolor que se clavaban en sus ánimos como puñales en la piel. Unos pasos más adelante, empezaron a ver sobre las piedras restos de animales y esqueletos de seres que Gare no llegaba a reconocer.

—¿Qué son? —preguntó señalando un grupo de esqueletos que parecían tener ocho patas y dos cabezas.

—Son Lutricampus[16], el reflejo de que el amor eterno existe.

—¿Esas cosas con ocho patas y dos cabezas son cariñosas?

—No tienen ocho patas y dos cabezas. Son una pareja. Desde que se conocen no se separan el uno del otro y, cuando uno de los dos muere, el otro permanece a su lado y muere protegiendo su cuerpo.

—Qué tierno... —murmuró Triz.

—A mí me parece un poco paranoico y enfermizo —repuso Gare.

—Lo que se escucha entre las piedras es el lamento de estos cariñosos seres antes de morir al lado de su pareja. Son sus lloros y quejidos por la pérdida. Por eso, a este lugar se le conoce como el desierto de los susurros.

—¿Y por qué se siguen escuchando sus lamentos?

—Es por las piedras que llenan este lugar. Son como cajas de resonancia que repiten una y otra vez esos lamentos.

—Este lugar es aterrador —murmuró Gare.

Continuaron siguiendo el camino que marcaba la malaquita. Gare no podía entender qué era lo que mantenía tan alterada a la piedra dentro de la caja. Por mucho que miraba a su alrededor solo podía ver piedras susurrando lamentos y un montón de maleza grisácea. Al menos, hasta que le pareció ver una sombra moviéndose.

En un primer momento no dijo nada, pensó que habría sido un reflejo o una alucinación producto de la fuerza de los rayos de Rigel golpeando en su cabeza, pero, cuando volvió a ver la sombra deslizarse entre dos piedras, llamó la atención de sus acompañantes.

—¿Estáis seguras de que somos los únicos seres vivos en este desierto?

—Por lo menos los únicos que no estamos a punto de morir. ¿Por qué? —preguntó Helen—. ¿Has visto algo?

—Me ha parecido ver algo moverse entre aquellas rocas —informó Gare señalando al frente.

—¿Podrías ser un poco más específico, Gare? —replicó Triz y le recordó que todo a su alrededor eran rocas.

—¡Joder, allí! Entre aquella plana y la otra que tiene forma de cabeza de perro —respondió Gare. Hacía gestos señalando a una roca que se asemejaba a un perro rabioso.

—No os mováis —aconsejó Helen—. Gare, deja de hacer aspavientos.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—Eso no es una roca. Es un canignis[17] gris.

—Mi latín está casi muerto, pero ¿dices que esa cosa es un perro de fuego? —preguntó Gare.

En una reacción involuntaria dio un paso atrás impulsado por el miedo. Al hacerlo sin mirar, tropezó con una de los múltiples guijarros que rodeaban sus pies. No pudo evitar dar un traspié y varios pedruscos de pequeño tamaño rodaron a su alrededor. Lo que había confundido con una roca empezó a gruñir y se puso en pie sobre la piedra plana. Sus ojos carmesí les miraban con furia.

—¿No se supone que los seres de Grawell solo vienen a este lugar a morir? Yo veo a ese chucho muy vivo —se quejó Gare. En su cobardía, se había colocado un paso por detrás de Triz y tenía los músculos en tensión dispuesto a salir corriendo como alma que lleva el diablo, por mucho que le dolieran las piernas, si el perro osaba atacarlo.

—Me temo que quien se llevó los sigilos lo ha dejado aquí para evitar que nadie siga sus pasos.

—Hay algo raro en su actitud —mencionó Triz intentando no levantar mucho la voz—. Si lo que leí sobre los canignis de color gris es cierto, estos perros siempre atacan. Ya nos ha visto, ¿por qué no lo hace?

—Se habrá comido unos cuantos huesos de lutricampus de esos y se habrá quedado sin apetito. Yo que sé, Triz, pero no le des ideas. Mejor que se esté quietecito —objetó Gare.

—Creo que no ataca porque está protegiendo algo.

—No me digas que debajo de esa roca hay una camada de perros llameantes grises, porque entonces sí que me cago en los pantalones.

—Puede que esté protegiendo el primero de los sigilos. La malaquita no deja de moverse en la caja. Quizá uno de los símbolos esté aquí —repuso Helen.

—Yo, aparte del chucho enfadado y un montón de piedras, no veo nada más —alegó Gare.

—Lo más probable es que el sigilo que está guardando sea el del aire.

—¡Estupendo! ¡No me acordaba de que el sigilo de aire no lo podemos ver! —exclamó Gare llevándose las manos a la cabeza. El canignis gris respondió con un ladrido que sonó como las puertas del infierno al abrirse, lo que hizo que Gare se cayera de culo de la impresión. Por suerte para él, el perro no pareció prestarle ninguna atención. Estaba mirando fijamente a Triz.

Parecía gruñirle a ella y solo hacía ademán de ir a atacar cuando

ella intentaba acercarse. Ni con Helen ni con Gare se comportaba de la misma manera. A Gare, directamente, parecía ignorarlo. Podría haberse puesto a saltar a la rana que el can ni le habría mirado.

—Creo que le gustas —le dijo Gare a Triz—. Te está poniendo ojitos.

—Tú y tus bromas inoportunas...

—Lo siento. Sabes que, si no bromeo, me entra ansiedad y me angustio.

—Una bromita más y te ofrezco como almuerzo —gruñó Triz. La mirada que le lanzó no dejó lugar a dudas. No estaba bromeando—. ¿Algún conjuro contra canignis grises, tía?

—Me temo que ninguno que podamos hacer con lo que tenemos en las mochilas.

—¿No puedes usar tu magia? La que usaste para derrotar a Cristian o en la cueva de Ekabú…

—Ya lo había pensado, pero tengo miedo de que todas las piedras del desierto salgan volando y rompan el sigilo del aire.

—¡Ni siquiera sabemos si está aquí! —protestó Gare—. Y, si es de aire, no podrá romperse.

—¿Quieres dejarme pensar? ¡Luego te lo explico! —Triz parecía verdaderamente angustiada con la situación. Sin atreverse a mover un músculo, mantuvo un duelo de miradas con el canignis que, por el momento, ganaba el perro—. Dime que, al menos, tenemos algo contra el fuego en la mochila.

—Tenemos una *antivela* en algún sitio —respondió Helen.

—Búscala, y esperemos que sea grande.

—¿Qué pretendes hacer?

—Enfadarlo. Si no podemos enfrentarnos a él, lo haremos al fuego.

—Puede funcionar —asintió Helen.

—Enfadarlo no me parece una buena idea —reprochó Gare.

—¿Se te ocurre alguna mejor?

—¿Salir corriendo?

Helen se quitó su mochila del hombro como quien se arranca un esparadrapo pegado a la piel, después buscó en su interior hasta encontrar lo que andaba buscando. Una vela negra del tamaño de un bote de desodorante.

—Esperemos que sea suficiente —dijo Triz—. ¿Lista? —preguntó a su tía.

—Todo lo lista que voy a poder estar. Ten cuidado.

—¿Se puede saber qué vais a hacer? —inquirió Gare.

—Luego te lo explico. Tú solo observa.

Triz se agachó y cogió un puñado de piedras del suelo. Con más valentía que seguridad en lo que estaba haciendo, dio un par de pasos

hacia delante. El canignis se alzó sobre sus dos patas traseras y ladró con furia. Sus ojos carmesí brillaron con intensidad. Triz no se acobardó. Agarró una de las piedras y se la lanzó, con la suerte de alcanzarlo entre los dos ojos. Los ladridos aumentaron.

—¡Vamos! ¡Enfádate! ¡Ataca, maldito perro! —bramó Triz al mismo tiempo que le arrojaba otra piedra y le atinaba en el entrecejo.

La piel del canignis empezó a brillar en una tonalidad que se asemejaba a las brasas de una barbacoa, con esa mezcla de tonos rojos y grises de las cenizas carbonizadas que aún conservan parte del fuego que las ha consumido.

Triz se acercó un paso más, pero asegurándose de mantener una distancia que le permitiera apartarse de un salto si le daba por lanzarse a por ella. Enfadada, le lanzó otro puñado de piedras. Los tonos rojos aumentaron en la piel del canignis, ya no eran trozos de carbón apagándose, sino brasas incandescentes. Los ladridos del perro retumbaban en las piedras y, con la reverberación de estas, daba la sensación de que una jauría les ladraba alrededor.

—¡Vamos! ¡A qué esperas! ¡Arde! —exclamó Triz con un coraje impulsado por la rabia. Envalentonada, dio un paso más hacia el animal, colocándose a una distancia imprudente sin darse cuenta.

Llamas de rojo escarlata brotaron de la piel del canignis. Su calor era tan intenso que Gare tuvo que protegerse la cara con los brazos.

—¡Ahora, tía!

Helen agarró la vela con ambas manos y señaló con ella al perro. Pronunció una serie de palabras en una lengua que Gare no entendía.

—*Mhà do chumhachd grèim air an lasair agus cuir às dha*[18].

El perro saltó hacia Triz. Una llamarada se abalanzó sobre ella. Gare reaccionó por instinto. Sin pensarlo, porque si lo hubiera hecho jamás hubiera actuado del mismo modo, se precipitó sobre la bola ardiente para intentar apartarla de un golpe. Como la bola blanca del billar que choca contra la roja, el cuerpo de Gare y el canignis salieron rebotados.

Al golpearlo, el perro llameante fue desviado hacia donde se encontraba Helen y el poder de atracción de la vela resultó más eficaz. Las llamas ardientes empezaron a ser succionadas por la mecha de la vela mientras los ladridos del perro se convertían en aullidos. Gare daba vueltas por el suelo golpeándose con las piedras intentando apagar las llamas que habían prendido en su ropa. Triz, que en un primer momento no había reaccionado, intentaba ayudarlo.

—¡No va a caber! —exclamó Helen de pronto—. La vela es demasiado pequeña. ¡No va a poder contenerlo!

La vela, como un cántaro que se llena y comienza a rebosar, ya no admitía más llamas en su interior y estas caían al suelo ardiendo sobre las piedras.

—¡Séllala! —repuso Triz.

—¿Sin contener el fuego?

—¡Mejor la mitad que nada! ¡Séllala! —repitió Triz.

Helen hizo caso. Pronunció unas palabras y la vela se recubrió por completo de cera negra conteniendo en su interior parte de las llamas. El resto se fueron reagrupando sobre una de las piedras.

Helen estalló en una carcajada de alivio cuando las llamas terminaron de unirse y se fueron sofocando. Sobre la roca, acurrucada y temblorosa, una cría de canignis los miraba asustada con una pequeña llama brotando de su cabeza.

—¡Es un cachorro! —exclamó.

—Pero un cachorro de canignis gris, no debemos fiarnos. Sigue siendo peligroso —respondió Triz mientras ayudaba a Gare a levantarse—. ¿Estás bien? —Le preguntó al verle la cara.

—Creo que voy a necesitar más de esa pomada mágica para las quemaduras, pero sobreviviré —respondió él. La camiseta que llevaba había perdido una manga y parte de la piel del brazo estaba enrojecida.

—¿Por qué has saltado para protegerme?

—Ni idea. He debido sufrir una enajenación mental transitoria de esas. Te juro que por valentía no ha sido, porque casi me cago en los pantalones cuando el chucho ese se ha puesto a arder como una puñetera hoguera de San Juan —respondió Gare sin dejar de mirarse el brazo.

—Si no lo hubieras empujado, me habría saltado encima...

—Mucho mejor quemarme el brazo a que se queme esa cara tan bonita —dijo Gare. La sonrisa que intentó poner se transformó en una mueca de dolor por la quemadura.

—Esta vez te voy a permitir el roneo... pero no te acostumbres —replicó Triz—. Si el canignis gris protegía el sigilo del aire, ¿dónde está? —preguntó a su tía mientras buscaba la pomada en su mochila.

—Me aseguré antes de salir de casa de traer tizas de colores.

—¿Tizas? ¿Nos vamos a poner a dibujar ahora? —preguntó Gare. Intentaba disimular el dolor delante de Triz, pero, pese a la pomada que le estaba poniendo, le dolía horrores—. En dibujo, en el colegio, solo sacaba suficientes.

—Nos vamos a poner a dibujar, pero el aire —manifestó Helen. Tras extraer las tizas de su mochila, y ante la cara de extrañeza de Triz y Gare, empezó a machacarlas con dos piedras hasta convertirlas en polvo—. No me miréis con esa cara. El aire también se puede pintar. Coged un poco de polvo de tiza en vuestras manos y, cuando yo os lo diga, soplad con fuerza.

Gare y Triz, sin saber muy bien qué estaban haciendo, se limitaron a obedecer. Agarraron un puñado de polvo de tiza, se

colocaron cerca de la piedra que protegía el canignis y esperaron indicaciones.

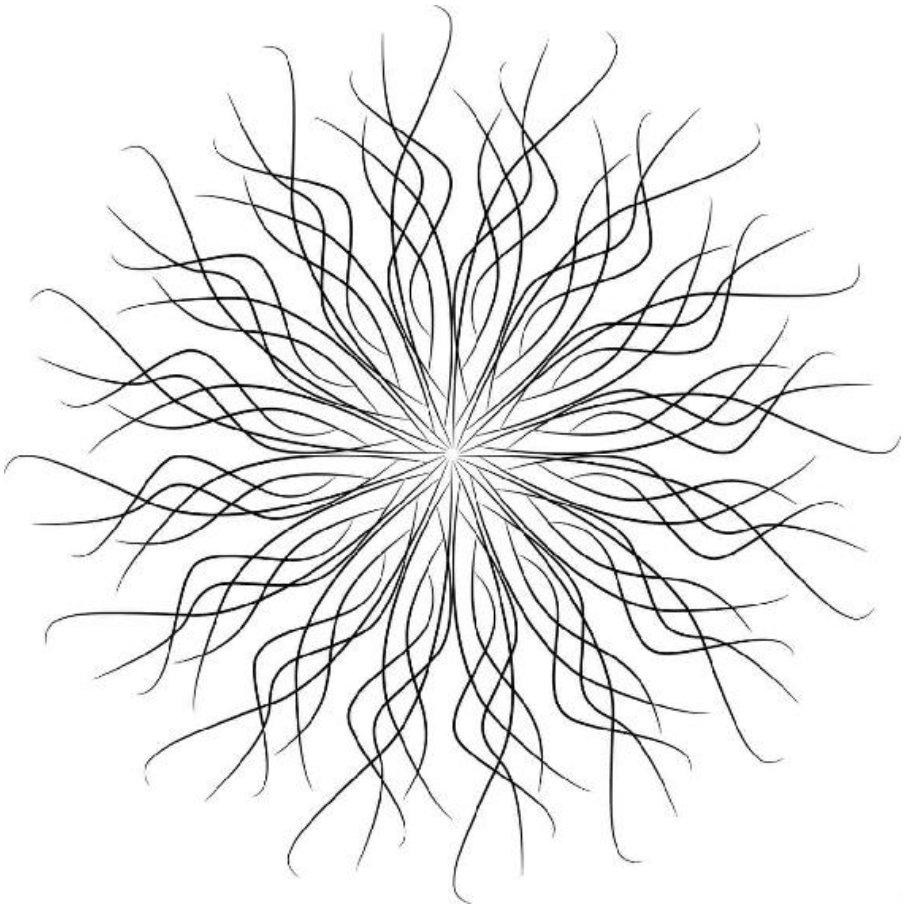
Helen cogió el último puñado, pronunció un hechizo y guardó silencio durante un instante. Hizo un gesto con la cabeza para indicarles que era el momento. Los tres soplaron con fuerza y a la vez.

El polvo de tiza se elevó en el aire, se mezcló formando un arcoiris de colores sobre el fondo gris del horizonte de Cogar y sobrevoló las piedras como un enjambre de mosquitos, hasta detenerse unos metros más adelante y quedarse flotando formando una extraña figura con una especie de pluma en su interior.

—¡Lo tenemos! —exclamó Helen—. ¡Es el sigilo del aire!

Canignis gris al que se enfrentan Triz, Gare y Helen.

—28—



Orgades, un lugar muy especial

Transportar el sigilo del aire no era tan complicado como Gare había supuesto. Solo necesitaron un conjuro de contención y otro de reducción, algo que, para Helen y Triz, no había supuesto ningún esfuerzo.

—¿Qué hacemos con el canignis? No podemos dejarlo aquí. Tan pequeño y solo, en este desierto no tardará en morirse —opinó Gare, al ver al cachorro todavía sobre la roca, cuando Helen terminó de guardar el sigilo en uno de los bolsillos de su mochila.

—Ese cachorro, cuando crezca, volverá a convertirse en un feroz perro capaz de atacarnos. ¿Qué quieres que hagamos con él? —protestó Triz.

—Mientras no sea un peligro se merece que lo cuidemos. Los perros peligrosos son solo temibles cuando tienen malos dueños. Si crece bien cuidado, estoy seguro de que puede sernos de ayuda.

—Si estás dispuesto a darle parte de tu comida y a encargarte de él, no tengo inconveniente en que se venga con nosotros —expresó Helen tras terminar de colocarse la mochila sobre los hombros.

—¡Perfecto! Nos lo llevamos. Creo que te voy a llamar Tricito, gruñes como Triz, pero en pequeño —bromeó Gare y, tras coger su mochila, cargó con el cachorro en brazos. El animal no opuso ninguna resistencia.

—¡Eh! ¿Y por qué no le llamas con tu diminutivo? —sugirió mosqueada Triz—. Tú también te pasas el día protestando.

—Porque Garito suena a bar de barrio —respondió. Los tres estallaron en carcajadas. Hasta el perro pareció sonreír con la ocurrencia—. Está bien, para que Triz no se enfade, te llamaremos Fulgor.

—Vaya nombre más raro que le has puesto.

—Chispa me sonaba a nombre de chica y resplandor me daba miedo por la película. ¿O prefieres que le siga llamando Tricito? —El coscorrón fue inevitable.

—Debemos dirigirnos al este —comunicó Helen tras tomar la cabeza de la expedición.

—¿Hacia allí indica la malaquita? —preguntó Triz.

No. La malaquita sigue marcando hacia el norte, pero no tardará en anochecer y solo nos da tiempo a llegar a Orgades. Un pequeño pueblo a las afueras de Cogar. Por la dirección que marca la malaquita creo saber a dónde nos dirigimos y vamos a necesitar comprar algunas provisiones y esperar a que vuelva a alumbrarnos Rigel. Así podré ver a mi amiga Kharisa.

Cuando Gare escuchó las palabras «pequeño pueblo» esperaba algo más de lo que finalmente se encontraron al llegar a Orgades. Aquello no se podía considerar ni pueblo. Cinco casas en total, distribuidas cuatro en las esquinas de un cuadrado invisible y la más grande en el centro de ambas diagonales.

—¿Qué tipo de bruja se aventuraría a vivir ahí? —cuestionó Triz cuando vieron Orgades a lo lejos. Las casas eran tan extrañas y el lugar tan poco acogedor que no entendía que hubiera alguien que viviera allí de forma voluntaria.

—Aquí no viven brujas. En realidad, solo en la casa del centro vive alguien de forma permanente, pero no es una bruja. Los demás habitantes de Orgades solo están de paso hacia Cogar.

—¡Vamos, que es el asilo de seres mágicos de Grawell! —exclamó Gare—. ¿Y quién vive en la casa central si no es una bruja?

—Una marthora[19] —respondió Helen—. Un ser mágico mitad pájaro, mitad mujer que predice el momento de tu muerte y te acompaña en tus últimos momentos para tranquilizarte —añadió al ver la cara de estupefacción con la que la miraba Gare.

—¿Es amable? —Fue lo primero que se le ocurrió preguntar—. Ya he tenido bastante con el enfrentamiento con Fulgor antes de que tuviera esta pinta tan adorable.

—¿Las mujeres pájaro no eran las harpías? —preguntó Triz. Tenía algún recuerdo de los cuentos que le habían contado de pequeña y el de aquellos seres no era muy agradable.

—Las harpías tienen cuerpo de pájaro y son bastante crueles. Las marthoras son adorables. Será un placer presentaros a Kharisa —repuso Helen.

Cuando cruzaron la línea que delimitaba el cuadrado imaginario de las viviendas a Gare le pareció imposible que aquel lugar fuera una especie de purgatorio hacia la muerte. Aquel sitio estaba lleno de vida, una vida que le asustaba y no llegaba a comprender, pero que correteaba entre las cuatro casas sin parar.

Seres diminutos, otros más grandes, criaturas que caminaban sobre ocho patas, otras que volaban sin alas de un lado a otro. Entre todo aquel ajetreo de seres le pareció ver una pareja de lutricampus. Iban el uno al lado del otro y no se separaban para nada. Eran como si la sombra de uno de ellos acompañara al otro a todas partes. Si se detenían, era para mirarse fijamente a los ojos y acariciarse el rostro con una de sus patas delanteras antes de volver a ponerse en marcha.

—Sigo pensando que es enfermizo —comentó al dirigirse a Triz.

—¿El qué?

—El amor que se profesan los lutricampus.

—A mí me parecen adorables. Es una pena que vayan a morir —repuso Triz.

—Joder, es verdad. No lo había pensado. Qué triste. Se les ve tan enamorados...

Helen llamó a la puerta de la casa central. Unos segundos más tarde esta se abrió de golpe.

—¡Hostias! —exclamó Gare sin poder disimular la sorpresa—. Perdón —añadió tapándose la boca, pero sin poder evitar que los ojos casi se le salieran de las órbitas del asombro. Hasta Fulgor estuvo a punto de caérsele de los brazos.

—¡Helen! Cuánto tiempo sin verte.

—No vives en un lugar que sea agradable de visitar. Me entenderás, ¿verdad? —replicó Helen y se acercó a quien les había abierto la puerta y la rodeó con sus brazos. La marthora correspondió al abrazo envolviendo el cuerpo de la bruja con sus enormes alas de color pardo.

Gare no podía dejar de mirarla. Cuando Helen le había dicho que las marthoras eran mitad pájaro mitad mujer, en su cabeza se había formado una imagen completamente distinta de la que tenía delante. Se la había imaginado como una especie de sirena con medio cuerpo de cada, pero no, la marthora tenía todo el cuerpo de mujer, delgada, con atractivas curvas, pero completamente cubierta de plumas. Lo único que diferenciaba su cuerpo del de una humana era que no tenía brazos, solo dos alas con las que había abrazado a Helen. Pero, pese al cuerpo cubierto de plumas, lo más llamativo de la marthora era su rostro. Enmarcado en su plumaje negro en esa zona y con unos llamativos ojos color miel.

—¿Quién te acompaña? —preguntó la marthora con una voz tan cálida como misteriosa.

—Son mi sobrina Triz y Gare, su amigo. Chicos, os presento a Kharisa.

—Encantado —saludó Gare y dio un paso hacia Kharisa atraído por el magnetismo que desprendía, pero de pronto se detuvo—. Disculpa, pero ¿cómo se hacen las presentaciones entre una marthora y un simple humano? No sé si darte dos besos. Lo de dar la mano queda descartado, eso seguro.

—Lo de los besos tampoco resulta muy recomendable —repuso Helen.

—Puedes hacer como Helen y darme un abrazo —respondió Kharisa y le esperó con sus alas abiertas.

Gare se sintió un poco incómodo al abrazarla. Pese al plumaje, el cuerpo de Kharisa parecía mostrarse desnudo. Claro que tampoco esperaba que un ser como aquel se pusiera un vestido o unos pantalones sobre sus plumas. Pese a la reticencia inicial, el abrazo le resultó acogedor. Las plumas de Kharisa eran suaves y cálidas.

—¿Qué os ha traído a mi casa? —interrogó Kharisa tras abrazar también a Triz y dejarles pasar al interior de su casa.

—Estamos buscando los sigilos mágicos. Imagino que sabrás que han desaparecido de la cueva de Ekabú y que todo Grawell corre peligro.

—Todo el mundo sabe lo de los sigilos. En estos días tengo más visitas que nunca. Hay muchos seres que acuden a verme porque temen morir pronto.

—Esperemos poder evitarlo —dijo Triz—. Ya hemos recuperado uno de ellos y, en cuanto vuelva a salir Rigel, iremos a intentar recuperar el segundo.

—Quien robó los sigilos escondió el primero de ellos en Cogar y necesitábamos un lugar donde pasar las horas de oscuridad antes de continuar el viaje. Estando tan cerca, se me ha ocurrido visitarte.

—No suelen venir muchas brujas aquí. Será un placer cobijaros

bajo mi techo el tiempo que necesitéis —accedió Kharisa con una sonrisa que iluminó su rostro.

—Solo necesitamos recuperar un poco las fuerzas después de bajar de Ekabú y de cruzar Cogar. Y, quizás, comprarte algún ingrediente para hechizos que podamos necesitar durante el viaje. Ningún lugar mejor que tu casa para encontrar alas de marje.

—No hace falta que me compréis nada. Será un placer ayudaros. Si no encontráis pronto los cuatro sigilos y los devolvéis al círculo, nada de lo que tengo en casa me será útil. Podéis coger todo lo que creáis que vais a necesitar.

—Muchas gracias —repuso Triz—. Intentaremos que todo vuelva a la normalidad cuanto antes.

Gare, desde que había entrado en la casa, no era capaz de articular palabra. No podía dejar de mirar a Kharisa y de asombrarse con su aspecto, pero, sobre todo, estaba hipnotizado por la calidez de su voz. Podría pasarse días escuchándola. La miraba como un hambriento mira a una tostada de pan recién hecha.

Mientras Triz y Helen recorrían la casa buscando los ingredientes que podían necesitar, él se había quedado quieto en medio de la casa sin dejar de observarla, aunque la marthora llevara un rato en silencio.

—¿Por qué me miras de ese modo? —preguntó al final Kharisa y sacó a Gare del trance.

—Disculpa. Este es uno de mis primeros contactos con la magia y con los seres mágicos y no dejo de sorprenderme con cada criatura que me encuentro.

—¿Y qué es lo que te sorprende de mí? —Quiso saber Kharisa y le sonrió. Al hacerlo, se acercó con paso cadencioso.

—Creo que acabaría antes si digo lo que no —empezó a decir Gare cuando consiguió que los nervios le dejaran hablar—. Lo que más me sorprende son tus ojos y la calidez de tu voz.

—¿Qué les pasa a mis ojos? —Kharisa estaba cada vez más cerca y hasta sus plumas parecían moverse insinuantes sobre su piel, como si quisieran acariciarlo.

—Nunca había visto unos de color amarillo. Sin embargo, aunque es un color que debería chocarme, en ti me parece que no podrían ser de otro modo.

—¿Y a mi voz? —La marthora estaba tan cerca que la última pregunta la hizo susurrante.

—Que no puedo dejar de escucharla...

—Acércate —murmuró Kharisa, a quien las palabras de Gare habían mitigado la sonrisa de sus labios—. Yo también quiero observar tus ojos de cerca.

Gare, atraído por un magnetismo que no había sentido hasta ese

momento, se aproximó a la marthora. Esta acarició su rostro con las plumas de una de sus alas y sus penetrantes ojos amarillos brillaron con intensidad.

—Tus ojos también son muy interesantes —musitó Kharisa casi al oído de un nervioso Gare, al que le temblaban hasta las manos.

La distancia entre el rostro de Kharisa y el suyo cada vez era menor y se sentía incapaz de moverse. Ella iba acortando la distancia sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Tampoco deseaba apartarse. Ni siquiera cerraba los ojos para no dejar de perderse en aquellos profundos ojos amarillos que le atraían como un oso a la miel.

—Creo que ya tenemos todo lo que necesitamos —anunció Helen al volver al salón. Su gesto alegre se tornó en preocupación al entrar —. ¿Todo bien aquí?

—Sí. Lo siento —respondió Kharisa. Se apartó de Gare antes de que sus labios llegaran a rozarse y se acercó a Helen—. De verdad que lo siento...

—Deberíamos comer algo —mencionó Triz a su regreso al salón. Llegó un poco más tarde que su tía y no presenció la escena que Helen se había encontrado al llegar—. Pronto tendremos que volver a ponernos en marcha.

—No te preocupes por eso. Tengo lo que necesitáis —dijo Kharisa mientras caminaba nerviosa—. Los frutos del manzano llorón os darán toda la energía que podáis necesitar.

—¿Cómo has dicho? —exclamó Triz incrédula.

—Los frutos del manzano llorón. Es un árbol de Orgades que da unas manzanas llenas de energía vital.

Triz recordó el sueño que había tenido la noche después de volver a dormir con Óscar, el sueño en el que se tuvo que meter en su frigorífico, y rememoró las palabras que le dijo el anciano: «Cuando tu amor marchite, siembra las semillas de la manzana que llora y riégalas con la sangre del Dios que no muere».

—¿Te importa si me quedo con las semillas? —preguntó inquieta. De pronto se había puesto nerviosa. Las palabras de aquel anciano parecían empezar a cobrar sentido y eso tampoco la ayudaba a serenarse. ¿Sería cierto que se estaba quedando sin tiempo y que pronto su destino estaría en Annwn?

—Por mí no hay problema, pero las semillas de ese árbol solo crecen en zonas donde hay mucha tristeza y dolor —repuso Kharisa y se perdió en una de las estancias. Helen fue tras ella, mientras que Triz y Gare se quedaban a solas en la otra habitación.

—¿Qué ocurre, Kharisa? ¿Por qué has estado a punto de besar a Gare?

—Lo he visto en sus ojos y sabes cuál es mi labor. No puedo evitarlo. De veras que lo siento.

—¿Estás segura?

—Me temo que sí.

—Algo se podrá hacer para evitarlo.

—Es probable, ya sabes que nada es inmutable, pero yo no puedo ayudarte.

Kharisa: La marthora

—29—

Sigilo del agua

Con el estómago lleno, con la sensación de tener energías para caminar tres días seguidos y con las semillas de las manzanas —en lugar de ser marrones como las de las manzanas en la Tierra, eran de color azul marino— guardadas en un pequeño saco de tela, se despidieron de Kharisa en cuanto amaneció, después de pasar una noche en vela relatando historias de Orgades. Al salir de su casa, algo no tardó en llamarle la atención a Gare. El lugar, que el día anterior se mostraba ajetreado y lleno de seres, estaba vacío. No había ninguna criatura caminando entre las casas.

—¿Dónde han ido todos? —preguntó sorprendido.

—A Cogar. Quienes vienen a verme no suelen quedarse, por desgracia, mucho tiempo. Estoy acostumbrada a las despedidas tristes —respondió, con voz apagada, Kharisa.

Pese a su melancólico tono de voz, a Gare le seguía pareciendo lo mejor que había oído nunca. Sintió pena por la pobre marthora, tan amable y cariñosa con todo el que la visitaba y tan sola. Tener que despedirse cada día de todos aquellos a los que conocía tenía que ser muy triste y, sin embargo, no dejaba de sonreír con aquella sonrisa cálida y misteriosa.

La malaquita seguía indicando hacia el norte y hacia allí se dirigieron en paralelo a Cogar, sin volver a adentrarse en el desierto de los susurros. Encabezaba la expedición Fulgor, que correteaba alegre sobre la hierba y gruñía cada vez que se cruzaba con algún animal. Tras él, caminaban Triz y Gare, que se entretenían observando al cachorro; unos pasos más atrás, caminaba pensativa Helen. Las

palabras de Kharisa la preocupaban.

—¿Qué nos vamos a encontrar más al norte? —preguntó Gare tras una hora de caminata.

—El río Yhemura.

—¿Ese no es el riachuelo que pasa por Dumbsilly? —interpeló Triz.

—El mismo, pero aquí en el norte tiene mucho más caudal. Estamos cerca de su desembocadura.

—Espera, ¿vamos a tener que encontrar el sigilo del agua en el mar? Eso sería como buscar una aguja en un pajar —exclamó Gare.

—Peor aún, será como buscar una aguja entre un millón de agujas.

—¡De puta madre! —protestó Gare—. Y encima será peligroso y se nos hará de noche en cuanto lleguemos. Esto de que los días duren doce horas y la luz solo siete es muy, pero que muy, estresante.

—Contamos con dos ventajas —comentó Helen—. Tenemos la energía de la malaquita, que nos mostrará dónde se detuvo quien robó los sigilos, y, si se comporta como la vez anterior, habrá dejado a algún ser protegiéndolo.

—Cuando dices un ser no te referirás a un unicornio tan blandito que me quiero morir, ¿verdad? —preguntó Gare con toda la ironía que fue capaz de expresar.

—Me temo que no, pero ya estamos llegando a Yhemura. No tardaremos en descubrir qué sorpresa nos depara.

El rumor del agua les anunció que habían llegado a su destino. Triz se sorprendió al descubrir el caudal de agua que llevaba. No se parecía en nada al pequeño riachuelo de Dumbsilly.

—¿Cómo se supone que vamos a cruzar? No veo ningún puente por aquí —observó.

—No vamos a cruzarlo. Vamos a navegarlo —replicó Helen.

—¿Navegar? ¿Os he dicho que me mareo en el agua? —protestó Gare.

—Parece mentira siendo lo único que bebes —bromeó Triz en un intento de recuperar el buen ánimo en la expedición.

—Y creo que por ese mismo motivo se venga cada vez que me acerco. Intenta recuperar la parte que me he bebido todos estos años —respondió Gare a quien, ya solo de ver tanta agua, se le estaba tintando de verde la cara.

—No te preocupes por el mareo. De eso me encargo yo —dijo Helen.

—No me digas que llevas biodramina en la mochila.

—Mejor. Excremento de lutricampus.

—¿Excremento? ¡No pretenderás que me coma las cagadas de esos animalitos! —exclamó contrariado Gare.

—¿Quién ha dicho que tengas que comerlas? —preguntó Helen con una sonrisa que delataba un pensamiento malicioso que Gare no supo ver.

—¡Ah, bueno! Eso es otra cosa.

—Tienes que frotarte los oídos con ella.

—Para qué hablaré... —repuso Gare—. ¿Y el tema de navegar por el río? ¿Cómo lo vamos a solucionar? ¿También tienes un barco en la mochila? ¿Qué es, el bolso de Doraemon? —preguntó con cara de asco mientras se frotaba dos pelotillas de excremento por las orejas rememorando unos dibujos de su infancia. Triz se sujetaba la tripa de tanto reírse.

—Para eso tenemos las alas de marje que cogimos en casa de Kharisa.

—No sé tú, pero no creo que mi peso sea de pluma, precisamente.

—Las alas de marje, además de flotar en el agua, tienen la capacidad de aumentar de tamaño. Son unos seres que pueden hacerse tan grandes como necesiten para protegerse de sus depredadores.

—¡No me lo digas! Las alas de marje son como los pantalones de Hulk, que da igual lo que el tío crezca que siempre resisten abrochados a su cintura.

—Ya salió otra vez a relucir tu alma friki —protestó Triz.

—Es parte de mi encanto personal.

—Algo así —repuso Helen. Empezaba a entender por qué a su sobrina le gustaba aquel chico. Era noble, dispuesto a arriesgarse por ella y tenía un sentido del humor bastante particular.

Sacó un puñado de alas de uno de los bolsillos y las arrojó al agua. Después esperó a que empezaran a girar sobre sí mismas cada vez a más velocidad, hasta que se formaron dos pequeños remolinos a su alrededor. Cuanta más velocidad cogían, más grandes parecían verse. Al final, se hicieron tan grandes que ambos remolinos se vieron atraídos por la fuerza del otro y terminaron convirtiéndose en uno solo y enorme. Cuando las aguas se tranquilizaron, sobre ellas había una especie de barca en la que podrían subirse los tres y el cachorro de canignis.

—¿Y cómo vamos a navegar? No veo velas ni remos —repuso Gare, siempre buscando el lado negativo de las circunstancias.

—Las alas de marje se orientan con el viento. Ellas mismas son la mejor vela que puedes encontrar —replicó Helen—. Solo tenemos que dejarnos llevar.

Al menos, las aguas iban tranquilas y parecía que los excrementos en las orejas estaban haciendo efecto —por suerte, sin oler mal—. Gare no se estaba mareando y disfrutaba del paseo. El paisaje que rodeaba el río era precioso, lleno de vegetación y de sonidos. Se sentía como un expedicionario surcando el río Amazonas, antes de que la

humanidad lo hubiera destruido y la tormenta solar hubiera terminado por secarlo. Era como el protagonista de uno de esos videojuegos a los que tanto le gustaba jugar, como si hubiera vuelto al mundo virtual, pero ahora con Triz a su lado.

—Nos estamos acercando —anunció Helen al notar como la malaquita volvía a volverse loca dentro de la caja—. Afinar la vista, a ver si vemos algo.

Salvo agua, no divisaron nada a su alrededor que les llamara la atención. Gare se asomó por el borde de la barca para mirar las aguas más cercanas. Estas eran claras, cristalinas y se podía ver el fondo del cauce, pero en los primeros minutos no observó nada llamativo. Luego se dio cuenta del problema. No había visto nada, absolutamente nada.

—¿En Grawell no tenéis peces? —preguntó—. Llevo más de cinco minutos mirando el fondo del río y no he visto ninguno. Nada —añadió mientras tocaba la superficie la punta de los dedos.

—¡Mete las manos en la barca! —bramó Helen. Gare obedeció por impulso—. ¡Hay Lantrinidas[20]!

—Me lo dices como si tuviera que saberlo. ¡¿Qué coño es una lantrinida?!

—Pirañas de cristal.

—Joder, ¿no hay nada bueno en Grawell? —espetó Gare y retrocedió a trompicones hasta el centro de la barca.

Fulgor se puso nervioso, se acercó al borde de la embarcación y se puso a ladrar. Las lantrinidas estaban cerca.

—Ven aquí, valiente —dijo Triz. Lo agarró por las patas traseras y se lo llevó con ella.

—¿No preferías dejarlo a su suerte en Cogar? —preguntó Gare al ver como Triz protegía a Fulgor en su regazo.

—Digamos que, si le pasa algo, prefiero no tener que verlo —respondió ella, que, pese a sus reticencias iniciales, estaba cogiendo cariño al cachorro.

Como niños asustadizos en una casa del terror, sin saber por dónde les va a venir el susto, Triz y Gare no dejaban de mirar a su alrededor. Helen, mientras tanto, buscaba algo en una de las mochilas.

—¿Sabéis quién de nosotros llevaba la semillas de eucalipto arcoíris[21]?

—¿Son unas semillas de color crema guardadas en un sobre hermético? Están en el bolsillo izquierdo de mi mochila —dijo Triz—. Creo recordar haberlas visto al guardar las semillas de manzana llorona.

Helen se puso a buscar y respiró aliviada al encontrar los dos paquetes herméticos que buscaba.

—Coged estas semillas. Cuando os lo diga, arrojadlas al agua. Si veis a las lantrinidas, mirad en dónde se concentran. Seguramente

estén protegiendo el sigilo del agua.

—¿Y cómo vamos a atacarlas?

—Las alejaremos del sigilo y lo recuperaremos. Ahora preparaos. Haré que las semillas de eucalipto arcoíris germinen.

—¡Ya entiendo! Vamos a dar de comer a las pirañas las semillas del eucalipto arcoíris y, cuando empiecen a crecer dentro de ellas, mostrarán sus llamativos colores y nos permitirán distinguirlas en el agua —repuso Triz.

Helen realizó el conjuro y los tres arrojaron las semillas al agua. Por unos segundos, se quedaron flotando sobre el río, pero poco a poco fueron hundiéndose, cada vez a mayor velocidad, como si fueran arrastradas por una fuerte corriente. Con la magia de Helen, no tardaron en germinar y en empezar a crecer. Los lomos de las lantrinidas empezaron a teñirse de colores naranja, púrpura o verde.

—¡Están todas en círculo! —exclamó Triz sin atreverse a asomarse del todo desde la barca—. Creo que tienes razón y protegen el sigilo del agua.

—Perdonad si parezco estúpido, pero ¿cómo vamos a sacar un sigilo de agua del agua? —inquirió Gare.

—Congelándolo —respondió Helen—. Pero tendrás que hacerlo tú, Triz.

—¿Yo? Nunca he usado un conjuro de ese tipo. ¿Por qué yo?

—Porque yo tengo que alejar a las lantrínidas y Gare tendrá que sacar el sigilo del agua.

—¿Que yo tengo que hacer qué? Una mierda. ¡Tú estás loca! —protestó Gare, al que ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de tener que echarse al agua.

—¿Prefieres hacer de carnaza para las lantrinidas? —propuso Helen.

—Emm, no, mejor no.

—Entonces deja de protestar y hazme caso. Yo alejaré a las lantrinidas del sigilo, Triz lo congelará y tú saltarás al agua y lo subirás a la barca antes de que vuelvan. ¿Entendido?

—¿Y si no me sale bien el hechizo?

—Procura que te salga bien y rápido, porque soy buena nadadora, pero las lantrinidas son más rápidas que yo.

Helen no se lo pensó más tiempo. Se quitó los pantalones y la camisa que llevaba y en ropa interior se lanzó al agua de cabeza. Intentando chapotear al máximo con los pies para levantar agua y llamar la atención de las lantrinidas, nadó lo más rápido que pudo hacia el lado opuesto de donde las pirañas de cristal protegían el sigilo. Las lantrinidas, al sentir las vibraciones en el agua, se alinearon en su dirección y se dirigieron hacia allí como un banco de peces hambrientos ante un puñado de gusanos.

Gare pudo ver como todas, cada una de un llamativo color, cruzaban por debajo de la barca con sus fauces abiertas dispuestas a asestar bocados en cuanto dieran alcance a Helen. Mientras las veía pasar, se fue quitando la ropa, aunque con menos decisión que la que había mostrado Helen. Al hacerlo descubrió en uno de sus bolsillos el frasco que le habían regalado las brujas de Dumbsilly. No se lo podía haber encontrado en mejor momento. Si le iba a morder una piraña, al menos que tuviera la piel dura. Sin pensarlo dos veces apuró el contenido del frasco de un solo trago. Para su sorpresa tenía muy buen sabor.

—Ni siquiera sé si voy a ser capaz de sumergirme —dijo tras asomarse a mirar el agua. Había demasiada profundidad.

—No me descentres —repuso Triz—. Tengo que darme prisa.

Sin tiempo que perder, viendo como las lantrinidas ganaban terreno con rapidez a su tía, Triz cerró los ojos y se concentró en un hechizo que nunca había conjurado, pero que conocía porque estaba en el libro de las sombras que tantas veces había leído. Extendió los brazos y murmuró las palabras un tanto dubitativa. Cuando abrió de nuevo los ojos esperando que el hechizo hubiera surtido efecto, se encontró con que nada había cambiado.

—¡Mierda! —maldijo a la vez que lanzaba una mirada desesperada a su tía con las esperanza de que esta estuviera recuperando ventaja, pero no era así.

Se volvió a concentrar y, esta vez, llevada por la necesidad más que la seguridad de lo que estaba haciendo, pronunció las palabras con más convicción.

Bajo la superficie del río, a unos centímetros del fondo, el agua empezó a tornarse de color blanco. Estaba empezando a congelarse alrededor de algo. Cuanto más volumen de agua se congelaba mejor se podía distinguir el sigilo sagrado.

—¡Ahora, Gare! —ordenó Triz cuando el agua terminó de helarse y mostró el sigilo entero.

—¿No puedes hacerlo tú? Yo no estoy seguro de saber bucear. No es fácil sumergir cien kilos de carne y hueso.

—¡Yo tengo que mantener el hechizo! ¡Tírate al agua, ya! —bramó Triz con los brazos todavía extendidos.

Gare obedeció. Era el único que podía recuperar el sigilo del fondo del río y era una buena oportunidad de demostrarle a Triz que le necesitaba, pero en un primer intento ni siquiera consiguió hundir el culo bajo el agua. Su cuerpo era más adecuado para mantenerlo a flote que para hundirlo.

—¡Cógelo! ¡Mi tía ya no va a poder aguantar mucho más! —gritó Triz con voz desesperada.

Gare hizo una segunda tentativa. Varias de las lantrinidas, al

sentir sus chapoteos en el agua, detuvieron su ataque contra Helen y se giraron hacia él. Por suerte, él no las vio, porque, de haberlo hecho, el ataque de ansiedad que le hubiera producido no le habría permitido conseguir sumergirse.

Pero finalmente lo consiguió. No fue mucho, pero sí lo suficiente como para alcanzar con los dedos la parte superior del sigilo congelado y arrastrarlo con él hacia la superficie. Sin embargo, el sigilo era más pesado de lo que se imaginaba, tiraba de él hacia el fondo y el frío amenazaba con quemarle, otra vez, la yema de los dedos.

No sin esfuerzo consiguió subirlo hasta la superficie, pero tenía que agarrarlo con fuerza con un brazo para que no volviera a hundirse y tenía que nadar ayudándose solo de una mano. El frío le hacía tiritar.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —exclamó Triz.

—¡Te juro que hago lo que puedo! —repuso Gare con cierta rabia en su mirada.

—¡Un grupo de lantrinidas viene hacia ti! —gritó Triz y alargó los brazos para intentar ayudar a Gare.

La cercana amenaza le hizo olvidarse del frío. Braceó todo lo que pudo con un solo brazo. Unos eternos segundos más tarde consiguió acercar lo suficiente el sigilo como para que Triz lo cogiera y lo depositara en el interior. Usando las dos manos para poder alcanzar el borde de la barca, Gare intentó encaramarse, pero falló en su primer intento. Era como si el agua estuviera agarrándole de las piernas para impedirle salir. En ese momento, la más rápida de las lantrinidas llegó hasta la barca, a un metro y medio escaso de las piernas de Gare.

Hambrienta, movió su cola con furia y, con las fauces preparadas para asestar un buen bocado, se lanzó hacia su presa segura de darle alcance. Cerró la boca con tanta fuerza que sus dientes se quebraron cuando atraparon la pierna de Gare. Triz le ayudó a subir a la barca con el animal todavía aferrado a su pierna. Fulgor empezó a ladrar y a dar mordiscos a la lantrinida de color anaranjado que, viéndose atacada, soltó su presa. De un sonoro puntapié, Triz la hizo regresar al agua partida en pedazos.

—¿Estás bien? —preguntó mientras miraba asombrada la pierna de Gare. No parecía tener ninguna marca del ataque.

—Sí, tranquila, estoy bien. Recuérdame, si volvemos a Dumbsilly, que le dé las gracias a Jane. Si no llega a ser por su poción, me hubiera quedado sin pierna.

—¿Conociste a Jane? —preguntó Triz.

—Sí. Dormí en su casa hasta que llegó tu mensaje desde Etrazen.

Pero la angustiosa situación no había terminado. Helen seguía nadando intentando mantenerse fuera del alcance de las hambrientas

lantrinidas, pero empezaba a cansarse. Había aprovechado que los ahora coloridos peces la perseguían en grupo para intentar nadar en curva y ahora ya estaba regresando hacia la barca con ellos a su espalda. Pero el grupo de pirañas que se había decidido por atacar a Gare ahora le cerraban el paso.

—¡Cuidado! ¡Hay un grupo de lantrinidas frente a ti! —vociferó Triz para avisarla.

—¿Tenéis el sigilo? —gritó Helen desde el agua.

—¡Sí! Lo tenemos.

—Entonces, problema resuelto —dijo Helen aliviada.

Cerró los ojos, se concentró y murmuró una serie de palabras y, de pronto, empezó a elevarse saliendo del agua y flotando en el aire. Las lantrinidas, que ya casi la tenían a su alcance, empezaron a saltar del agua intentando morderla y, aunque en los primeros intentos estuvieron a punto de conseguirlo y llegaron a rozarla en una de las piernas, Helen siguió elevándose y no pudieron darle alcance.

—¡No me jodas! —exclamó Gare—. ¡Tu tía puede volar como Supergirl!

Helen sobrevoló la barca y, poco a poco, descendió sobre ella mientras las lantrinidas seguían intentando saltar del agua, pero sin suficiente capacidad como para alcanzar los límites de la embarcación.

—Si podías volar, ¿por qué no lo hiciste antes? —preguntó Gare.

—¿Y de qué hubiera servido? Si las lantrinidas no me hubieran sentido en el agua, no hubieran abandonado el sigilo. Hasta que no me habéis confirmado que lo teníamos, no podía dejar de nadar.

—¿Y ahora dónde vamos? ¿Dónde está el tercer sigilo?

—La malaquita sigue marcando hacia el mar. Creo que nos dirigimos a Vulkafer, la isla de Grawell. Para llegar tenemos un largo camino todavía. Esta noche nos va a tocar dormir por turnos en la barca. Pero primero tenemos que guardar el segundo sigilo y protegerlo para que no se derrita el hielo.

Sigilo de agua.

—30—

Inquietos despertares

Triz se alegró de ver las costas de Vulkafer. Tras haber pasado la noche durmiendo por turnos en la incómoda barca y navegar durante horas por el ritmo marcado debido al escaso viento —había llegado a ser tan desesperante que estuvo tentada varias veces de intentar remar con los brazos, pero no lo había hecho por si el agua ocultaba alguna otra sorpresa desagradable—, llegar a la costa había supuesto para ella todo un alivio. Solo pensar en que tendrían que regresar cuando recuperaran el tercer sigilo ya le estaba poniendo de mal humor.

—¿Hacia dónde tenemos que ir ahora? —preguntó cuando Helen y Gare terminaron de atar la barca de plumas de marje a la costa.

—Hacia ningún lado —replicó Helen—. Lo mejor que podemos

hacer es recuperar fuerzas, preparar un pequeño campamento antes de que caiga la noche y descansar. Vulkafer nos depara sorpresas y no es plan de enfrentarnos a ellas agotados y entumecidos por el viaje en barco.

—¡Pero no podemos perder tiempo! Cada vez nos queda menos para que Rigel atraiga a Grawell sin remedio. Deberíamos ponernos en marcha de inmediato —protestó Triz.

—Es cierto que no tenemos mucho tiempo, pero tampoco vamos a solucionar nada si nuestro próximo reto no lo superamos por estar cansadas, ¿no crees? Gare que se encargue de hacer fuego y tú ve acondicionando un sitio donde podamos dormir los tres lo más cómodos posible. Tengo contracturados todos los músculos de tumbarme en el fondo del barco. Voy a echar un vistazo a los alrededores y así estiro un poco las piernas. Solo una cosa: no os adentréis en la hierba negra.

Sin ganas de discutir, ambos obedecieron. Gare se fue a buscar ramas secas con las que poder encender una hoguera, asegurándose de recoger solo aquellas que estuvieran en la playa sin adentrarse en la hierba. Si algo había aprendido de su experiencia con las lantrinidas, era a hacer caso a Helen. Triz se fue a buscar un lugar donde colocar los sacos de dormir para refugiarse por la noche.

Mientras lo hacía, su cabeza empezó a darle vueltas. Había estado tan ocupada y preocupada con todo el asunto de los sigilos y del viaje que no había tenido tiempo de pararse a pensar en sí misma. Llevaba varios días fuera de casa y tanto Óscar como las niñas estarían preocupados por su ausencia. Lo mismo que Nara, que ahora estaría inquieta con dos cuerpos escondidos en su patio trasero. Como a la NPVN le diera por hacer una inspección, su amiga iba a tener un problema y ellos se iban a quedar sin cuerpos a los que poder regresar.

Durante aquellos días había pensado varias veces en sus hijas, pero era la primera vez que se preocupaba por Óscar. En realidad, lo hacía por las explicaciones que iba a tener que darle a la vuelta, pero no lo estaba echando de menos. La última discusión con él, antes de tener que marchase, le había dolido tanto que no había vuelto a querer recordarla. Él había vuelto a mirarla como si estuviera loca. Era lo que menos soportaba de él. Esa mirada, que la tratara como si fuese una paciente de un psiquiátrico. Nunca se había molestado en entenderla. Solo era comprensivo y cariñoso cuando ella no daba problemas. En cuanto tenía que elegir de qué lado ponerse, siempre se decantaba por el opuesto al suyo. Todo lo contrario que Gare, que se empeñaba en estar a su lado, aunque ella lo rechazara una y otra vez.

Por mucho que lo intentara no podía negarlo. Su tía tenía razón desde el primer día. Aunque había intentado negárselo a sí misma, por mucho que había intentado apartarle de su lado y no pensar en él,

quería a Gare. Desde que una corriente eléctrica le recorrió la espalda la primera vez que volvieron a abrazarse. Su forma de preocuparse por ella, de ponerse en peligro —no había dudado en enfrentarse a Cristian la primera vez y, pese al catastrófico resultado que acabó con él en un hospital, no había dudado en saltar delante de un canignis gris enorme y en llamas, aun con el riesgo de terminar abrasado—, pero, sobre todo, lo que le había hecho enamorarse de él era esa confianza ciega que le había demostrado. Había creído en ella desde el primer momento y había estado dispuesto a acompañarla en cada una de sus locuras de bruja sin dudar. Esa confianza ciega era lo que más la atraía. Saber que, pasara lo que pasara, tuviera que enfrentarse a lo que tuviera que enfrentarse, iba a estar con ella sin dudar de su cordura y sin ponerle pegas. Nadie se había comportado así con ella y le había demostrado sus sentimientos de esa manera. Gare nunca la miraba como si estuviera loca, solo la miraba como si él estuviera loco por ella. Y solo se lo había correspondido con desplantes.

En ese momento, sintió angustia, una desazón recorriendo su columna vertebral. Gare le había demostrado sus sentimientos en varias ocasiones, incluso había estado a punto de verbalizarlos —y lo hubiera logrado si la anestesia no le hubiera traicionado en el último momento— y ella, sin embargo, jamás le había demostrado lo que sentía. Sí, había coqueteado un par de veces, se lo había insinuado en un par de ocasiones —como cuando le besó en el hospital—, pero nunca se lo había demostrado, ni dicho. ¿Y si Alana tenía razón y algo malo le iba a pasar a Gare en aquella aventura? ¿Se perdonaría no habérselo dicho nunca? Estaba segura de que se arrepentiría para siempre.

Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que a Gare le pasara algo, pero ya había estado en peligro en Ekabú, en Cogar y en Yhemura, atacado por las lantrinidas, y no estaba segura de poder evitar todos los peligros que se cernían sobre ellos en Vulkafer y en el resto de su aventura. ¿Y si sus sueños se hacían realidad antes de lo que pensaba? ¿Y si se quedaban sin tiempo y Grawell era empujado por el aliento de la Nebulosa de Cabeza de Bruja hasta arder en llamas en Rigel antes de que ambos pudieran terminar de recuperar los sigilos?

A veces creemos que siempre estamos a tiempo de actuar y, para cuando queremos darnos cuenta, se nos ha escurrido entre los dedos y ya no nos es posible. Triz sintió la necesidad de decirle a Gare lo que sentía. No sabía si aquello estaba bien, si era lo adecuado o cómo iba a reaccionar, pero de lo que estaba segura era de que no quería quedarse sin tiempo para decírselo. Aunque tampoco sabía qué palabras usar o cómo expresarlo. No era muy dada a exteriorizar sus sentimientos.

En esos momentos, llegaba Gare cargado con un buen puñado de ramas secas. Su tía todavía no había regresado. Era la primera vez que estaban a solas desde la ya lejana tarde en el hospital.

—¿Dónde las pongo? —preguntó Gare. Triz ni escuchó la pregunta. Al verlo sintió el mismo impulso que aquel día.

Sin decirle nada se acercó a él, hizo que soltara las ramas y antes de que pudiera pronunciar palabra, lo besó. Un beso cálido, intenso, húmedo. Un beso que contenía todos los momentos vividos y todas las emociones y sentimientos guardados.

Gare tardó un par de segundos en reaccionar, pero, cuando lo hizo, la abrazó por la cintura con tanta fuerza que parecía querer fusionarse con ella mientras seguían besándose.

El beso, que ya nació pasional, no perdía intensidad con el tiempo. Como las tormentas tropicales que se fortalecen en el mar hasta convertirse en huracán, ambos lo alimentaban con su deseo. Solo las limitaciones humanas pudieron ponerle fin cuando Triz tuvo la necesidad de recuperar el aliento.

—¿A qué ha venido esto? —inquirió Gare todavía sorprendido y boqueando—. No es que me moleste, pero no me lo esperaba.

—En Aisling, Cristian se mofó de ti porque habías estado años sin decirme nunca lo que sentías por mí. La verdad, no quiero que me pase lo mismo. No quiero que el tiempo se nos acabe y quedarme con estos sentimientos dentro de mí hasta que se pudran por no airearlos, por no dejarlos salir.

—Con todas las veces que te has enfadado conmigo, ¿ahora me estás queriendo decir que me quieres?

—Te estoy queriendo decir que te calles, que no digas nada que pueda estropearlo y que me vuelvas a besar —repuso Triz.

Por primera vez en mucho tiempo, ambos estaban de acuerdo. Sus labios volvieron a juntarse, sus alientos a mezclarse y sus lenguas a batallar en el interior de sus bocas.

Triz sentía como la pasión de aquel beso no solo se apoderaba de sus labios, también de sus sentidos, hasta de sus pensamientos. Le dejó de importar el dónde, el cómo y si aquel era el cuándo y se dejó llevar por sus deseos e instintos. Metió sus manos por debajo de la camiseta que llevaba Gare puesta y la levantó para despojarle de ella. Después continuó besándole explorando cada centímetro de piel expuesto mientras ella misma se iba desabrochando su blusa.

Gare no abrió la boca, pero Triz pudo ver en su mirada todo lo que tenía que decirle. Sus ojos brillaban con una intensidad que no había visto nunca antes y en ese brillo pudo ver la pasión, el deseo y todos sus sentimientos a flor de piel.

No pasó mucho tiempo hasta que ambos terminaron en ropa interior tumbados sobre los sacos de dormir que Triz había colocado

en el suelo, luchando en una batalla sin vencedores ni vencidos por saber quién de los dos terminaba colocándose sobre el cuerpo del otro.

Se besaban, se mordían con suavidad, se acariciaban despacio y sonreían. Cuando sus cuerpos ya sudaban y sus bocas jadeantes pedían ir más allá, Triz dejó de presentar batalla y dejó que fuera él quien empezara a recorrer su cuerpo con sus labios mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar por las placenteras sensaciones que le recorrían el cuerpo.

Era tanto el deseo contenido, tanta la pasión reprimida hasta ese momento, que Triz no aguantó mucho tiempo sintiendo los besos de Gare recorriéndola sin desear tomar el control.

Lo desnudó por completo y se sentó sobre su regazo mientras observaba divertida el brillo de la pasión en sus ojos suplicantes. Sin poder controlar el deseo que sentía, empezó a mover sus caderas hasta que su garganta convirtió cada aliento, cada respiración, en un jadeo de placer.

—Triz... Triz... —jadeaba Gare con cada suave movimiento de su cadera. Que él no dejara de mencionar su nombre, aumentaba su deseo. Hacía mucho tiempo que no se había sentido así, que no había deseado tanto perder el control como lo estaba haciendo en ese instante.

—¡Triz! ¡Triz!

Fulgor: Canignis gris tras ser reducido por la antivela.

—31—

Sigilo de tierra

Triz despertó sobresaltada. Quien la llamaba por su nombre era su tía. Aún era de noche, no habían llegado a Vulkafer y Helen la estaba zarandeando por uno de sus hombros.

—¿Estás bien?

Antes de dar una respuesta, intentó situarse. Se había quedado dormida, junto a Gare, en el suelo de la barca, mientras su tía se había ofrecido voluntaria para hacer el primer turno de guardia. Por segunda vez, al quedarse dormida, se había abrazado a él. Y esta vez, además, había tenido un sueño demasiado vívido.

—Sí. Estoy bien. ¿Ya es mi turno? —preguntó, se puso en pie e intentó desviar la conversación.

—Conmigo no hace falta que disimules, cielo, que yo también soy mujer y también he tenido a veces sueños como el que acabas de tener.

—¿Y para qué me despiertas? —protestó Triz.

—Pensé que era una de tus pesadillas, pero te han delatado los colores de tus mejillas y tu reacción de vergüenza —contestó Helen.

—¿Y si no ha sido un sueño? ¿Y si ha sido una de mis premoniciones?

—Sería la primera vez que tienes una visión que no es una pesadilla. ¿No crees?

—No estaría tan segura —repuso Triz mientras señalaba a Gare—. Mira cómo duerme. Acabo de tener un sueño erótico abrazada a él y ni se ha enterado.

—¿Y prefieres que siga sin enterarse o te hubiera gustado más que se enterara de tus deseos?

—¡Mejor le dejamos dormir! —exclamó Triz—. Lo que no sé es lo que voy a hacer cuando regresemos a casa...

—Cada cosa a su tiempo. No te puedes preocupar por un sueño. Cuando vuelvas a casa verás todo más claro. Ahora te toca hacer guardia —dijo Helen—. Y, si me permites, ya que no pude darte consejos de mujer antes, hazme caso y habla con Gare. Los sentimientos son como las plantas, si no se les deja respirar, se terminan marchitando.

Helen se acostó en el suelo y dejó a Triz pensativa y todavía acalorada. Las palabras que le había dicho su tía le habían recordado a las que ella misma se había dicho en el sueño. Intentó calmarse echándose agua en la nuca sin preocuparse siquiera por si había algo en el río oculto en la oscuridad. Cogió la caja de ébano con la malaquita en la mano y se quedó mirando a Fulgor, que estaba acurrucado en una esquina.

El olor a mar, el brillo de un firmamento lleno de estrellas tan distinto al que estaba acostumbrada a ver desde el balcón de su casa y el suave sonido de la noche la ayudaron a serenarse. Incluso llegó a sonreír al recordar el sueño que había tenido y se planteó la posibilidad de contárselo a Gare, solo por ver qué cara ponía. Seguro que le pillaba por sorpresa. En su cabeza, la idea parecía divertida y se imaginaba contándoselo y disfrutando de ponerle nervioso, aunque sabía que después no se iba a atrever a hacerlo.

Estuvo pensando y fantaseando durante un largo rato. Tanto que se le pasaron las horas sin darse cuenta y se olvidó de despertarle para que hiciera su turno de guardia. Se dio cuenta del tiempo transcurrido cuando vio las primeras luces del amanecer en el horizonte y se quedó embobada observándolo. Se plantearía quedarse a vivir en aquel lugar si pudiera llevar a sus hijas y si no fuera por la velocidad del transcurso entre el día y la noche.

—¿Por qué no me has despertado?

—¡Dios! ¿No sabes avisar? —protestó Triz. La voz de Gare a su espalda la había asustado y había estado a punto de dejar caer la caja de ébano con la malaquita por la borda.

—¿Qué quieres? ¿Que me levante silbando?

—Ya es la segunda vez que me asustas.

—No era mi intención. ¿Por qué no me despertaste? La última hora me tocaba a mí estar de guardia.

—Necesitaba pensar.

—¿En qué? ¿En salvar el mundo?

—¿No te parece increíble que alguien esté dispuesto a hacer desaparecer este lugar?

—La verdad es que el amanecer es la segunda cosa más bonita que he visto al despertarme —respondió Gare.

—Pero mira que eres moñas a veces —replicó Triz mientras hacía gestos de desaprobación.

—No pensarás que lo decía por ti, ¿verdad? —repuso Gare—. Lo decía por Fulgor. Mira qué cara más bonita tiene mientras duerme.

—¿Fulgor? ¿En serio? —exclamó Triz. Se cruzó de brazos y regresó su mirada al mar.

—A ver si te aclaras. Si te lo digo a ti, me llamas moñas y, si no lo hago, te mosqueas —dijo Gare mientras se colocaba a su lado.

—Forma parte de mi manera de ser. Si quieres seguir estando conmigo tendrás que acostumbrarte —objetó Triz, pero al hacerlo puso su mano sobre la de Gare.

Helen no tardó en despertarse. Comieron algo y vislumbraron las costas de Vulkafer con la luz ya en lo alto del cielo. Al verlo, Gare se puso en pie de un salto y estuvo a punto de hacer volcar la embarcación.

—¡No hay un puñetero sitio normal en Grawell! —exclamó al ver la orografía de la isla a la que se dirigían.

—Estás en tierra de brujas. ¿Qué esperabas? —rio Helen al ver su asombro.

—¡Joder, que la isla tiene forma de gato negro!

—Hay leyendas sobre nosotras que tienen bastante fundamento. Una de ellas es la de que nos hacemos acompañar por un gato negro, aunque los motivos por los que lo hacemos distan bastante de lo que se ha escrito sobre el tema.

—¿Los gatos negros no traen mala suerte?

—Si trajeran mala suerte, ¿crees que las brujas, que se nos llama así por dedicarnos al conocimiento, nos haríamos acompañar por uno?

—En alguna de las películas que me gustaba ver, se decía que daban mala suerte o que eran familiares de las brujas reencarnados.

—Otro error sin fundamento. Las brujas no podemos reencarnarnos en ningún sitio que no sea nuestro propio cuerpo. Si pudiéramos hacerlo, no me habría separado de Triz cuando todavía era una niña. Me habría reencarnado en gato si fuera tan fácil.

—¿Entonces por qué os acompañáis de gatos negros?

—Son independientes, elegantes, fuertes, diestros y astutos, como nosotras. Ahuyentan alimañas, roedores y protegen nuestra casa de malos espíritus. ¿Has visto alguna vez a un gato peleando contra el aire?

—Sí. Parece que se han vuelto locos o que ven algo que nosotros no podemos.

—Casi siempre es lo segundo. Los gatos perciben lo que nosotros no. Por eso siempre nos gusta tener uno cerca.

—Gracias a ti, a partir de ahora cuando vea un gato peleando solo, me voy a acojonar vivo... ¿Y por qué de color negro?

—Porque los blancos, marrones o grises no os asustaban igual.

—¿En serio?

—En serio. A las brujas el color de los gatos nos da exactamente igual. Son todos poderosos, pero generaciones de brujas perseguidas nos hicieron ver que los gatos negros os infundían un mayor respeto. Los acusabais de ser portadores de malos augurios, de enfermedades, incluso de ser la encarnación del diablo. ¡Pobres animalitos! Si el «diablo», como lo llamáis, quiere encarnarse, siempre elige la forma humana para hacerlo. Es la que más se asemeja a su forma de ser.

—¿Has querido decir que el diablo existe?

—¡Claro, tonto!

—Joder, pensaba que nos enfrentábamos a una bruja malvada o un brujo sin escrúpulos, no a Satán.

—Una vez más, la ignorancia de la iglesia. Satán no es el diablo. Solo una de sus múltiples encarnaciones... Las religiones han ido cogiendo retazos de conocimiento y los han moldeado a su gusto para extender el miedo entre la gente. Vuestra representación del diablo es uno de nuestros dos dioses: el Dios Astado.

—Quien, al parecer por mis sueños, se ha vuelto en contra de la Diosa Luna y quiere terminar con los mundos —añadió Triz.

—La relación entre la Diosa Luna y el Dios Astado siempre ha sido de amor-odio. Se quieren tanto como se detestan. Y, cada cierto tiempo, libran una cruenta batalla. Es entonces cuando una bruja de sangre sueña con ellos. La primera fue Astrid. Ahora te ha tocado a ti, cariño —explicó Helen acariciando la cabeza de su sobrina—. Estoy segura de que terminarás por averiguar cómo evitar esa batalla y que el Dios Astado y la Diosa Luna vuelvan a ser dos jóvenes enamorados.

—No lo había pensado. Ahora entiendo mejor mis sueños. ¿Los desastres que se avecinan no son más que una pelea de enamorados?

—Con la salvedad de que esos enamorados son los Dioses de la vida y la muerte, de la naturaleza, de la fertilidad, de todo lo que rige nuestra existencia. Y, si ambos se enfrentan, solo queda el caos.

La barca se dirigió hacia una playa situada en lo que se asemejaba a la zarpa de una de las patas traseras del gato. Gare saltó el primero de la barca deseoso de poner los pies de nuevo en tierra firme, aunque el lugar le diera escalofríos. Con la ayuda de Helen, metió la barca tierra adentro.

—Voy a echar un vistazo por los alrededores. Vosotros quedaros aquí y preparar el campamento. Hoy haremos noche en la playa antes de adentrarnos en Vulkafer. Solo una cosa: no os adentréis en la hierba negra —dijo Helen y se colocó su mochila al hombro.

—¡De eso nada! —exclamó Triz—. ¡Nos vamos los tres!

—No es muy recomendable adentrarse en terreno desconocido cuando solo quedan un par de horas para que caiga la noche. No sabemos lo que nos vamos a encontrar —repuso Helen sin hacer caso de las protestas de su sobrina.

—Tía, mi sueño... empezaba así, contigo yendo a inspeccionar y quedándome a solas con Gare —murmuró Triz después de llegar a la carrera a su lado y agarrarla del brazo.

—¿Quieres que me haga la remolona y tarde más en volver? —propuso Helen divertida.

—¡No! Lo que quiero es no quedarme a solas con él.

—¿Acaso tienes miedo de dejarte llevar? Me temo que vas a tener que afrontarlo en algún momento —comentó Helen y agarró a su sobrina de la cintura—. Prepara el campamento. Me llevo a Fulgor conmigo para que me proteja. Necesito estirar un poco las piernas. Prometo que nos haremos notar cuando regrese —pidió Helen a la vez que guiñaba un ojo y le daba una palmada en la espalda a su sobrina.

A regañadientes, Triz se quedó preparando el campamento mientras Gare recogía maleza para hacer una hoguera. Varias veces se le quedó mirando y, en un par de ocasiones, la idea de besarle volvió a sonrojarla, pero se demostró a sí misma que sus sueños podían cambiarse o que era realmente estúpida.

Cuando su tía regresó de inspeccionar el lugar con las últimas luces del día no había pasado nada. Apenas habían hablado entre los dos, salvo un par de conversaciones banales sobre dónde era mejor colocar los sacos de dormir o si sería suficiente la madera para la hoguera. Cuando Helen los vio sentados alrededor del fuego uno al frente del otro, negó con la cabeza. Fulgor, en cuanto le dejó sobre la arena, salió corriendo a su encuentro y se lanzó sobre los brazos de Gare.

—No os vais a creer hacia dónde señala la malaquita cuando te internas unos metros en la maleza —comunicó Helen cuando llegó a su lado.

—Sorpréndenos —exhortó Gare sin mucho entusiasmo mientras intentaba zafarse de la excesiva efusividad y los lametazos del canignis, que cada día era más grande.

—Hacia el culo del gato.

—¡Me tienes que estar tomando el pelo! —exclamó Gare, ahora sorprendido.

—Me temo que no. En cuanto descansemos, nos pondremos en marcha hacia el culo de la isla. Y tenemos que hacerlo con cuidado, porque toda la zona está cubierta de hierba negra.

—Y ahora me dirás que la hierba negra es como las ortigas, que pica si te rozas con ella.

—No, la hierba negra no hace nada. Es inofensiva, pero es el

alimento preferido de las mariposas murciélago que te comenté en la montaña y el escondite perfecto para las arañas lobo de Grawell.

—Espera, ¿por qué has añadido «de Grawell»? ¿Es que no suena ya lo suficientemente asqueroso el término araña lobo?

—Porque las arañas lobo de Grawell no son iguales que las arañas lobo de los Estados Unidos. Las arañas lobo son venenosas, pero su picadura no es mortal.

—Y, cómo no, la de araña lobo de Grawell sí lo es. ¡Ah! Y ya no existen los Estados Unidos.

—Vaya… ¿La Tercera Guerra Mundial? Bueno el caso es que las arañas de Grawell si son mortales. Y Vulkafer está infestado de ellas.

—¿Y cómo vamos a adentrarnos en la hierba negra? —protestó Gare, que empezaba a estar harto de que todo lo que le rodeaba fuera peligroso.

—Tanto las arañas lobo como las mariposas murciélago duermen de día y comen de noche. Si nos damos prisa, podremos llegar al lugar donde está el sigilo con el menor riesgo posible. Vamos a descansar.

—¿Pretendes que duerma sabiendo que estoy rodeado de mariposas y arañas que desean matarme?

—Ni las mariposas ni las arañas salen de la hierba negra. Sin el camuflaje que les proporciona la maleza son vulnerables y, como te he dicho, es su alimento favorito. A nosotros solo nos atacan como modo de defensa. Ninguna de las especies se acercará al fuego. Al menos ninguna de estas dos...

—¡No podrías haberte callado la última frase! —se lamentó Gare.

Terminada la cena, volvieron a juntarse los tres bajo los sacos de dormir. Gare no se atrevía a cerrar los ojos. Helen no le había querido contar qué más especies vivían en Vulkafer para no asustarlo, pero el simple hecho de que no hubiera querido hacerlo ya le atemorizaba lo suficiente. Además, los sonidos nocturnos de la isla no le ayudaban a conciliar el sueño. Eran como maullidos en la noche, como si la isla estuviera viva. Por fortuna, Triz se había olvidado de despertarle en la barca y se sentía descansado. Seguía despierto cuando, en mitad de la noche, ella se giró y lo rodeó con su brazo.

La sensación que eso le produjo fue tan placentera que maldijo que las noches en aquel lugar duraran tan pocas horas. Aquello y que le agarrara de la mano durante el último amanecer era lo más cercano que había tenido por parte de ella a una muestra de cariño desde que había llegado a Grawell. El viaje y el riesgo empezaban a merecer la pena. Triz comenzaba a comportarse como antes de tener que separarse en el hospital.

Aquel ritmo vertiginoso de días y noches le tenía descolocado. No recordaba cuántos días llevaba en Grawell, pero estaba seguro de que eran más de los que en su mundo correspondían al fin de semana.

Seguramente, a la vuelta, habría perdido el trabajo. También tendría que dar explicaciones a Lilian y devolver los vatios a su antiguo amigo, pero, en ese momento, no se le ocurría un sitio mejor en el que estar.

Sin llegar a dormir ni un solo instante en toda la noche y con pena por tener que despertarla, en cuanto salieron las primeras luces de la mañana animó a Triz a levantarse. Con más rapidez que un velocista de los cien metros ella se puso en pie apartando el brazo. Recogieron el campamento y se pusieron en marcha.

Gare cogió en brazos a Fulgor porque el canignis se perdía entre la hierba negra. Enseguida notó que el perro era más pesado y grande que la última vez. En una sola noche había crecido. Lo hacía deprisa, pero esperaba que en sus brazos aguantara las ganas de salir corriendo o de ponerse a ladrar. No quería que despertara a ninguna araña lobo aletargada y, mucho menos, a una mariposa con ganas de chuparle la sangre.

Pese a caminar con extrema prudencia Gare vio varios ejemplares de araña lobo ocultos entre la hierba. A Helen se le había olvidado mencionar otra diferencia entre las arañas lobo de los antiguos Estados Unidos y las de Grawell: Estas eran el doble de grandes. Gare dejó de preocuparse por sus mordeduras venenosas, si alguna de aquellas arañas despertaba y le daba un mordisco le iba a arrancar tal pedazo de carne que, si la muerte era rápida, le resultaría menos doloroso.

Estaba tan preocupado por el tamaño de aquellos animales que, por un segundo, se descuidó con Fulgor. El perro aprovechó para escaparse y salir corriendo entre la hierba negra.

—¡Fulgor! ¡Ven aquí! —Quería gritar, pero no se atrevió a hacerlo. Ya era suficiente el escándalo que estaba montando el perro como para que sus gritos terminaran de despertar a aquellos animales.

Por un instante perdió al can de vista. Triz y Helen se habían puesto en guardia. Aquello no era una buena señal. Gare empezó a desesperarse. No conocía las reglas de Grawell, pero estaba seguro de que, si alguna de aquellas enormes arañas mordía a Fulgor, la herida iba a ser letal.

Dos enormes mariposas de color negro salieron volando de entre la maleza. Gare deseó haber visto antes un murciélago de los que él conocía. Eran gigantescas y su aspecto tan siniestro que sus ojos parecían humanos y le miraban como si le odiaran por haberlas despertado de la siesta. Las dos enormes mariposas abrieron sus fauces y Gare tuvo la misma sensación que cuando veía una película de terror: tuvo tanto miedo que el pánico le cerró la garganta.

Estaba seguro de ir a convertirse en una mariposa vampiro tras su mordedura cuando dos rayos de luz cruzaron a su lado y volatilizaron

en el aire a las dos criaturas.

—¡Saca a Fulgor de la hierba! —gritó Triz a la que todavía le brillaban las manos.

Gare buscó entre los matorrales cercanos de donde había visto a las mariposas salir volando y encontró a Fulgor dando saltos con una de ellas entre los dientes. El canignis la había cazado antes de que pudiera emprender el vuelo.

—¡Suelta eso! —gritó Gare incapaz de atreverse a recoger al perro con aquella cosa colgando de sus fauces.

Fulgor lo miró con la tristeza reflejada en su mirada. El animal se sentía orgulloso de su caza y no entendía por qué le reprendían, pero al final obedeció y dejó a la mariposa en el suelo. Gare lo cogió en brazos y eso hizo que volviera a estar alegre.

—¡No me vuelvas a dar otro susto de esos! ¿Entendido? —El perro pareció comprender.

—¡Vamos! Tenemos que darnos prisa. Estoy segura de que alguna araña lobo se habrá despertado con tanto jaleo. Lo mejor es que salgamos de aquí cuanto antes.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —preguntó Gare a Triz mientras aceleraban el paso.

—Leyendo el libro de las sombras de Astrid. Es uno de los conjuros que he estado practicando estas últimas semanas.

—¡Genial! Si nos encontramos con otro Cristian, se va a llevar su merecido.

Estaban a punto de llegar, casi a la carrera, a una zona sin vegetación cuando una araña lobo se interpuso en su camino. Gare no tardó en darse cuenta de que aquel animal estaba despierto. De su boca caían hilos de baba como cuando un perro está hambriento.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó sin atreverse a desviar la mirada de aquel asqueroso arácnido.

—No te muevas. —Escuchó murmurar a Triz a su espalda.

—Te juro que no tengo ninguna intención de hacerlo —replicó.

—No hablo contigo —repuso Triz.

Fue entonces cuando Gare miró de reojo hacia su derecha. Allí, alzada sobre sus ocho patas, estaba otra araña lobo hambrienta.

—Chicos... —murmuró Helen—. Tenemos otra visita.

A la izquierda de Gare una tercera araña se desperezaba y abría sus mandíbulas en un siniestro bostezo.

—Yo me encargo de la de la derecha —indicó Triz—. Tía, tú encárgate de la de la izquierda.

—¿Y qué hacemos con la que está mirándome como si fuera un filete de pollo? —inquirió Gare—. ¿Le cuento un chiste a ver si la mato de risa?

Un gruñido de Fulgor fue la única respuesta que recibió. Ni Helen

ni Triz sabían cómo enfrentarse a aquella tercera araña. Aunque Gare intentaba sujetar al canignis entre sus brazos, este insistía en liberarse. El perro lo miró como pidiendo explicaciones y sus ojos empezaron a brillar en un rojo fuego.

—Chicas, creo que tenemos un voluntario. Fulgor parece dispuesto a ponerse a arder...

—¿Crees que va a poder con esa araña lobo?

—¡No tenemos otra opción! —replicó Helen, al ver que los tres arácnidos se acercaban a ellos amenazantes.

Triz y Helen volvieron a concentrar sus energías como habían hecho con las dos mariposas vampiro y Gare controló a Fulgor todo el tiempo que pudo hasta que su piel ya emanaba demasiado calor como para soportarlo.

—¡Ahora, chicas! —gritó cuando ya no pudo retener más tiempo al canignis.

Triz y Helen lanzaron dos cargas de energía sobre dos de las arañas, que se volatilizaron en el aire. Fulgor, a la carrera y ya envuelto en llamas, saltó sobre una de las patas de la tercera araña y la hizo arder. Los gritos de dolor de la criatura amenazaban con despertar a toda la isla de Vulkafer, pero, al menos, Fulgor había conseguido que no atacara al indefenso Gare.

Helen fue la más rápida en concentrar por segunda vez su energía y la descargó sobre ella. En cuanto cayó muerta en el suelo, Fulgor dejó de arder y regresó orgulloso con una de las patas del animal entre los dientes.

Seguros de que el encuentro con las arañas lobo había despertado a algún otro ser oculto entre la hierba, no perdieron tiempo en alcanzar el descampado.

—¡No podía ser de otro modo! —exclamó Gare al ver que el camino terminaba en la entrada de una cueva.

—¿No te dije que nos dirigíamos al culo del gato? —inquirió Helen.

—No me lo digas… vamos a tener que adentrarnos en la cueva. ¡Dios, qué imagen! —expresó Gare y se frotó los ojos intentando borrar de su memoria el recuerdo de verse entrando en el culo de un gato enorme.

—Eso creo. La malaquita sigue marcando hacia allí.

El primero en entrar en la cueva fue Fulgor, con su pata de araña entre los dientes, al que el hecho de adentrarse en un lugar llamado «el culo de un gato» no parecía importarle. Tras él, entraron Helen y Triz. El último en cruzar fue Gare, no sin reparos.

El lugar era húmedo y cálido, lo que aumentaba su sensación de angustia, pero la magia de Helen lo mantenía iluminado.

No fueron muchos metros los que tuvieron que avanzar por aquel

intestino excavado en la roca antes de que la malaquita se volviera loca dentro de la caja. Helen iluminó con mayor intensidad la gruta. Quería protegerse de posibles ataques. Quien hubiera robado los sigilos había dejado un guardián cerca de cada uno; no quería que el que protegiera el tercero la pillara por sorpresa.

Pero allí no había ningún ser esperando, solo un montón de tierra y, sobre él, uno de los sigilos.

—El tercer sigilo ya es nuestro —celebró Gare al ver que no había ningún peligro en los alrededores y deseando salir de la cueva para deshacerse de esa sensación que le estaba revolviendo el estómago.

—¡No, Gare! ¡Espera! —exclamó Triz e intentó agarrarle del brazo, al verle pasar por su lado y subirse al montículo de tierra.

—¿Qué? Cogemos el tercer sigilo y nos vamos a buscar el cuarto. Igual podemos regresar a la playa antes de que vuelva a hacerse de noche. No quiero enfrentarme a las arañas lobo ni tener otro encuentro con las mariposas murciélago. Estoy seguro de que esta cueva está llena —replicó él. Entonces se dio cuenta de que no podía moverse ni soltar las manos del sigilo.

En cuanto las había puesto sobre él, este se había enraizado entre sus dedos. Lo mismo ocurría con la tierra que lo rodeaba y que había aprisionado sus pies.

—¡Ey! ¡Haced algo! —exclamó nervioso—. No me deja salir.

—Por eso no han dejado nada para protegerlo... quien lo colocó ahí sabía que la tierra, una vez arraigada, no es fácil de desprender —dedujo Helen.

—¿Y qué hacemos? ¡Me está bajando por los brazos y subiendo por las piernas! —espetó Gare al borde de un ataque de ansiedad con el sigilo en alto—. ¡Os juro que no me estoy moviendo! ¿Por qué no dejo de hundirme?

—No son arenas movedizas. No te estás hundiendo. Está creciendo a tu alrededor, como una enredadera en una pared. Has entrado en su terreno y ahora quiere que formes parte de él. Quiere absorberte como una raíz arranca los nutrientes del suelo.

—¡Haced algo o este montón de tierra se va a poner morado conmigo! —pidió Gare, que en cuanto supo que no moverse no servía de nada empezó a dar tirones intentando liberar sus manos, pero tampoco parecía funcionar. La tierra había enraizado en su cuerpo más rápido que el miedo.

Triz intentó agarrarle de una pierna sin meter los pies dentro del montón de tierra, pero fue inútil. Por muy fuerte que intentaba tirar de él, la tierra seguía aferrada a Gare como la dentadura de una lantrinida.

Helen también intentó ayudar, pero tardó poco en darse cuenta de que era inútil. El torso de Gare ya se encontraba cubierto y la grava

subía por su cuerpo amenazando con llegar a su cabeza. Fulgor solo ladraba, como si se hubiera dado cuenta de que aquel montón de tierra era un enemigo al que enfrentarse.

—¡Me ahogo, chicas! —gritó Gare cuando la tierra empezó a rodearle el cuello.

—¡Te vamos a sacar! —exclamó Triz—. Intenta no ponerte más nervioso y controlar la respiración —pidió queriendo aparentar calma, pese a que por dentro estaba histérica. En su mirada se reflejaba la angustia cuando miró a su tía suplicando ayuda—. ¿Y si uso mis poderes para que salga todo volando?

—No puedes hacerlo. ¡Romperías el sigilo de tierra!

—¡No pienso dejar que Gare muera ahogado sin hacer nada!

—Triz, si rompes el sigilo de tierra moriremos todas. Incluidos vosotros dos si no os da tiempo a regresar. ¡No puedes hacerlo!

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Pero algo tendremos que hacer! ¡Hay que salvarlo! ¿Y si usamos los athames? —propuso.

—Podemos intentarlo.

Buscaron en sus mochilas los cuchillos ceremoniales de los que casi nunca se separaban. Empezaron a clavarlos en la tierra intentando removerla. Triz intentó cortar con ellos algunas de las raíces que rodeaban las piernas de Gare, pero, para su desgracia, el cuchillo no estaba muy afilado y, para cuando conseguía cortar una de las raíces, ya habían crecido tres más.

—¡Así no vamos a hacer nada! —exclamó desesperada.

Helen se quedó pensativa. Desde que llegó a Grawell, hacía ya casi treinta años, había oído muchas historias sobre aquella isla. Aunque era la primera vez que la visitaba, esas historias le servían para hacerse una idea de dónde se encontraba y entender que la isla era algo más que un trozo de tierra cubierto de hierba negra. Aquel lugar, en sí mismo, era un ser de Grawell, un ser vivo, como Ekabú. Aunque no sabía cuántas de las historias que había escuchado eran ciertas y cuántas simples mitos de bruja.

—Hay algo que podemos intentar, aunque no sé si va a funcionar...

—¡Lo que sea, pero rápido! —exclamó Gare con la cabeza en alto para evitar que la tierra le entrara en la boca.

—Vulkafer no es solo una isla. Es un ser mágico de Grawell, un ser vivo.

—Sí, ¿y? —preguntó Triz con el temor reflejado en la mirada. Gare estaba a punto de ahogarse y, como había temido en su sueño, iba a hacerlo antes de que le confesara sus sentimientos.

—Estamos en el culo de un gato... Y ese montón de tierra se asemeja a un montón de excr...

—No estás hablando en serio... —musitó Triz interrumpiendo.

—¡No se me ocurre otra cosa! Tenemos que hacer que Vulkafer evacúe. Si lo hace, serán expulsados al mar y la tierra se diluirá.

—Pero, si se diluye, el sigilo se perderá para siempre y estaremos en las mismas —protestó Triz.

—Ahí es donde entra Gare. ¿Sigues con el sigilo agarrado?

—¡No me queda otro remedio! —bramó con el sabor de la tierra ya en los labios.

—Si funciona, si Vulkafer te expulsa, haz todo lo posible por no soltarlo y por mantenerlo a flote.

—¡De acuerdo, lo intentaré! Pero daos prisa.

—¿Y cómo se hace cagar a un gato? —preguntó Triz, ya dispuesta a salir corriendo.

—Frotándole el ano, por debajo de la cola.

—Y estarás hablando en serio...

—¡No importa! Tú haz caso a tu tía —vociferó Gare antes de que un poco de tierra le provocara un ataque de tos.

Triz no puso más pegas. Junto con su tía, salió de la cueva y, sin perder tiempo, escaló hasta lo alto de la misma.

—¿Y cómo frotamos? ¿Con las manos?

—Sí —asintió Helen—. Pero no así, que podrías despertar a alguna araña lobo escondida —exclamó al ver que su sobrina ya se estaba poniendo de rodillas en el suelo—. Con energía.

Triz se puso en pie. Ambas concentraron sus energías en las manos y la usaron para frotar la hierba negra que cubría el lugar.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Triz, con los ojos cerrados, no podía dejar de ver en sus pensamientos la imagen de Gare con la tierra al cuello. Si aquello no funcionaba, no iban a tener tiempo de llevar a cabo ningún plan B. Pero ¿cómo iba a esperar que aquello funcionara? ¡Estaban intentando que una isla hiciera sus necesidades! Solo la desesperación podía haberla convencido de aquella locura.

«Prometo que, si le salvamos de esta, le diré a Gare lo que siento por él».

Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que una pequeña cantidad de tierra salió de la cueva y cayó al mar. Solo cuando un pedazo más grande cayó al agua e hizo ruido al salpicar, se percató de ello.

—¡Frota más fuerte! —exclamó con ilusiones renovadas—. ¡Gare todavía no ha salido!

Las dos brujas concentraron toda su energía. Lo que en un primer momento le había parecido ridículo se había convertido en una luz de esperanza.

El suelo tembló ligeramente bajo sus pies, décimas de segundo antes de que un enorme pedazo de tierra fuera arrojado al mar. Triz

miró al agua con la esperanza de ver a Gare flotando, pero solo pudo ver el sigilo de tierra y sus brazos extendidos. Su cuerpo, y sobre todo su cabeza, permanecían sumergidos. Sin pensarlo mucho, saltó desde un saliente y buceó hasta llegar a su altura.

Gare tenía la cara cubierta de tierra. No había llegado a tiempo de evitar que esta lo engullera por completo antes de ser expulsado. Mantenía el sigilo en alto, pero corría el riesgo de ahogarse. La tierra, diluida por el agua, empezaba a deshacerse a su alrededor, pero la velocidad con la que lo hacía era demasiado lenta. Gare no iba a poder aguantar tanto sin respirar y Triz tampoco sabía cuánto tiempo había estado sin hacerlo antes. El peso de la tierra lo iba hundiendo cada vez más.

—¡Voy a poner el sigilo a salvo! —exclamó Helen al llegar a su lado—. Si lo libero de su peso, no se hundirá tan rápido. Intenta que se mantenga a flote hasta que regrese.

Con la ayuda del agua del mar, Helen consiguió arrancar el sigilo de las manos de Gare mientras Triz se afanaba en intentar apartar la tierra que le cubría la cara ayudándose con las manos. Le sacó la cabeza del agua e intentó mantenerlo a flote agarrándole de la cintura, pero Gare pesaba demasiado.

Aunque la tierra cada vez pesaba menos al diluirse, el peso muerto de Gare era demasiado para Triz y corrían el riesgo de acabar los dos hundidos. Él, aun con la cabeza fuera del agua, seguía sin respirar. Triz empezó a sentir que las fuerzas le fallaban cuando Helen regresó a su lado. Entre las dos consiguieron mantener a Gare a flote y arrastrarlo hacia la orilla.

Cuando llegaron, su cuerpo ya se había visto liberado de toda la tierra, pero seguía sin respirar. Lo tumbaron en el suelo y Triz empezó a practicarle la respiración cardiopulmonar.

—¡Vamos, Gare! No puedes hacerme esto. ¡Vamos! —exclamó tras insuflar aire dos veces en sus pulmones y mientras realizaba el masaje cardiaco—. Te juro que si sales de esta no voy a volver a meterme contigo, ni a discutir, ni a echarte la bronca...

Triz siguió con los primeros auxilios, pero no parecían dar resultado. Desesperada, golpeó su pecho con los puños.

—¡Respira! ¡Maldita sea, joder, respira! —suplicó sin poder evitar que se le cayeran las lágrimas—. No te he dicho nunca que te quiero...

—Probemos con nuestras energías. Como hemos hecho antes con la isla. Quizás, si masajeamos las dos, funcione —sugirió Helen y colocó una mano sobre el hombro de su sobrina.

Triz no lo dudó. Concentró toda la energía que era capaz de generar en sus manos y la descargó contra el pecho de Gare, mientras Helen hacía lo mismo. Se volvió a agachar para insuflarle aire en los pulmones. Lo repitieron tres veces antes de que Gare empezara a

toser, escupiendo tierra.

—¡Estás bien! —exclamó Triz y lo abrazó con fuerza.

—Si sigues abrazándome así, voy a volver a ahogarme —replicó Gare, pero no permitió que Triz le soltara.

—¡Menudo susto me has dado, idiota! —protestó Triz mientras se secaba las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

—No te puedes hacer a la idea del que me he llevado yo cuando la tierra me ha cubierto la nariz. Pensé que no lo contaba.

—Por favor, no dejes de bromear nunca —dijo Triz y le plantó un beso en la boca sin importarle que la tuviera todavía manchada de tierra.

—Estoy planteándome ahogarme todos los días... —declaró Gare cuando Triz dejó de besarle, todavía sorprendido.

—¡Bobo! —replicó ella, dándole un empujón.

—¿Tenemos el sigilo? —preguntó Gare mientras se frotaba la cabeza después del golpe con el suelo, pero ya casi recuperado.

—Lo tenemos. Lo has hecho genial —lo felicitó Helen.

—Y algunas decían que no iba a servir para nada... —bromeó Gare y miró a Triz.

—Si no hubieras sido tan tonto como para meterte en la tierra sin pensar, no te habríamos tenido que librar de ahogarte —repuso ella.

—¿Tú no has prometido que no ibas a echarle más la bronca si se recuperaba? —preguntó Helen, que no puedo evitar sonreír ante la frágil memoria de su sobrina.

—Si es que yo lo intento, pero me lo pone difícil —rio Triz—. Anda, vamos. Aún nos falta un último sigilo por recuperar.

Sigilo de tierra.

—32—

Hay destinos que no cambian

Solo quedaban un par de horas para poder regresar hasta la playa donde habían dejado la barca y corrían el riesgo de que se les hiciera de noche antes, así que se pusieron en marcha en cuanto Gare recuperó el aliento.

—¿Qué hay más al norte de Vulkafer? —preguntó Triz a mitad de camino.

—¿Al norte?

—La malaquita no ha dejado de señalar hacia allí en los tres primeros sigilos. Supongo que el cuarto estará en la misma dirección.

—Te equivocas —respondió Helen—. El cuarto señala de regreso a casa. Veremos hacia dónde nos indica cuando nos vayamos acercando, pero intentaremos evitar cruzar Cogar yendo por Orgades, me gustaría volver a ver a Kharisa. Con un poco de suerte, podremos rodear Ekabú antes de tener que volver a colocar los cuatro sigilos en lo alto de la montaña.

—Nos falta el sigilo del fuego... Os prometo que ese no lo voy a agarrar con las manos —dijo Gare.

—No te preocupes, para ese sigilo es para el que llevaba la antivela en la mochila —repuso Helen.

—Pero la antivela ya la usamos para contener la llama del canignis.

—Por eso, antes de usarla vamos a tener que «vaciarla» de nuevo.

—¿Y qué va a pasar con Fulgor? —preguntó Triz que llevaba al perro en sus manos para evitar que se volviera a escapar entre la hierba negra.

—Si está cerca cuando liberemos la llama, se fusionará con ella y volverá a tener el tamaño que tenía antes. Bueno, algo más grande, porque en estos días también ha crecido.

—¿Y si no está cerca? —inquirió Gare, que no quería que Fulgor volviera a convertirse en el perro rabioso que le quemó el brazo al inicio de la aventura.

—Si no está cerca, tendremos dos perros, pero el que salga de la vela no dudará en atacarnos.

—Siempre dando buenas noticias —repuso Gare, que tras dejar la mochila en la barca, se dispuso a meterla en el agua. Helen le ayudó mientras Triz subía a bordo con Fulgor en brazos.

Tuvieron que pasar la noche en la embarcación mientras surcaban el mar y parte del río. Gare se ofreció a ser el primero en el turno de vigilancia, dado que en el viaje de ida había dormido toda la noche. Al principio, Triz se negó diciéndole que tenía que ser el que más descansara después de haber estado a punto de ahogarse, pero, ante su insistencia, terminó aceptando.

Quedarse un tiempo a solas le ayudó a pensar. Con Helen y Triz dormidas en el suelo de la barca, tuvo tiempo para ordenar sus pensamientos, para hacer un balance de los últimos días vividos. Había sido una temeridad dejarse quemar en la hoguera para ir a Grawell, todo el viaje estaba siendo una locura que a veces le costaba comprender. Pese a lo que había visto allí, pese a haber estado a punto de ser ahogado por un montón de tierra con vida en forma de excremento de isla gatuna, pese a llevar en sus brazos el cachorro de un perro que podía arder en llamas y pese a haberse enfrentado a unas pirañas de cristal, a veces dudaba de que todo aquello estuviera ocurriendo de verdad y no estuviera a punto de despertarse en su cama del hospital para tener que acudir a una de sus sesiones de rehabilitación con Arya. Igual aquella era otra experiencia en Aisling como la que había tenido en su enfrentamiento con Cristian. O quizás seguía encerrado en un mundo de videojuegos.

Pero al menos aquel viaje le había servido para que la situación con Triz volviera a estar como antes. Ella había vuelto a besarle en Vulkafer y eso ya hacía que hasta estar a punto de ahogarse le hubiera merecido la pena. Sabía que su relación con ella no iba a ser fácil nunca, pero prefería algo complicado a su lado que una vida fácil sin ella.

Se giró a mirarla. Allí tumbada en el suelo de la barca, con cara de no haber roto un plato nunca mientras dormía, con una leve sonrisa en su cara. Gare volvió a sentir ese cosquilleo en el estómago que sintió la primera vez que volvieron a reencontrarse y pudo abrazarla. Era tan intensa la sensación que dudaba de si lo que sentía en el estómago no eran mariposas vampiro, porque parecían devorarle

por dentro. Se había enamorado otras veces a lo largo de su vida, pero ninguna con esa intensa sensación, con ese impulso, con esa necesidad de proteger a alguien, aunque eso pusiera su vida en peligro.

Se hubiera quedado mirándola toda la noche, sin despertarla para hacer su turno de vigilancia, pero Triz se revolvió en el suelo de la barca y abrió los ojos entre pestañeos y un largo bostezo.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó entre susurros para no despertar a su tía.

—Un par de horas.

—¿Es mi turno para la vigilancia?

—No te preocupes por eso, puedes seguir durmiendo si quieres.

—No es necesario, estoy bien. Eres tú quien debe descansar, después del susto que nos has dado —repuso Triz. Se puso en pie y se acercó a su lado mientras le invitaba a ocupar su lugar en el suelo de la barca.

—No estoy cansado. Tengo tantas emociones recorriéndome por dentro ahora mismo que creo que sería incapaz de dormir. Necesito serenarme un poco.

—¿Qué tipo de emociones?

—No sé, ansiedad por saber si vamos a salvar Grawell, por no saber el tiempo exacto que nos queda. Me siento como cuando fuimos a la *scape room* y se nos echaba el tiempo encima y desconocíamos cuánto nos faltaba para conseguir salir.

—Esperemos que esta ocasión termine mejor...

—También tengo miedo, miedo porque nos ocurra algo a cualquiera. Porque no podamos superar alguna de las pruebas a las que nos enfrentamos, a que la próxima vez que tengas que sacarme del agua no llegues a tiempo.

—Sabes que haré lo posible para llegar siempre a tiempo... —repuso Triz, quien agarró la mano de Gare para intentar tranquilizarlo.

—Me siento confuso y ansioso. No sé si estoy en Grawell, en Aisling o simplemente estoy dentro de uno de mis videojuegos, que terminará cuando nos pasemos todas las pantallas.

—Bueno, a ver si con un poco de suerte encontramos pronto el cuarto sigilo y podemos regresar a casa —añadió Triz.

—Eso también me produce emociones encontradas...

—¿Por qué?

—Porque, cuando regresemos, tú volverás a la tuya y yo me iré a la mía y sentiré nostalgia de vivir aventuras a tu lado y de estos momentos juntos, y eso me entristece.

—Menudo lío de emociones tienes tú también en la cabeza.

—¿A ti también te pasa?

—Me temo que sí. Y no es la primera vez que tengo esa misma

sensación que tú tienes. A todas esas que has dicho añado alguna más...

—Yo también... —repuso Gare y agarró a Triz de ambas manos—. El amor es otra de esas emociones que no me deja dormir.

—Bobo... —replicó Triz al mismo tiempo que se acercaba a Gare y dejaba que él se acercara.

En medio de aquel mar lleno de peligros y de la noche estrellada volvieron a besarse, pero esta vez el beso no fue de gratitud y con sabor a despedida como el del hospital, ni de alivio y entusiasmo como el que se habían dado tras salir del agua. Esta vez fue un beso dulce, tierno, duradero, que les puso a ambos todas aquellas emociones a flor de piel. Un beso que, aunque ambos querían que fuera eterno, terminó entre sonrisas cómplices y silenciadas risas.

—¿Alguna emoción más que nos quede por enumerar? —preguntó Gare sin soltar a Triz de entre sus brazos.

—A mí me queda una y, por tu reacción al besarme, creo que a ti también —contestó Triz con una pícara sonrisa y mordiéndose el labio inferior—. ¿Sabes que hace un par de noches tuve un sueño…, digamos que perturbador, contigo?

—¿De veras? ¿Y crees que será uno de esos sueños que se terminan haciendo realidad?

—No te voy a decir que en estos momentos no esté sintiendo un deseo... pero me temo que vamos a tener que dejarlo para más adelante —repuso Triz, señaló a su tía descansando en el centro de la barca y se echó a reír.

—¿Y si la echamos al agua? —rio Gare.

—Creo que los que vamos a necesitar un baño de agua fría somos nosotros dos —dijo Triz y después volvió a besar a Gare.

Siguieron besándose, agarrándose de las manos, mirando el paisaje y hablando hasta que Rigel asomó por el horizonte.

—Si algo no me gusta de este lugar, es lo poco que duran las noches perfectas —murmuró Gare. Triz asintió.

La noche había terminado y se disponían a afrontar siete nuevas horas de emociones y peligros. Estaban a punto de llegar al río y de allí tendrían que caminar por Orgades hasta la casa de Kharisa, a donde Helen seguía empeñada en acudir.

La malaquita seguía marcando en aquella dirección así que ni Triz ni Gare pusieron objeciones. Kharisa les había caído bien y estaban deseando volver a comer de aquellas manzanas lloronas de Orgades que tantas energías les habían proporcionado la primera vez. Triz quería hacerse con más de aquellas semillas, por si acaso. La aventura estaba resultando agotadora.

Solo hubo un asunto que les entristeció. Cuando llegaron a Orgades, volvía a estar lleno de seres mágicos. Incluso más que la vez

anterior. Ahora que sabían que era el último día que aquellas criaturas iban a vivir antes de decidirse por ir a morir a Cogar, ambos se sintieron abatidos. Era como si todos los seres mágicos hubieran sentido la proximidad de la muerte. Tenían que darse prisa en recuperar el último sigilo para devolverles la paz.

Kharisa los recibió con la misma sonrisa y cordialidad que la primera vez. Gare, al volver a verla, volvió a sentir esa sensación de emoción de estar observando al ser más bello sobre la faz de Grawell y la vergüenza de sentir que la estaba contemplando desnuda.

—¿Podemos pasar? No te robaremos mucho tiempo esta vez. Solo queremos comer un par de manzanas de Orgades antes de retomar nuestro camino —preguntó Helen tras abrazar a su amiga—. Y quiero que me confirmes algo... —murmuró al oído de Kharisa.

—Sois siempre bien recibidos. Un placer volver a verte por aquí, Gare —manifestó Kharisa cuando le abrazó.

—Igualmente —respondió Gare. El rubor en las mejillas delataba su turbación.

—¿Cuántos sigilos habéis recuperado ya? —preguntó Kharisa—. Por cómo se comportan mis visitas, no nos queda mucho tiempo. Las estrellas del firmamento nos anuncian que pronto entraremos en la nebulosa.

—Ya tenemos tres. Nos falta solo el de fuego —repuso Triz.

—¡Eso es una magnífica noticia! —exclamó la marthora—. Pasad y estaré encantada de daros todas las manzanas que queráis.

Helen, que quería quedarse a solas con Kharisa unos instantes, se ofreció a acompañarla a la otra estancia para preparar la comida mientras que Triz y Gare se quedaron en la habitación principal.

—Gare ha estado a punto de morir ahogado en Vulkafer mientras recuperábamos el sigilo de tierra —empezó a decir en cuanto ambas se quedaron a solas—. ¿Es eso lo que sentiste en nuestra anterior visita? ¿Hemos evitado que ocurra?

—Puede ser. Sabes que siento el impulso de dar amor y afecto a las almas que están cerca de perecer, pero nuestro destino no está escrito a fuego y es maleable, se puede cambiar. Puede que vosotras hayáis conseguido cambiar el destino del chico, pero no estaré segura hasta que no vuelva a mirarle a los ojos y pueda verlo.

—Mi sobrina está enamorada de él, aunque a veces quiera negarlo, y no me gustaría que tuviera que sufrir su pérdida. Bastantes problemas tiene ya sobre sus hombros siendo la elegida por los Dioses. Es un buen chico y hasta yo le estoy cogiendo cariño estos días, con su forma graciosa de enfrentar los problemas y su fuerza de voluntad para arriesgarse siempre que mi sobrina está en peligro. Daría su vida por ella, pero no quiero que ella tenga que cargar con ese peso.

—Llámale. Déjame mirarle a los ojos un rato y descubriremos si la

muerte ha cambiado de idea.

Helen llamó a Gare. Este entró en la estancia con cara de extrañeza. No entendía por qué le habían llamado a él y no a Triz, que seguro que pintaba mucho más para hablar de temas de brujas y seres mágicos. Helen lo invitó a pasar y Kharisa le sonrió. Una vez más, como le había pasado en la anterior visita, no pudo evitar quedarse mirando aquellos dos preciosos ojos amarillos.

—No te preocupes, no pasa nada, todo va a estar bien. Solo quiero que me mires, que te dejes llevar por tus emociones, por tus pensamientos, ¿de acuerdo? —pidió Kharisa, que a cada paso que daba acercándose a Gare se le iba borrando la sonrisa.

Su voz seguía siendo casi mágica. Gare no podía dejar de escucharla y sonreía como un bobo asintiendo a todo lo que le decía. Kharisa ya no le sonreía, pero cada una de sus palabras le hacía sentirse cómodo, en paz, como envuelto en un eterno y cálido abrazo entre sus plumas.

—Muéstrame tu alma, tus vivencias, tu espíritu... Deja que te cobije y acompañe en tu camino —continuó diciendo Kharisa cuando ya acariciaba el rostro de Gare con sus alas.

Helen, en un rincón de la estancia, maldijo para sus adentros. Kharisa seguía queriendo dar amor al alma de Gare y eso solo podía significar una cosa.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué me habéis dejado sola en la otra habitación? —exclamó Triz al entrar por la puerta en el mismo instante que los labios de Kharisa estaban a punto de besar los de Gare —. ¿¡Se puede saber qué coño haces!? —espetó e interpuso sus brazos entre ambos y les obligó a apartarse.

—Lo lamento. De veras que lo lamento, pero es mi sino, mi vocación, mi razón de existir —murmuró en un sollozo Kharisa.

—Lo siento, cielo. Tenía que volver a comprobarlo —se disculpó Helen, al momento que abrazaba a su sobrina.

—¿Comprobar el qué? ¿De qué hablas, tía?

—Sabes que Kharisa es una marthora...

—Sí, lo sé, pero ¿por qué estaba intentando besar a Gare? ¿Por qué él no...? ¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡No puede ser! —exclamó Triz, sin poder evitar echarse a llorar.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó Gare, que había vuelto a recuperar el sentido, como si hubiera salido de un sueño.

—¡Te vas a casa! —sentenció Triz—. ¡Te vas a casa ahora mismo!

—¿Qué? Solo hemos recuperado tres de los cuatro sigilos, todavía nos queda por recuperar el del fuego. Y ya te dije que no me iba de aquí sin que tú te vuelvas conmigo. ¿A qué viene ahora esto? Pensé que lo había dejado claro.

—¡No lo entiendes! Tienes que irte ya —replicó Triz y la

emprendió a puñetazos contra su pecho sin poder dejar de llorar—. ¡Kharisa ha intentado besarte!

—¿Qué? Bueno, ¿y qué más da? Tampoco es para que te pongas así. No me ha besado, ¿no? —titubeó Gare sin saber con exactitud qué era lo que había pasado desde que había entrado en aquella habitación—. Tampoco es para que te pongas celosa.

—¿Celosa? ¿Piensas que me pongo así por celos? ¡Kharisa es una marthora! ¡Una acompañante de almas!

—O me lo explicáis para tontos o creo que no entiendo nada...

—Gare —dijo Helen al tomar la palabra—, Kharisa da su amor y afecto solo a los seres que están cerca de su muerte. Si ha intentado besarte es porque ha visto en tus ojos que estás cerca de morir. ¿Lo entiendes ahora? Si quise volver a verla es porque ya intentó besarte en nuestra primera visita y pensé que, tras salvarte en Vulkafer, habíamos burlado a tu destino.

—¿Cómo? —exclamó Triz y se encaró con su tía—. ¿Que ya intentó besarle antes de ir a Vulkafer y no me dijiste nada? ¡Cómo has dejado que se ponga en peligro con las lantrinidas y en la cueva de Vulkafer sabiendo que estaba marcado!

—Lo siento... Nos era de ayuda para recuperar los sigilos y estaba segura de que ambas podríamos protegerlo. Sin él no hubiéramos recuperado el sigilo del agua...

—¡Pero le pusiste en peligro!

—¿¡Alguien me explica qué cojones pasa!? —gritó Gare.

—¡Que vas a morir! —exclamó Triz—. Y no puedo dejar que ocurra por muy cabezón y pesado que te pongas. Alana soñó con que una bruja pelirroja nos atacaba y no pienso permitir que eso ocurra cuando encontremos el sigilo de fuego. Te vas a casa, ¡ahora!

—No pienso dejarte sola, Triz. Y menos ahora que...

—Te juro que no me va a pasar nada. Y no me dejas sola, me dejas con mi tía. Te prometo que encontraré el cuarto sigilo, que salvaré Grawell y que volveré pronto a casa. Y te doy mi palabra de que, cuando lo haga, no volveré a apartarte de mi lado, pero, si te ocurre algo en Grawell, no me lo perdonaré nunca. Vuelve a casa, diles a Nara y a mi familia que estoy bien y que regresaré pronto. Tranquilízalos, porque estarán preocupados después de varios días sin saber nada de nosotros. Yo volveré en cuanto haya colocado los cuatro sigilos en Ekabú. Pero tienes que marcharte, por favor... tienes que marcharte. Si te pasa algo, me volveré loca...

—Está bien... —accedió Gare al ver la desesperación en la mirada de Triz—. Me iré y tranquilizaré a tu familia y a tu amiga si es lo que quieres, pero como tardes más de dos días en volver me vuelvo a quemar a lo bonzo y me presento aquí a llevarte de las orejas antes de que Grawell termine hecho cenizas dentro de la estrella azul.

¿Entendido?

—Entendido —repuso Triz y selló el pacto con un beso en el que todavía le temblaba el labio inferior por el llanto—. Volveré antes de que tengas que hacer una tontería.

—Por cierto, sigo sin saber cómo pude entrar en Grawell si los brujos de aprendizaje no pueden hacerlo.

—Hay tres tipos de brujas —respondió Helen—. De sangre, de aprendizaje y de corazón. Para entrar en Grawell solo hace falta que una bruja de sangre esté enamorada de ti —comentó ante la mirada de aprobación de su sobrina. Ya no era necesario guardar el secreto.

—Vaya, Helen, qué callado te lo tenías. Pero si tú y yo no nos conocíamos antes —replicó Gare en un intento, como siempre, de aliviar con sus bromas la tensión del momento.

—Serás bobo —contestó Triz.

—Y, aun así, ha quedado claro que me quieres —añadió Gare—. ¿Cómo sale uno de Grawell? No recuerdo si me contaste algo la última vez. ¿Tengo que quemarme aquí también?

—No. Grawell es como una discoteca de lujo de nuestra época de adolescentes. Es mucho más difícil que te dejen entrar que salir —mencionó Triz tras secarse las lágrimas—. Solo tienes que romper un círculo mágico para que Grawell te expulse. Ni siquiera tienes que estar en el mismo sitio en el que entraste. Grawell te devuelve a tu cuerpo allá donde lo hayas dejado...

—Si no va a dolerme, por mí estupendo. Vamos allá.

Helen y Triz buscaron un sitio en los alrededores de Orgades donde trazar el círculo mágico para no perturbar las últimas horas de los seres mágicos que allí habitaban. Con la ayuda de los athames trazaron el círculo alrededor de los tres empezando por el este.

—El círculo ha sido creado y nunca perturbado —pronunciaron ambas en voz alta cuando sus athames regresaron al punto de partida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gare.

—Ahora, sin decir nada, lo único que tienes que hacer es perturbar el círculo. Si sales de él sin cerrarlo Grawell te expulsará.

—Parece sencillo, creo que hasta un torpe como yo puede hacerlo sin cagarla demasiado —replicó Gare—. Ha sido un placer conocerte, Helen —añadió antes de darle un abrazo—. Ya sé de dónde le viene a Triz el carácter y la inteligencia.

—Y la belleza, no lo olvides —repuso Helen—. Para mí también ha sido un placer conocerte. Me quedo más tranquila sabiendo que mi sobrina tiene gente cerca dispuesta a protegerla como haces tú.

—Siempre cuidaré de ella, aunque a veces no se deje.

—Esa independencia también la ha heredado de mí.

—¿No vas a darme un beso antes de irme? —interrogó Gare a Triz.

—No sé si te lo mereces. Estás demasiado besucón últimamente y ya sabes que a mí las muestras de cariño me tienen que salir de manera espontánea —replicó Triz.

—¿Lo ves? —dijo Gare dirigiéndose a Helen—. Hay que tener muchísima paciencia para cuidar de tu sobrina.

Triz le agarró del brazo. Lo giró hacia ella y le besó. Un beso que ninguno de los dos quería que acabara, pero en el que ella fue dando pasos hacia el borde del círculo.

—Ahora vete, anda —se despidió cuando Gare ya tenía los pies sobre los límites.

—Te quiero... —dejó escapar Gare antes de dar voluntariamente un último paso hacia atrás y desvanecerse al salir del círculo.

—33—

Una incómoda visita

Tras el encuentro con la bruja pelirroja en el parque y la discusión con su padre, Alana había renovado sus esfuerzos por protegerse a ella y a su familia. No sabía cuánto tiempo iba a tardar la bruja en atacar, pero quería estar lo más preparada posible para cuando eso ocurriera. Llevaba sin dormir varias noches.

Ayudaba a acostar a su hermana, se metía en la cama sin protestar y, en cuanto su padre se iba también a su cuarto, bajaba en silencio las escaleras hasta el sótano y se pasaba allí la noche entera hasta que decidía volver a su habitación y hacerse la dormida antes de que su padre se levantara para llevarlas al colegio. Eso le había costado un par de broncas por quedarse dormida en medio de las clases, pero era mejor que enfrentarse a la bruja pelirroja sin estar preparada.

El día anterior se había vuelto a la cama con una sonrisa de triunfo dibujada en la cara. Pese al sueño y el cansancio, el entrenamiento había empezado a dar buenos frutos y había aprendido un par de trucos nuevos que le iban a ser muy útiles si a su enemiga le daba por volver a aparecer. Ya no era una niña indefensa.

El primer hechizo que había perfeccionado era el de mover objetos. Lo controlaba mucho mejor y ya no solo era capaz de decidir qué artículo desplazar, sino que también podía elegir dónde quería que este terminara. Daba igual el tamaño del objeto, había probado a mover hasta el autobús del colegio y lo había conseguido. Pero había algo más. Se había dado cuenta de que, si en lugar de concentrarse en un objeto se concentraba en ella misma, también podía cambiar de

lugar.

Cuando lo descubrió se pasó gran parte de la noche saltando de un lado al otro del sótano y dando gritos mudos, para no ser escuchada, celebrando cada una de las veces que le salía bien. Había probado a intentarlo desde el sótano hasta su habitación, pero se dio cuenta de que solo podía ir hasta un sitio que tuviera a la vista cuando se pegó un buen golpe contra la puerta.

El segundo truco que había descubierto era todavía más impresionante. Fue estando en el parque con su hermana, esperando a su padre. La noche anterior había leído en el libro de la tía de su madre que las brujas podían concentrar su energía interior en sus manos y usarla para atacar a sus enemigos. Había decidido probar en el parque porque era donde había visto por última vez a la bruja. Si volvía a verla en los alrededores y el truco le salía bien, no dudaría en defenderse.

Mientras su hermana pequeña estaba jugando en el tobogán y sus amigas seguían hablando de chicos en una de las esquinas del recinto, se fue al columpio donde se sentó la bruja. Sentada en el mismo sitio que su enemiga se concentró en sus manos como había leído en el libro. Al principio no pasó nada y se sintió desilusionada, pero no podía permitirse no tener algo con que defenderse, así que volvió a intentarlo. Interrumpió el segundo intento cuando sintió un cosquilleo en los dedos y un calor que le hizo sudar la palma de las manos. En un primer momento se asustó, luego se sintió eufórica y llena de alegría.

Por tercera vez volvió a concentrarse en sus manos y esta vez no le importó el cosquilleo en los dedos ni que las manos le sudaran. Siguió concentrada y expectante por ver hasta dónde podía llegar. Se asombró cuando las palmas se le empezaron a teñir de un color anaranjado muy parecido al color del cielo.

No llegó más lejos porque una amiga se acercó por su espalda a hablar con ella y se desconcentró. Se agarró a las cadenas para que la amiga no le viera las manos naranjas mientras hablaban y solo cuando se fue se atrevió a mirarlas. Volvían a estar normales, pero las cadenas del columpio, donde se había agarrado, tenían el mismo color que el hierro forjado. Era como si el calor de sus manos hubiera estado a punto de derretirlo.

En casa lo había vuelto a hacer y no se había detenido hasta que de sus manos salieron dos rayos, ardientes como los del sol, que habían quemado la madera de la pata de la mesa. Asustada y entusiasmada por igual, apagó el fuego y siguió practicando con aquellos rayos, pero con más cuidado. Las prácticas le servían para darse cuenta de que cuantas más veces lo usaba, más agotada se sentía y menos fuerza tenían los rayos. Era como si se le acabaran las pilas. Solo al volver a salir a la calle y al pasar un tiempo bajo el sol, los

rayos se recuperaban.

Esa noche había estado practicando el desplazarse de un lado a otro porque el sótano ya tenía una de las paredes negras de tanto lanzarle rayos y no quería que su madre le echara mucha bronca cuando regresara. Cansada, decidió que ya era hora de regresar a la cama si no quería que su padre se levantara y la descubriera allí escondida. Sin hacer mucho ruido subió a su cuarto, abrió la puerta de su habitación y cerró con cuidado a su espalda quedándose a oscuras en la tranquilidad de su cuarto.

—¿Dónde estabas? —Una voz la sorprendió y le hizo saltar del susto.

Su cansado cerebro pensó que era su padre quien la había descubierto y que estaba esperando en su cuarto para reprenderla, pero no tardó en reaccionar y en darse cuenta de que la voz que había escuchado era femenina.

Con temor, se giró hacia donde procedía la voz. Pese a que el cuarto estaba casi en penumbra, una de las ventanas estaba abierta y entraba algo de luminosidad desde la calle. La suficiente como para distinguir la silueta de una persona recortada en medio de su habitación.

—¿Quién eres? —preguntó mientras intentaba que sus ojos se acostumbraran rápido a la oscuridad.

—Una amiga. Nos vimos en el parque hace unos días. ¿Te acuerdas?

Alana retrocedió unos pasos hasta que su cuerpo quedó pegado a la puerta de su habitación. ¡La bruja pelirroja estaba allí! ¡Se había colado en su habitación!

Como en el parque, se frotó los ojos y se pellizcó en los brazos por si se había quedado dormida y estaba teniendo uno de sus sueños, pero no, estaba despierta y la bruja pelirroja se lo confirmó.

—No estás soñando. Soy real y he venido a buscarte. Necesito que vengas conmigo. Hay alguien que quiere conocerte —habló la bruja con la mano extendida y la invitó a que la agarrara.

—¡Vete! —exclamó Alana—. No voy a ir contigo a ninguna parte. ¡Vete!

—No seas terca y no me hagas enfadar. No soporto a las niñas caprichosas. Tienes que venir conmigo y vas a hacerlo, por las buenas o por las malas. Eres necesaria para su plan y no voy a permitir que una mocosa estropee mi pacto. ¿Me has entendido?

—¡No soy una mocosa! —gritó Alana, y llena de rabia se concentró para que todas sus energías fueran a parar a sus manos. Estaba dispuesta a quemar a aquella bruja si era necesario.

Soltó sus rayos hacia ella y se sintió victoriosa cuando ambos se encaminaron contra el cuerpo de la mujer, pero la sensación le duró

poco tiempo porque los dos se estrellaron contra un muro invisible a escasos centímetros de ella.

—Vaya con la pequeña. Nos ha salido con carácter rebelde —se mofó la bruja—, pero, como te he dicho, vas a venir conmigo por las buenas o por las malas. Yo esperaba que fuera por las buenas, pero...

La sonrisa de la mujer se borró cuando empezó a murmurar unas palabras que Alana no fue capaz de entender. Las manos de la bruja, en lugar de tornarse naranjas como las suyas, se tiñeron de un color verduzco y sus uñas empezaron a crecer como cepas de una planta.

Sin contemplaciones, la bruja apuntó con aquellas raíces a Alana y estas se abalanzaron sobre ella. La niña se tapó la cara con los brazos. Había aprendido a atacar, pero todavía no había aprendido a hacer escudos de defensa y el ataque de la mujer la había pillado por sorpresa.

Alana abrió los ojos al escuchar un chisporroteo como el crepitar de las llamas. Las raíces de la bruja no habían llegado a alcanzarla y estaban ardiendo en medio de una especie de electricidad azul.

—¡Atzu! —exclamó al ver al chafya enredado entre las raíces.

Aturdido, Gare abrió los ojos dentro del cobertizo del patio trasero de Nara. Su cerebro no tardó en procesar qué había pasado, aunque tardó en acostumbrarse al primer regreso de Grawell. Nadie le había advertido que tenían que pasar unos segundos para que el cuerpo se regenerara tras regresar y se había llevado un buen susto al verse la piel calcinada al despertar.

Por si no había tenido suficiente con el primer sobresalto, se llevó uno mayor cuando, al ponerse en pie, descubrió el cuerpo calcinado de Triz sobre la mesa del cobertizo.

—¡Joder! —exclamó—. Y eso que ya te había visto así la primera vez que te llevé en brazos a la cueva...

El grito que pegó alertó a Nara, que no tardó en aparecer en ropa de cama.

—¡Gare! —exclamó alegre al verlo—. Espera, ¿por qué no vuelve Triz? —preguntó, ahora preocupada, cuando vio que el cuerpo de su amiga seguía calcinado.

—No te preocupes. Ella está bien. Al menos lo estaba hace un rato cuando tuvimos que separarnos. En cuanto recupere el cuarto sigilo regresará. No te preocupes.

—¿El qué?

—El cuarto... Es igual, no tenemos tiempo para explicaciones. Ya te lo contará cuando todo termine. Con que sepas que está bien ya es suficiente. Regresará pronto, te lo prometo. Ahora tengo que hacer lo que me ha pedido.

—¿Y qué es? —preguntó Nara, que estaba dispuesta a dar por

buenas las palabras de Gare.

—Tengo que hablar con su familia. Decirles que está bien y tranquilizarlos. ¿Me puedes decir dónde vive?

—Claro. Yo misma te llevaré. No está a más de unas manzanas de mi casa. Si me esperas a que me ponga algo más adecuado, te acompaño.

—No es necesario —repuso Gare.

—Sí, sí que lo es. Es de noche y el toque de queda está vigente. Es mejor no salir solos a la calle. Estarás más seguro si te acompaño.

—Está bien, aunque no tenía ni idea de que te preocuparas por mí.

—Y no lo hago, pero quiero que llegues sano y salvo a casa de Triz para que les cuentes cómo está su madre. Por las pequeñas sí que me preocupo y estoy segura de que la están echando mucho de menos. Se pondrán contentas si les dices que su madre está a punto de regresar a casa.

Óscar se despertó sobresaltado por el ruido en el piso de arriba. Su hija mayor había gritado como solía hacerlo en las noches de pesadilla, pero esta vez no estaba Triz para ir a consolarla. Malhumorado, se levantó de la cama. Parecía que la calma en el descanso de su hija no había durado mucho tiempo.

Cuando llegó a las escaleras se alertó. Del cuarto de su hija no solo llegaban sus gritos, también se escuchaba a una mujer, pero, aunque creía reconocerla, aquella voz no era la de su esposa. Subió los peldaños de tres en tres hasta llegar a la carrera a la habitación de su hija. Abrió la puerta de golpe y se quedó petrificado bajo su dintel.

Su hija mayor estaba al otro lado de la habitación y de sus manos salían rayos de color naranja, como llamaradas del sol que se estrellaban contra una mujer. No tardó en reconocerla, era quien le había saludado en el parque y que su hija había acusado de ser una bruja. No le quedaba más remedio que reconocer que tenía razón. De sus manos salían ramas de árbol tan robustas como su brazo.

¿Estaba soñando? ¿Se estaría volviendo igual de loco que su mujer? Aquello no podía ser real. Cuando estaba convencido de estar viviendo un mal sueño, un ser de tres patas y de color azul brillante saltó desde lo alto de la librería de su hija para atacar a la pelirroja y clavarle sus zarpas en la cara.

Ella gritó de dolor y braceó para intentar liberarse de aquella criatura. Entonces las raíces de sus dedos volcaron la librería, que cayó sobre el hombro de Óscar y lo tiró al suelo. El daño producido por el golpe le hizo darse cuenta de que aquello no era un sueño.

Alertados por los ruidos que se escuchaban desde la calle y las

extrañas luces que se veían en una de las ventanas de la segunda planta, Gare y Nara llegaron a la carrera a la puerta de la casa.

—¡Óscar, ábreme, soy Nara! —Pero nadie acudió a abrirles.

Impaciente, viendo que algo grave estaba pasando dentro, Gare no se quedó a esperar más. A patadas y arremetiendo con el hombro consiguió forzar la puerta.

—¿¡Estáis bien!? —gritó ya con un pie en la escalera.

—¡Maldita sea! Él no debería estar aquí —maldijo la mujer pelirroja al escucharlo y, sin más, salió huyendo por la ventana abierta.

Cuando Gare y Nara llegaron a la habitación, vieron a Óscar tirado en el suelo cubierto por la librería y a Alana llorando nerviosa bajo la ventana con una extraña criatura azul en el regazo.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nara a la niña mientras Gare intentaba poner en pie la estantería.

—La bruja pelirroja. Estaba en mi cuarto. Cuando os ha oído llegar ha salido huyendo por la ventana. Quería llevarme con ella, pero no la he dejado. Atzu me ha ayudado —respondió Alana mientras acariciaba el lomo del chafya.

—¿Llevarte a dónde?

—No lo sé. No me lo ha dicho. Ya había soñado con ella y le había dicho a mi padre que teníamos que irnos de casa, pero no me hizo caso. Tengo miedo de que la bruja pelirroja vuelva —contestó Alana entre sollozos.

—No te preocupes. Tu madre va a regresar muy pronto y, mientras, tanto tú, tu hermana y tu padre podéis quedaros en mi casa. Allí la bruja pelirroja no se atreverá a venir —repuso Nara.

—¿Estás segura? —inquirió Alana y se secó las lágrimas de la cara con la manga.

—Uy, créeme. No se atreverá a acercarse con los dos diablos que tengo como hijos.

La observación hizo sonreír a Alana. Conocía a los hijos de la amiga de su madre del colegio.

Mientras tanto, Gare había ayudado a Óscar a incorporarse y a tumbarse en la cama de su hija.

—¿Quién eres? —preguntó Óscar, todavía aturdido y sin estar muy seguro de lo que había pasado allí. Aunque el intenso dolor del hombro le recordaba que, fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, era real.

—Mi nombre es Gare, soy un amigo de Triz. Tú debes de ser Óscar.

—¿Gare? Así que tú eres con quien sueña mi mujer por las noches... ¿Se puede saber qué coño haces en mi casa? —increpó Óscar e intentó reincorporarse.

—Solo intento ayudar.

—¿Ayudar? Tú lo que quieres es ganar puntos con mi mujer. Ser su héroe de brillante armadura o alguna mierda de esas. Ayudar dice...

—Yo lo que creo es que la librería te ha golpeado bien fuerte.

—Puede ser, pero tengo muy claro que lo que quiero es una vida tranquila. Hacer mi trabajo, llegar a casa y estar en paz. No quiero tener nada que ver con brujas que lanzan árboles de sus manos ni con niñas que lanzan fuego por los dedos, ni con mujeres que se marchan de casa a Dios sabe dónde, a salvar mundos de brujas con amigos con los que sueñan por las noches. ¡Por mí te puedes quedar con ella! —gritó Óscar antes de torcer el gesto. Al gesticular con los brazos, una punzada de dolor le había atravesado el hombro—. ¡Me cago en la puta, joder! Esto es de locos. No lo aguanto más.

—34—

Anwnn

Las paredes mohosas del lugar la recibieron a gritos. No hablaban, ni chillaban, no pronunciaban palabra alguna, pero en cuanto las observó sabía que le estaban recriminando el haber regresado sola.

Temblaba de miedo por no haber podido realizar el encargo. Aquella visita no iba a resultar agradable y temía que se diera por roto el pacto. Llevaba más de diez minutos soportando aquel desagradable olor y no se había atrevido a moverse con la esperanza de que no se diera cuenta de que estaba allí. Era una esperanza absurda. Una vez cruzadas las puertas de Anwnn lo sabía todo.

—¿Y la niña? —La voz rompió el silencio y las manchas de humedad de las paredes parecieron torcer el gesto. Ella también sabía

que la había fastidiado.

—No he podido traerla, lo siento —balbuceó con la esperanza de que la sincera disculpa fuera suficiente.

—¿Cómo que no has podido traerla? ¡Es una niña!

—¡Me dijo que no podía matarla! ¡Que tenía que venir de forma voluntaria! —recriminó sin levantarse del suelo. Solo alzó la cabeza para poder ser escuchada—. No ha querido venir.

—Te di poderes. Te dije lo importante que es ella y te atreves a regresar con las manos vacías...

—Intenté convencerla, pero ni siquiera me dio tiempo a darle una explicación. En cuanto me vio se puso a la defensiva y me atacó.

—¿Te atacó? ¿Una niña de trece años? Ni siquiera ha tenido tiempo de que sus poderes maduren. ¿Cómo te pudo atacar?

—Pues, para no estar maduros, mete unas hostias que lo flipas la niña. Lanza como rayos de fuego por las manos. Si no fuera por los hechizos de protección me habría hecho cenizas —repuso arrodillada sobre el frío suelo—. Además, tiene una mascota azul que lanza rayos y que me abrasa las manos cuando intento usar los poderes que me otorgaste.

—¿Qué mascota dices que tiene?

—Una con tres patas y cuatro ojos que parece que lo han frotado con un trapo y está cargado de electricidad.

—¿La hija de la elegida tiene un chafya? —La pregunta pareció quedar en el aire. Como si el aliento que hablaba se hubiera congelado.

—No tengo ni idea de qué es un chafya. Era como un gato azul con tres patas...

Durante unos instantes no hubo respuesta ni nuevas preguntas. Todo se quedó en silencio. Hasta las paredes parecieron mutar el gesto y apretar las labios. Arrodillada en el suelo sintió una ráfaga de aire que amenazó con congelarla. Si ya temblaba de miedo, el aire hizo que los dientes le castañearan.

—¿Por qué huiste? Si los hechizos de protección funcionaron, ¿por qué no está aquí la niña? No te veo herida —clamó la voz tras el silencio y el frío.

—Él llegó a la casa. No podía permitir que me viera. Si lo hacía, si me veía allí intentando llevarme a la hija de Triz, jamás podría ser mío. Me odiaría siempre. Y él es parte de nuestro pacto. Si me dejas regresar, volveré a intentar traerte a la niña, pero él no puede descubrirme.

—¡Hazlo! Sus poderes son extraordinarios para su edad. Un chafya... a los trece años... Increíble. Y dices que lanza rayos de fuego. Como los rayos del sol. Alguien que se alimenta del sol... ¡Tienes que traerla! Mi salvación está en sus manos. Ha llegado la hora de volver a

ser libre. Y no te preocupes porque él te vea. Cuando todo esto termine y mi alma sea liberada me encargaré de todo. Podrás estar con él.

—¿Aunque me vea? ¿Me perdonará por secuestrar a la hija de Triz?

—Ni siquiera se acordará de ella... Te lo prometo. Trae a la niña. Ella o la elegida tienen que venir a Anwnn de forma voluntaria.

—Si me prometes que, haga lo que haga, él estará conmigo cuando esto termine, te aseguro que esta vez nada me detendrá y que no fallaré. Te traeré a la niña.

—¿Y a qué estás esperando? Estoy deseando ser libre y vengarme de Astrid y saldar cuentas. Los mundos están esperando mi regreso triunfal. No tengo más tiempo que perder. ¡Trae a esa niña o tu destino será Marhbreilig! No tienes más oportunidades.

—35—

Sigilo de fuego

No había tiempo que perder. En cuanto Gare desapareció del círculo, Triz y Helen lo abrieron y se pusieron en marcha. Triz sentía, a la vez, una angustia en el pecho por haber tenido que despedirse de Gare y un alivio de saber que ahora ya no corría peligro de ser atacado por quien hubiera robado los sigilos. Solo tenía que darse prisa por recuperar el último, devolverlos a Ekabú y volver a casa donde ya se preocuparía de sus sentimientos y de mantener a salvo a su hija.

La malaquita seguía señalando hacia el lugar del que habían partido. Era como si quien hubiera robado los sigilos hubiera aprovechado su ausencia para regresar. Por eso, cuando la malaquita se puso a vibrar cerca de la casa de Helen no les sorprendió.

—Quien ha robado los sigilos ha colocado el último cerca de tu casa por algún motivo. Estoy segura de que lo tenía preparado desde el principio y sabía cómo le íbamos a perseguir.

—Yo también lo creo —concordó Helen a la vez que detenía la moto que habían recogido de las faldas de la montaña—. Hay algo a lo que estoy dándole vueltas desde hace un par de jornadas.

—¿El qué?

—Creo que quien robó los sigilos no tiene intención de destruir Grawell.

—¿Y con qué intención lo ha hecho?

—No estoy segura. Tendremos que descubrir quién ha sido para que nos lo diga —replicó Helen.

—Muy sencillo. —Una voz conocida las interrumpió surgiendo de entre los árboles que rodeaban la casa—. Con la única intención de deshacerme de vosotras dos y de ganarme una buena reputación entre las brujas del consejo.

—¿Shaira? —interpeló Triz, al reconocer a la africana que se le apareció en sueños dos veces, pero en esta ocasión no tenía el pelo negro como en veces anteriores, sino que lucía con el color rojo del fuego—. Pero ¿no amabas Grawell y soñabas con vivir en él?

—Y así es. No envejecer nunca, vivir rodeada de las mías, sin estúpidos hombres que me persigan en pleno siglo XXI... Grawell es maravilloso. Tú, en cambio...

—¿Yo? ¿Qué te he hecho yo?

—Nada en particular y todo en general... Tú eres la «elegida» para salvar a esa raza de imbéciles de cabeza hueca. Contigo fuera de combate, nadie podrá salvarlos de su merecido y sangriento destino. No te lo tomes como algo personal. Le tendría la misma manía a cualquiera que intentara salvar a gente como la que me lapidó, simplemente por ser más lista y de mente abierta que ellos.

—Pero, si no devolvemos los sigilos a tiempo, Grawell desaparecerá y tú no tendrás dónde vivir —protestó Triz.

—Tranquila. Los sigilos ya han cumplido su función. Lo único en lo que no estoy de acuerdo es en quién va a devolverlos a su lugar. Seré yo, no habrá ningún nosotras, y el resto de las brujas me adorarán para siempre por haber salvado su mundo. Claro que, para que eso ocurra, no puedo dejar ningún testigo y tu tía y tú terminaréis aquí vuestra estancia en Grawell para siempre. Diré que fuiste quien robó los sigilos y que yo, y solo yo, he sido capaz de recuperarlos y salvar a Grawell. Así tu mundo estará condenado y yo seré elegida como bruja de elemento en el consejo de Etrazen ocupando el lugar que va a dejar vacante tu tía. Seré la poderosa bruja del elemento fuego y todas me adorarán.

—Una bruja de tu experiencia no pretenderá derrotar ella sola a dos brujas de sangre, una con más años en Grawell de los que tienes de vida y la otra elegida por los Dioses, ¿verdad? —replicó Helen y se colocó un paso por delante de su sobrina.

—Nunca se me hubiera ocurrido, sin antes asegurarme de que mi poder supera al vuestro. A mí también se me han otorgado algunos dones, tu sobrina no es la única que ha tenido contacto con los Dioses y he aprendido algún truco desde que me ofrecieron ser admirada en Grawell.

—¿Quién te lo ofreció? ¿Por qué?

—Porque quieren asegurarse de que se cumple tu destino. Ponerte a prueba. Estudiar tus poderes. Y para ello tú tienes que descender a Marbhreilig.

—No te voy a dejar ponerme una mano encima —repuso Triz y adoptó una posición de ataque.

—Intenta evitarlo. Voy a asegurarme de ser la heroína de esta historia y de mandarte a donde debes ir.

—En mis sueños no solo ese mundo que odias termina destruido. Todos los mundos están en peligro, incluido Grawell.

—Pero los sueños, incluidos los de la elegida —dijo Shaira con tono burlón—, pueden ser cambiados. Y yo haré que Grawell se salve del apocalipsis final. Seremos, nosotras las brujas, las únicas merecedoras de salvarnos, aunque ninguna de vosotras dos estará aquí para verlo.

Shaira alzó los brazos e invocó la fuerza de los espíritus africanos. Empezó a danzar ante la atónita mirada de Helen y Triz, que intentaron concentrar sus energías en sus manos para detener aquel baile, pero no tardaron en darse cuenta de que su magia no funcionaba. Fue Helen quien descubrió por qué.

—Estamos rodeadas por veves[22]. Son sus loas[23] los que nos impiden usar la magia. Shaira ha debido aprovechar nuestra ausencia para hechizar los alrededores de mi casa —exclamó para hacerse oír por encima de los cánticos de Shaira.

—¡Y qué podemos hacer! —bramó Triz.

—¡No lo sé! Si salimos de la influencia de los veves nos alejamos del sigilo del fuego. ¡Shaira lo tiene en su pelo! Pero si nos quedamos, no podremos usar nuestra magia.

La indecisión fue el factor que necesitaba Shaira para terminar su conjuro. Ambas habían permanecido el tiempo suficiente dentro de su influencia como para resultar afectadas. A Helen, de pronto, se le pusieron los ojos en blanco y empezó a convulsionar. Uno de los espíritus invocados por Shaira había arraigado en su cuerpo.

—¡Tía! —exclamó Triz, que agarraba por los hombros a Helen en un vano intento de que volviera en sí mientras ella empezaba a pronunciar palabras en un idioma que desconocía.

Shaira seguía danzando con una sonrisa siniestra en su, hasta entonces, apacible rostro. Era como si un espíritu maléfico interior hubiera tomado posesión de su cuerpo deformando hasta su apariencia exterior. Triz comprendió que, si seguía más tiempo dentro de la influencia de la magia negra de Shaira, no tardaría en verse afectada. Intentó arrastrar a su tía con ella, pero cuanto más tiempo permanecían entre los veves mayor era la resistencia de Helen a dejarse arrastrar. Con todo el dolor de su corazón, tuvo que dejarla allí y correr para ponerse a salvo.

Cuando llegó al linde imaginario que marcaban los veves dibujados en árboles y piedras, se chocó de bruces con la realidad y con un muro de energía que le hizo salir despedida hacia atrás. Estaba

atrapada y, sin la ayuda de su tía, no tenía ni idea de cómo iba a poder salir de allí.

—¿Y tú eres la elegida por los Dioses? —La risa burlona de Shaira resonó a su espalda. Triz sintió cómo se le encogía el corazón y se quedaba sin aire cuando vio a la bruja africana al lado de su tía levantándola del suelo por el cabello.

—¡Cómo la hagas daño te juro que...!

—¿Que qué? ¿Qué piensas hacer, bruja estúpida? ¿Me vas a atacar con tus pueriles hechizos de bruja novata? ¡Ni siquiera puedes invocar un conjuro aquí dentro! —bramó Shaira entre carcajadas—. Haré contigo y con tu soberbia tía lo que me venga en gana.

La rabia consumía a Triz por dentro porque Shaira tenía razón. Se sentía impotente, incapaz de hacer nada. Ni siquiera tenía de su lado la fuerza bruta de Gare, tan ineficaz como perseverante, que consiguió distraer a Cristian el tiempo suficiente e insuflarle ánimos como para que ella pudiera derrotarlo. Estaba sola y no había nadie que pudiera hacerle creer que estaba capacitada para salir airosa. Tenía que apañárselas por su cuenta.

—Espíritus de la loa, que nuestro enemigo sucumba a nuestra venganza —vociferó Shaira, a quien también se le habían puesto los ojos en blanco, lo que le daba una imagen aterradora.

Triz pudo ver brotar del cuerpo de Shaira una serie de espectros vestidos con ropajes africanos que fueron hacia ella como un ejército lanzándose a la ofensiva. Tenía que hacer algo rápido, no le quedaba tiempo ni para pensar. A la desesperada, buscó en su mochila su athame. Estaba segura de que un cuchillo ceremonial no iba a poder hacer nada contra unos espíritus embravecidos por la sed de venganza, pero tenerlo en la mano le proporcionaba una sensación de seguridad.

Mientras rebuscaba, una llama de fuego pasó corriendo por su lado atravesando a los espíritus y atacando a Shaira.

—¡Fulgor! —exclamó Triz al ver al canignis gris lanzarse a morder la pierna de la bruja.

El ataque fue repelido por Shaira, pero la distracción consiguió que los espíritus invocados desaparecieran y le dio un poco más de tiempo. Se acordó de la vela atrapafuegos. No estaba segura de que fuera una buena idea liberar toda la fuerza de Fulgor para que se volviera a convertir en el aterrador perro con el que habían tenido que enfrentarse en Cogar, pero no se le ocurría otro plan mejor. El canignis se había lanzado a defenderla y también les había ayudado con las arañas lobo en Vulkafer. Mejor eso que nada.

Sacó la antivela de la mochila y llamando a Fulgor para que se acercara, después de que este se hubiera levantado del golpe que le había propinado Shaira, agujereó la base de la antivela con su athame.

El fuego contenido en su interior empezó a brotar como un manantial y Fulgor se colocó debajo. Ambas llamas se fueron fusionando y, en pocos segundos, dejó de ser un cachorro grande y pasó a ser un perro de mayor tamaño, incluso, al que se habían enfrentado en un primer momento.

—¡Firedemon! Qué alegría volver a verte. Hay que ver cómo has crecido —dijo Shaira al reconocer al canignis que había dejado protegiendo el sigilo del aire.

Triz no sabía qué hacer. Estaba a la espera de ver la reacción del animal. No sabía si se iba a encontrar con el perro que le había atacado en Cogar y que la habría quemado viva si no llega a ser por la intervención de Gare o con el cachorro cariñoso y fiel que había dormido en sus brazos en la barca camino a Vulkafer.

Por unos segundos pareció que ni el propio canignis se decidía por qué hacer. Miraba alternativamente a Shaira y a Triz, indeciso de por cuál de los dos bandos decantarse, como si le hubieran puesto dos suculentos platos a su alcance sin ser capaz de decidirse a cuál dar el primer bocado.

Con su mirada inyectada en carmesí y llamas de fuego goteando de su boca abierta, el canignis dio dos pasos en dirección a Triz. Ella se temió lo peor. El perro parecía dispuesto a volver a atacarla. Shaira le había llamado Firedemon, demonio de fuego, y parecía haber reconocido a su antigua dueña.

Pero, en esta ocasión, el gesto del perro cambió y sus ojos volvieron a su color negro habitual cuando se tranquilizaba. Dio otros dos pasos más hasta colocarse al lado de Triz y se giró hacia Shaira, entonces, volvió a arder en llamas.

—¡Maldito chucho traidor! —bramó Shaira—. No importa, aunque tengas al canignis de tu lado tampoco vas a poder hacer nada. Toda tu magia ha sido anulada y un chucho, por muy de fuego que sea, no va a poder hacer nada contra mí.

Triz estaba de acuerdo, pero la irrupción de Fulgor y el tiempo que este se había tomado en decidir en qué bando quería estar le habían dado un plazo suficiente para tener una idea. No era brillante, pero podía valer. A veces las ideas más tontas eran las más efectivas.

Se había acordado de los ouroborus y de su escama. Ese artículo que, en su momento, le pareció curioso y que ahora podría salvarle la vida. El destino a veces es muy caprichoso, uno de los primeros seres mágicos que había conocido iba a ayudarla a terminar la aventura.

Mientras Fulgor evitaba un nuevo ataque de Shaira intentando morderla, rebuscó entre sus pertenencias. Sabía que llevaba aquella escama en alguna parte. La encontró en uno de los bolsillos de la mochila justo cuando Shaira parecía conseguir deshacerse de Fulgor. El sigilo de fuego que hacía brillar su pelo, atraía otras llamas y, en

cada acercamiento del canignis, su roja melena parecía aumentar, mientras que el animal disminuía ligeramente de tamaño. Si no se daba prisa, el pobre terminaría formando parte del sigilo para toda la eternidad.

Triz corrió con la escama en la mano hasta uno de los árboles en los que había visto dibujado uno de los veves. Allí la colocó sobre el dibujo.

La escama, como una postilla que cubre una herida hasta curarla, rellenó el relieve dibujado en la corteza del árbol y borró el dibujo rompiendo así el sello de magia negra.

Triz dio un paso hacia el exterior, tanteando el terreno en el que minutos antes había salido despedida por la barrera de energía. Una corriente de energía positiva recorrió su cuerpo cuando confirmó que ya no existía tal barrera.

De inmediato comprobó si su magia había vuelto y pudo verificar que la energía volvía a concentrarse en sus manos. Tenía una posibilidad. La oleada de optimismo se esfumó al volver a girarse hacia Shaira.

Esta, viendo que Triz era capaz de romper la barrera, había agarrado a Helen por el cuello y amenazaba con mandarla al mundo de los muertos si movía un solo dedo.

—Me vas a dar más problemas de los que pensaba. He de reconocer que me estás sorprendiendo. Cuando te vi por primera vez, pensé que no tendrías ni medio hechizo, pero te defiendes como una gata.

—Las madres estamos acostumbradas a guerrear cada día —dijo Triz y concentró su energía en las manos.

Estaba dispuesta a lanzar un ataque, pero para eso tenía que conseguir que Shaira soltara a su tía. Fulgor también se limitaba solo a ladrar. Había perdido buena parte de su tamaño y casi volvía a ser el mismo cachorro que habían tenido que rescatar y, mientras Shaira usara a Helen como escudo, no parecía dispuesto a contraatacar.

Shaira, sin embargo, no tenía ningún motivo por el que contener sus ataques. Sujetando con una mano a Helen, invocó a los loas con la otra. Sus ojos volvieron a quedarse en blanco y de nuevo los espíritus africanos brotaron de su cuerpo dispuestos a abalanzarse sobre Triz.

Triz invocó el mayor hechizo de protección que conocía. El mismo que había usado durante la Tercera Guerra y la tormenta solar para proteger a su familia. Esperaba que fuera suficiente. No temía que los espíritus pudieran dañarla, pero era probable que pudieran apoderarse de su mente y tomar el control de su cuerpo, obligándola a cometer actos que no quisiera hacer, como suicidarse.

Respiró aliviada al ver como los espíritus se desvanecían a escasos pasos de donde se encontraba. Había conseguido superar el primer

ataque, pero seguía sin saber cómo iba a poder tomar la iniciativa. Su tía seguía con los ojos en blanco, con el cuerpo inerte como un muñeco, interponiéndose entre sus posibles ataques y Shaira.

—Muy bien. Está claro que no voy a poder controlarte con uno de mis loas, pero tengo una sorpresa para ti.

Con la mano libre, rebuscó en uno de sus bolsillos. Triz enseguida pudo ver qué era lo que Shaira pretendía. Lucía orgullosa un muñeco de trapo que se asemejaba, de alguna forma, a ella.

—Te presento a tu otra yo. Mi muñeco vudú.

—Esos muñecos no funcionan si no tienen algo de la persona a la que representan —musitó Triz con cierta inseguridad. No recordaba cómo habría podido conseguir Shaira nada que le perteneciese, pero estaba segura de que no habría pasado por alto algo tan importante.

—¿Te acuerdas de la reunión del consejo en Etrazen?

—Claro que me acuerdo. Tuve que demostrar mi magia, pero no estabas allí.

—Claro que estaba, solo que no me viste. ¿Recuerdas haber sentido que alguien te tiraba del pelo? —interrogó Shaira burlona—. A mi muñeca le queda muy bien el color castaño de tu melena...

Triz lo recordaba. Si lo que había leído de magia vudú era cierto, aquella bruja tenía todo lo necesario para hacer magia negra contra ella. Se alegraba de que Gare no estuviera allí para verlo y haber evitado el sueño de su hija. Aquella malvada bruja no iba a poder atacarlo. Él ya estaba a salvo en casa y el sueño en el que les perseguía por el bosque se había evitado.

—Y mira lo bien que le quedan las ropas que me dejó tu tia para contactar contigo en Aisling cuando tuve que regresar a buscarte —rió Shaira.

Triz esperaba el momento en el que Shaira tuviera que soltar a su tía para atacarla, pero esta cogió la muñeca con la mano que usaba para sujetar a su tía y se sacó una aguja de la manga.

—¿Qué se siente, bruja novata? —preguntó a la vez que pinchaba, ligeramente, el estómago de la muñeca.

Triz sintió el pinchazo, pero fue soportable, como el dolor que se siente cuando te tatuan. Intentó que su cara no dejara ver que lo había sentido.

—¿Y si recibes el pinchazo en la cabeza? —El dolor fue más intenso, como el de una fuerte migraña. Triz cerró los ojos—. Esa ha dolido más, ¿verdad? —comentó Shaira antes de estallar en carcajadas —. ¿Qué vas a hacer para defenderte, elegida por los Dioses?

Shaira se estaba burlando de ella y Triz se sentía impotente.

—Puedes seguir torturándome todo lo que quieras. No pienso dejar que te salgas con la tuya y voy a recuperar el último sigilo antes de mandarte a Marbhreilig —repuso antes de que un nuevo pinchazo

la tirara al suelo. La muy zorra había hundido la aguja hasta el fondo a la altura de una de sus rodillas.

—Mírame. Estoy temblando de miedo —se burló Shaira antes de hundir de nuevo la aguja en un costado del muñeco. Triz se retorció del fuerte dolor—. Puedo hacer contigo lo que quiera. ¿Dolor de estómago? —Shaira atravesó la tripa del muñeco y Triz se retorció en el suelo—. ¿De cabeza? ¿Qué te parecería perder la visión en uno de tus ojos? O mejor aún, ¿de los dos?

Shaira introdujo la aguja en su pelo de fuego. Las llamas del sigilo la hicieron incandescente y solo el calor que emanaba ya cegaba a Triz cuando la acercó a la muñeca.

Lanzar un ataque a la desesperaba pondría en peligro a su tía y dañaría a la muñeca, con lo que se autoinflingiría daño. No iba a poder hacer nada. Shaira iba a dejarla ciega. Triz cerró los ojos esperando el golpe y sabiendo que nunca más iba a poder volverlos a abrir.

Shaira se regodeó en su victoria. Como un mal villano de película, se entretuvo en disfrutar de su victoria antes de asestar el golpe y, como a ese villano perdedor, vender la piel del oso antes de cazarlo terminó costándole caro.

Hacía tiempo que Triz había roto el poder de los veves y con ello había permitido el regreso de la magia, pero no solo de la suya, también de la de su tía Helen que, aún poseída por un espíritu, había tenido tiempo para luchar contra él y recuperar el control de su cuerpo. No en vano, era una de las brujas que lideraban el consejo por ser una de las cuatro más poderosas de Grawell y el sigilo que conservaba Shaira era, precisamente, el suyo, el sigilo de fuego. El que ella mejor dominaba.

Había aprovechado cada segundo ganado por su sobrina para recuperar fuerzas y aumentar su poder y, sintiendo la energía recorrer su cuerpo, había llegado el momento de poner a Shaira en su sitio. En un ágil, e inesperado movimiento arrebató la muñeca a Shaira en el instante en que estaba a punto de clavar la aguja en uno de sus ojos, la protegió contra su pecho y, antes de que Shaira pudiera reaccionar, invocó la fuerza del fuego y expulsó toda su energía convirtiéndose, a sí misma, en el ojo de un huracán, el único lugar en calma a su alrededor. La bruja africana salió despedida y malherida.

—¡Triz! —gritó Helen—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —exclamó Triz aturdida sin saber muy bien qué había ocurrido, pero feliz por escuchar la voz de su tía.

—¡La antivela! ¡Lánzamela!

—¡He tenido que clavarle mi athame para liberar a Fulgor! ¡No sé si será útil!

—¡Tú lánzamela!

Triz obedeció. Recogió la antivela del lugar en el que la había dejado caer y, con todas sus fuerzas, la arrojó hacia su tía antes de volver a caer de rodillas al suelo. La pierna, la cabeza y el estómago seguían doliéndole horrores, pero sus ojos y su puntería seguían intactos.

Helen recogió el objeto al vuelo y, recuperando la aguja incandescente que había soltado Shaira, derritió un poco de la cera de su base y la usó para taponar el agujero que su sobrina le había hecho. Sopló hasta que la cera se volvió a solidificar y se acercó a Shaira, que herida, estaba intentando zafarse de los mordiscos de Fulgor. El perro había aprovechado su debilidad para atacarla.

—¡Fulgor! A un lado —ordenó Helen. El canignis miró contrariado, como un niño al que le quitan la diversión, pero obedeció sin protestar.

Helen invocó un hechizo de contención, el mismo que utilizó para detener el ataque de Petronilla en el lago, pero, en lugar de agua, fue la propia energía de Shaira lo que contuvo. Acercó la antivela a su pelo y el sigilo del fuego se introdujo en su interior, devolviendo al cabello de la bruja su antiguo color azabache.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Triz que, con dificultad, había conseguido acercarse hasta donde estaba su tía.

—La llevaremos ante el consejo de Etrazen y ellas decidirán su destino —repuso Helen.

—¿Estás segura? Allí está Petronilla y otras brujas que me odian. ¿Y si deciden dejarla en libertad?

—Ha atacado a una de las brujas de elemento del consejo. Te aseguro que eso no ocurrirá. Lo más probable es que acabe siendo condenada a pasar el resto de sus días como espíritu de Ekabú. Quería vivir en Grawell para siempre, pero me temo que el lugar que tenemos reservado para las brujas traidoras no va a ser de su agrado.

Sigilo de fuego

—36—

Hogar, asolado hogar

Deseosa de regresar a casa, Triz aceptó de buen grado el destino de Shaira. Quería devolver los sigilos a la cueva de Ekabú y comprobar cuanto antes que Gare y su familia estaban bien.

Salvo tener que subir las empinadas cuestas, no hubo ninguna complicación en el regreso a la montaña y los cuatro sigilos estuvieron colocados en el círculo con rapidez. En ese momento, se dio cuenta de que iba a tener que volver a enfrentarse a uno de los momentos más duros de su vida. Por tercera vez, iba a tener que despedirse de su tía.

—¿Estarás bien? —preguntó abrazada a ella, sin poder evitar las lágrimas.

—Soy la tía de la bruja que ha salvado a Grawell. Me van a adorar.

—A algunas brujas eso no les va a gustar.

—Llevan años intentando desprestigiarme y nunca lo han conseguido. Grawell seguirá pendiendo de un hilo hasta que la elegida por los Dioses devuelva la estabilidad a todo el universo.

—No sé si voy a ser capaz sin ti... Si no hubiera sido por tu ayuda, ahora mismo sería una bruja ciega, o muerta.

—En ninguna parte pone que la bruja elegida tenga que enfrentarse a los problemas sola. En Aisling fue Gare quien te ayudó, aquí hemos sido ambos quienes te hemos acompañado en la aventura. Estoy segura de que Gare y más gente estarán a tu lado cuando surja el próximo problema. No en vano tu hija aparecía en mis sueños y ella también es una bruja de sangre.

—No sé si va a estar preparada. Le he mantenido en secreto

demasiado tiempo que es una bruja y ahora no sé si tendré tiempo de enseñarla.

—Créeme, tu hija te sorprenderá, como lo hiciste tú conmigo antes de tener que despedirnos la primera vez.

—Te voy a echar tanto de menos...

—Yo a ti también, pequeña.

—Tía, que ahora, por como nos conservamos ambas, podríamos ser hermanas —repuso Triz en un intento de destensar la despedida.

—Aunque tengas ochenta años y yo siga aparentando cuarenta y pocos, para mí siempre serás mi pequeña. Regresa a casa. Devuelve la armonía al universo. Haz que los Dioses vuelvan a amarse. Salva los mundos —se despidió Helen, a quien también las lágrimas le caían por las mejillas.

La anterior despedida había sido precipitada y, en la primera, Triz era solo una niña, pero en esta sentía un enorme vacío al despedirse. Haber podido compartir varios días le había recordado lo mucho que extrañaba a su familia.

No alargaron más la despedida. Había mucho por hacer como para andar perdiendo el tiempo en añoranzas. Ahora que ambas conocían las leyes de la vida, estaban seguras de que tarde o temprano, ya fuera en Grawell o en el mundo de los muertos, iban a volver a verse.

Cuando Triz despertó en el cobertizo de Nara, revisó la mochila que se había llevado con ella para asegurarse de tener las semillas de manzana llorona. No estaba segura de para qué iba a necesitarlas, pero se alegraba de haberlas encontrado. Se sonrió al ver que, entre los objetos que se había traído en la mochila, estaba alguna de las galletas que su tía había comprado en Dumbsilly. Cuando todo aquello terminara, esas galletas igual eran una buena forma de celebrarlo. Pero no daría solo un bocado, se comería una entera y que fuera lo que los Dioses quisieran.

La siguiente sorpresa tras su regreso, aunque menos divertida, fue comprobar que el cobertizo de su amiga estaba cerrado por fuera y no podía salir. Podía usar su magia para abrirlo, pero bastantes problemas le había causado ya a Nara, como para encima destrozarle el cobertizo. Recurrió al método tradicional. Se puso a dar golpes y a pegar gritos con la esperanza de que alguien la escuchara dentro de la casa.

Fue su amiga quien salió corriendo. Abrió la puerta y se lanzó sobre su Triz a abrazarla en cuanto la vio.

—¡Ey! ¡Suave! A ver si lo que no han conseguido en Grawell vas a conseguirlo tú con un abrazo —protestó Triz al sentir que su amiga la ahogaba con tanta efusividad.

—¡Me alegro tanto de verte!

—Sí. Yo también me alegro de haber vuelto. Ya te echaré la bronca por haber convencido a Gare de que fuera a Grawell, pero estoy tan contenta de verte que lo dejaré para otro momento. ¿Regresó bien?

—Sí, Gare está bien —respondió Nara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Triz al ver que a Nara se le había borrado, de pronto, la sonrisa de la cara.

—Durante tu ausencia han pasado algunas cosas...

—¿Me las vas a contar de una vez o estás esperando a que me dé un infarto?

—Han atacado tu casa...

—¿Qué? ¿Y mis hijas? —bramó Triz angustiada. Si no fuera porque Nara la agarró del brazo, habría salido corriendo.

—Tus hijas están bien, no te preocupes. No les ha pasado nada, pero Óscar...

—¿Qué le ha pasado? Dime que no le han herido...

—No, tranquila. Solo se llevó un fuerte golpe, se recuperó rápido, pero no lo soportó más. Dijo que estaba harto de todas esas mierdas de brujas, de tener que salvar mundos y de soportar tus ausencias. Discutió con Gare cuando llegamos a la casa y, cuando se tranquilizó, se fue.

—¿En serio? ¿Dejó a nuestras hijas solas?

—Tus hijas están en mi casa conmigo, mi marido y mis hijos, y Gare se quedó en tu casa, intentando adecentarla para cuando llegaras. Lleva todo el día trabajando...

—¿Quién atacó mi casa? ¿Por qué?

—No lo sabemos. Alana no dejaba de hablar de una bruja pelirroja. Estuvo días intentando convencer a su padre de que tenían que irse de casa y ponerse a salvo, pero no le hizo caso. Cuando Gare y yo llegamos no vimos a nadie, pero tu marido estaba herido bajo una de las librerías y tu hija sollozaba en el suelo de la habitación con un chafya en el regazo.

—¿Un chafya? Esos seres son muy raros y poderosos. ¿De dónde ha sacado mi hija uno?

—No tengo ni idea. Yo ni sabía que existía cosa igual. Vas a alucinar cuando lo veas. Es el animal más raro y cariñoso que he visto en mi vida. Está arriba con tus hijas.

—¿Y Óscar no vio nada?

—Tu marido se asustó tanto, estaba tan nervioso que ni siquiera fue capaz de decirnos qué había visto. Cogió una maleta, metió sus cosas y se marchó.

—Tengo que ver a mis hijas e ir a mi casa cuanto antes —dijo Triz nerviosa—. Quiero ver si se han llevado algo. Si la bruja pelirroja tiene el mismo objetivo que Cristian, temo que haya podido llevarse el

grimorio de Astrid.

—¡Mamá! —gritó Alana, que había visto a su madre desde una de las ventanas de la vivienda y había bajado corriendo. Casi sin darle tiempo a reaccionar, se lanzó sobre sus hombros. Triz cogió a su hija casi al vuelo. Tras ella apareció la pequeña Maya, que también corrió a abrazarse a las piernas de su madre.

—Qué ganas tenía de volver a veros...

—¡Ha venido la bruja pelirroja! He aprendido un montón de mis poderes y el chico que aparecía en mis sueños a tu lado también ha aparecido y nos ha ayudado. Papá no me ha hecho caso y ahora se ha ido de casa, pero yo no he hecho nada malo, solo quería avisarle de que teníamos que marcharnos. Te juro, mamá, que yo no he hecho nada malo, esta vez, para que papá se enfade —soltó Alana casi sin respirar.

—Lo sé, lo sé. Respira, que te vas a ahogar. Vamos a casa y a ver qué nos encontramos, ¿vale?

—¿A casa? Yo no quiero volver a casa. La bruja pelirroja me encontrará allí si vuelvo y quería llevarme con ella. No quiero ir a ninguna parte con ella, prefiero quedarme aquí, con Nara.

—De la bruja pelirroja no tienes que preocuparte. Ya me he encargado de ella como hice del hombre malo —dijo Triz, segura de que Shaira no iba a volver a salir de Grawell por mucho que su cuerpo estuviera disponible para regresar.

—¿En serio? ¿¡También has ganado a la bruja pelirroja!? Vale —repuso Alana—, pero me llevo a Atzu conmigo.

—¿Quién es Atzu?

—Espera, que te lo enseño —repuso Alana y salió corriendo escaleras arriba. No tardó en bajar con aquel ser en brazos.

Era la primera vez que Triz veía un chafya, eran muy pocas las brujas que habían podido ver uno. Había leído sobre ellos y sabía de su rareza. Bajo su apariencia adorable, se ocultaba uno de los seres mágicos más poderosos y protectores y de procedencia más extraña —ninguna bruja sabía de dónde salía aquella criatura—. Se alegraba mucho de que su hija tuviera uno de su lado.

—¿Me lo puedo quedar?

—Si él quiere, yo no tengo inconveniente, pero es decisión suya, ni tuya ni mía. Los chafyas no son ninguna mascota. Atzu —dijo dirigiéndose al chafya—, ¿quieres venir a casa con nosotras?

Atzu se puso en pie en las manos de Alana y estornudó. El vapor de agua que desprendió de su piel escribió un SÍ en mayúsculas.

—No se hable más, nos vamos todos a casa.

El toque de queda estaba cercano y Triz no quiso molestar más a su amiga. Alana se pasó todo el camino contándole lo que había pasado y no podía dejar de sorprenderse de lo rápido que su hija había

aprendido y mejorado sus poderes. Era como si, en su ausencia, hubiera absorbido cada palabra leída en los grimorios sin ayuda de nadie y ya era capaz de invocar hechizos sin que nadie le hubiera enseñado. Le recordó a cuando ella era pequeña y le regalaron el primer móvil. Fue capaz de manejarlo, mejor incluso, que sus padres, sin que nadie le enseñara.

Además de escuchar a su hija y de arrastrar a la pequeña Maya, también le dio tiempo a pensar en lo que había ocurrido. Se empezaba a hacer una idea en su cabeza de lo que había pasado en su ausencia. Mientras ella, su tía y Gare habían estado recuperando los sigilos, Shaira había aprovechado que podía viajar entre mundos para intentar secuestrar a su hija, aún no sabía con qué intenciones, y había intentado matarla en Grawell para que no pudiera perseguirla. Cuando Gare regresó, se encontró con Shaira allí y esta volvió a Grawell para terminar su cometido de destruirla y proclamarse salvadora de Grawell. Pero todo había terminado bien y se podía centrar en evitar el fin de los mundos.

Sintió que el corazón se le paraba al cruzar la puerta de su casa. Todo su cuerpo se tensó al escuchar un ruido en el piso de arriba cuando, por un segundo, se olvidó de lo que le había dicho Nara. Gare estaba allí.

—¡Triz! —gritó desde el final del tramo de escaleras que subía al piso de arriba—. ¿Salvaste Grawell? ¿Conseguiste el cuarto sigilo? —preguntó mientras se lanzaba escaleras abajo para abrazarla.

—Sí. Ya está todo arreglado en Grawell —informó Triz, quien apartó la cara cuando Gare intentó besarla delante de sus hijas—. Ahora me tocará arreglar mi casa.

—Llevo varias horas adecentando el piso de arriba. La habitación de Alana ya está en orden. Podréis dormir tranquilas esta noche.

—Gracias. No tenías por qué hacerlo.

—Ya que no podía ayudarte más en Grawell, qué menos que ayudarte aquí...

—Lo mejor es que cenemos y que las niñas se vayan a dormir. Después, tú y yo tenemos que hablar. —La frase final la murmuró al oído.

Un escalofrío recorrió la espalda de Gare. Aquella frase, de labios de una mujer, nunca traía nada bueno.

Las niñas terminaron de cenar. Mientras Gare recogía la cocina, Triz las acompañó a su cuarto para acostarlas. Dejó a Maya en su habitación y se alegró al ver que Gare había hecho un buen trabajo dejando el lugar como estaba. Eso, o quien hubiera atacado su casa no había entrado en la habitación de su pequeña. El cuarto de Alana también estaba ordenado, pero se veía desde la puerta que le faltaban cosas y que una de las librerías estaba rota.

—Deja la luz encendida por si vuelve la bruja pelirroja, pero no hace falta que te quedes a dormir —pidió Alana orgullosa y sonriente —. Tengo a Atzu para que duerma conmigo.

—Muy bien —respondió Triz—. La dejaré encendida por esta noche y estaré atenta a cualquier cosa. Si necesitáis algo, solo tienes que pedirlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repuso Alana tras meterse en la cama y taparse con las mantas antes de cerrar los ojos, acariciando al chafya, que se había acurrucado a su lado. Tras su aparición, no se habían separado ni un minuto.

Antes de regresar a la cocina, Triz fue al sótano a comprobar si el libro de las sombras de Astrid seguía allí. Salvo una pata de la mesa chamuscada, una pared ennegrecida y unos cuantos frascos fuera de lugar, lo demás estaba en orden. Estaba segura de que aquello no era fruto del ataque de ninguna bruja pelirroja. Tendría que hablar con su hija para que le explicara qué había ocurrido en su sótano. Más tranquila, regresó a la cocina.

—Perdona —se disculpó Gare al verla entrar—, me emocioné tanto al verte que no reparé en que estaban tus hijas.

—No pasa nada, tranquilo. De eso precisamente quería hablar contigo.

—No sé por qué cada vez que dices esa frase, se me hace un nudo en el estómago.

—Tenemos que hablar de nuestra relación. Ya no estamos en Grawell y aquí están mis hijas, mis amistades, mi marido...

—Bueno, creo que Óscar ya no está aquí. Le faltaron piernas para salir corriendo —replicó Gare.

—Pero sigue siendo mi marido y el padre de mis hijas. Por mucho que no entienda a qué se enfrenta su familia, eso no ha cambiado. Siempre será el padre de Alana y Maya.

—Eso lo entiendo.

—Tengo mi vida hecha aquí y tú tendrás que regresar a tu casa. Seguramente tendrás que volver a buscar trabajo y tendrás que aclarar las cosas con esa chica...

—Creo que todo eso se pueden solucionar si tú me quieres...

—Ni siquiera sabemos si lo nuestro puede funcionar. Nos conocemos desde hace muchos años y nunca nos hemos puesto de acuerdo con nuestros sentimientos. ¿Y si no funciona? ¿Y si nos damos cuenta de que lo que sentimos es solo un capricho de adolescencia?

—No lo sé, Triz. No tengo ni idea de si lo nuestro funcionará o no, ni de si va a durar una semana, un mes, un año o el tiempo que le quede a los mundos. Solo sé que estoy dispuesto a intentarlo. Hasta donde llegue, mientras nos haga felices a los dos. ¿Y tú?

—No puedo negar que siento algo por ti... pero necesito tiempo

para aclararme, para...

—¡Fuera! —El grito de Alana, tan fuerte que resonó en la planta baja de la casa, interrumpió a Triz.

De pronto, un *flash* del sueño que le contó su tía en su casa en Grawell le hizo detenerse en la puerta de la cocina cuando estaba a punto de salir.

—¡Ni se te ocurra moverte de la cocina! Por favor, Gare, por lo que más quieras. ¡Esta vez, hazme caso! —Y salió a la carrera al piso de arriba, subiendo las escaleras con más rapidez y agilidad de lo que era consciente de ser capaz.

Una intensa luz salía de la habitación de su hija mayor.

Con el corazón en la boca, abrió la puerta. Una mujer pelirroja, con un aura negra a su alrededor, reía burlona en medio del cuarto. Alana, que se había levantado de la cama, estaba arrinconada contra el armario y su cara reflejaba el miedo que sentía, aunque intentara mantenerse firme y desafiante.

—¡Cuidado, mamá! ¡Es la bruja pelirroja! —gritó Alana al verla en el umbral de la puerta.

—Encantada de conocerte. Tú debes de ser la madre. —La voz de la bruja llamó la atención de Triz. Sonaba dulce y acogedora, no le pegaba para nada a aquella mujer que amenazaba la tranquilidad de su hogar y a su hija mayor.

—¿Qué es lo que quieres?

—Alguien necesita a Alana y vengo a llevarla conmigo. No pude la primera vez, pero quieren que insista. Parece que es muy importante.

—¡Para eso tendrás que pasar por encima de mi cadáver! —bramó Triz. Que la bruja pelirroja hubiera usado la primera persona del plural era lo que más le había asustado.

—No es problema. Solo una de las dos tiene que ir de manera voluntaria y tú serías un estorbo para mis intenciones —respondió la mujer mientras concentraba un aura de energía en sus manos. De ellas empezaban a salir fuertes raíces.

En el último segundo pudo apartarse y el ataque golpeó contra el marco de la puerta haciendo saltar un trozo de pared por los aires. La bruja aprovechó la ausencia de Triz, escondida al otro lado de la puerta para protegerse, para acercarse a Alana, pero la niña no se acobardó y usó su magia.

Se concentró y desapareció de delante de los asombrados ojos de la intrusa cuando esta iba a agarrarla del brazo para aparecer al otro lado de la habitación, al lado de Atzu y cerca del umbral.

—Empiezo a entender por qué prefieren a la pequeña —repuso la bruja—. Muy bien. Tendré que ofreceros mi mejor versión.

Triz corrió a abrazar a Alana mientras su enemiga invocaba un

hechizo para aumentar su aura negativa, que creció tanto que llegó a ocupar casi todo el espacio del cuarto. Triz y Alana, con Atzu en brazos, salieron corriendo escaleras abajo antes de que les lanzara su ataque.

Pero la magia de la bruja les dio alcance cuando bajaban el último escalón. Una de las raíces alcanzó a Triz en uno de sus tobillos y la agarró con fuerza para hacerle caer de bruces al suelo.

—¡Mamá! —exclamó Alana, que soltó al chafya para poder tirar de su madre con ambas manos.

Atzu se aferró a la rama que rodeaba el tobillo de Triz y la rodeó con su cuerpo. Se puso a vibrar como si una corriente eléctrica le estuviera recorriendo. La raíz no tardó en empezar a arder.

—¡Maldito bicho! —exclamó la bruja pelirroja desde lo alto de la escalera, se vio obligada a soltar su presa y agitó la mano en el aire cuando esta ya había recuperado su forma humana.

—¿Lilian? —La voz sorprendida de Gare llegó desde la puerta de la cocina. Al oír el ruido y su voz había decidido salir, pese a la promesa de no hacerlo que le había hecho a Triz. También a ella la había oído gritar.

—Hola, guapo. Tarde o temprano ibas a descubrirlo, pero no te preocupes, será rápido. En cuanto termine lo que tengo que hacer aquí te invitaré a tomar agua de chocolate y podremos retomar nuestra última cita donde la dejamos. No me gusta que me dejen a medias...

—Esto no puede estar pasando... —murmuró Gare.

—¿Esta es Lilian, la chica con la que estabas cuando fue a buscarte Nara? —preguntó Triz. Gare no pudo responder con palabras, solo con un movimiento de cabeza—. Te acercaste a Gare solo para conseguir información sobre mí, ¿verdad?

—No tenía ni idea de quién era cuando lo conocí en el hospital. Pero no dejaba de hablar de ti. Que si Triz lo uno, que si Triz lo otro... Me acerqué a él porque tú, alejándote de él y dejándole solo en el hospital, lo convertiste en un blanco fácil. Un par de muestras de cariño y un beso en nochevieja y hubiera sido mío si no llegas a volver a aparecer con tus problemas. Yo sabré cuidarlo mejor que tú, que solo sabes ponerle en peligro. Unos días más con él y dejarás de importarle para siempre.

—Triz siempre va a importarme —replicó Gare.

—¿Por qué? Siempre te está apartando. Te dejó solo en el hospital. Fue egoísta. Fui yo la que estuvo contigo esos días, ¿recuerdas? Solo yo. Te busqué trabajo, te invité a salir... Mientras tanto, ella seguía jugando a la familia feliz sin acordarse de ti —replicó Lilian mientras bajaba por las escaleras hasta llegar al salón.

—Aun así, siempre será más importante en mi vida que tú —repuso Gare muy enfadado.

Triz vio algo extraño en Gare. Sus ojos brillaban en un extraño color verdoso, como si la ira que sentía quisiera salírsele por los ojos.

—Eso ya lo veremos. En cuanto cumpla mi misión, me concederán todos mis deseos y tú eres uno de ellos. Ni siquiera te acordarás de ella y solo tendrás ojos para mí. Me lo ha prometido y siempre cumple sus promesas. En cuanto la mocosa se venga conmigo estaremos juntos, quieras o no.

—No vas a llevarte a Alana a ninguna parte —repuso Triz, que aprovechó la distracción de Lilian para lanzarle un ataque. Pero como solo había podido arrastrarse hasta el otro lado del salón, todavía seguía tendida en el suelo, Lilian no tuvo muchos problemas para esquivarlo.

—No deberías ver esto. —Lilian se dirigió a Gare—. Por suerte para ti, cuando todo termine, ella será eliminada de tu memoria y no recordarás nada de lo que aquí ha pasado.

Después concentró todas sus fuerzas de nuevo. Las raíces no tardaron en brotar de sus manos. En esta ocasión eran todavía más robustas y amenazantes. Triz se concentró en crear una barrera de protección. Todavía dolorida, casi sin poderse levantar del suelo por la lesión en el tobillo, sus movimientos fueron más lentos de lo normal. El hechizo de protección solo llegó a cubrir la zona en la que estaba ella. El ataque de Lilian salió repelido al chocar contra su muro protector y varias de las raíces saltaron astilladas hacia donde estaba Alana.

Gare, que desconocía los poderes de la pequeña y como hizo ante el canignis, saltó sin pensarlo dos veces para proteger a la pequeña. Alana, por su parte, se concentró y cambió de lugar justo antes de que las astillas se clavaran en la pared del fondo. Todas menos una.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó Lilian—. ¡Bruja estúpida, él tenía que ser mío! ¡Y por tu culpa está muerto! —La última astilla, la más grande de todas, se había clavado en la cabeza de Gare cuando este se había interpuesto entre ellas y Alana.

La ira recorrió cada poro del cuerpo de Triz. Aquello no podía haber pasado. Tenía que ser alguna de sus pesadillas. Iba a despertar y Gare se pondría en pie, como lo había hecho varias veces durante los ataques de Cristian y la haría reír con alguna de sus tonterías.

Pero no despertaba y Gare seguía inerte en el suelo, sin mover ni un solo músculo de su cuerpo, en la misma postura que había caído al ir a proteger a Alana. Se había sacrificado por su hija.

—¡Coge a tu hermana y llévatela de aquí! —gritó Triz a Alana, sin apartar la mirada de Lilian, que se había puesto de rodillas en el suelo junto al cuerpo de Gare.

Su hija no dijo nada. Simplemente salió corriendo escaleras arriba para buscar a Maya. Lilian, enfurecida, intentó evitárselo lanzando

uno de sus ataques contra la escalera por la que Alana subía. Si algo le habían dejado claro, es que no podía hacer daño a la pequeña. Ella era la única que tenía que ir de manera voluntaria.

Pero Atzu se interpuso y Alana pudo alcanzar el último escalón y correr hasta la habitación de su hermana. La pequeña, que se había despertado con el ruido, estaba escondida bajo su cama.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando vio entrar en la habitación a su hermana mayor.

—Tenemos que irnos. Vamos, dame la mano.

La pequeña hizo caso a su hermana mayor y esta, en cuanto se agarró a ella, abrió la ventana y se concentró. No tardaron en aparecer ambas en el jardín trasero. Alana celebró orgullosa su nuevo logro. Era la primera vez que conseguía mover a más de una persona a la vez. Atzu se asomó a la ventana de su cuarto.

—¡Ven! ¡Salta! —gritó extendiendo los brazos. El chafya ni se lo pensó y cayó en su regazo. Con Atzu en brazos salieron corriendo en dirección a casa de Nara.

Triz seguía conteniendo los ataques de Lilian mientras su rabia, desesperación y ansiedad, continuaban creciendo. Gare seguía sin moverse del suelo y no podía acercarse a él.

Con sus hijas ya a salvo lejos de allí, decidió que era el momento de liberar todo su poder. Si quería derrotar a Lilian, tenía que usar todas sus fuerzas, como había hecho contra Cristian.

Pero esta vez, cuando se concentró y entró en trance al tiempo que sus pies se elevaban del suelo, el aura que la rodeaba no era de color blanco, sino que dentro de ella, rayos negros, de ira, crecían como en una tormenta eléctrica. Cuando Triz abrió los ojos, no eran verdes como en ocasiones anteriores, sino negros como las alas de un cuervo.

Sus palabras no sonaban como cada vez que buscaba concentración. Sonaban enfadadas, llenas de rabia. Tanto era así que Lilian, viendo la magia que rodeaba a Triz, se asustó e intentó salir huyendo.

—¡Qué demonios es eso! —exclamó al ver el aura de magia que se concentraba alrededor de Triz.

Los muebles del salón se elevaron y comenzaron a girar por la habitación cada vez a mayor velocidad, hasta que empezaron a chocar contra el cuerpo de Lilian que, pese a sus esfuerzos por intentar huir, sentía que no podía mover ni un músculo. Contra su voluntad, se había convertido en un saco de boxeo estático contra el que los muebles descargaban sus golpes.

Cuando los muebles de madera comenzaron a astillarse, también las astillas se clavaron en la piel de Lilian haciéndola gritar de dolor.

—¡Detente, por favor! —suplicó al ver cómo la violencia del

ataque de Triz, que permanecía levitando en el medio del salón, no amainaba.

El tablero de la mesa golpeó contra una de sus piernas y se oyó como los huesos se quebraban. Lilian gritó por el insoportable dolor.

—¡Te lo ruego! ¡Para! Prometo que no volveré a entrometerme en tu camino. Te juro que jamás volverás a tener noticias mías. Pero, por favor, ¡no me mates! No quiero quedarme allí para siempre. ¡Por favor!

En ese instante, los ojos de Triz volvieron a su color marrón habitual. Los muebles dejaron de sobrevolar la estancia y cayeron de golpe al suelo. Lilian, con la mitad de los huesos rotos, y sin estar sujeta por la magia de Triz, también cayó al suelo retorciéndose de dolor. Malherida, pero todavía viva.

—Gracias —musitó entre quejidos de lamento.

—Lo has matado —increpó Triz con lágrimas en los ojos.

—No era mi intención. No quería matarlo. Ha sido un accidente. Te lo juro. Yo también siento algo por él.

—Si pudieras, ¿lo evitarías?

—Si pudiera retroceder en el tiempo y evitar su muerte lo haría, pero sabes tan bien como yo que eso es imposible.

—Si pudieras traerlo de nuevo a la vida, ¿lo harías? —interrogó Triz con insistencia.

—No hay manera de hacer eso... —replicó Lilian, que se arrastraba por el suelo buscando un lugar en el que apoyarse para ponerse en pie—. No se puede resucitar a un muerto.

—Si pudieras, ¿lo harías? ¿¡Sí o no!? —repitió Triz encolerizada.

—Lo haría. Te lo prometo.

—Espero que no olvides tu promesa.

Triz levantó su mano derecha y, girándola en el aire, hizo que una antigua pata de la mesa, convertida en estaca de madera tras quebrarse, se elevara en el aire y se clavara en la frente de Lilian, que murió en el acto.

Se acercó al cuerpo de Gare y al comprobar, tras tomarle el pulso, que sus sospechas eran ciertas, al ver que todos sus miedos se hacían realidad, se desplomó a su lado y se echó a llorar. Si algo había intentado evitar en toda aquella mierda era que él sufriera algún daño. Y ahora, estaba muerto.

En ese momento, Nara entró por la puerta de su casa como un tanque militar en una pequeña choza de madera. Venía con la cara desencajada y casi sin aliento.

—¡Triz! ¡Triz! ¿Estás bien? —gritó al ver todos los muebles del salón rotos y amontonados y el cuerpo de Lilian con la estaca clavada en la frente, pero ni rastro de su amiga.

Triz no tuvo fuerzas ni para contestar, pero Nara escuchó sus

sollozos y fue a la puerta de la cocina. Como dos trenes que circulan en distinta dirección, pero por la misma vía, la alegría de ver con vida a su mejor amiga y la tristeza de verla abrazada al cuerpo sin vida de Gare chocaron y, por unos instantes, hicieron descarriar sus emociones. Sin nada que decir que supusiera un apoyo en esos momentos, se limitó a arrodillarse al lado de su amiga y a abrazarla.

—No es justo —musitó Triz tras unos segundos—. No tendría que haber muerto. Si no fuera por el colgante que le regalé cuando éramos unos críos, ni siquiera habría estado aquí ahora.

—No puedes culparte por ello. Gare te quería y estoy segura de que, esté donde esté, estará contento por haber sido él y no tú quien ha muerto... Ya no puedes hacer nada. Si quieres, en el próximo Shamhain, te ayudaré a abrir una conexión con el mundo de los muertos para que puedas despedirte de él.

—Te equivocas, no necesito despedirme de él. Puedo traerlo de vuelta... —repuso Triz y levantó la cabeza.

—¿Puedes? —replicó Nara extrañada—. Me dijiste que del mundo de los muertos es imposible salir.

—Te dije que en unos mundos es más fácil y en otros tremendamente complicado. Que a unos, como Grawell, es difícil llegar, pero muy fácil salir y en otros, como Marbhreilig, solo hay que morirse para llegar, pero es muy difícil salir. Casi imposible, pero hace unos días soñé que se podía.

—¿Y qué necesitas para salir del mundo de los muertos?

—El alma perdida del muerto, la semilla del fruto de un árbol que llora y la sangre de un Dios.

—¿Y dónde vamos a conseguir la semilla de un fruto que llora y la sangre de un Dios?

—Ya tengo las semillas, las conseguí en Grawell y no vamos a conseguir la sangre de un Dios, voy a hacerlo yo y lo haré en Marbhreilig.

—¡Pero para eso tú también tendrás que morir!

—Exacto, y una vez más tendrás que ayudarme.

—37—

Hay que tener mucho cuidado con lo que se desea

Lilian regresó al lugar que le revolvía el estómago. Esperaba tener que visitarlo una última vez, cuando hubiese llevado a la hija de aquella bruja estúpida, pero no se esperaba tener que volver de aquella manera. La muy cabrona la había matado a sangre fría.

Estaba allí, con varios huesos rotos, un trozo de mesa clavado en la frente y lo que era peor: sin opciones de regresar. ¿O sí había alguna? Triz había insinuado que era posible salir de allí, pero desconocía la manera. Tendría que preguntarlo.

—¿Dónde está la niña? —La voz que la recibía en cada una de sus visitas a aquel lugar sonaba más amenazante que otras veces.

—No ha querido venir.

—¡Maldita sea! Solo tenías que convencer a una mocosa de trece años. ¡No creo que sea tan difícil!

—¡Haberlo hecho tú! —exclamó Lilian.

—¿Osas recriminarme? No te vi protestar cuando te salvé la vida.

Lilian agachó la cabeza. Tenía razón. Había sufrido un terrible accidente en su empresa. Tan grave que hasta sus propios compañeros la habían dado por muerta cuando, tras una descarga eléctrica y una explosión, su cuerpo había terminado enterrado bajo los escombros.

Fue entonces cuando se encontró en aquel lugar y le ofreció volver a cambio de que vigilara a Triz Cooper. No dudó en aceptar. A cambio, había pedido ser la mujer que siempre había soñado ser: guapa, divertida, atrevida... y encima le había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre la magia.

En ese momento volvió a la vida para sorpresa, y susto, de sus compañeros de empresa. La desenterraron de los escombros y la montaron en una ambulancia, sorprendidos de que aún respirara. Fue mayor su sorpresa cuando llegaron al hospital y ya parecía prácticamente recuperada. Solo una pierna rota. Cuando metieron la camilla en el ascensor y pudo ver su reflejo en el espejo no podía salir de su asombro. Pese al accidente y las heridas... ¡estaba más guapa!

No era un cambio drástico, sino pequeños detalles, como las pequeñas cicatrices del rostro de anteriores accidentes, que habían desaparecido, o su sonrisa, a la que ya no le faltaba ningún diente ni era de color amarillento, sino que lucía completa y radiante. Su trabajo era muy duro y llevaba años sufriendo sus consecuencias para poder ganar un sueldo digno.

Le colocaron una férula para curar la pierna y le informaron de que solo tendría que estar allí unos días ingresada. En ese momento conoció a Gare.

Era divertido, simpático, de interesante conversación y compartía con él el gusto por el buen cine. Le parecía guapo y le gustó su culo cuando se lo vio con aquella bata de hospital. Su cara fue de absoluta sorpresa cuando le habló de la chica que lo acompañó al hospital. No podía ser casualidad. En ese momento, pasó a tener dos misiones. Vigilar a Triz Cooper y conquistarlo. Fue lo primero que pidió cuando regresó por segunda vez a aquel siniestro lugar.

—¡Me prometiste que iba a estar con él! —gritó en medio del pasillo.

—Solo si llevabas a cabo tu parte del trato y, aun así, mira mi generosidad. Ahora podréis estar juntos para siempre.

—Pero yo me refería a tener una vida normal juntos, vivos. No a esto... —replicó a la vez que señalaba el trozo de madera que le salía de la frente.

—Jamás mencioné que fueras a tener una vida normal cuando

todo esto terminara. Te dije que ibas a regresar a la vida y a ser feliz, y lo has sido. Nunca especifiqué durante cuánto tiempo. Me pediste estar con él y ahora vas a poder estar con el amor de tu vida. ¡Y eso sin haber cumplido tu parte antes de dejar que te mataran!

—Sé que hay una manera de salir de aquí, me lo insinuó Triz. Aún puedo cumplirla —murmuró Lilian.

—¡Claro que la hay! ¿Por qué demonios crees que te pedí que trajeras a la niña contigo?

—No me dijiste para qué la querías.

—¡Para poder salir de aquí! Necesito la magia de una bruja de sangre especial. Y la hija de la elegida lo es. Tú misma me comunicaste que tiene los poderes del sol. Por tu culpa, voy a tener que encontrar a otra persona al borde de la muerte para que termine lo que tú... —Algo le interrumpió. Una sensación, una buena sensación —. Mira por dónde, parece que no voy a tener que hacer nada. Ha venido de forma voluntaria. Me temo que eso no son buenas noticias para ti.

—¿Por qué no? Si ha venido, he cumplido mi parte y tú tendrás que cumplir la tuya.

—No lo entiendes. Yo ya he cumplido la mía. Hacerte más guapa, más feliz, más atrevida y tenerlo a él. Pero ahora ella ha venido a buscarlo. No eres la única que está enamorada de ese hombre. Y, con ella aquí, te será más difícil conservarlo.

»El día se acerca. Pronto volveré a reinar fuera de estos muros de inframundo y vengarme de Astrid y de su traición.

Agradecimientos

En esta sección final siempre suelen aparecer, en mis libros, las mismas personas: Eneritz Bilbao y Goizalde Aguirre, como mis lectoras cero; Vero Monroy, como correctora sin la que este trabajo no sería leible; y en este caso debo añadir a Lidia S. Balado por su estupendo trabajo dando vida a algunas de mis "criaturas" con sus magnñificos dibujos.

Pero este libro es "especial" porque ha sido escrito en uno de los años más difíciles y complicados de mi vida. (Ahora que lo estoy terminando todo el mundo está encerrado en sus casas por una pandemia mundial) y es por eso que este libro tiene un agradecimiento muy personal.

Este libro se lo dedico a mi madre, que con toda la razón del mundo protesta en cada libro porque no la incluyo nunca en los agradecimientos, y es que ella está siempre ahí y a veces no valoramos eso. Lo damos por hecho cuando no debería ser así. Este libro es para ella por estar siempre ahí, leyéndome y vendiendo mis libros a todo aquel que puede con su infinita paciencia. Te quiero mucho, amatxu.

Y también va dedicaco a mi aita, que falleció en enero de este funesto año, y que esté en el mundo que esté ahora, seguro que se alegra de que su hijo saque un nuevo libro. (De buena te has librado con la pandemia. No te habrías podido aguantar tantos días encerrado en casa). Un abrazo muy fuerte, aitatxu.

OTRAS NOVELAS PUBLICADAS POR EL AUTOR

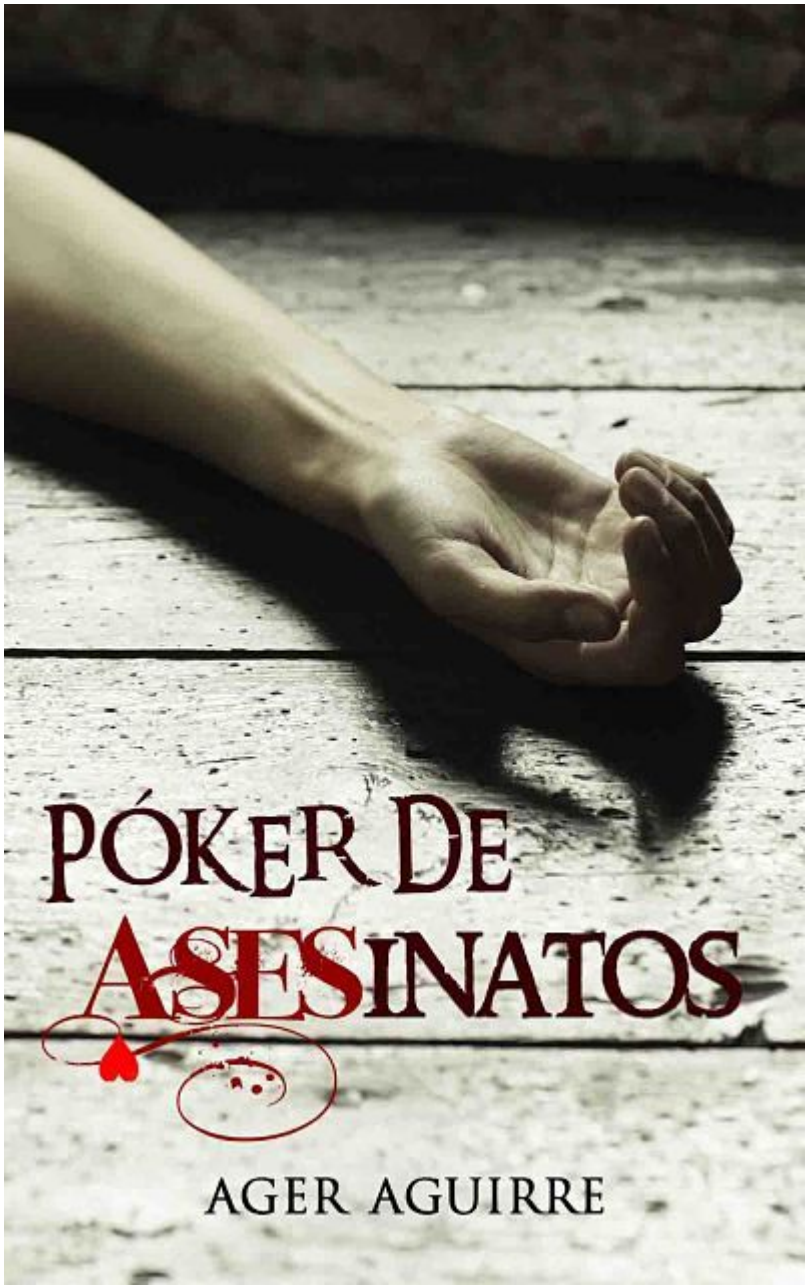
Los nietos de Dios

Aventuras/Ficción

Tras vivir el terremoto de San Francisco de abril de 1906, el empresario José Calderón encuentra una misteriosa piedra y descubre que su hallazgo puede cambiar el destino de la humanidad y todas las creencias sobre su origen. La difícil situación de España y un revés personal le obligan a posponer su investigación.

Cien años más tarde el escritor Gaizka Juaresti y la bróker Naiara Salazar retoman una búsqueda que cambiará sus vidas y puede que las

nuestras.



Póker de asesinatos

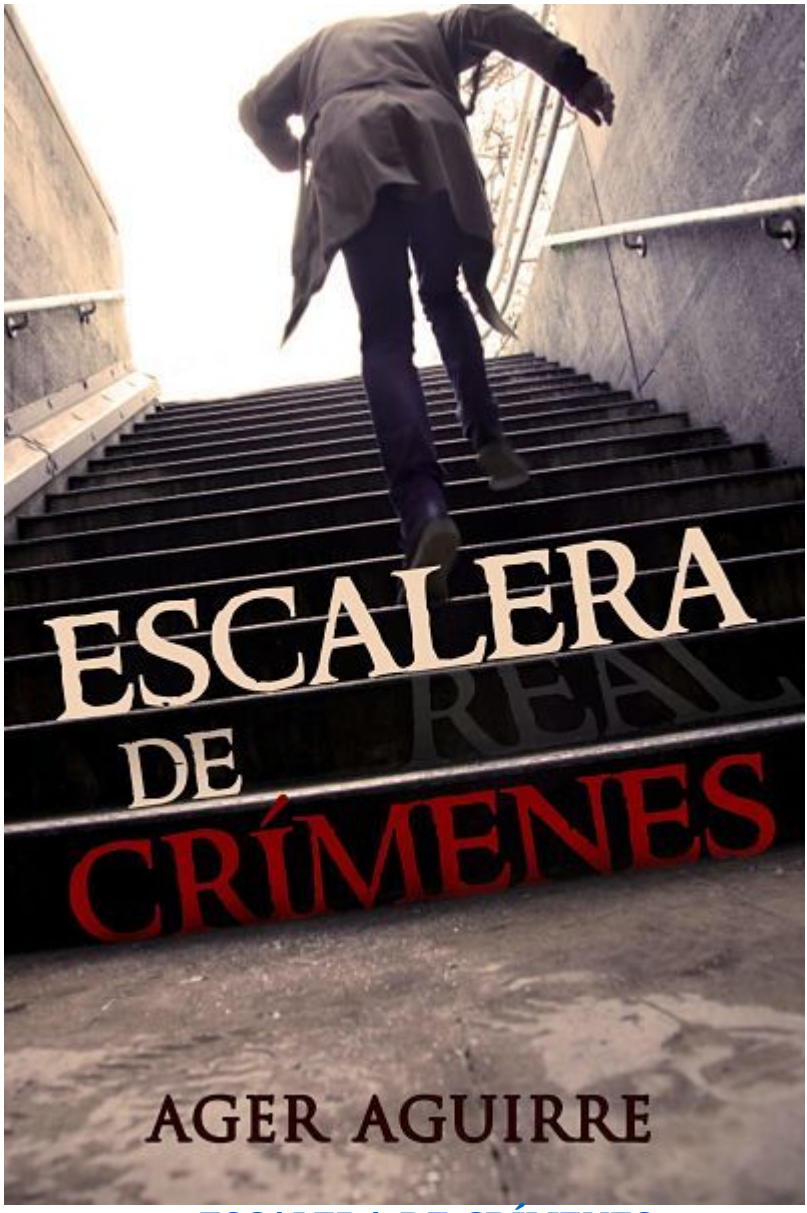
Thriller/ finalista Premio Literario Amazon 2018

"Todos los asesinos en serie quieren ser atrapados. Por eso dejan mensajes. Su objetivo no es escapar sin ser descubierto. Su meta es jugar con la policía todo el tiempo que les sea posible. A más tiempo,

mayor es la fama alcanzada y más cerca estará el asesino de convertirse en leyenda.”

Cuando el sargento primero de la Guardia Civil Gabriel Abengoza recibe una llamada en la que le comunican el hallazgo del cadáver de una popular periodista, enseguida descubre que no se trata de un accidente, pero no se puede imaginar que a ese crimen se le sumarán otros que le harán trabajar, mano a mano, con Ángela Casado, inspectora jefe de la Policía Nacional. Killer Cards, nombre con el que bautiza la prensa a quien va dejando a su paso cadáveres de personalidades de la sociedad con un as de la baraja de póker en la ropa, tiene un plan trazado con meticulosidad para alcanzar su objetivo y burlar a los investigadores. El caso se convertirá en un fenómeno mediático que mantendrá en vilo a todos los televidentes del país hasta que los agentes atrapen al culpable. Sin embargo, Killer Card «guarda un as en la manga».

¿Conseguirán atrapar a Killer Cards antes de que complete su póker de asesinatos?



ESCALERA DE CRÍMENES

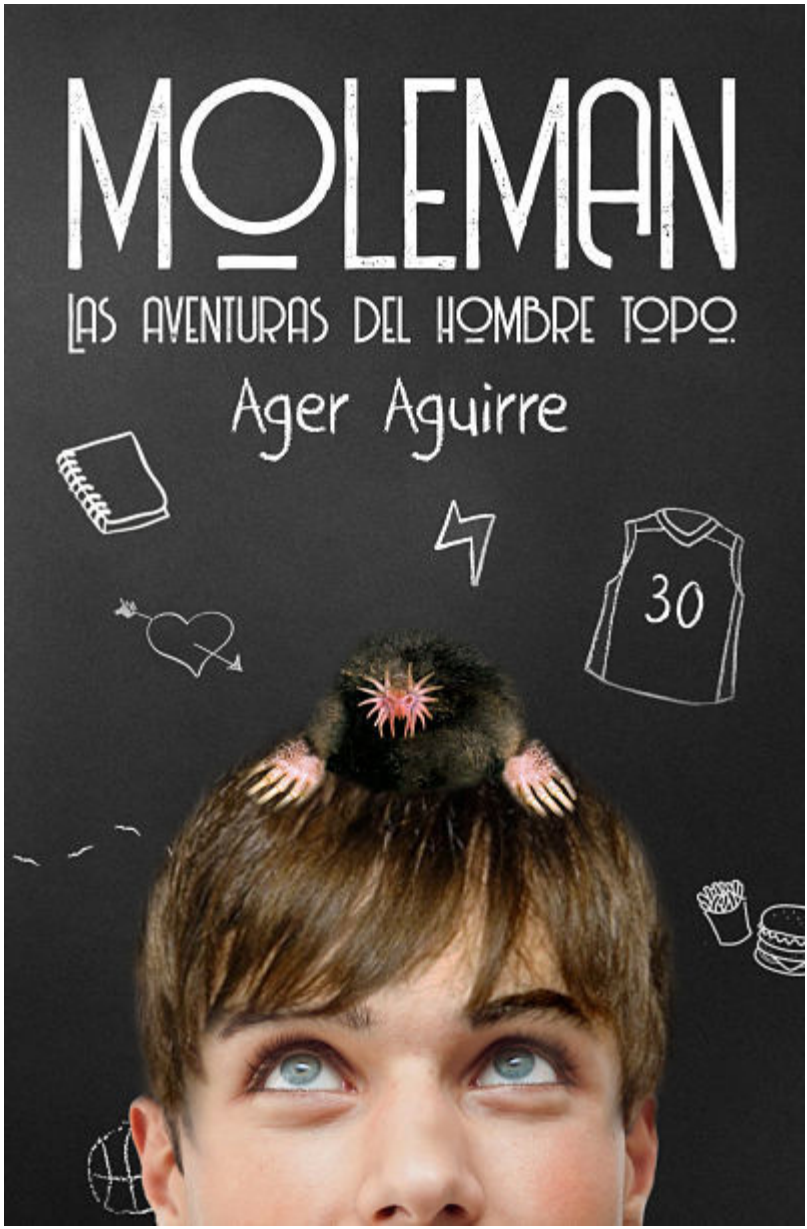
Thriller policiáco

SOLO HAY UNA JUGADA QUE DERROTA A UN PÓKER DE ASES
HAY VECES QUE PARA HACER JUSTICIA HAY QUE COMETER UN CRIMEN... O VARIOS.
Lo importante no es el quién si no el cómo y el por qué.

ADVERTENCIA

Este libro es la inesperada continuación de PÓKER DE ASESINATOS. NO se puede leer sin haber leído antes el anterior mencionado. Sería como empezar una serie por la segunda

temporada.



Moleman-Las aventuras del hombre topo

Thriller juvenil/Aventuras

Álex es joven, guapo, popular, capitán del equipo de baloncesto y sale con la chica más guapa. Tiene la vida que todo joven desea, pero un día todo cambia. En una cita, algo le muerde en un pie... y la suerte que tenía hasta ese momento desaparece. La mordedura no le concede superpoderes como la araña a Spiderman. El animal es un topo que le otorga «superdesgracias». Se vuelve feo, miope y muy

torpe. No se reconoce en el espejo, no puede jugar al baloncesto, no puede ni ver la pantalla de su móvil.

Para colmo de desgracias, su novia y el padre de ella, un reputado genetista que parece ser el único que puede ayudarle, desaparecen al día siguiente de su cambio genético. Alba, una vecina y compañera de clase en la que nadie se fija ni recuerda su nombre, es la única que se preocupa por él y le anima a enfrentarse a sus cambios e investigar las desapariciones.

¿Podrá Álex, con la ayuda de Alba, encontrarles pese a no ver más allá de sus narices? ¿Convertirse en topo son todo desgracias o tendrá alguna ventaja? ¿La transformación será definitiva o encontrará una solución?

Moleman-Las aventuras del hombre topo es una novela de superhéroes de la vida cotidiana. Una visión diferente de nuestros cómics favoritos.

Aisling-En el mundo de los sueños

Fantasía Distópica/Primera parte de esta trilogía

Triz, una bruja de sangre, alarmada por sus visiones, deberá recuperar el contacto con su pasado. Tiene que encontrar a Gare, un amigo de la infancia, para intentar evitar el gran desastre que anuncian sus visiones.

Pero comunicarse en una Tierra sin tecnología no es fácil y, para ello, usará cuanto esté a su akance, incluido Aisling, el mundo de los sueños.

Juntos tendrán que adentrarse en lo desconocido, confiar el uno en el otro, mientras recuerdan una relación pasada que nunca llegó a

ser, y evitar una tragedia.

¿Conseguirá Triz detenerla y proteger el futuro de sus hijas? ¿Podrá Gare dejar de complicarle la vida y ayudarla?

[1] Sigilos sagrados: son símbolos creados para un propósito mágico específico. Se diferencian de las runas nórdicas en que no están diseñados para representar un alfabeto, sino para representar un deseo completo. En el caso de los sigilos de Grawell, este propósito es mantener la órbita del planeta alejada de Rigel, la estrella azul.

[2] Annwn: Nombre que en la mitología galesa se le da al inframundo. Palabra que se formó, posiblemente, con los termino 'an' —en galés «en el interior»— y 'dwnf' —en galés «mundo»—.

[3] Marbhreilig: Unión de dos palabras irlandesas que significan «cementerio» y «muertos». El autor da nombre así al mundo de los muertos.

[4] Etrazen: Ciudad de Grawell donde está el consejo de brujas. Observar mapa al inicio del libro.

[5] Ouroborus: Término en latín que da nombre a una especie de lagarto armadillo natural de Sudáfrica. Tan similar a un dragón en miniatura que el autor usa su nombre para este ser fantástico que vive en Grawell. Imagen al final del capítulo anterior.

[6] Dríada: Duende de los árboles con forma femenina, solitaria y de gran belleza. Su piel cambia de color según la estación, para camuflarse mejor en su árbol.

[7] Dumbsilly: Dumb y silly son dos palabras en inglés que significan tonta. El autor usa la sonoridad de ambas palabras para dar nombre a la ciudad de las tontas «Dumbcity». Observar en el mapa del inicio del libro.

[8] Belladona: Es una planta con frutos negros y brillantes del tamaño de una cereza. Su sabor es amargo y contiene un alcaloide llamado atropina que en pequeñas dosis provoca alucinaciones y, en exceso, pérdida de memoria, parálisis e incluso la muerte. Las «brujas» de la Edad Media usaron esta planta para sus ungüentos, que administraban usando un palo y que provocaban alucinaciones en las que los pacientes creían volar. De ahí viene el mito de que las brujas volaban en escobas.

[9] Lenok: Conocido también como la trucha asiática, es un pez de la familia de los salmónidos que se puede encontrar en lagos de Siberia, el norte de China y Corea. Puede alcanzar los setenta centímetros y los seis kilos de peso.

[10] Marjes: Animales voladores de un tamaño superior a las libélulas con ocho patas en lugar de seis. Su tamaño les permite transportar a otros seres más pequeños sobre su lomo. Se alimentan de insectos y, si se enfadan, pueden llegar a morder y causar infecciones difíciles de curar.

[11] Galanga: Planta comestible parecida al jengibre. Las brujas la utilizan para hechizos de protección.

[12] Liquenbrin: Pequeños seres de color anaranjado en apariencia inofensivos, pero muy peligrosos si atacan en grupo.

[13] Ent: Guardián de los bosques. Híbrido entre hombre y árbol. Miden entre 4 y 5 metros y suele tener un carácter amigable y tranquilo, siempre que nadie encienda un fuego cerca de ellos o aparezca con un hacha en su bosque.

[14] Papiarkoudas: Del griego *pápia* 'pato' y *arkóuda* 'oso'. Ser mágico que tiene apariencia de pato en su forma tranquila, pero, si es atacado, se transforma en un fiero oso. Algunas brujas lo tienen como animal doméstico y para su protección. También usan como escudo protector sus plumas.

[15] Solas, lasair, tine: Del irlandés. Luz, llama, fuego.

[16] Lutricampus: Del latín *lutriae* 'nutria' e h*ipocampus* 'caballito de mar'. Ser creado por el autor, ya que estas dos especies terrestres se caracterizan porque solo tienen una pareja. En el caso de los caballitos de mar, cuando un miembro de la pareja muere, el otro se queda a su lado sin comer hasta que también perece. Es lo más parecido que vamos a encontrar en la

naturaleza a la expresión «morir de amor».

[17] Canignis; Del latín *canem* 'perro' e *ignis* 'fuego'. Parecidos a los perros que conocemos, estos animales tienen la facultad de arder en llamas como defensa ante el ataque de un depredador. Los de la raza gris son los más peligrosos, no se suelen dejar domesticar y viven salvajes en Grawell.

[18] «Que tu poder atrape la llama y la apague», en gaélico-escocés.

[19] Marthora: Ser mágico que guía a otros seres y los acompaña en los instantes previos a su muerte. Con cuerpo de mujer cubierto de plumas .Tiene piernas también cubiertas de plumaje, pero no tiene brazos, sino alas. Sus ojos son amarillentos y, pese a su aspecto de pájaro, tiene boca en lugar de pico. Su voz es muy seductora y conoce todos los idiomas existentes.

[20] Lantrinidas: Pirañas de cristal que solo viven en Yhemura, el río de Grawell. Pese a su frágil apariencia, son tremendamente peligrosas, por su perfecto camuflaje y su tremenda voracidad.

[21] Eucalipto arcoíris: Aunque este árbol parece originario de un mundo de fantasía, existe en nuestra naturaleza. Originario de la isla Mandanao, también crece en lugares como Nueva Guinea, Nueva Bretaña, Seram o Filipinas. Característico porque su corteza muestra tonalidades que van desde el verde al púrpura o naranja.

[22] Veves: Símbolos mágicos usados en un ritual vudú.

[23] Loas: El universo de las deidades vudú está presidido por Legba. Por debajo de él están los espíritus mayores, también llamados loas.